

CONFESIONES

DE MI

NIÑERA



BIANCA DE SANTIS

Confesiones de mi Niñera

Bianca de Santis

2020 Bianca de Santis
All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

Para mis lectoras.

Sin vosotras nada de este hermoso trabajo sería posible.

Gracias por dedicar su valioso tiempo a leer mis líneas.

Gracias a cada una de ustedes.

Contents

[Title Page](#)

[texto](#)

[Dedication](#)

[Capítulo 1: Andrés](#)

[Capítulo 2: Sandra](#)

[Capítulo 3: Andrés](#)

[Capítulo 4: Sandra](#)

[Capítulo 5: Andrés](#)

[Capítulo 6: Sandra](#)

[Capítulo 7: Andrés](#)

[Capítulo 8: Sandra](#)

[Capítulo 9: Andrés](#)

[Capítulo 10: Sandra](#)

[Capítulo 11: Andrés](#)

[Capítulo 12: Sandra](#)

[Capítulo 13: Andrés](#)

[Capítulo 14: Sandra](#)

[Capítulo 15: Andrés](#)

[Capítulo 16: Sandra](#)

[Capítulo 17: Andrés](#)

[Capítulo 18: Sandra](#)

[Capítulo 19: Andrés](#)

[Capítulo 20: Sandra](#)

[Capítulo 21: Andrés](#)

[Capítulo 22: Sandra](#)

[Capítulo 23: Andrés](#)

[Capítulo 24: Sandra](#)

[Capítulo 25: Andrés](#)

[Capítulo 26: Sandra](#)

[Capítulo 27: Andrés](#)

[Capítulo 28: Sandra](#)

[Capítulo 29: Andrés](#)

[Capítulo 30: Sandra](#)

[Capítulo 31: Andrés](#)

[Capítulo 32: Sandra](#)

[Capítulo 33: Andrés](#)

[Capítulo 34: Sandra](#)

[Capítulo 35: Andrés](#)

[Capítulo 36: Sandra](#)

[Capítulo 37: Andrés](#)

[Capítulo 38: Sandra](#)

[Capítulo 39: Andrés](#)

[Epilogo](#)

[Books By This Author](#)

Capítulo 1: Andrés

Yo no tenía el talento que se necesitaba para redecorar un apartamento, así que creí que necesitaría algo de ayuda... más adelante.

Debía prepararme para una cena de negocios que ya estaba cerca.

Sabía que debía cambiar el ambiente de mi apartamento, porque era muy distinto al que mi esposa y yo habíamos habitado con Enrique. Me costaba mucho adaptarme a él.

Era un lugar mucho más pequeño y sencillo, con lo cual se me hacía más fácil cuidarlo, pero extrañaba la calidez que Elena le daba.

El tamaño me parecía bien, pues debía prestarles atención a todos los detalles, pero aun así no parecía tener el encanto que Elena había puesto en nuestro hogar.

Jamás había querido que buscáramos a un diseñador, a pesar de mi fortuna. Consideraba que tenía la personalidad y el talento suficientes para lograr que la casa y sus alrededores fuesen lo suficientemente confortables para todos. Pero ese no era mi caso.

Entré en mi oficina después de sentirme feliz al ver jugar a Enrique, y revisé mis notas para la cena. Él estaba en su habitación, con sus juguetes favoritos.

Con sus cinco años de edad, decidí que le compraría otros para favorecer su imaginación, que ya estaba despertando más que nunca. Me di cuenta de que debía hacer algunos cambios en las notas.

Busqué mi bolígrafo entre mis bolsillos, pero fue inútil. Siempre perdía todos mis bolígrafos, incluso aquellos hermosos que me regalaban con tanto cariño.

Habían pasado dos años desde la muerte de mi esposa Elena, pero su recuerdo estaba intacto en mi mente.

Me había parecido una mujer hermosa desde que la conocí, con un físico con el que cualquier hombre se volvería loco: larga cabellera rubia, ojos impactantes y hermoso corazón. Fui el primer hombre que se enamoró perdidamente de ella.

Ella sintió lo mismo y al poco tiempo nos casamos.

Recordé el amor que había sentido por ella al encontrar un bolígrafo, detrás de una antigua foto de ella. Era el único bolígrafo que me quedaba.

Lo supe al buscar en mi escritorio y ver que mis cajas de bolígrafos eran historia.

Veía a Elena cada vez que veía los ojos de Enrique. Y los bolígrafos también me recordaban a ella, pues siempre estaba pendiente de poner uno en mi traje, además de recomendarme que tomara todas las previsiones, trazara planes en caso de algún imprevisto y me tomara las cosas con calma. Era parte de su personalidad.

Pensaba en ella también cuando me acostaba y su espacio estaba vacío, y de ella solo quedaba el recuerdo de su cuerpo en la ropa de dormir.

El recuerdo era tan fuerte que había decidido no tener otra relación desde su muerte. Me parecía lo mejor.

Sentía que era una especie de traición a ella, a su memoria y lo que vivimos juntos. Sentía que estaba mal llevar mujeres a nuestra casa y que Enrique las viera entrar y salir.

Quería dar un buen ejemplo a Enrique, enseñarle cómo ser un caballero, cómo tratar bien a todas las mujeres y cómo comportarse en una relación de pareja. Y lo haría con o sin su madre. Pero ahora que estaba sin ella, mi vida era sumamente difícil.

Con el aniversario de su muerte los recuerdos me inquietaban.

Como director ejecutivo de una de las empresas de desarrollo de software de ingeniería más importantes del país, necesitaba estar muy concentrado.

Enrique corría en su cuarto mientras volaba uno de sus aviones de juguete y luego llegó hacia mí, haciendo ruidos de disparos y agitando sus pies.

Vi los papeles de nuevo cuando me senté otra vez en la silla de mi escritorio antes de sonreírle a Enrique. Traté de olvidar por un momento a Elena. Mi hijo me necesitaba y mi carrera también.

"Hijo mío. Ya iba a tu cuarto para hablar contigo", le dije. Lo abracé y besé su frente.

"¿Qué ibas a decirme?"

"Que esta noche voy a trabajar", le informé con desconsuelo.

"Qué triste... Cuando sales de noche a trabajar me siento muy mal", dijo sonando desanimado

"Sí, te entiendo. Debo ir a una cena por negocios. No puedo faltar", le dije.

Puso su frente en alto. "Puedo ayudarte con esos negocios si quieres", me dijo.

"Volveré después de la cena y te recogeré. Es solo por esta noche. Te lo prometo. Podrás ayudarme después, cuando crezcas. Incluso podrías hacer más cosas que solo ayudarme", le respondí, "pero esta noche me gustaría que te quedaras en la casa de tu abuela".

"¿Iré en el metro?"

Reí con su pregunta. "Sí. Llegarás más pronto que si te llevo en mi auto. Puedes ir de ida y de regreso también. ¿Qué opinas?"

"Bien", dijo, mirando hacia el techo.

"Me parece perfecto ir a su casa en el metro y pasar la noche allá, pero debo meter algo de comida en mi bolso, porque no me gusta la comida del tren, y llevar también mi osito de peluche.

Me gusta compartir con la abuela, porque prepara galletas para mí y me cuenta historias para dormir, tan buenas, que siempre quiero esperar al final. Incluso me dejó quedarme despierto la última vez que fui para que terminara de ver una película, como si fuese un niño más grande".

"Veo que sabes negociar. Has aprendido de mí. Acepto tus condiciones", le dije sonriendo.

"No creo que necesites negociar conmigo si pasarás la noche negociando".

Mis ocupaciones recientes me impedían estar más tiempo con él. Cerré la carpeta con mis notas y tomé un largo respiro. La mirada de tristeza se asomaba en sus ojos. Estaba mal porque quería estar conmigo.

"Podríamos comer un helado".

"Claro", dijo con alegría.

"De acuerdo", le respondí. "Iremos a Los Pinos, a ese lugar que tanto te gusta. Ve a vestirme".

"Hagámoslo", gritó mientras corría y salía de mi oficina.

Podría pasar un rato con mi hijo y luego ir a trabajar. Sonreí y moví mi cabeza, llevando mi mirada a la gaveta donde estaba la foto de mi esposa Elena.

Me levanté y contuve la respiración, tratando de recuperar mis fuerzas. Apagué la luz. A fin de cuentas, el trabajo no se iría de allí.

Había una hermosa chica afuera del apartamento.

Era Sandra, la hija de los vecinos, estaba en el pasillo cuando salimos. Había crecido y ya no lucía como una joven inmadura.

Me pareció que era otra chica, por sus jeans ajustados y su camiseta universitaria, su largo cabello ondulado y sus sinuosas curvas.

"Sandra", le dije con alegría. "Regresaste de la universidad. ¿Cómo has estado?"

"Hola, señor... Alonso", dijo ella sonriendo.

Aún estaba sorprendido por su buen cambio. "Puedes llamarme Andrés", le dije. "¿Recuerdas a mi hijo Enrique?"

"Sí," dijo. Le sonrió a Enrique. "Vine a casa a pasar mis vacaciones. Pude haberme quedado allá,

pero me hacía falta mi familia y El Trigal. Entonces decidí venir".

"¿Qué tal la universidad?"

"No muy bien, pero ya sabía que la Universidad Andina no sería fácil en absoluto. Sin embargo, me gusta el reto, aunque me hacían falta unos días de descanso como estos. Por cierto, planeaba pasar por tu casa más tarde para que conversáramos". Rió.

"¿Sobre qué? ¿Decidiste finalmente estudiar informática para trabajar con nosotros después de graduarte?"

"De hecho, no. Quiero seguir estudiando Educación. Solo quería ofrecerme en caso de que te haga falta una persona que se encargue de Enrique durante los próximos días. Puedo ser su niñera. Podría ganar algo de dinero mientras estoy aquí, ya que mientras estoy en la universidad me cuesta mucho. Así mi padre no tendría que mantenerme y podré pagar mis cuantiosas deudas con mis tarjetas de crédito". Sandra rió.

Reí con sus palabras. "Lo entiendo. Si fuese tu padre te lo agradecería".

"Él estará muy agradecido". Sandra sonrió.

"De hecho, tengo una cena de negocios. No puedo postergarla porque son clientes antiguos e importantes, que están esperando esta cena hace mucho tiempo. Es muy importante y no puedo faltar. Mi niñera suele venir en ocasiones como estas, pero salió de la ciudad hace unos días. Podría venir, pero está un tanto lejos. Vive en un lindo sector de Pueblo Nuevo, pero tardaría dos horas para llegar y dos horas más para retornar. Enrique tendría que dormir allí porque no me gustaría despertarlo cuando termine la cena. Tendría que tomar el metro para viajar dos horas a mitad de la noche para regresar a casa. Sería una locura. Bueno, ya sabes lo que sucede, así que podrías cuidarlo esta noche".

Rió con toda la información. "Pues me parece bien. Dime a qué hora puedo ir".

"Estupendo. Iremos a comer helado y luego me vestiré. ¿A las seis está bien para ti?", le dije. Me sentí aliviado con su respuesta

"Sí. ¿Es alérgico a algo o sufre alguna enfermedad? Entiendo que suele suceder con algunos niños", dijo.

"En realidad no. Es 'alérgico' a las verduras solamente", le dije.

"Entonces no comerá helado de verduras", dijo Sandra mientras lo miraba.

Una expresión de repugnancia apareció en la cara de Enrique. "Asco", dijo.

Fui con Enrique a comprar helado y me despedí de Sandra. Le pedí que se portara bien con la nueva niñera. Eso no era problema para mí, porque él sabía comportarse.

Comimos helado y cuando regresamos ya iban a ser las cinco.

Tuve tiempo para bañarme y vestirme para la cena.

Sería una cena elegante, por lo que desempolvé uno de mis trajes y mi corbata. No lo había usado desde que iba a las cenas de Navidad de la compañía con Elena.

A pesar del tiempo, cuando me lo puse me sentí muy bien. Me veía bien en el espejo.

Sandra tocó la puerta y le pedí que pasara. Nos vimos un largo rato. Estábamos perplejos por nuestros atuendos. Tenía unos monos ajustados y una camisa corta cubierta por un largo suéter. Se veía cómoda y sexy. Yo lucía mi traje y mi corbata negra.

Ella sonrió. "Señor Alonso, debo decir que se ve muy bien".

"Andrés. Dime Andrés, por favor", le dije.

"Dejé mi número en la nevera. Si sucede algo, llámame. Cuando venga en camino llamaré al número de la casa. Y tú también te ves muy bien".

"Gracias". Sandra sonrió y me acompañó a la puerta.

"Lo llamaré si hace falta. ¡Y pásela bien y firme todos los acuerdos que tenga que firmar!"

Me pasmé al escuchar esas palabras, pero salí y me concentré en la cena.

Elena solía decirme eso cada vez que iba a cenar con mis clientes. Tenía que evitar distracciones, pero parecía que estaban a la orden del día.

Cenamos sin ningún inconveniente, pero Sandra se sacudía en mis pensamientos con sus pantalones ajustados y su boca sexy.

Volví al apartamento después de la cena y seguía con esa imagen en mi mente. Ella ordenaba la sala después de haber jugado con Enrique, pero yo seguía tratando de sacar ese pensamiento de mí.

Había algo en ella que me hacía sentir desquiciado.

Quería llevarla en ese momento a la sala de estar, pero tenía que retroceder con mis impulsos.

Necesitaba estar con alguien para olvidar que me ayudara a distraerme y así no recordar tanto a mi esposa. Y Sandra era una buena candidata. Ya había crecido y estaba buenísima.

Me dije a mí mismo que pasar una noche de sexo con ella sería lo mejor que podría pasarme para enterrar los recuerdos de Elena y volver a tener acción.

Capítulo 2: Sandra

Por primera vez en mucho tiempo, podía dormir en mi propia cama. Estaba en mi casa y podía estar tranquila. Sí, las camas y las habitaciones de la Universidad Andina eran cómodas, pero nada se comparaba con la sensación de despertar en la casa de tu familia. Además, no tenía que salir corriendo para ir a clase, levantarme lo más temprano posible para estudiar o saber qué sesión de estudio debía tomar.

Pensé en lo que había pasado la noche anterior, sobre todo en la mirada deseosa de Andrés sobre mis pechos cuando llegó al apartamento tras su cena de negocios. Giré y estiré mis brazos.

Quise irme, salir de allí con prisa, pero Andrés no parecía tener ninguna prisa por dejarme salir. Me había esforzado por recoger el desastre de Enrique antes de que llegara su padre y viera el desorden de los juegos de mesa y algunas cosas sobre el piso, pero no lo había logrado.

Él parecía desearme, pero no hacía falta que me lo dijera. Su mirada maliciosa lo delataba.

También se había humedecido y mordido los labios, lo que despertó en mí cierto interés. Me encantó cuando lo hizo. Era una mirada sensual y misteriosa la que aparecía en sus ojos cada vez que me miraba.

Aparentemente quería ver mi cuerpo a través de mi ropa y saciar su sed de mí con sus ojos traviosos. Me había pasado con otros hombres y no me gustaba, pero con él curiosamente no me sucedía. Más bien quería que él me viera así.

Había olvidado qué se sentía, pues no recordaba cuándo había sido la última vez que un hombre me había mirado así.

En la universidad algunas chicas tenían novio, pero no sé cómo lograban tener tiempo para estudiar, obtener calificaciones excelentes, hacer algunos cursos y además estar pendiente de sus novios. Sí, lo lograban, pero yo no había podido.

Mi plan era ir a la Universidad Andina, graduarme y transmitir modales y conocimientos a los niños. Quería estar con los niños y sentirme más útil que ayudando a delincuentes a salir de la cárcel con lagunas legales.

No quería trabajar para mi padre como abogada, por lo que, si bien la carrera educativa era mi carrera soñada, también me ayudaba a estar lejos de él.

Pero esa era otra historia. Andrés colmaba mi mente.

No era la primera vez que sucedía. Él había estado en mis pensamientos desde siempre.

Conocía a mi padre hacía mucho tiempo, aunque se había mudado recientemente cerca de nosotros. Incluso me sentí enamorada de él. Siempre me sentí atraída por hombres mayores que yo.

Me daban seguridad, me aportaban madurez y sabían lo que querían las mujeres, al contrario de los inmaduros chicos de mi edad, que buscaban a las chicas solo para acostarse con ellas y luego despedirlas como si no las conocieran.

Eso me parecía mal. Buscaba a un hombre que se comprometiera conmigo, que estuviera a mi lado y me deseara solo a mí, aunque se presentaran tentaciones.

Pero yo no había hecho nada por contarle a Andrés sobre lo que sentía. No había forma de decírselo.

Había estado casado con una mujer maravillosa. Amaba a esa mujer. Ella murió y Andrés se derrumbó.

Se separó de todo el mundo y se encargó de Enrique. Y seguía triste.

Lo sabía por su llanto recurrente y las fotos de Elena en la pared y la cocina. Además, no había entrado ninguna mujer en su apartamento, según las charlas que había tenido con mi padre.

Había otro detalle. Él me llevaba diez años de diferencia.

Aunque no me importaba, parecía que a él sí. Pudiera que no le importara mucho, pero debía pensar en la reacción de los demás.

Una diferencia de edad de diez años era importante para muchos, aun cuando yo tuviera la madurez suficiente para enfrentar todo.

Estaban mis padres, que seguramente enloquecerían, y no solo ellos, sino toda la gente que se enterara. Todos nos juzgarían.

Apenas había cumplido veintiún años unas semanas atrás, por lo que había tenido que participar en el ritual de una persona que cumplía esa edad.

Me vestí como una prostituta, decoraron mi vestuario con accesorios estrambóticos y paseé por las calles de la ciudad encima de un auto, tomé como nunca en un bar hasta emborracharme, me negué a acostarme con todos los babosos que se acercaron y fui a mi habitación a dormir, aún con mi ropa alocada.

Un episodio universitario para el olvido. Yo no había querido hacerlo, pero mis compañeras de la universidad no aceptarían mi negativa.

Agité mi cabeza para olvidar ese espantoso recuerdo y me levanté de mi cama. Me vestí y salí a la cocina. Rebeca estaba sentada en la mesa del desayuno, tomando una taza de café y leyendo un libro.

Rebeca era mi hermana pequeña. Sonreí al verla. Las dos disfrutábamos nuestras vacaciones simultáneas.

De hecho, había vuelto a El Trigal por ella.

Muchos de mis compañeros de la Universidad Andina habían decidido ir al extranjero a pasar sus vacaciones o subir a algún crucero. También la pasaban bien en los yates de sus familias. Ese no era mi plan.

Mi padre odiaba los yates y el derroche y su cerebro estaba metido de cabeza en su trabajo. Nunca habíamos planificado algún viaje para las vacaciones ni los feriados, de tal manera que no iba a El Trigal a pasar Navidad en restaurantes lujosos ni nada por el estilo.

Me quedaría en las vacaciones en la Universidad Andina, en Las Villas, pero quería estar con Rebeca.

Ella estaba a punto de finalizar su escuela secundaria y pronto ingresaría en la universidad. Éramos casi hermanas mellizas.

Decíamos las cosas del mismo modo, y opinábamos y actuábamos de la misma manera, a tal punto que a veces discutíamos por ello, pero la consideraba mi mejor amiga a pesar de todo.

Nuestra separación por mi decisión de ir a la Universidad Andina había sido dura para ella por esa razón.

"Hermanita", le dije.

"¿Te sientes feliz por tener tiempo libre?". Toqué su libro mientras me sentaba en la silla a su lado. Sonreí.

"Sí. Gracias al cielo. Y también estoy feliz de no tener que oír a los pendejos de mis compañeros de cuarto durante toda la noche hablando de mujeres famosas. Son terriblemente inmaduros", dijo ella.

"¿Y las clases?"

Rió. "Ojalá terminaran pronto. Pero en general van bien.

Me falta solo un semestre, y papá está feliz. Soy la primera de mi clase".

"Qué bueno", dije, abriendo mis ojos de par en par.

"Podrás dar el discurso de tu graduación".

"Cómo olvidar el tuyo". Sonrió evocando ese momento.

"Tengo que superarlo".

"Lo harás", le dije.

"¿Irás a mi graduación?"

"Iré, aunque tenga que hacerlo en camilla. Debo ir de todos modos. Hay que mantener a nuestro padre en su silla para que no suba al escenario a cantar 'Mi universidad' sin parar" le dije.

Abrió sus ojos de par en par.

"Me lo ha dicho desde que decidieron aceptar mi solicitud. No tenía opciones. Debía ir allí. Estaba presionándome mucho. De todos modos, quiero estudiar allí".

"Te comprendo. Pero puedes estar tranquila. Puedo venir a ayudarte una semana antes de tu graduación y luego estar pendiente de ti en las vacaciones", le dije para animarla.

"Vaya, te lo agradezco", dijo. Se levantó y me abrazó".

Todos están emocionados con la noticia, pero yo solo quiero calmarme y que todo salga bien".

"Tranquila. Mejor ve a vestirme", le dije.

"Podremos ir afuera a comer algo. Mamá nunca cocina, así que no hay nada listo en la nevera".

"Me parece una buena idea, porque tengo mucho apetito".

Nos vestimos rápidamente, con la primera ropa adecuada que encontramos.

Salimos rápidamente antes de que llegara alguien a casa.

Caminamos unos cuantos metros y llegamos a un pequeño café, nuestro sitio favorito. Ordenamos nuestro almuerzo y también pedí vino.

La cafetería estaba decorada con motivos europeos y estaba lejos del bullicio del centro, por lo que teníamos privacidad.

Los dueños del café conocían a nuestro padre y sabían que yo era la hermana mayor de Rebeca y la cuidaría. Ella tomó algo de vino y le guiñé un ojo. Sonrió con mi gesto.

"¿Cuidaste a Enrique anoche? Mamá me lo contó", dijo después de tomar su vino.

"¿Qué tal te fue? Nuestros padres quieren que yo cuide niños y gane algo de dinero, pero no me gustan sus mocos y sus llantos".

"Me pareció bien", le dije.

"Enrique ha crecido bastante. La pasamos bien jugando juegos de mesa casi toda la noche".

"¿Y qué más?"

"¿Cómo dices?", le pregunté.

"Sabes qué piensas en otra cosa". Sonrió tras decir su frase.

"Apenas hablaste con algo de picardía y después miraste para otro lado. No estás diciendo todo. Sé que escondes algo".

Negué con mi cabeza. "Te equivocas".

Mi hermana me vio fijamente. Me conocía bien.

"De acuerdo". Le hice un gesto para que hiciera silencio.

"Estoy perdidamente enamorada de Andrés. Es todo".

"¿Andrés?"

"Andrés. Me dijo que podía llamarlo por su nombre".

Le sonreí. "Andrés me parece un buen hombre, experimentado y gentil. Me mira con tal deseo que me hace sentir totalmente derretida. Me mira con tanto deseo que siento que quiere arrancarme la ropa, pero no para hacerme nada malo sino para hacerme el amor".

"Siempre he sabido lo que sientes por él. No es nada nuevo para mí", me dijo. Movié su mano.

"¿De verdad? ¿Tan evidente es?"

Rebeca rió. "Quizás otros no lo noten, pero yo sí, porque soy tu hermana gemela, aunque nació

después".

Ambas sonreímos.

Me sentí tan avergonzada que mis mejillas se sonrojaron. Tenía razón: no podía evitar que mi hermana se enterara de mis sentimientos.

Rebeca sabía todo sobre mí, lo que en ese momento me relajó, porque necesitaba desahogarme y hablar con alguien de confianza sobre mis sentimientos por Andrés.

"¿Son novios?", me preguntó Rebeca.

"No", dije.

"Aparentemente, la muerte de su esposa le afecta bastante. No creo que quiera tener una relación. Lo entiendo perfectamente. Estuvieron mucho tiempo juntos y un hijo, que aún es pequeño. Si me hubiese sucedido a mí, no sé qué hubiera hecho".

"Tal vez sea buena idea que una chica sensual lo ayude a superar eso", dijo ella mirándome.

Reí con su comentario. "Por Dios, es diez años mayor que yo".

"No pasa nada", dijo ella.

"No debe importarte la edad, a menos que seas menor, pero legalmente ya eres una adulta. Así, no tendré que pedirte que regreses conmigo".

Reí de nuevo.

"Entiendo. Como quieres que esté en casa, quieres prostituirme".

Andrés quizás necesitaba un poco de ayuda. Rebeca podía tener razón.

Capítulo 3: Andrés

Como el resto de la gente, odiaba los lunes. Me di cuenta de que el cliente que había cenado conmigo no estaba muy convencido de mi trabajo o de la empresa, por lo que ese lunes había sido peor que los demás, tras una desagradable reunión a primera hora de la mañana por su negativa. Y detrás de mí estaba el departamento de finanzas, pues el acuerdo con este cliente representaba una alta suma.

Él y yo conversamos telefónicamente para concertar otra cena.

Él quería cenar temprano, lo que acepté, pero me percaté de que tenía que hacer algo para que cuidaran a Enrique.

Estaba en periodo escolar, por lo que yo no tenía tiempo suficiente para estar con él. Su niñera seguía lejos. Solo tenía una alternativa.

Llamé a Sandra.

"Hola", dijo. Se oía contenta.

"Hola, Sandra. Te llamo para pedirte un favor urgente", dije.

"De acuerdo. Dime", me respondió.

"Enrique sale de su preescolar a las cuatro. Tengo una cena temprano", le dije.

"Quisiera que pasaras por él y lo cuidaras mientras estoy fuera del apartamento. Hablaré con el portero para que les permita pasar al apartamento".

"Perfecto", me dijo.

"Te lo agradezco mucho", le dije.

"Te debo una. Creo que estaré en el apartamento a las siete, máximo ocho de la noche". Me sentí aliviado.

"Por mí está bien", me contestó.

"Cenaremos y luego le pondré una película para que concilie el sueño".

"De acuerdo".

Estaba feliz de contar con su ayuda para cuidar a Enrique en mi ausencia. Terminamos nuestra conversación y sonreí.

Era necesaria que me ayudara con Enrique, pues las cosas se me hacían cuesta arriba en el trabajo. No sabía qué hacer si no estuviera tan cerca.

Recordé su cuerpo, enfundado en esa ropa ajustada, y los deseos aparecieron en mi mente. Sus tetas levantadas, su trasero turgente y su linda cintura me atrapaban, pero recordé que debía concentrarme en otras cosas.

Debía enfocarme en la cena, así que me concentré en ella. Estaba costándome convencer a este cliente, lo que me mantenía tenso.

Esa tarde fui a un restaurante para encontrarme con el cliente, pero en el trayecto solo pude pensar en Sandra.

Quizás pensar en Sandra me producía una sensación más agradable que el analizar mi trabajo, así que me sentí más tenso. El recuerdo era fuerte.

La razón era que cuanto más pensaba en el cuerpo de Sandra, más recordaba que hacía mucho tiempo que no tenía relaciones y que me sentía desanimado por pensar en algo que no sucedería.

Estaba tan molesto que lo reflejé en mi cena. De todas formas, el cliente lo merecía.

El tipo era molesto y presumido. Se distraía con facilidad y se quejaba por todo.

Era como si se burlara de mí y no le importara lo que yo le dijera.

Podía pasar tiempo con mi hijo en lugar de estar ahí, sentado como un tonto. Ya estaba cansado de sus indirectas y medias verdades, así que lo presioné para saber exactamente qué quería.

"Te ofrecemos esto", le dije, acercándome a él una vez que pedimos la cena.

"Es un acuerdo excelente. Serías el primero en firmar un acuerdo así con nosotros, porque ninguno de nuestros clientes lo tiene. Eres consciente, y yo también, de que somos la mejor empresa de inversión en software del país. Pero has estado evitando mis preguntas y creo que me tomas el pelo. Hablamos sobre productos que pueden crecer en el mercado rápidamente y hay compañías interesadas. ¿Estás listo para darme tu respuesta?"

"Lo haré cuando lo considere oportuno", dijo.

"¿Habías venido aquí? Creo que es un lindo lugar". Miró alrededor otra vez.

Alcé mi voz.

"Señor Aranguren, no tengo tiempo para esos comentarios. Y voy a tutearlo para decirle esto: cancelé mis planes de hoy simplemente para encontrarme contigo a cenar y tratar de convencerte. Sí, quiero que te sientas a gusto con la empresa. Si te gusta lo que gastamos en estas cenas y te sientes bien sacándonos dinero para tus comidas y bebidas, perfecto. Me parece que no quieres que hablemos de los productos sino cenar a cuenta de nosotros. Tienes mucho dinero, pero parece que eres bastante tacaño".

"Vaya...", dijo.

"Me parece descortés de tu parte...". Levantó su servilleta y limpió su boca, muy molesto.

"Ya no digas nada más", le dije con educación, pero con firmeza.

"No quiero ser descortés. Solo te pido que te pongas en mi lugar. Puedes conseguir grandes ganancias con este proyecto y nosotros también. Pero luces distraído, como si no te importara lo que te propongo. Desde que tengo uso de razón, he sido franco y muy crudo con todo el mundo y en todas las circunstancias. Tanto, que mi empresa ha crecido gracias a ese aspecto de mi personalidad. Yo era muy honesto incluso en los comienzos, cuando todos apostaron a mi fracaso. Si sigues evitando darme una respuesta, ni tú ni yo ganaremos nada. Mis rivales en el negocio hacen eso, pero yo no. Y tal vez por esa actitud he perdido dinero, pero también me he ganado el respeto de mucha gente".

Estaba convencido de lo que le decía y esperaba que me diera resultado.

Me separé de él y crucé mis manos. Ya no se veía molesto, más bien calmado, y sonrió después de deshacerse de su servilleta.

Tomó otro trago de su bebida.

Luego agitó su cabeza y siguió riendo. Era difícil para mí entender lo que pensaba. Siempre era un problema para nosotros hacer tratos con él.

"Eso me gusta: vas al grano conmigo", me dijo.

"Hay muchos que se me acercan, pero tratan de esquivarme. Nadie quiere darme la cara. Te felicito".

"Te lo agradezco", le dije.

"Disculpa si te ofendí con mi actitud". Me sentí aliviado.

"No es necesario", dijo, negando con sus manos.

"Lo que dijiste es cierto. Ahorro todo el dinero que puedo. Ahorro casi lo mismo que gano. Soy tacaño. Es como dice la gente: los ricos son ricos porque son tacaños. Invertimos grandes cantidades, pero estamos siempre pendientes del dinero. Crecí en la villa más pobre de mi país y no teníamos para comer. Después me mudé a este país y me hice rico, pero esa infancia de pocas cosas sigue dentro de mí".

"¿Leíste el contrato?"

"Sí", dijo.

"De hecho, lo hice antes de que cenáramos el sábado. Debo decirte que en el departamento de finanzas hicieron una evaluación un poco inexacta. Y no es que la cena en ese majestuoso restaurante no me hubiera gustado. Sé que todos ganaremos con esa inversión. Pero esperaba conocerte más y saber que tú controlarías el desarrollo. Solo quería ver cómo hacías las cosas antes de poner mi dinero en algún producto".

Reí con sus palabras.

"¿Querías que enloqueciera? Parece que elegiste al hombre perfecto para esto. Mi compañía ha crecido gracias a mis instintos. He aplastado a los que se han interpuesto en mi camino cuando lo he necesitado".

"Creo que lo único que le pasará a mi dinero será que crecerá mucho. Estaré contento contigo mientras actúes como estás haciéndolo ahora", me dijo.

"Algunos pendejos no ven que para crecer en los negocios se necesita tener pelotas, pero tú lo entiendes. Y, además, tienes esas pelotas. Ya me habían hablado de tu reputación, pero quería verlo por mi cuenta".

Seguimos cenando y hablando del contrato, mi empresa y otros temas que no tenían nada que ver con productos de computación.

Después de terminar, me sentí a gusto con el viejo engreído, sus ganas de arriesgarse en los negocios y su forma de cuidar su dinero.

Estaba contento de volver a cenar con él después de todo. Ambos buscábamos lo mismo: sentirnos identificados.

"¿Entonces puedo volver con mis empleados para contarles que llegamos a un acuerdo?". Pagué la cuenta.

"Firmaremos todo y les diré que te envíen los contratos mañana temprano. Si no hubiera llegado a un acuerdo contigo, me sentiría como un estúpido". Sonrió después de decir eso.

Estrechamos nuestras manos y nos alejamos. Era como si volviera a mis inicios. Sentí que firmar ese trato con un cliente tan difícil había despertado la fuerza dentro de mi ser.

Llegué al apartamento, Enrique estaba durmiendo y Sandra estaba sentada en el sofá, viendo televisión y esperándome. Se levantó y sonrió ante mi llegada.

"¿Qué tal te fue? Cuéntame".

"Tengo un nuevo cliente. Y está feliz de ser parte de mi proyecto", le dije. Sonreí.

"Me alegro por ti", gritó.

"¡Te felicito! Creo que sería buena idea celebrar esta buena noticia. Hice torta de queso para Enrique y para mí. Guardé un trozo, así que podremos comer".

Sandra entró en la cocina y yo sonreí. Di unos pasos y descubrí las fotos de Elena, Enrique y yo. Supe que Elena habría estado contenta por mi acuerdo.

Tan contenta que habría buscado champán para celebrar mientras yo le contaba todo lo que había pasado.

Parecía que había transcurrido mucho tiempo, pero no era tanto.

Elena no estaba en el sector de la informática, pero había sido mi compañera desde el comienzo, lo que le hubiera permitido entender que el proyecto era muy importante. Ella siempre me había dado aliento.

Sin embargo, pensar en sus recuerdos me hacía sentir triste y me desanimaba, a tal punto que cualquier buena noticia, como esa, me parecía insignificante.

Había estado deprimido y somnoliento por esa razón.

Pero esa noche no podía permitirme volver a sentir eso.

Me había esforzado mucho y había conseguido el trato.

Sandra estaba conmigo y quería celebrar. Tomé aire y dejé que los pensamientos se marcharan.

Sandra era parte de mis pensamientos recurrentes.

Tanto, que mis sentimientos parecían moverse gracias a su presencia en mi cerebro.

Pensé en Sandra durante la cena, lo que me permitió tomar impulso para hablar con él. Pero antes de tener esa fuerza, la frustración por la imposibilidad de cerrar el trato me había cegado durante los momentos previos y los minutos anteriores a la cena. Y por momentos esa molestia se había incrementado.

Afortunadamente pude derrotarla y lograr mi cometido. Sin embargo, me costaba pensar que tendría la fortaleza de lograrlo de nuevo, si fuese necesario.

Tener relaciones con Sandra podría abrirme el camino y hacerme sentir mejor, así que decidí tenía que seducirla.

Fui hacia mi minibar para buscar una botella de champán.

Vi hacia arriba y noté que Sandra regresaba a la sala de estar. En sus manos había dos platos de torta de queso.

Puso ambos platos en la barra. Me detuve y contemplé su rostro, sin preguntarme por qué lo hacía.

Sonrió y me miró mientras buscaba dos vasos.

"Sandra, ¿ya tienes 21 años?"

Sonrió de nuevo.

"Así es", dijo ella.

Descorché el champán.

"Me parece estupendo", le dije.

Lo serví en dos vasos y le di uno.

"Brindo por mi éxito y por tener a una chica maravillosa que lo celebra conmigo".

Chocó su vaso contra el mío y probó la bebida.

"De nada", dijo ella.

"Supongo que tienes novio en la Universidad Andina".

Me senté y tomé un trozo de pastel y bebí un sorbo de champán.

"De hecho, supones mal. No me queda tiempo para un novio". Sandra rió.

Con cada segundo que pasaba sentía más y más ganas de cogerla, así que esas frases fueron música para mis oídos.

Capítulo 4: Sandra

Andrés seguía en mi mente. Pensaba constantemente en él desde que lo había visto con Enrique.

No debía esforzarme por intentar sacarlo de allí. Y algo había cambiado. Una necesidad profunda de besarlo latía dentro de mí.

Mis pensamientos eran más íntimos. Había querido sentir su piel desde que lo vi entrar a su apartamento, feliz por su nuevo contrato.

Abrimos el champán y bebimos. Por primera vez lo veía tan feliz. Escuché atentamente todo sobre su gusto y cómo había recuperado su "pasión inicial", como él le decía.

Me pareció una faceta espectacular de su vida y su trabajo. Esa felicidad iluminó mi corazón. Me sentí contento por él.

Su vida había sido triste recientemente, pero ahora parecía estar cómodo y relajado. Era fácil sentir esa alegría, aunque yo no era el motivo de esa felicidad.

Fui a la sala de estar del apartamento de mis padres.

Mis pensamientos me invadieron mientras me acosté en la orilla. Sentía muchas más cosas de las que podía asimilar.

Había estado lejos de mi ciudad y me costaba adaptarme de nuevo, y más cuando tenía tantas ganas de estar con Andrés. Sin embargo, salir con él no era parte de mis planes.

Yo no era buena para las relaciones, y mucho menos valiente para invitar a salir a alguien. Sin embargo, quise llamarlo para cerciorarme de que todo iba bien. Me sentí nerviosa, pero respiré profundo y marqué su número.

Puse mi celular en mi oído.

"Sandra, qué gusto escucharte", respondió Andrés.

"Hola, Andrés", le respondí con alegría.

"¿Cómo te sientes? ¿Sigues feliz?"

"Sí, lo estoy. Esta mañana tuve una excelente reunión". Rió con fuerza.

"Qué bueno", le respondí.

"Llamaba para cerciorarme de que no requieras de mis servicios antes de que me vaya".

"De hecho, quisiera verte", me dijo.

"Tengo muchas ganas de invitarte a cenar. Eres una chica estupenda y te mereces una buena cena al menos en tu descanso universitario. Te debo varios favores, así que es mi forma de darte las gracias. ¿Qué opinas?"

"Me parece una buena idea", le respondí.

"Perfecto. Te espero en mi casa a las seis", dijo.

"Me parece perfecto", contesté. Sonreí y colgué mi teléfono.

Me vestí, buscando algo sexy, aunque no tanto, y linda para Andrés. No quería sentirme incómoda con Enrique. Me vi al espejo y luego fui a tocar su puerta.

Respiré, sintiéndome ansiosa, y sonreí. Andrés abrió la puerta. Sonrió y me vio fijamente. Sus ojos se abrieron de par en par.

Enrique salió corriendo y se detuvo cuando me vio.

"Guau, señorita Sandra. Se ve hermosa", dijo.

"Gracias por el comentario", le dije.

"Tú también luces bien con ese pequeño traje".

Se veía orgulloso. "Es igual al de papá", me dijo.

"Sí, puedo verlo", le respondí.

"Tengo suerte de salir con dos chicos muy lindos y elegantes". Vi a Andrés y se ruborizaron mis mejillas.

Salimos al apartamento y fuimos a El Bosque. Era un restaurante esplendoroso, muy cerca de nuestros apartamentos.

Mi padre solía llevarnos a ese lugar, porque era uno de sus favoritos, así que me sentía a gusto a pesar de mis nervios.

Buscamos una mesa y nos sentamos.

Enrique puso su servilleta en su regazo con mi ayuda y le di un trozo de pan con mantequilla. Andrés me miraba con malicia.

"¿Y tus padres?", me preguntó.

"No he sabido nada de ellos en un tiempo".

"Están bien", le respondí. "Pero como estaban tan ocupados, terminé tomando un vuelo hace un par de días y llegué por mi cuenta. No los veré hasta volver a la universidad, lamentablemente. Llevaré a Rebeca de vuelta a su colegio y luego iré a mi universidad otra vez".

"Lamento la situación. Entiendo que deben estar tristes porque no pueden estar contigo", dijo.

"Ya me acostumbré. Los negocios no entienden de familia ni de amigos". Encogí mis hombros.

Cenamos mientras hablábamos sobre Enrique y sus estudios, la compañía de Andrés y mi universidad.

Se había graduado en otra universidad de élite como Universidad de las Nuevas Tecnologías, así que sabía cómo me afectaba la presión.

Terminamos nuestra cena y Enrique lucía inquieto, por lo que Andrés pagó y salimos.

"Podríamos volver a mi apartamento y veríamos una película los tres".

Sonreí. "Me parece bien", le dije.

Enrique escuchó emocionado. "Veamos Peter Pan", dijo,

Sonreí mientras veía a Andrés.

"Peter Pan me encanta. Es una de mis favoritas", le respondí.

Me sentía muy bien con ambos. La velada había sido estupenda. Cuando habíamos visto buena parte de la película, Enrique cayó dormido sobre mi regazo.

Me sentí nerviosa al tenerlo dormido sobre mí.

Andrés levantó a Enrique y luego volvió, no sin antes ir a la cocina y buscar una botella de vino tinto. Sirvió en dos vasos y se acercó a mí.

Puso la botella y los vasos sobre la mesa y se sentó justo a mi lado.

Tomamos toda la botella y me sentí calmada a su lado. Habíamos avanzado y ya hablábamos con más tranquilidad sobre nosotros.

"¿Te dije que eres una mujer preciosa?", me preguntó.

"No lo has hecho. Igualmente, te lo agradezco", le dije sonriendo.

"Soy yo quien te agradece por acompañarme esta noche", me dijo, quitando un cabello de mi cara.

Sus dedos sobre mi piel incendiaron mi cuerpo. Había mucha tensión en el aire.

Se acercó a mí, tocó mi rodilla y con su otra mano palpó mi mejilla.

Su boca cálida se acercó a la mía y cerré los ojos. Me presionó con fuerza. Me dejé llevar.

Me besó de forma suave al principio, y luego fuerte y muy intenso. La pasión y el vino inundaron mi mente.

Dejé mi vaso en la mesa y fui por él. Rápidamente llevé mis manos a sus piernas y el beso siguió. Andrés se separó un poco, besó mi mejilla y luego se levantó.

Tomó mi mano sudorosa para que me pusiera de pie y me llevó a su cuarto. Luego cerró la puerta

silenciosamente.

Di unos cortos pasos y al mirar hacia los lados.

Noté que una suave luz entraba por la ventana, siendo el único hilo lumínico a mi alrededor.

La atmósfera estaba cargada de toda nuestra pasión y deseo. Ambos nos contemplábamos y tomábamos ese aire tan cargado.

Andrés fue a mi encuentro y sus manos tocaron mi cara. De nuevo sus besos apasionados cayeron sobre mi boca y robaron toda mi respiración. No tuve tiempo para pensar.

Sus labios se sentían sensuales, hambrientos, y también fui a su encuentro, pasando mis manos por su abdomen.

Desabroché su camisa y sus labios fueron presurosos desde mi boca a mi cuello. Entonces bajó la cremallera de mi vestido, con suma lentitud, y bajó los tirantes por mis hombros.

Mi vestido cayó bajo mis pies.

Tocó mis pechos, pasando sus manos lentamente por mis pezones mientras yo me deslizaba mis dedos por su cremallera.

Solo podía pensar en tenerlo dentro de mí. Más placer se asomaba en el aire.

Retrocedió para deshacerse de su camisa y su ropa interior. Sentí que su piel me llamaba y sabía que él sentía lo mismo.

Nos tocábamos intensamente, y yo caminé hacia atrás suavemente hasta que quedé cerca de la cama y caí con mi espalda sobre ella.

Descubrí a Andrés sacando los calzoncillos de su cuerpo, con su enorme pene mostrándose ante mí mientras yo buscaba alguna almohada para reposar mi cabeza.

Era un pene tan grande que me asombré, pero nuevamente no tuve tiempo de nada. Otro beso suyo atrapó mis labios.

Llevó sus dedos mágicos por mi estómago tembloroso y luego sobre mi vagina. Ya estaba acostado a mi lado en la cama. La tocó con suavidad y la sintió suavemente.

Gemí varias veces sobre su piel.

Después separé mis piernas y sus dedos abrieron mis labios vaginales. Sintió mis líquidos con su dedo, tras lo que lo sacó y dibujó círculos en mi clítoris.

Gemí de nuevo y mi cuerpo se retorció con la calidez de su tacto en mi cuerpo.

Era un hombre demasiado sexy y sabía cómo excitarme.

Llevé mi mano hacia su abdomen y busqué su pene mientras miraba sus ojos.

Él los cerró rápidamente al sentir mis dedos en su erección. Reaccionó bruscamente, moviendo mis dedos en mi vagina, deteniéndolos un momento y luego presionando profundamente.

Sudé mientras Carlos me arrancaba algunos alaridos, y mis caderas se movieron hacia arriba mientras sentía sus dedos en mi interior y después los sacudía fuera de mí. Yo me sentía más excitada con cada movimiento.

Giré suavemente y toqué sus tensas bolas con mi otra mano.

Ejercí una fuerte presión en su tronco con una mano y con la otra acaricié sus bolas. Después moví mis manos con más fuerza y él hizo lo propio.

Era un movimiento tan frenético que empecé a sentir que no podía controlar mi cuerpo.

Puso sus labios en mi oído con suavidad, acercando su rostro al mío.

"Te deseo", me dijo en voz baja.

Separé su rostro del mío y vi sus ojos.

"Entonces tóname", le dije.

Se separó un poco y me empujó. Luego se acercó con rapidez y separó mis piernas.

Tocó mis piernas con las suyas y yo empujé mis caderas hacia adelante, como si pidiera ser penetrada. Él bajó las suyas y seguidamente me penetró.

Llevé mis piernas a ambos lados de sus caderas y arañé su espalda con furia. Sus manos me tomaron por la espalda.

Giraba sus caderas hacia arriba y hacia abajo, empujándose con fuerza sobre mi clítoris con cada movimiento hacia abajo. Subí un poco y con mi mano tapé mi boca para que mis gritos no llegaran al cuarto de Enrique.

Andrés lo notó y sonrió. Empezó a moverse con más intensidad. Pero ya no se veía feliz. Ahora se veía como un hombre rudo.

Ya estaba más excitada.

Me sujeté a él y llevó su cuerpo sobre el mío con más fuerza que antes. En apenas unos segundos me vine.

Fue hacia abajo y mi clítoris sintió el desborde de pasión que después recorrió todo mi cuerpo. Era una sensación que me superaba.

Andrés llevó su cuerpo más cerca del mío y mi aliento poco a poco se normalizó.

Se agachó, se acercó aún más a mí y se tocó el pene, llevándolo hacia delante, tocando su pene primero lentamente y luego con más rapidez.

Con su pene erecto y tenso y su cara inclinada hacia atrás, gritó con mucha fuerza y sacó todo su semen de su cuerpo, llenando mi vientre, mis hombros, mis senos y mi vientre. Entonces su cuerpo quedó muy rígido.

Gemí y toqué mis tetas para recibir todo su líquido.

Ví sus ojos mientras acababa en mi anatomía. Era excitante. Era ardiente. Era apasionado. Tanto, que me costaba calmarme en un momento así.

Poco a poco relajó su cuerpo y su respiración, vaciándose para luego levantarse de la cama en busca de una toalla.

Yo me congelé, tratando de recobrar la calma y esperé su regreso. Volvió y me aseó con delicadeza.

Los fluidos que demostraban nuestro encuentro quedaron en la pequeña toalla verde que tenía en sus manos.

Lo miré y sonreí suavemente, pero en mi cabeza, sabía que tenía que ir.

Capítulo 5: Andrés

Vi a Elena. Me asombró verla tan distinta después de tanto tiempo. Era una mujer con una piel dulce, tersa, y su rostro era un huracán de felicidad. Se encontró conmigo y tocó mis manos.

El eco de su voz se oyó en las paredes. "Andrés", dijo.

"Solo quiero que seas un hombre feliz".

Respiré con cansancio y las gotas de sudor caían en mi pecho. Me senté en la cama cuando oí sus palabras. Me levanté y descubrí mi soledad. Había estado soñando.

Caí sobre la almohada y giré mi cabeza, viendo el espacio vacío que antes había ocupado Sandra. Recordé nuestro encuentro, nuestras sensaciones extremas, pero no sabía cómo sentirme.

Era una rara emoción que no sabía describir, y se mantuvo en mi cuerpo mientras mi mente recordaba el sueño.

¿Debía sentirme bien o mal, culpable por haber hecho algo malo?

Escuché mi despertador sonar ferozmente. Lo apagué y fui a la ducha velozmente.

Me bañé durante unos cuantos minutos.

Salí, me sequé y me vestí para bajar a prepararnos el desayuno para mi hijo y para mí. Lo hice y luego fui a su habitación para despertarlo. Lo vestí y le pedí que bajara.

Tanto él como yo solíamos tener problemas para sentirnos despiertos tan temprano, por lo que nuestro apartamento siempre estaba silencioso a esa hora mientras el sol inundaba la sala de estar y el desayuno aún estaba caliente.

Tomé café y emprendimos el camino a la escuela y a la oficina.

Mi oficina era un espacio para concentrarme en la innumerable serie de cosas pendientes que siempre tenía.

Cuando llegaba a mi trabajo me olvidaba del resto del mundo, pero ese día era distinto.

Mi esposa fallecida ahora aparecía en mis sueños, por un lado, y por el otro, Sandra y yo habíamos pasado un agradable momento, lo que me dificultaba enfocarme en mis labores.

Sí, leía los correos electrónicos o los mensajes nuevos, pero mi cerebro de inmediato pasaba a otro sitio, como un parque que visité con mi esposa o el placer que había experimentado con Sandra.

Necesitaba pensar en otra cosa u otra persona tras pasar todo mi día sufriendo. Olvidaba cuál era el motivo principal de mi trabajo por estar pensando en Elena y Sandra.

Quizás era el momento de pensar en la persona más importante de mi vida. Tomé mis cosas y salí de mi oficina antes de lo previsto. Entonces pasé por Enrique temprano. Iríamos a pasear por la ciudad.

Fuimos al parque y comimos helado.

Él se lo merecía y yo también. Nos sentimos exhaustos y decidí volver al apartamento.

Enrique cantó una canción escolar que había aprendido ese día. La interpretó mientras bailaba como si tuviera una dosis alta de azúcar en su cuerpo.

Reí con sus movimientos. Pasamos por el apartamento de Sandra.

Ella abrió su puerta y salió al pasillo con Rebeca detrás de ella.

Me congelé por un instante, con mis pies casi cediendo ante mi peso, y luego la vi. Sonrió y su hermana salió por el pasillo. Cerró su puerta y giró para verme.

"Me gustaría que conversemos más tarde", le dije.

Caminó en busca de su hermana.

"De acuerdo", me respondió. Sonrió de nuevo y se giró.

Enrique y yo llegamos a nuestro apartamento. Busqué una cerveza en la cocina y vi la ciudad frente

a mí, en las ventanas.

Empezó a jugar con sus juguetes en la alfombra. Sandra había dicho que sí conversaríamos, pero no sabía qué pensaba sobre lo que había pasado entre nosotros.

Sandra estaba muy buena y era una linda chica, pero no podía obligarla a nada. Y yo, por otra parte, no quería tener un compromiso con una chica, aunque sí quería coger a Sandra cuantas veces pudiera antes de que volviera a sus estudios.

No quería usar a Sandra para satisfacerme. Me gustó estar con ella, aunque sentía culpa.

Era como si me aprovechara de su inmadurez o sus deseos juveniles. Pero me calmé.

Ella ya era una mujer adulta. Ya no era una menor de edad, y podía ayudarla a aprender sobre sexo. Aunque no era una razón razonable, me convencí de que sí lo era.

Seguí viendo la ciudad a través de mis ventanas y los pensamientos de Sandra se mantuvieron en mi mente.

Había salido de su apartamento y vestía unos pantalones claros hasta la rodilla y una corta camiseta ajustada, sin mangas.

Sandra causaba en mí un efecto que ninguna otra mujer me producía.

Mi pene se había estremecido. Y no solo él sino el resto de mi cuerpo.

Y, sin embargo, no era motivo suficiente para iniciar algo serio con ella. Además, regresaría a su universidad pronto. Enrique salió de su habitación y se acercó a mí.

"Papá, quiero que pintemos con los dedos", me dijo.

"Me parece una excelente idea", le respondí.

Me incorporé y fuimos de la mano a su cuarto.

Pusimos un caballete y un lienzo y decidimos pintar un cuadro juntos. Una "coproducción". Por primera vez, pintábamos en un lienzo, y me sentí feliz.

Amaba pasar tiempo con mi hijo. Siempre me hacía sentir mejor. Terminamos y nuestros cuerpos estaban llenos de pintura.

Nos reímos tanto al vernos así que la habitación se llenó con nuestras risas.

Sandra llegó en la noche. Ella llegó y de inmediato me sentí cómodo y feliz con su presencia.

Sonrió ampliamente y tenía bolsas de comestibles colgadas en sus hombros.

Sentí que ella estaba en su casa, pero saqué ese pensamiento de mi mente. Yo quise cocinar, pero ella insistió en ser la que preparara nuestra cena. Decidí dejarla porque pensé que se sentiría bien haciéndolo.

Nos sentamos a la mesa y conversamos lo que habíamos hecho.

Escuchó con mucha atención a Enrique mientras me hablaba. Terminamos nuestra cena e hice lo que siempre hacía con Enrique: dejé que viera televisión, luego lo bañaría y después lo llevaría a dormir.

Estaba tan agotado que durmió al poner su cabeza sobre la almohada.

Lo dejé en su cuarto y fui a la cocina. Tomé la mano de Sandra, puse su cuerpo sobre la mesa y quedamos frente a frente.

"Me gustaría que seamos honestos", le dije.

"Me encantó que tuviéramos relaciones. No quiero tener algo serio, aunque reconozco que fue un momento espectacular. Lo hice porque lo necesitaba y la chica que está sentada justo frente a mí me parece una mujer estupenda".

Aguardaba su respuesta. Contuve mi respiración mientras ella permanecía callada, analizando mis frases.

Mi cuerpo se tensó y cerré mis puños. No quería causar una mala impresión en la primera chica con

la que me sentía bien después de mucho tiempo.

Era joven y su espíritu era libre, y yo no quería quedar como el hombre mayor que estropearía sus sentimientos, a tal punto de que no podría confiar en ningún otro hombre.

Suspiró profundamente y sonrió. Sentí que el aire estaba un poco más tranquilo. Pero solo un poco. "Puedes estar tranquilo", dijo ella.

"Lo pensé que avanzaríamos o algo así. Somos adultos y sabemos lo que hacemos. Sé que eres un hombre mayor que yo. Yo también la pasé muy bien contigo. Lo digo en serio. Entiendo que tienes una vida hecha, un hijo pequeño y un pasado que te ha costado superar. En cuanto a mí, soy una joven soltera y tengo muchos planes, como graduarme. Y en cuanto a mi edad, no te preocupes. Soy consciente de lo que pasó".

"Perfecto", le dije mientras tocaba sus manos.

"Lo digo porque no quiero herirte".

"No lo haces. Aunque durante mucho tiempo estuve locamente enamorada de ti. Lo reconozco". Sandra sonrió.

"¿Cómo dices?", le respondí.

"No puede ser". Estaba muy sorprendido.

"Así es", dijo ella entre sonoras risas.

"Lo estuve por mucho tiempo. Y también reconozco que te tuve en mis pensamientos también por mucho tiempo".

"¿Intentas decirme que has tenido fantasías conmigo?".

Abrí más mis ojos y bajé el tono de mi voz.

"Puede ser", dijo ella. Sus mejillas se sonrojaron.

"Lo tomaré como un sí".

"Bueno, sí. Fantaseé contigo muchas veces", admitió.

"¿Y tú?". Sonrió de nuevo.

"Si te digo que no fantaseé contigo antes de nuestro encuentro de anoche, te mentaría", le dije.

"Tú y tu lindo cuerpo han estado en mis pensamientos desde que llegaste".

Me levanté y me acerqué a ella. Puse mis manos sobre su cuello y la llevé hacia adelante.

La besé con pasión y moví su cabeza como quise.

Pasé mi lengua a su garganta y ella me devolvió el beso.

Mi pene notó los movimientos rabiosos, pero su celular repicó.

"Vaya", dijo cuándo lo vio.

"Es mi hermana. Debo responderle".

Suspiré y me alejé de ella. Escuché su saludo. Apenas cruzaron otras palabras y noté que se preparó para irse.

Terminó de hablar, bajó su mirada y respiró profundamente.

"Rebeca quiere que veamos una película", dijo. "Quizás sea algo bueno después de todo".

"¿Ver una película será algo bueno?".

Ya estaba de pie y ajustaba su camisa.

"Sí. Quizás sea bueno para que no hagamos algo tú yo", me respondió.

"Para que no compliquemos nuestras vidas. Me parece buena idea que conservemos el lindo recuerdo de lo que pasó y sigamos con nuestras vidas".

"Sería buena idea, como dices", le dije a modo de despedida, aunque mi pene quería que ella se quedara.

Sentí deseos de probar sus labios otra vez, pero sabía que no debía hacerlo después de la charla

que habíamos tenido. Entonces fue hacia la puerta de mi apartamento.

La acompañé, tratando de ocultar mi erección. Sonreí ampliamente mientras sonreía para desearme buenas noches.

"Te agradezco la cena que nos preparaste", le comenté.

"Estoy a la orden". Sonrió después de decir eso.

"Y gracias a ti por esta magnífica velada".

Cerré la puerta. Me recliné y cerré mis ojos. Me mantuve al lado de esa puerta por un rato, mientras luchaba contra mis pensamientos y recobraba la calma.

Después di unos pasos y me senté en el borde del sofá, moviendo mi cabeza hacia ambos lados y viendo mi pene creciendo entre mis pantalones.

Aún no podía sentirme tranquilo, pero mis pensamientos estaban ya en otros lugares. Otros lugares como las sinuosas curvas del cuerpo sensual de Sandra, sus pechos redondos, sus gemidos vibrando en las paredes de mi dormitorio por los movimientos de mi pene en su vagina, su clímax y sus caderas temblando bajo mis muslos.

Cuando abrí mis ojos y moví mi cabeza una vez más, mis manos tocaban mi pene hacia arriba y luego hacia abajo.

Corrí hacia el baño, me desnudé y abrí la ducha. Rápidamente me metí para evitar que mi pene bajara.

Sandra debía salir de mi cerebro cuanto antes. Lo sabía por lo que me había dicho.

Mi pene estaba erecto bajo el agua que caía sobre mi piel.

No sería sencillo pensar en otra cosa que no fuese ella.

Capítulo 6: Sandra

"Entiendo que en algunos momentos esta ciudad es una fiesta de locos", le comenté a un vecino del apartamento.

"Pero estuve mucho tiempo en Las Villas, así que me siento bien de volver a casa. Y esta ciudad es aburrida, sí, pero es un lugar vistoso y con lindos colores".

Mi vecino rió.

"Comprendo lo que dices. Me gustaba mucho cuando empecé a estudiar, pero cuando terminé mis estudios en la Universidad Andina, solo pensaba en regresar a El Trigal".

Yo desconocía quién era ese vecino, pero habíamos tenido breves charlas en dos ocasiones.

Al principio me pareció amigable, pero luego soltó su actitud engreída típica de muchos estudiantes de la Universidad Andina. Como había estudiado allí, podíamos conversar sobre ese tema, lo que muchos no podrían hacer.

"Recuérdame tu especialidad", me pidió.

"Estudio Educación", le dije.

"Siempre he querido enseñar".

"¿No estudias Derecho para seguir el camino de tu padre?".

Reí con su pregunta.

"De hecho, no. No me veo a mí misma como abogada".

"Honestamente, yo tampoco te veo como abogada", dijo.

"Pero siento envidia de tu padre. Es un tremendo abogado. Un zorro viejo. Dio un discurso el año pasado al que tuve la suerte de asistir. El punto principal era el esfuerzo y la perseverancia. Me inspiró mucho". Sonrió.

Vi a Andrés y sonrió. Salió de su apartamento y se acercó a nosotros.

"Te entiendo. Sabe convencer y es elocuente", le dije antes de que Andrés llegara.

"Andrés, hola", le dije. "Te presento a Gustavo. Se graduó en mi universidad, la Universidad Andina".

"Hola", dijo Andrés. Se oyó distante.

"¿Te graduaste allí también?", le preguntó Gustavo.

"De hecho, me gradué en Universidad de las Nuevas Tecnologías. Y ahora dirijo una compañía de ingeniería de software que vale mil millones de pesos y tiene sus oficinas principales aquí en la ciudad. Ah, y la fundé yo. Disculpa, ¿tú a qué te dedicas?", preguntó Andrés.

"Yo... bueno, es mi primer año como corredor en Torres y Asociados," dijo. Estaba tenso.

"Bueno, Sandra, me alegró verte. Éxitos en la universidad. Cuando vuelvas, llámame. Fue un placer conocerlo, caballero".

Andrés asintió con su cabeza. Volteé y lo vi con cierto desprecio. Levantó su mandíbula para ver a Gustavo ir hacia los ascensores.

Noté que había empezado a comportarse como un pendejo, apuntando sus dedos hacia la cima, donde estaba su éxito.

Él me vio y encogió sus hombros. Luego volvió a su apartamento.

Hablaba con mi vecino sobre mi universidad, y él había aparecido de la nada, como un patán, celándome de Gustavo como si yo le perteneciera o como si Gustavo y yo estuviéramos tirando en el pasillo, así que yo no quería que se marchara así cómo así. No después de lo que había hecho. Ya lo habíamos hablado: Andrés solo quería pasar un rato conmigo, lo que me había parecido bien... o eso fue lo que le había dicho para evitar parecer una universitaria calenturienta.

"Me gustaría que habláramos", me pidió Andrés mientras íbamos hacia su apartamento.

"Me parece muy bien", le dije con sinceridad.

Andrés me agradaba. Ya él lo sabía. Entonces no me gustó la idea de esconder mi nerviosismo.

Había tenido relaciones sexuales muy placenteras con el hombre que me había gustado durante mucho tiempo. Y ahora parecía que simplemente se iría de mi vida. Eso solo me hacía sentir peor. Pero eso era irrelevante en ese momento.

Lo que me importaba más era que Gustavo y yo charlábamos, pero Andrés había aparecido para humillarme. Él sabía lo que hacía y por qué lo hacía. Era un hombre inteligente.

Pasamos a su apartamento. Fui a la sala de estar y me quedé junto a las ventanas.

Crucé mis brazos delante de mí en señal de molestia y esperé por Andrés. Fue hacia la habitación de Enrique.

Se quedó un rato allí para verificar que estuviera dormido. Sentí que había preparado lo que iba a decirme.

Esperé que planteara muy bien sus razones, porque me parecía que no debía actuar así bajo ningún concepto.

Había actuado como un imbécil echándole en cara a un vecino más pobre que él que poseía una empresa que facturaba miles de millones de pesos.

Era afortunado por ser uno de los pocos seres en el mundo con una empresa como esa, pero esa no era razón para andar por la calle presumiendo. Y aunque tuviera, o no, sentimientos hacia mí, su reacción era una cagada.

Tratarme en público de ese modo no me haría sentir ningún tipo de atracción. Tampoco lo lograría mostrándome su billetera. Podía ser exitoso o adinerado. Me daba igual.

Giré para verlo cuando llegó a la sala.

"¿Tienes algo en contra de mi vecino Gustavo?"

"¿De qué hablas? Pensé hablar sobre mi carrera porque ustedes hablaban sobre las suyas", dijo, como si no le importara.

Me sentí muy tensa, pero él solo encogió sus hombros y fue hacia el minibar para prepararse un trago. Evitaba mirarme o agregar algo.

Hablaba como otra persona. Me costaba asimilar sus frases.

Dejó caer varios cubos de hielo en el vaso, uno por uno, con suma lentitud, y luego agregó vodka.

Tomó un trago y un ruido asqueroso salió de sus labios.

Me sentí peor por sus ruidos y su indiferencia. Parecía un patán presumido, lo que me alejó de él.

"¿Quieres saber lo que opino?", le dije.

"¿Qué opinas?"

"De repente saliste de tu majestuoso apartamento, no sé para qué, porque aparentemente no tenías nada que hacer, me viste conversando con un vecino, y te enojaste. Entonces te volviste loco de celos y sacaste a relucir tus moneditas de oro".

"Sientes celos", le dije.

Sí, estaba celoso de verme conversar con Gustavo. Andrés rió. Tomó más vodka, pero no pudo disimular su rubor.

Abrí mi boca y levanté mis manos cuando entendí que podía tener razón. Sonreí para mis adentros ante esa posibilidad, pero sentí que debía continuar.

Me molesté de pensar que andaría por ahí, humillándome delante de todos los hombres que quisieran charlar conmigo.

"Te pusiste celoso por Gustavo. Sí. Eso fue lo que pasó", le dije.

"Eso no es verdad. Eres una mujer libre", dijo.

"No sentí celos ni nada por el estilo. Puedes conversar con quien quieras a la hora que quieras y donde quieras. Y como lo he dejado claro, permíteme decirte ahora que no deberías pasar tiempo con un tonto como ese". Puso su vaso sobre la mesa

Estaba furiosa.

"Disculpa. ¿Un tonto como ese?". Me acerqué a él y lo miré fijamente.

Se acercó a mí.

"Un tonto como ese, que se acuesta con tres mujeres distintas, o más, durante la semana. Las trae aquí y todos las vemos", me contestó.

"Sandra, mereces un buen compañero. Sí, tú y yo la pasamos bien. Me gustó y aclaramos que no queríamos nada más. Pero sigues pareciéndome una gran mujer, muy atractiva y talentosa, que sabe lo que quiere y trabaja para conseguirlo".

"¿Entonces qué paso debo dar?", le pregunté, acercándome más a él.

"Te lo pregunto porque al parecer sabes todo lo que me conviene".

Negó con su cabeza. "Pues no sé", dijo.

"Lo que sí sé es que ese tipo no debería formar parte de tu vida".

Le di un fuerte golpe mientras avanzaba hacia él.

"Mira, entiendo que me ves como la pobre niña que debes proteger, pero puedo cuidarme por mi cuenta. Tengo un carácter fuerte y no dependo de ti", le dije.

"Gustavo no me atrae. Él fue a la universidad a la que voy, por lo que sentí las ganas de conversar con él solo un poco. Sin embargo, apareciste tú como el héroe de la historia, mostrando tu capa larga y asustando al vecino como si fuese un villano".

Andrés se notaba tenso e incluso alegre por haber despachado a Gustavo con sus palabras altaneras.

En cuanto a mí, ningún hombre había hecho algo así por mí, lo que me llevó a pensar que debía estar molesta.

Yo no era su objeto. Sin embargo, solo me sentía muy excitada. Y ciertamente tenía un fuerte temperamento, pero delante de la sensualidad de Andrés quedaba relegado.

Quería recibir más de esos celos y esa actitud arrogante.

Ambos estábamos tensos. Se notaba en nuestras miradas, que también transmitían deseo.

¿Debía golpearlo o besarlo? No lo sabía, pero sí sabía que debíamos hacer algo para que nuestros cuerpos no se derritieran.

Él lo intuyó, así que relajó la tensión tomándose por el cuello. Me besó con furia y yo clavé mis uñas en su espalda.

Sentí cómo sus labios levantaban el deseo en mi cuerpo.

Nuestros dedos tocaron nuestras cinturas. Pero no pude quitarle su ropa, porque paró mis movimientos, se acercó a mí y me despojó de mi blusa.

Humedeció sus labios y mordió el inferior.

Llevó sus dedos sobre mi sostén y después sobre mis bragas.

Luego desabrochó mis pantalones y los tiró a un lado.

Puse mi mano sobre la pared para no caer y con la otra desabroché mi sostén. Mis senos quedaron en libertad.

Sus dedos bajaron mis bragas y pasó su lengua hambrienta por mis pezones al mismo tiempo. Entonces retrocedió y llevó mi cuerpo al sofá.

Se puso de rodillas frente a mí y sujetó mis muslos. Incluyó mi cuerpo hacia adelante y luego abrió mis piernas.

Llevó su cabeza al espacio entre ellas. Su lengua traviesa salió de sus labios y se empapó con mis líquidos.

Mi cabeza quedó atrás y mi garganta se tensaba, calmando mis gritos que pedían salir. Era un placer intenso.

Chupó mi vagina, la besó por completo, sació su sed con ella. Después besó mi clítoris y lo succionó con toda la furia de su deseo.

Llevé mis manos hacia la orilla del sofá y gemí cada vez que su lengua pasaba por mi cuerpo. Rápidamente levantó mis piernas y las puso encima de sus hombros.

Metió su cabeza de lleno en mi húmeda vagina. Ya no pude frenar mis gritos. Su boca se deslizaba en mi interior. Mi cuerpo se golpeaba contra el sofá.

Tomó mi mano y llevó dos dedos hacia mi cavidad, metiéndolos y llevando esos dedos con suavidad, hacia arriba, hacia abajo y luego empezando otra vez.

En un momento los sacó y después los llevó hacia adentro, con su lengua intrépida batiéndose con fuerza contra mi vagina.

Sentí un gran temblor en mi vientre mientras contenía mi orgasmo, aunque sentía que era inevitable. Era un temblor causado por su boca cálida moviéndose dentro y fuera de mi vagina.

Noté cómo mis líquidos mojaban mi interior con el paso de sus dedos, que entraban y salían. Era un éxtasis inédito para mi cuerpo.

Después sus labios se detuvieron en mi clítoris, suspiré profundamente y retorcí mi cuerpo, y me percaté de la cercanía de mi clímax.

Sentí los vaivenes de mi anatomía sudorosa y él siguió balanceando su lengua mientras sus dedos frenéticos se mojaban con mis jugos.

Finalmente recobré el aliento. Su sonrisa malvada apareció en su rostro antes de que se incorporara.

Empezó a moverse con suavidad y levantó su mano, secando su mentón. Entonces me levantó del sofá y puso mi cuerpo exhausto entre sus brazos.

Estaba agotada y llena de sudor, y lo vi salir de la sala de estar y bajar hacia su cuarto.

Besé su cuello suavemente y él también llevó su boca sobre mis mejillas.

"Te daré un regalo de despedida", me dijo con suavidad.

"Algo que recuerdes cuando sientas frío en Las Villas".

Capítulo 7: Andrés

Tomé a Sandra mientras aún temblaba y la llevé a mi cuarto. La posé en el piso y cerré la puerta después de entrar.

Me costaba separarme de ella, aun sabiendo que estar a su lado era un lío para ambos. Era incorrecto lo que hacíamos.

Besé sus labios con ardor y pasión y la excitación se asomó en mis ojos. Me incliné hacia adelante, pero luego me separé. Ella gimió y luego tomó mi camisa. La desabrochó paso por paso y examiné su rostro.

Correspondí sus besos, lanzó mi camisa al suelo y me vio con picardía. Ya no se veía como una chica joven e inocente.

Era una chica atrevida que me sacaba mi camisa y me daba besos calientes.

Tocó mi abdomen y sintió mis músculos esculpidos, viendo mis pantalones y tomándolos con placer. Los desabrochó y bajó la cremallera lentamente, para luego sujetarlo con ambas manos y deslizarlo hasta mis pies.

Los separé de mi cuerpo y luego me deshice de mis calcetines y mis zapatos, mientras sus ojos me veían con malicia.

Tomó mi cuerpo y lo llevó a la orilla de la cama, y luego dio unos pasos sensuales y ardientes para acercarse.

Tomó una almohada y la puso cerca de mis pies, se puso de rodillas y se posó frente a mí.

Vio mi erección y noté el nerviosismo en su mirada.

Llevó su mano sobre mis bolas y luego puso sus dedos sobre mi tronco. Sentí sus manos delicadas desde la punta de mi pene, luego sobre todo mi tronco y al final sobre mis bolas llenas. Ya sus nervios habían desaparecido.

Me miraba con fuego en sus ojos, y lamió la punta de mi pene, con suma suavidad, sabiendo el placer que me provocaba.

Llevó sus labios a la parte más baja de mi erección y luego subió otra vez, con lentitud, hasta recorrerlo por completo. Sentí toda la humedad y el ardor de su boca sobre mi piel. Me encantó esa sensación volcánica.

Entonces llevó sus labios hacia arriba. Besó el tronco de mi pene, se detuvo en él unos segundos y volvió a tomar mi glande.

Iba hacia abajo, y su garganta llena de mi ser me retorció. Luego subió y llenó mi erección de su cálida saliva. Lo retiró para tomar aliento, fue hacia abajo y se movió con más frenesí sobre mi tronco.

Tomé su cabello para guiar sus movimientos, con mi cuerpo pidiendo soltarse. Pero aún tenía que sentir su cuerpo, haciéndole el amor como nunca se lo había hecho.

Sus labios seguían envolviendo mi pene. Traté de relajarme un poco y sentí sus senos libres desliziéndose por mis piernas.

Luché contra mi deseo, pues una parte de mí quería mantener sus labios sobre mi pene, pero otra parte queriendo tenerla sobre mi cuerpo, cabalgando y satisfaciéndose hasta acabar.

Pero no podía esperar mucho más. No aguantaríamos.

Subí su cabeza con delicadeza y encontré sus ojos con los míos. Entonces me acerqué y tomé la cintura.

Sentí su vagina húmeda con mis dedos.

"Ven aquí", le pedí mientras se levantaba.

"Hagamos el amor hasta que acabes".

Mordió sus labios y puso su cuerpo sobre mi pene.

Encajó su cuerpo sobre el mío su clítoris se frotó sobre mi pene.

Sus líquidos mojaron mi erección y trabajó con sus caderas. Pude entrar con suavidad en su vagina humedecida.

Retrocedí, con mis piernas aún al borde de la cama.

Entonces llevé mis brazos atrás. Vi su cuerpo desnudo retorcerse mientras se tocaba fervorosamente.

Sus tetas, su cintura sentían el calor de su tacto. Llevó sus caderas cerca de mí tanto como pudo.

La devoré con mi pene y ella gimió como respuesta. Su vagina palpaba mi erección.

Se inclinó un poco, cerró sus puños y respiró entrecortadamente.

Se montó sobre mi pene, cabalgando con fuerza, y gritó.

Se movía rítmicamente sobre mi pene, con un vaivén que demostraba su gran excitación.

Me sentí muy caliente con sus movimientos. Tanto, que solo quería que se mantuviera sobre mí hasta que acabara. No faltaba mucho para eso. Se empujó con fuerza sobre mi pene y se batió sobre mi cuerpo, con más ahínco, con más deseo.

Sandra gritó con toda la fuerza de su garganta. Se movía con ímpetu y su piel ya estaba erizada mientras su orgasmo se aproximaba.

Tomé su cintura para llevar mi pene hacia arriba y hacia abajo en su cavidad excitada. Otros alaridos calientes salieron de su boca.

"Voy a venirme", gritó.

"Vente sobre mi pene, cariño", le pedí.

Penetré su vagina con más fuerza, con más poder, para que supiera que era mía. Gimió varias veces y su cuerpo se tensó. Tomó mis manos como reacción y las apretó.

Tomé su interior sin clemencia y se sacudió varias veces con mi placer y el suyo.

Yo también gemí con sus líquidos bañando mi pene y su cuerpo derrumbándose sobre el mío. Era tanto placer que me costaba calmarme.

Luego empezó a calmarse. Puse su cuerpo de espaldas y me posé sobre ella. Una vez allí, entré y salí de su cuerpo lentamente.

Estaba ansioso por acabar, pero quise mostrarle que también podía tratarla con gentileza. Fui con lentitud hacia ella y noté su humedad, cada vez mayor.

La besé en su boca y se acercó a mi oído. Pasé mis manos por su cuerpo mientras la cogía con más rapidez.

Reaccionó abriendo sus ojos y mirándome, gimiendo cada vez que yo entraba y salía.

"Me toca", me dijo con suavidad.

"Cógeme hasta que acabes. Quiero sentir cuando acabes dentro de mí".

Su voz despertó una tormenta de excitación en mi cuerpo. Sonreí con su petición y me senté. Estaba dispuesto a complacerla.

Fui con mi pene dentro de ella, tratando de llevarlo lo más adentro que pudiera, escuchando sus alaridos y risas pecaminosas simultáneas.

Tomé su cuerpo y lo volteeé. La tomé por las caderas y enterré su cara entre las almohadas empapadas de sudor.

Toqué sus mejillas y luego le di varias bofetadas suaves cuando sentí que mi pene se empapaba otra vez con sus jugos calientes.

Gritó alocadamente y se sujetó de la cabecera con fuerza mientras recibía el huracán de placer que

le proporcionaba mi pene.

Llegué hasta el fondo, tomé sus caderas nuevamente y la penetré con toda la fuerza de mi ser.

Nuestros cuerpos sonaban con el contacto y el sonido de su voz se unía al de nuestras pieles ardientes.

Tomé su culo para apoyarme mientras empujaba dentro de ella y lograr que estuviéramos acoplados, casi adheridos.

Sandra llevó su brazo hacia atrás y subió la mano que estaba en sus piernas, llevándola sobre mis bolas y después acariciando su vagina.

Se mantuvo sobre ella para tocar su clítoris con intensidad.

Su otra mano se sujetaba de la cabecera.

La piel de su mano estaba perdiendo el color por la fuerza con la que se aferraba a la cama. Su cuerpo se mecía por el placer.

Gritó de nuevo.

Noté cómo su cuerpo reclamaba con deseo que yo acabara. Al cabo de unos segundos, sentí su rigidez.

Se vino otra vez, arrastrándome con ella.

Tomé sus caderas con fuerza y metí mi pene profundamente, con mi abdomen retorciéndose por la sacudida. Su cuerpo sediento sentía también mi sed, por lo que volví a excavar en su vagina, ahora con mis dedos arañando sus caderas.

Mi semen salió y la llenó, con los alaridos provenientes de su garganta deleitando mis oídos.

Quedé agotado y ella movía sus caderas para sacar todo de mi ser.

Sandra se calmó poco a poco y se acostó. Intenté relajarme mientras me mantenía dentro de ella. Lo logré después de un rato saqué mi pene de su cuerpo y me senté a su lado.

Quedé a su lado y vi nuestros cuerpos agotados y llenos de sudor.

Estábamos tan cansados que no podíamos decir ni una palabra, solo acariciarnos. Llevó su cabello hacia atrás y suspiró.

"Andrés, me encantó", dijo ella, aún agotada.

Besé delicadamente su frente. "Fue fenomenal todo lo que hiciste", le dije.

Podría volver a hacerle el amor si no estuviera tan cansado, pero apenas podía moverme. Ella sonrió ante mis palabras y giró un poco.

Contempló el ventilador del techo girando sobre nosotros para refrescarnos.

Suspiramos sin hilvanar ni una palabra, pensando en nosotros, nuestro placer y el aliento intermitente que salía de nuestras bocas.

Debíamos permanecer en ese estado unos minutos para recuperar nuestra calma después de hacer el amor de esa forma tan salvaje.

Después de unos minutos nos sentimos relajados.

Sandra se levantó antes que yo y besó mi mejilla con suavidad. Giré y mi cabeza quedó sobre mi codo.

La vi salir de mi dormitorio y regresar al cabo de unos minutos con su ropa en sus hombros.

Tomó sus bragas y se las puso, luego se puso su sostén y después el resto de su ropa.

"No es necesario que te vayas", le dije y luego sonreí.

Rió con mi comentario.

"En realidad debo hacerlo. Las novias se quedan, pero las amantes no. Usted, señor Alonso, debe reportarse en su oficina trabajo y cuidar a su hijo. Y yo debo ir a casa y verificar que todo está bien con mi hermana. También debo empacar, pues mi partida se aproxima".

Se vio en el espejo, recogió su cabello y arregló su camisa arrugada. Giró para mirarme fijamente. Sonrió y dio unos pasos.

Se acercó a mi cara y me regaló un fogoso beso.

"Además, no debes quejarte. Los dos sentimos placer. Disfrutamos al dejarnos llevar por el deseo mutuo. Me encantó todo y te lo agradezco. Siento que era el empujón que me hacía falta para regresar a la universidad".

Dio unos pasos hacia atrás.

Tenía muchas ganas de responder, pero no sabía exactamente qué decirle.

Debía darle la razón, pero sentía que no podía. Nuevamente me besó y se levantó.

Se sentó frente al tocador y se puso sus zapatos. Tomé aire y agité mi cabeza.

"Claro. Quise ser educado después de los orgasmos que tuvimos. Llevamos a cabo nuestras fantasías, así que no podría pedirte que te fueras después de tanta satisfacción", dije entre risas incómodas.

Sonrió con mis palabras y tomó sus cosas.

Se despidió y caminó para salir del cuarto.

Vi su cuerpo salir. Suspiré mientras tumbaba mi cabeza en la almohada y llevé mi mano a mi cabeza.

Dio unos pasos más y no pude seguirla. Escuché el sonido de la puerta abrir y cerrarse.

Me sentía a gusto con ella, sobre todo cuando hacíamos el amor, pero no había forma de mantenerla conmigo, especialmente cuando ya estaba a punto de retomar sus clases. No podía dejar que nadie entrara después de todo lo que había vivido.

Debía lograr que esto se limitara al ámbito íntimo. Relaciones y punto.

Enrique, además, no necesitaba una madre parcial o temporal. Si sentía que llegaba el momento oportuno, podría incluirla en nuestras vidas para que pasara tiempo con él.

Elena volvió a mis pensamientos y sentí un gran remordimiento.

No podía contemplar la posibilidad de que alguien la sustituyera. Mi esposa era irremplazable.

Quizás no podría amar a alguien como la había amado, y pensar en otra mujer durmiendo en su cama o acompañándome siempre era algo imposible.

En cualquier escenario. La buena noticia era que Sandra pronto se iría.

Capítulo 8: Sandra

Empaqué todo lo que me faltaba y lo puse sobre el vestidor. Ya había elegido lo que me pondría para irme. Ya no quería regresar, pero estaba obligada.

Mi celular sonó y me sacudió los pensamientos. Me llamaba mi padre y le atendí rápidamente.

"Hija, ¿cómo estás?", me preguntó.

"Papá, estoy bien", le respondí.

"¿Estás lista para volver a la universidad?"

"Casi lista. Empaqué todo. Rebeca también lo hizo. La llevaré cuando vaya al aeropuerto", le dije

"Perfecto", me dijo. "Supongo que ya pensaste en inscribirte en la facultad de Derecho".

Me sentí molesta cuando reiteró el asunto.

"Ya tocamos ese tema", le dije.

"Estudio Educación porque quiero dar clases. Ser maestra siempre ha sido mi sueño".

"Solo creo que sería buena idea que vayas a la facultad. Un título de abogada en la Universidad Andina te abriría muchas puertas, especialmente con el respaldo que puedo darte con mi experiencia. Tendrías tu licenciatura y podrías elegir entre múltiples opciones laborales, aunque no digo que no puedas ser maestra".

"No quiero estudiar leyes, así que no le veo sentido a gastar dinero en ello".

"Recuerda que es mi dinero. Yo decido en qué gastarlo. No puedes asegurar que no va a gustarte. Una vez que apruebes el examen, trabajarías para mí y después te harías cargo de la empresa con tu hermana menor", dijo con aspereza.

"No creo que Rebeca quiera hacerse cargo de tu empresa. Lo que pasa es que no quiere vivir lo mismo que estoy viviendo contigo. Yo tampoco quiero hacerlo", le dije.

"Volver sobre este asunto siempre me cansa".

"Solo quiero brindarle a mi hija mayor un futuro estable", dijo con molestia.

"Tendré un futuro estable gracias al título en Educación que obtendré, papá", le dije.

"Simplemente no quiero hacer lo que tú haces. Punto. Creo que ya no tenemos nada que discutir. Estoy ocupada".

"Así es. Ya no hay nada que discutir", dijo, y colgó.

Estaba molesta, furiosa, cansada de discutir siempre sobre lo mismo. Podía decírselo un millón de veces, pero mi padre siempre trataba de hacerme enojar.

Alejé mi teléfono. Me sentía cansada. Tanto, que ya no quería conversar con él sobre ningún tema.

Tenía que buscar la forma de desahogarme, conversar con alguien sobre lo que sentía.

Podría ir a la piscina y nadar para derrotar mi rabia, pero en ese punto me pareció que no sería suficiente.

Además, los niños estaban de vacaciones y estarían en la piscina, atestándola.

Quise llamar a Andrés porque tomé mi celular nuevamente y me senté en el borde de mi cama para llamar a Rebeca, pero me atendió el buzón de voz.

Estaba viendo una película en el cine con sus amigos. Lo había olvidado. Quizás su teléfono estaba en modo silencioso.

Podría tocar la puerta del apartamento de Andrés y conversar con él sobre lo que me pasaba, pero eso significaría que yo estaría pasando la frontera que yo misma había puesto.

Acostarme con él otra vez era lo último que quería hacer antes de volver a mis clases.

No obstante, me sentía tan agotada por mi padre que seguía sintiendo la necesidad de expresar lo que decía.

No lo haría en una situación normal, mi temperamento me ayudaría a superarlo, pero cuando se trataba de mi padre, era como si me sobreprotegiera y acabara con mi madurez. Mis deseos no le importaban. Era molesto.

Los suyos sí, igual que su tiempo y las precisiones en sus decisiones. Quería que me aceptara por mi personalidad y mis planes, no por lo que él quería que yo fuese.

Lo había decidido cuando aún era una niña: jamás me convertiría en un abogado como él. No quería litigar ni defender delincuentes.

Mi padre sí disfrutaba ese proceso. Era fuerte en su trabajo. Pero no quería eso para mí no habría forma de que me convenciera.

Llamé a Andrés, pensando que era lo mejor que podía hacer.

Suspiré profundamente mientras esperaba su respuesta.

"Hola. ¿Sucede algo?", preguntó Andrés cuando atendió.

Me quedé en silencio. No sabía aún si hablar con él o mi padre. Al final, decidí no contarle nada.

Había mucho que decir y no debía propiciar un escenario para que nos compenetráramos más. Solo le comenté que lo había llamado para saludarlo.

"¿Ya empacaste todo para tu regreso?".

"Así es. Estoy lista para irme", le dije.

"Qué bueno", me dijo.

"¿A qué hora sale tu vuelo?", preguntó. Sentí tristeza porque hablaba como si no le importara mi partida.

"Sale a las diez en punto, pero debo dejar a Rebeca en su liceo antes de ir al aeropuerto y registrarla. Quizás tome uno de los autos de mi padre para irme como a las siete. Seguramente hay una multitud en el aeropuerto porque el próximo lunes es feriado y todos aprovecharán para visitar a sus familias".

"Feriado... Es cierto. Qué lástima que terminen tus vacaciones y las de tu hermana tan pronto y no puedas disfrutar este fin de semana aquí", me dijo.

"Yo podría quedarme hasta el lunes, pero debo hacer muchas cosas en la universidad. Además, me gusta cómo fluye la calma en el campus cuando todos están de vacaciones. Las de Rebeca sí terminaron. No quiere estar sola en el apartamento".

No le importaba que me marchara. Se notaba indiferente mientras conversábamos y eso me frustró más. Aunque evitaba comentarle algo, dentro de mí sentía el deseo de que nuestra relación continuara y profundizáramos lo nuestro.

Había pasado parte de los últimos seis años teniendo fantasías con él. Me costaba olvidarme de eso a pesar de nuestras ricas sesiones de sexo salvaje.

Mi placer físico era inmenso, sí, pero también quería una profunda satisfacción emocional. Buscaba estar con él, aunque solo fuese para sentirme mejor y él no lo notaba.

"Dame un segundo", me pidió.

"Alguien está llamándome también".

"Por supuesto", le dije.

"Disculpa", me dijo al cabo de unos minutos.

"Me contenta que sigas oyéndome. Quisiera que cuidaras a Enrique unas horas. Las alarmas de mi oficina están sonando, porque alguien aparentemente entró en el edificio. Tengo que ir cuanto antes. Disculpa la premura. Sé que te preparas para irte".

"Tranquilo. Puedo estar con Enrique un rato. Me encanta estar con él", le respondí.

"Te lo agradezco. Te debo otro favor. Volveré al apartamento pronto", dijo.

"Iré en unos minutos. No te preocupes", dije, y colgué.

En su apartamento siempre hacía frío, así que tomé un suéter bastante grueso.

No había hecho planes para el resto del día, por lo que podía pasar la tarde con Enrique y despedirme de él.

Tomé mi bolso y salí, pero antes tomé dos juegos de mesa de mi depósito que él no había jugado hasta entonces.

Andrés me esperaba en la puerta de su apartamento, por lo que no hizo falta tocar su puerta.

Sonreí al entrar y dejé mi bolso en el mostrador.

Giré y lo vi. Tomó sus cosas y las metió en su maletín.

"No me gusta para nada cuando pasa esto", me dijo.

"Alguien pudo haber entrado por las puertas de mi oficina, no solo por el edificio, lo que me va a llevar a auditar completamente toda la empresa para saber si robó algo. Eso me llevará varios días y deberé cerrar mientras tanto. Como trabajamos con el Gobierno, una parte de nuestros archivos es confidencial. Quizás es eso lo que buscan. En cualquier caso, te agradezco enormemente lo que haces por mi hijo y por mí. Regresaré en lo que pueda".

Sonreí mientras se despedía.

"De acuerdo", le dije.

Cerré la puerta cuando salió y suspiré. La atmósfera estaba tensa y mi cuerpo también.

Cuando giré, Enrique ya tenía un juego de mesa entre sus manos. Estaba feliz.

Reí y me acerqué a él. Tomé el juego y recogí su cabello. Jugamos una hora, y después lo llevé a su cama. Leí un cuento para él hasta que se durmió.

Salí de puntillas de la habitación para no hacer ruido.

Antes dejé el cuento sobre su mesa de noche. Cerré la puerta al salir.

Fui a la sala de estar y me senté en el sofá, un tanto agotada.

Sonó mi celular. Era Rebeca.

"Hola", le dije. Suspiré.

"¿Dónde estás?", me preguntó.

"Estoy cuidando a Enrique en el apartamento de Andrés", le dije. "Quiero contarte un secreto".

"Hazlo si no quieres que me moleste".

"Andrés y yo hemos tenido relaciones dos veces", le confesé.

"¿Y cómo te sientes?".

"Más feliz que nunca. Tanto que quiero hacerlo de nuevo, pero Andrés y yo lo conversamos y decidimos que no podemos seguir porque debo volver a clases y no queremos comprometernos más", le dije.

"Podrías acostarte otra vez con él o avanzar si quisieras", me dijo.

"Sí, lo sé", le dije.

"Quizás lo mejor para ambos sea dejarlo como sexo casual". Una foto de su esposa Elena estaba en la pared y me sentí nerviosa.

"Entonces deja que tu corazón decida", me dijo.

"¿Te espero temprano?".

"No creo que vuelva pronto", dije. "Robaron la oficina de Andrés. Te despertaré mañana temprano si no llego esta noche. Quiero que tengas todo empacado y estés lista cuando llegue para que no perdamos tiempo".

"De acuerdo", dijo ella.

Con una manta cubrí mi cuerpo y vi la ciudad asomándose frente a mí en las ventanas. Me acosté en

el sofá.

No me di cuenta, pero el sueño me derrotó y solo pude despertar cuando el sol inundó mi cara con sus rayos.

Estiré mis brazos mientras me levantaba. Andrés estaba parado en la cocina. Me agité un poco con su presencia.

Rió con mi reacción y fue a mi encuentro con una taza de café negro en su mano.

"Disculpa, Sandra. Dormías en el sofá cuando regresé y no quise despertarte. Era temprano cuando volví. Dormí y cuando me levanté hice café para ti. Sabía que debías tener tus sentidos bien despiertos. Ya son casi las seis. Tienes que irte".

Pensé en tener sexo con él otra vez antes de irme.

"Entonces debo irme", le dije.

"Entiendo". Encogió sus hombros.

"Me gustó estar contigo mientras estabas en la ciudad. Enrique necesita una chica buena cerca de él. Elena le hace mucha falta".

Me sentí nerviosa con mis pensamientos.

¿Andrés se sentía atraído por mí o creía que yo eventualmente podría sustituir a su esposa?

Era difícil de responder esa pregunta de mi mente.

Me levanté del sofá y dejé mi café en la cocina, junto al fregadero. Suspiré y luego sonreí.

"Estoy feliz por todo lo que pasó, pero es hora de irme" le dije.

"Tranquila". Él sonrió. "Te deseo éxito en tu universidad. Espero verte pronto".

Y terminó nuestra conversación.

Capítulo 9: Andrés

Una semana después

Enrique estaba con mi madre por la noche, así que aprovechaba para salir y distraerme. El bar no había cambiado nada desde la última vez que lo había visto, hacía mucho tiempo. Seguía siendo un sitio agradable.

Sandra se había ido y yo solo pensaba en Elena. Eso no me llevaría por ningún buen camino. La depresión se acercaba, pero me convencí de salir.

Era hora de que buscara a una completa desconocida para sacar esos sentimientos de mi pecho. A mi lado se sentó una morena esbelta y espigada.

Pidió una margarita y suspiró. Sin duda era una mujer atractiva, con su cabello rizado y arreglado cayendo sobre sus tetas y sus ojos verdes mirando hacia todos lados.

Aparentaba tener mi edad.

Vi mi bebida y luego me sentí con valor para abordarla.

"Parece que tuviste un día ajetreado", le dije.

"Sí que lo tuve", me dijo. Luego me miró. "Uno de esos viernes que solo quieres que termine para tomar un trago".

"Te entiendo. Me llamo Andrés".

"Soy Andrea", dijo sonriendo.

Era una chica accesible y elocuente. Conversamos mientras tomábamos nuestras bebidas.

Se sentía atraída por mi elegancia, mi forma gentil de abordarla y mis palabras.

Le dije que solo quería tomar un trago como cualquier otro hombre, aunque había sabido sobre mí porque leyó sobre mi empresa multimillonaria en *El Diario de los Negocios*. Ya me había pasado. Fue como si me conociera de toda la vida.

Pronto coqueteaba conmigo, e intuí que sería cuestión de minutos para que me pidiera sacarla de ahí. Se inclinó y llevó su mano a mi rodilla.

"Podríamos salir de este bar e ir a mi casa. Allí tomaríamos tranquilamente nuestras copas", dijo en mi oído.

"De acuerdo", le dije. Sentí su perfume.

Sin embargo, me frené cuando ella pagó los tragos.

Tenía muchas ansias de olvidar a Elena, pero Sandra no desocupaba mis pensamientos.

Eran pensamientos tan agobiantes por las dos mujeres de mi vida, que ya dudaba si sería buena idea acostarme con otra.

¿Qué debía hacer?

Ya no quería estar con ella, pero no quería parecer rudo ni dubitativo. Introduje mi mano en el bolsillo e hice que sonara mi celular, como si alguien me llamara.

Noté su malicia y deseo mientras me miraba, pero yo ya no tenía ánimos de nada. Sonreí mientras me alejaba, para "contestar" mi llamada y "hablar" con un director de la compañía.

"Andrea, me llamó mi vicepresidente. Mañana deberemos resolver algo, así que debo volver a revisar algunos documentos", le dije cuando me acerqué.

"¿Un sábado en la mañana deberán resolver algo?"

"Nunca se sabe cuándo tendremos problemas. Toma mi tarjeta. Llámame y saldremos algún día". Le mostré una sonrisa amable.

Giré y salí a la calle. Caminé unos metros.

Luego frené mis pasos y me alejé de la acera, puse mi frente sobre un edificio al costado y golpeé suavemente la pared.

¿Qué carajo pasaba conmigo?

Una linda mujer estaba frente a mí y quería acostarse conmigo, pero yo la había rechazado como si tuviera alguna enfermedad o fuese a violarme. No me reconocía.

Sandra volvió a mi cerebro, ante lo que moví mi cabeza.

No sabía por qué ella volvía a mis pensamientos. Sandra y yo solo tuvimos relaciones y punto. Fue todo. Pero estaba yo, en medio de las calles de El Trigal, evitando acostarme con una esbelta morena, y solo porque Sandra no salía de mi mente

Eso no podía estar pasándome. Y lo peor era que no sabía cómo resolverlo. Era la primera vez que me sucedía. Sí, Elena había estado en mi mente, pero había sido mi esposa. Ahora solo quería olvidar a alguien con quien había pasado poco tiempo.

Sandra había estado conmigo porque inicialmente quise estar con ella una noche y nada más. Pero quería volver a tenerla.

Podía ver que no podía desterrarla de mis emociones.

Recordé cómo nuestras pieles se inundaban con nuestros líquidos bajo la suave luz que regaba mi habitación, con su aroma bañando mi nariz y los gemidos de placer de su boca saltando en mi cabeza. Estaba hechizado por ella.

Tanto, que me costaba pensar en otra cosa como estar con otra mujer. Era un panorama inútil a todas luces.

Nos habíamos limitado a vivir esos momentos, como si a mí no me importara lo que pasara después. Quizás no quería hacerle daño o lastimarme yo.

Debía calmarme y olvidarla. Sandra había reconocido que hacía mucho tiempo que había tenido fantasías conmigo, lo que me excitaba muchísimo, pero era joven, muy joven para mí, y me hacía sentir incómodo.

Tomé mi celular y le envié un mensaje de texto.

Solo le preguntaba cómo estaba y la saludaba.

Sonó mi teléfono mientras mis pensamientos me sacudían, al igual que le incertidumbre.

Era ella. Me respondía rápidamente con otro mensaje de texto.

Quizás yo no quería rapidez en su respuesta sino hacer el amor.



Dos meses después

Enrique jugaba en el otro cuarto.

Empezó a empacar algunas cosas para él puesto que mi madre pasaría por mi apartamento a buscarlo para llevarlo a su casa y pasar el fin de semana con él.

Quería compartir con él unos días. Lo adoraba. Él esperaba que yo terminara. Y por mi parte, me sentía relajado de poder tener un tiempo para mí. Necesitaba sentirme despreocupado y respirar.

Olvidar por unos días los almuerzos, los paseos con él y todas las actividades que tenía que hacer con él para agotar su energía.

Salí temprano de mi oficina para despedirme antes de que se fuera. Mi madre lo recogería, pero quise estar con él antes de que se marchara y abrazarlo.

Ella cumplía ese papel de mujer con temperamento que él necesitaba en su vida. Y, además, lo adoraba incluso antes de que llegara a este mundo.

Tomé mi celular y leí los mensajes de texto entre Sandra y yo cuando ellos salieron. Nos

escribíamos hacía dos meses exactos.

Le escribí otro mensaje de texto, ardiente, comentándole que pensaba en sus rodillas sobre mis hombros mientras teníamos el fin de semana solo para nosotros.

Unos minutos después me respondió con otro mensaje con un texto igualmente subido de tono.

Ella decía dónde quería tener mi pene.

Reí con su osadía y me incliné en el sofá, tocándome.

Ya tenía una erección con mis pensamientos lujuriosos.

Hablábamos constantemente con mensajes de texto o llamadas de video cada vez que podíamos. Prefería las llamadas, sobre todo cuando estaba sola.

No sabía qué pasaba exactamente entre nosotros, pero tantas llamadas, mensajes y pensamientos atrevidos me ponían alerta y lograban que me concentrara en mi trabajo, aunque al principio pensaba que eso no sucedería.

Incluso ya casi había olvidado a Elena, que no aparecía en mi mente salvo para recordar brevemente nuestro dulce tiempo juntos.

No obstante, nada se comparaba con el dolor que había sentido previamente. Y mi tiempo al lado de Enrique también era más agradable.

Sentí que pensar en Sandra podía convenirme después de todo. Lo sabía después de haber vivido tantas emociones durante las últimas semanas.

Había logrado que me sintiera mejor, como no me había sentido en mucho tiempo, y esperaba verla pronto, cuando su hermana menor se graduara.

Pensaba en su cuerpo y quería penetrarla sin parar, aunque sabía que debía hacerlo para recuperar mi aliento. Pero quizás los textos y las llamadas nos conducirían por senderos que no queríamos recorrer, y lo que menos quería era causarle daño.

Entonces frenaba esos pensamientos, porque recordaba que era mayor que ella y que se concentraba en sus clases. Aún no había vivido muchas cosas, era inexperta y no trabajaba, no había sufrido decepciones amorosas y no había tenido una relación como la que estábamos teniendo.

Incluso recordé que sería mejor militarnos a tener sexo.

Pero pronto llegaría. Volvería de la universidad el día siguiente, y mi necesidad por su cuerpo aumentaba. Solo unas horas de vuelo la separaban de mi cuerpo deseoso.

Me gustaba conversar con ella y escribirle, pero también me había llevado a idear una fantasía que no sabía que podría llevar a cabo.

Sandra estaba más buena que todas las chicas que había conocido y sabía usar sus atributos para ponerme como un jovencito calenturiento. Ella era joven y fresca, y mi experiencia contrastaba con esa personalidad.

Desconocía sus planes para su regreso. Y también ignoraba qué pensaba sobre "lo nuestro".

¿Querría acostarse conmigo?

¿Querría algo más?

¿Y yo sería lo suficientemente valiente para reconocer que sentía algo más que solo deseo?

No sabía qué pensar ni qué decir.

Mi mente planeaba una cosa, pero mi pene planificaba otra. Y generalmente, los planes de mi pene triunfaban sobre el resto.

Mi amigo Augusto y yo fuimos a un bar esa noche.

Solo cruzábamos palabras de vez en cuando o nos reuníamos por el trabajo. De hecho, comenzamos nuestra conversación tocando el tema laboral, hablando sobre los recientes contratos gubernamentales que habíamos logrado y el éxito que estábamos teniendo en los últimos meses.

Sandra volvió a mi cabeza tras unas bebidas, así que quizás debería conversar con él sobre mis emociones.

"Tengo una vecina. Es una chica joven, estudia Educación en la Universidad Andina, y está más buena que nadie. Vino por su receso universitario y tuvimos relaciones en dos ocasiones", le dije.

"Guau", me respondió Augusto, moviendo sus manos.

"Me alegra por ti. Sí, es una chica muy sensual y joven, por lo que me cuesta imaginarte con ella, aunque deberías seguir. Recuerdo que la vi cuando fui a tu apartamento. Pero ten en mente que la diversión con las chicas universitarias tiene un costo: son chicas muy pegajosas y se enamoran fácilmente".

"No me sucede con ella. Yo controlo la situación. Sé que no pasará". Le aseguré.

Lo dije solo para que Augusto oyera, pero a esas alturas ya no sabía qué pasaría después ni quién controlaba qué.

Capítulo 10: Sandra

Regresé a casa después de tomar un vuelo mucho más agradable que el que había tomado para mi receso universitario. Podía ir desde Las Villas hasta El Trigal en auto, pero mi padre decía que no le gustaba la idea de que yo recorriera todo ese trayecto sola.

Él creía que yo aún tenía ocho años y necesitaba su protección.

Llegamos al centro de El Trigal, tomé aliento y sonreí.

Lo único bueno era que había ido a buscarme en su auto al aeropuerto, lo que me evitó el dolor de cabeza del tráfico.

Vi los enormes rascacielos que parecían querer devorarme y la gente caminando con rapidez. Estar en mi ciudad me hacía recordar cómo era estar en casa.

Llegamos al apartamento y mi madre apareció de inmediato para darme un largo abrazo.

Mi padre también se fundió en el abrazo y los saludos, pero volvió unos segundos después a hablar sobre la facultad.

Parecía que mi respuesta negativa llegaba a sus oídos en otro idioma.

Rebeca seguía en su escuela secundaria, alistándose para los eventos de fin de curso. Para ella no era algo entretenido, pero al tener que oír a mi padre con su retahíla sobre el Derecho, sentía ganas de acompañarla.

"Papá, ¿esta es tu forma de empezar mi primer día de descanso? Recuerda que durante las pasadas vacaciones no compartimos porque no estabas aquí".

"Un momento", dijo mi madre. Puso sus brazos entre nosotros.

"Ambos bajen la voz. Han sido largas semanas sin conversar. Apenas llegamos al apartamento y han pasado meses desde la última vez que nos vimos. Vamos a calmarnos, pongamos nuestras cosas en orden y salgamos a comer. Me gustaría que vayamos a ese restaurante español que está a unas cuadras. Ese sitio me encanta".

Mi padre y yo tomamos aire mientras nos mirábamos.

No queríamos que mi madre se sintiera molesta.

Pocas veces nos pedía que nos calmáramos, así que me pareció buena idea escucharla y obedecer.

Salimos al pasillo rumbo al restaurante y Adrián salía de su apartamento. Sonreí, disimulando mi nerviosismo, y tomé aire.

"Andrés", dijo mi padre.

"¿Qué tal?". Lo saludó amablemente con su mano.

"Todo bien por acá, señor. Es un gusto verlos a todos", le respondió.

"Sandra está llegando para asistir a la graduación de Rebeca en la escuela secundaria, y saldremos a almorzar", le contó.

"Entiendo que ustedes y Sandra son amigos. Me parece buena idea que nos acompañen".

"Perfecto, pero mi hijo no podrá ir", dijo Andrés.

"Mi madre cuida a Enrique este fin de semana". Me miró y sonrió.

"Qué triste. Bueno, igualmente tu compañía nos agrada", dijo mi padre. Luego sonrió.

Andrés iría con nosotros a cenar, lo que me alegró, pero no creía que mi padre lo invitara por amistad sino por algún negocio que tenía en mente.

Recordé que Andrés era el dueño de una empresa con centenares de ceros en sus cuentas bancarias.

Fuimos al restaurante y Andrés tocó levemente mis dedos en el camino.

Mi vagina se humedeció mientras caminábamos por las calles de El Trigal.

Sentí la intensidad en mi piel. Lo extrañaba.

Si bien habíamos conversado candentemente a través de video llamadas, nada se comparaba con tenerlo a mi lado.

Llegamos y tomamos una mesa, y evoqué una ardiente conversación que habíamos tenido.

El recuerdo era tan fuerte que me sonrojé y mi respiración se aceleró. Puse mi servilleta en mi regazo. Todos hacían lo mismo y se relajaron.

El almuerzo transcurrió con normalidad y cordialidad.

Pero mi padre volvió a deslizar el tema de su interés: yo *tenía que* estudiar Derecho. Me daba los mismos argumentos de siempre, señalando todas las puertas que se abrirían si estudiaba esa carrera.

Por mi parte, me sentía muy irritada, pero evité decir algo porque estaba al lado de Andrés, y, además, estábamos en un lugar lleno de gente.

Tal vez debía ir a la facultad de Derecho solo para complacerlo. Pero pensé bien las cosas, suspiré y le sonreí con gentileza. No quería tener otra discusión airada con mi terco padre justo en el primer día de mis vacaciones.

Le respondí educadamente.

"Como ya te he dicho, haré lo que siempre he querido hacer, aunque quieras que estudie Derecho".

Andrés limpió sus labios con su servilleta e hizo un ruido con su garganta. Mi madre se mostró molesta y frunció el ceño mientras miraba su plato. Le enojaba esa conversación.

También quería que estudiara Derecho, pero eso solo sucedía porque mi padre le decía qué pensar. Nunca había mostrado un criterio propio.

"Disculpen. Creo que debo decir algo", interrumpió Andrés.

"Sandra tiene múltiples habilidades, así que tendrá muchas ofertas laborales, aunque no estudie Derecho. Las puertas se abren sin importar la carrera que estudies. Quizás no sepan toda mi historia, pero la verdad es que mi compañero Augusto y yo, no completamos nuestros estudios. Fundamos mi empresa y ya saben lo que pasó luego".

A mi padre no le gustaron mucho las palabras de Andrés.

Se notaba su tensión, pero sabía que Andrés lo superaba en éxito y dinero. No podía refutar su argumento.

Aclaró su garganta y moderó su tosca expresión, pero no dijo nada más.

Quería que fuese a la facultad de Derecho, pero entendía que Andrés había argumentado algo bastante lógico. Él era parte de la industria tecnológica y sabía lo que decía.

"Espero que sepan disculparme. Debo ir al baño". Me levanté.

"Yo también debo ir", dijo Andrés, también poniéndose de pie. Movié su cabeza.

Llegamos a los sanitarios.

Andrés vio a su alrededor para comprobar que no había nadie y me llevó adentro. Después cerró la puerta.

Dejé mi bolso sobre el lavamanos y di algunos pasos.

Dejé de caminar, giré y mis suspiros encontraron a Andrés.

La molestia por la actitud de mi padre me superaba.

"¿Cómo puede ser mi padre tan terco?", le pregunté.

Quise agregar algo, pero Andrés me sujetó con fuerza e inesperadamente me besó, con tanta pasión que mi cuerpo se estremeció.

Recuperé la respiración y moví mis hombros hacia abajo para calmarme. Apenas pude recordar dónde estábamos por el placer que sus labios me proporcionaban.

"Podrían vernos", le dije en voz baja.

"Mis padres están a solo unos pasos".

Andrés sonrió.

"No aguanto mi pene. Siento un gran deseo. Ya basta de llamadas o mensajes. Necesito hacerte el amor. Te deseo, y quiero hacértelo. En este momento".

No había forma de negarme. Era inútil.

Yo sentía el mismo deseo de acostarme con él, y entendía que estar a su lado para almorzar y no sentir esa necesidad sería algo que jamás sucedería.

Puso mi cuerpo cerca del lavamanos y tocó mi blusa y mis pechos. Después, con dulzura y suavidad subió mi falda y se deshizo de mis bragas.

Palpó mi vagina sedienta con sus lujuriosos dedos. Se movió hacia mí y un beso desgarrador robó mi aliento.

Entonces me levantó sobre la orilla del lavamanos.

Puse mi mano sobre la pared y sentí la fría porcelana con mis dedos. Era lo único frío en ese momento.

Separó mis piernas con su mano y me quitó las bragas.

Luego las guardó en el bolsillo de su chaqueta. Impulso su mano hacia mi muslo y llevó dos dedos a mi vagina.

Unos gemidos salieron de mi garganta por su movimiento.

Los gritos y el éxtasis se acumulaban en mi garganta.

Cerré mis ojos y apreté mis puños.

Me penetró con uno de sus dedos con fuerza y mi cara encontraba la suya en medio del frenesí.

Quise atraerlo hacia mi cuerpo, pero separó mi mano y me mostró una expresión de malicia.

Entonces Andrés llevó una mano sobre el lavamanos para apoyarse. Llevó otro dedo a mi cavidad y los deslizó intensamente.

Debí llevar mi boca a mi hombro para ahogar mis gritos, y mis caderas ansiosas se separaron aún más, expectantes por la fuerza de su erección.

Sentí que pronto me vendría. Se retiró un poco para desabrochar su cinturón y bajar su cremallera. Sacó su enorme pene.

Asomó una leve sonrisa cuando notó la tensión de mi piel. Retozó con su tronco y continuó dentro de mí.

Puse mis dos cerca del lavamanos para tomar impulso y levantar las caderas con más facilidad, moviéndome rítmicamente de lado a lado mientras él seguía jugando con su pene y me miraba con un fuego desbocado en sus ojos.

Me vine, sin poder controlar ningún órgano de mi cuerpo, y una corriente eléctrica atravesó mi columna vertebral.

Bajé un poco mi cuerpo y de nuevo cubrí mis labios para que el placer que surcaba mi dermis no me hiciera gritar sin parar.

El orgasmo era como un caballo galopando sobre mis sentidos.

"Penétrame", le pedí.

"Necesito tu pene dentro de mí".

Escuchó mi solicitud y retiró sus dedos húmedos.

Entonces tomó su pene. Se acercó a mí y guio su erección hacia mi vagina excitada.

Se impulsó con potencia, con mucha intensidad, y mis jugos bañaron su tronco. Escuché sus ricos gemidos.

Paró por un instante que pareció una eternidad, dejando que sus bolas se frotaran sobre mi cuerpo, y después retomó su ritmo rápido dentro de mi ser.

Empezó a empujar con más ímpetu en lo más profundo, tomó mis piernas agitadas y las puso sobre su y se aferró a mis nalgas.

Levantó mi cuerpo y giró, y quedé más cerca de las paredes frías y aún más cerca de sus caderas calientes.

Su pene bombeaba en mi interior. Me encantaba sentir ese órgano vibrando dentro de mis entrañas.

Deslizó su cuerpo un poco y llevó sus brazos bajo mis muslos. Su pene seguía trabajando en mis profundidades hambrientas.

Separó de nuevo mis piernas y me sostuvo para que yo no cayera.

Lo vi, recorrí su cuerpo con mi mirada y me quedé observando su delicioso trasero yendo y viniendo. Lo observé también en el espejo detrás de él, mientras me hacía suya. Me encantaba el peligro.

Yo estaba pegada a la pared del baño del restaurante. Y también me encantaba cómo me poseía, con toda la fuerza de su pene latiendo y haciendo que mi cuerpo se retorciera.

Supo qué quería yo, como si pudiera descifrar mis deseos, y empezó a golpearme el culo, levantando sus pies y empujando con mucha fuerza sobre mí.

Mordí su hombro y grité en su camisa para evitar que me escucharan afuera.

Sus bolas tocaron mi clítoris una vez más y su erección gigantesca iba y venía, provocando olas y olas de placer desde mi interior hacia mi piel.

Sentí otra marejada de placer que nacía en mi vientre cuando su pene me penetró una vez más. Sin embargo, ese movimiento se detuvo.

Se movió dentro de mí y giró sus caderas como si dibujara un círculo.

Gemí varias veces y mi espalda casi toca su pecho. Podía sentir la tensión de mis labios vaginales.

Él también gimió, y su cuerpo iba y venía, iba y venía, sin parar. Nos dimos placer con sus movimientos, pero el orgasmo era inevitable.

Se movía con tanta rapidez y furia mientras me miraba a los ojos que supe que pronto se vendría.

Ví sus hombros rígidos y mis ojos se abrieron para ver el resto de su cuerpo. Pero me besó, y nuestros gritos quedaron en nuestras gargantas.

Nos habíamos venido juntos, y el clímax había sido tan poderoso que atravesó nuestros cuerpos y nos unió como si fuésemos uno solo.

Tomamos nuestras manos y nuestros gemidos pasaron de una boca a la otra.

Su pene se inundó con mis líquidos y mi vagina también se llenó con su semen mientras sus caderas se deslizaban para desahogarse.

Cayó sobre mí y me ayudó a incorporarme. Nos miramos y arreglamos nuestros cabellos y el vestuario.

Tratamos de recobrar el ritmo natural de nuestra respiración. Retrocedió cuando se sintió más tranquilo y besó mi nariz.

Luego subió sus pantalones, alisó su camisa y se vio en el espejo.

Subí mi falda y arreglé mi cabello y mi cara.

Estaba roja.

"¿Salimos?", me preguntó.

"¿Y mis bragas?".

"Estarán en un lugar seguro", dijo.

Tocó su bolsillo y sonrió.

"Cuando volvamos a tener otra ronda de rico sexo te las daré. Pudiera ser esta misma noche".

Capítulo 11: Andrés

Habían pasado unos meses y ella había estado ausente, pero mi deseo estaba intacto y crecía.

Quería convencer a mi mente de que manejaba la situación, pero Sandra no salía de mis pensamientos.

De hecho, estaba más presente que antes, pues el sexo en el baño del restaurante español había sido fenomenal y sus bragas seguían en mi poder. No sabía si tenerla en mis pensamientos me favorecía o no.

Era la primera vez que experimentaba algo como eso, por lo que no tenía la certeza de que realmente sentí algo genuino por ella o había algo aún más profundo que yo no quería enfrentar.

Más allá de mis confusas emociones, admitía que cada vez que hacíamos el amor me sentía mejor que antes y con más ganas de poseerla.

Su delicioso culo, sus suaves caderas y sus tetas perfectas aparecían a cada rato en mi mente. También me pasaba lo mismo con su mirada.

Me mostraba mucha malicia cada vez que la penetraba.

Nunca me había cogido a una chica en un sitio lleno de gente, y me había parecido de lo mejor.

Tener relaciones con ella en el baño de un restaurante había sido una de las mejores experiencias de mi vida.

Además, la había poseído muy cerca de sus padres, unos viejos anticuados, lo que despertaba aún más mis sentidos.

Cogerla mientras los demás comían, sin enterarse de nada. Poder cogerla a cualquier hora y en cualquier sitio me hacía sentir poderoso.

Había más placer en una situación como esa. Incluso pensé llevarla a mi oficina y hacerla mía en mi escritorio, no sin antes recibir una gran dosis de sexo oral de su parte.

Sandra había sacado de mi mente las emociones negativas que me producían los recuerdos de Elena, así que había otros beneficios, aparte del hecho de que Sandra era una joven sensual y caliente que me encantaba llevar a la cama.

Emociones como el miedo, el desánimo y la necesidad de estar solo se habían evaporado con apenas una sonrisa o un beso de sus fogosos labios.

¿Era justo para ella?

¿Debía sentirme así sin pensar en sus sentimientos?

Aún no sabía si me gustaba lo suficiente para iniciar una relación seria con ella o solo quería besar sus tetas algunas veces más.

Pero sí tenía una certeza: aunque no estaba seguro de mis sentimientos ni el futuro, jamás querría volver a sentir la depresión que antes me había nublado. Y sentí que ella también estaba cómoda conmigo.

En ese momento ella tampoco sabía qué pasaría.

No teníamos ningún tipo de compromiso ni atadura.

No le había hecho ninguna promesa ni éramos novios oficialmente. Éramos dos personas disfrutando juntos cada momento de compañía y placer.

Había buen sexo cada vez que estábamos juntos. Un sexo lleno de fuego y deseo.

Un placer que no había vivido desde que había estado con Elena.

Era un sexo muy apasionado y animal. Y ambos queríamos seguir con esos ricos momentos.

Lo notaba cada vez que nos acercábamos. Solo con mirarnos el aire se tensaba.

No podía quejarme. Muchos hombres o mujeres de mi edad también se acostaban con personas más

jóvenes y lo disfrutaban.

Vivíamos esa gratificante experiencia, igual que ellos, y no quería que terminara tanto placer, por más que no entendiera por completo mis emociones.

Pensaba en ese deseo cuando mi celular sonó.

Llamaban de la escuela de Enrique, lo cual me sorprendió.

Atendí rápidamente. Solo llamaban si sucedía algo malo.

"Lo llamamos de la escuela de Enrique, señor Alonso", dijo la secretaria al otro lado del teléfono.

"Lo llamo porque el niño tiene fiebre y malestar general. Debe venir a buscarlo".

"De acuerdo", le dije.

"Voy enseguida". Estaba ya de pie.

Fui a la escuela de Enrique para recogerlo. Estaba claro: no se sentía nada bien. Lo supe porque me abrazó de inmediato.

Fuimos al complejo y subimos a mi apartamento. Salimos del ascensor. Sandra y Rebeca salían de su apartamento.

Sandra se acercó hacia nosotros y una expresión de inquietud apareció velozmente en su rostro.

"¿Qué sucede?".

Suspiré y vi a Enrique. Su cara compungida estaba sobre mi abdomen.

"Nada grave. Solo que Enrique tiene algún resfriado o malestar. Seguramente mejorará pronto, pero debe descansar y acostarse. Es todo".

"De acuerdo. Si necesitas algo, dímelo. Saldré y estaré afuera un rato, pero puedo comprar lo que haga falta", me comentó.

"De hecho, necesitaré algo. Digo, si no te importa", le dije.

"No te preocupes", me dijo, y luego sonrió.

"Dime que necesitas".

"Necesito algún medicamento para la fiebre y suero pediátrico. No quiero que se deshidrate", le pedí.

"Y oye, muchas gracias. Apenas si pensé envolverlo en una manta y acostarlo. No pensé en ir a la farmacia".

"En un rato regreso con las medicinas", me dijo.

"No pasa nada".

Llevé a Enrique dentro de mi apartamento después de ver que Sandra volteó y caminó hacia los ascensores. Lo acosté en su cama y luego tomé su temperatura.

Tenía fiebre, aunque un poco baja, por lo que me sentí un poco más tranquilo. Pero me preocupaba que Enrique tuviera esos síntomas, pues no se enfermaba con frecuencia.

Era raro verlo así. Giró en su cama y cubrí su cuerpo con una sábana gruesa, esperando que se durmiera.

Sandra volvió en treinta minutos exactos y tocó mi puerta.

Tenía las medicinas en su mano. Era rápida y eficiente.

La invité a pasar y puso los medicamentos en el mostrador.

"Te lo agradezco, Sandra", le dije.

"Por ahora no harán falta. Se durmió profundamente hace poco. La fiebre ha cedido y luce recuperado".

"Entiendo, pero me preocupé por él cuando lo vi en tu pecho. Estaba distraído y triste. Tanto, que yo también me sentí triste por él", me dijo.

"Debía comprar las medicinas y regresar. La farmacia está cerca de aquí. Caminé y regresé

rápidamente".

Tomé las medicinas.

"Fue lindo de tu parte", le dije.

Llevó sus manos a sus bolsillos.

"Lo hice porque me importa Enrique", dijo.

"Quise volver para asegurarme de que se sentía mejor y las medicinas lo ayudarían. Cuando era niña detestaba los resfriados".

"Lamento si cambiaste tus planes por nosotros".

Sandra rió.

"No fue así. Rebeca y yo estábamos aburridas, por lo que decidimos ir a comprar algunas cosas. Pero no necesitábamos comprar algo ni teníamos ninguna urgencia. Íbamos a hacerlo solamente para distraernos en lugar de estar encerradas en nuestro apartamento".

"Puedes tomar asiento. Y de nuevo, muchas gracias", le dije.

Siguió mis pasos hasta la sala de estar. "Perfecto", dijo.

Fui hacia el minibar y saqué dos gaseosas.

Le cedí una y me senté frente a ella. Sonrió y abrió su gaseosa, tomó un trago y vio a su alrededor con cierta incomodidad.

Debía decirle algo para acabar con el hielo entre nosotros.

"He notado que tu padre y tú no se llevan muy bien", le comenté.

"Honestamente, no lo conozco mucho. Solo hemos conversado algunas veces, pero sí me doy cuenta de su obstinado interés. Está ansioso porque vayas a la facultad de Derecho".

"Así es", me respondió.

"Me lo ha pedido desde que empecé a estudiar Educación. Y seguirá insistiendo, aunque me niegue. Decidió dejar de intentarlo durante un año más o menos, pero en los últimos meses ha vuelto a pedírmelo, y con más contundencia que antes. Quizás lo hace porque dentro de poco me graduaré y se da cuenta que no he cambiado de parecer".

"Entiendo. Los padres con frecuencia actúan de esa forma. Cuando decidí abandonar mis estudios en la Universidad de las Nuevas Tecnologías, mis padres se molestaron bastante. Apenas faltaba un año para completar mis estudios. Mi padre siempre me lo reclamó".

"Tienes un cerebro envidiable para la tecnología y posees una compañía multimillonaria. ¿Por qué actuó así?", me dijo.

"No me gradué en Universidad de las Nuevas Tecnologías. Era el sueño de mi padre", le dije.

"Lograste que mi padre se calmara momentáneamente. Él se negó a refutar tus argumentos. Siente que estás unos escalones encima de él, económicamente hablando, así que agradezco que hayas dicho esas palabras en el almuerzo", me dijo.

"De nada. Lo que dices sobre tu padre es raro, porque la última vez que revisé sus datos, la oficina jurídica de tu padre estaba en la parte alta de la lista de oficinas de gados", le contesté.

"Cuando algún pez gordo tiene algún problema legal, de inmediato se pone en contacto con tu papá".

Sandra respiró profundamente ante mis palabras.

"Ese es el problema. Para mi padre, todo se reduce al dinero. Yo no soy así y quiero hacer mi propio camino y recorrerlo. Mi anhelo es ser maestra. Lo he tenido desde que tenía la edad de tu hijo, aunque ser bailarina me parecía una carrera más rentable".

Reí con su comentario.

"Sí, pero tendrías que ser una chica que baile mejor que el resto del mundo".

"Eso no funcionaría para mí. Tengo problemas incluso para dar un giro", dijo entre risas.

"Pero sabes cómo girar cuando hacemos el amor", le respondí mientras la miraba de reojo.

"Ayudarte con tu padre durante el almuerzo fue una muestra de gratitud por el buen sexo que tuvimos en ese restaurante. Ese baño ahora es uno de mis sitios favoritos en toda la ciudad. Cada vez que almuerce o cene allí pensaré en ti, en mí dentro de tu cuerpo y en esa fría pared gris".

"Sí. Hacía mucho frío". Sandra rió.

"Es cierto, pero, aun así, pocas veces había hecho algo tan atrevido y rico", le respondí.

"Tienes razón. Yo tampoco había hecho algo tan delicioso y alocado", confesó.

"Ese es el baño público del restaurante español favorito de mi mamá. Todo será diferente cada vez que almorcemos o tengamos una cena familiar. Incluso podría pedir que vayamos a otro restaurante en su próximo cumpleaños para no sentir cómo mis mejillas se sonrojan con los recuerdos".

La vi con satisfacción. "También podríamos reservar la misma mesa en esa fecha y así podré ir a cada cumpleaños de tu madre", le dije.

"Podría acompañarte todos los años. La pasaríamos bien".

"Cuando te conocí, todo cambió en cuanto a las relaciones sexuales para mí. Sinceramente, antes, cuando las tenía, todo era muy complicado para mí. Nunca me hubiera atrevido a dar un paso tan atrevido. Que lo hiciéramos en un baño público me llenó de placer y de un agradable temor, porque sabía que alguien podía descubrirnos en cualquier momento. Mis padres estaban allí. Sentí que éramos niños que hacíamos una travesura a escondidas y evitaban ser atrapados".

Reí con su comentario.

"Parece que tuviste una infancia llena de travesuras".

Suspiró y abrió sus ojos de par en par.

"No es verdad. Te lo dije solo como ejemplo", me dijo.

"Mi padre era estricto y no permitía que los niños jugaran con nosotros en casa. Si mi padre hubiera instalado cámaras de seguridad en nuestro apartamento para saber si nos movíamos en la noche, aunque solo fuese para ir al baño o tomar algo de agua, no me hubiera sorprendido. Nunca jugué con algún niño vecino en mi cuarto. Siento que es mi culpa que mi padre enviara a Rebeca a un liceo de chicas. Quizás piense que la tendrán bajo llave y no tendrá contacto con el mundo exterior".

Me acerqué a ella.

"Me gustó mucho el baño del restaurante, pero creo que hay un lugar mejor para tener relaciones", dije.

Sonrió con mis palabras. "Y yo quiero recuperar mis bragas".

"Papá", dijo Enrique desde su cuarto. Nuestro deseo se frenó.

"Me siento mal de nuevo".

Esa frase cortó nuestras ganas de estar juntos.

Capítulo 12: Sandra

Antes de despedirme esa noche, había acordado con Andrés cuidar a su hijo al día siguiente para que pudiera mejorar y que él pudiera ir a su trabajo otra vez. Debía reunirse con algunos clientes, pero tenía que estar seguro de que Enrique quedaría en buenas manos.

Tenía que buscar otra niñera, porque la anterior se había mudado definitivamente, pero se negó.

Quería criar a Enrique sin tantas niñeras entrando y saliendo por su puerta. Además, él recordaba mucho a su madre y no quería confundirlo.

Llegué temprano. Tomé un trago de mi café.

Enrique dormía y Andrés, como hacía habitualmente, había preparado café negro para mí. Tomé una silla y me senté cerca del comedor.

"Sandra, te lo agradezco nuevamente", me dijo.

"No sé qué sería de mi vida, o, mejor dicho, de la vida de mi hijo, sin ti. Enrique solo quiere estar contigo y se siente muy feliz con tu presencia. Te digo que eres un ángel. Siento que vienes a calmar cada tormenta que aparece sobre nuestras cabezas. Regresas de tu universidad y siempre tienes el deseo de ayudarnos."

"Guau, qué lindo, le dije. "Enrique es un niño muy lindo. Yo también me siento feliz con él".

"Y respecto a lo que quedó pendiente entre nosotros, casi lo logramos", dijo.

"Enrique se despertó, pero no tengas ninguna duda: te habría llevado al elegante baño de mármol y te habría hecho recordar nuestro encuentro sexual en el restaurante español".

Mis mejillas se sonrojaron. "Vaya...", le respondí.

"Debo decir que no sé qué me pasó. Cuando te acercas a mí me siento totalmente desinhibida".

Rió con mis palabras.

"Está bien que te sientas así y creo que me sentiría cómodo si te sintieras siempre de esa forma. A mí no me importa".

Andrés salió a su oficina.

Me senté a tomar el resto de mi café y repasé en mi mente mis últimos encuentros con él.

Sexo en un baño público.

Palabras fogosas.

Sonrisas ardientes.

Estaba constantemente en mi cabeza.

Tanto, que sentía que pronto perdería la cordura. Pero yo luchaba contra mí misma para olvidar mis gratos recuerdos.

Traté de olvidar eso y concentrarme en Enrique, para que tomara sus medicinas y alguna sopa para mejorar.

Mantuve presente que nuestras promesas reducían lo nuestro a sexo casual y nada más.

"Señorita Sandra, le agradezco sus cuidados. Es muy amable conmigo", dijo Enrique cuando lo acosté en su cama.

"Gracias también por darme mis medicinas. Todo su esfuerzo me hace sentir mejor".

Besé su frente, aún empapada por la fiebre.

"Me alegra", le dije.

"Debes crecer grande y fuerte".

Estaba orgulloso. "Sí, como mi padre", dijo.

El rubor saltó a mis mejillas.

"Exacto, como tu padre", le respondí.

Despertó al cabo de un rato y lo llevé al sofá de la sala de estar.

Me acosté cerca de él y vimos algunas películas infantiles.

Andrés llegó a las cinco y cuarto.

Lo ayudé a pasar porque tenía varias bolsas en sus manos. Vi que traía más sopas para Enrique.

"Al final de la calle de mi oficina hay un restaurante de sopas que me encanta. Enrique también tiene que comer más sopa, así que decidí comprarlas", me dijo. "Preparan varios tipos de sopa, algunas bastante costosas, pero me parece que vale la pena comprarlas. Quise que todos comamos para que Enrique no se sienta triste por ser el único que las coma por su malestar. Además, sabes que siempre intenta imitar todo lo que hacemos, así que si nos ve comiendo sopa tal vez quiera hacerlo".

"Tienes toda la razón", le dije entre risas.

"Podría haberme ido a casa a prepararme algo, pero igualmente te agradezco que pensaras en mí".

"Ni lo pienses", me dijo.

Tomamos nuestras sopas juntos en el comedor. Luego ayudé a Andrés a acostar a Enrique en su cama.

A su lado estaba algo de agua fresca, sus medicinas y ropa caliente para dormir. Notó que estaba dormido, así que regresamos al comedor y limpiamos los restos de comida.

Tomé los platos y los lavé. Andrés tapó las sopas y las guardó.

Lavé los platos restantes y tomé la copa de vino que Andrés tenía en su mano para mí.

"Me fascinó esa sopa. No me gustan mucho, pero con sopas como esas podría acostumbrarme a comerlas todos los días", le comenté.

Cerró otra taza de sopa y la llevó a la nevera.

"Te entiendo", me respondió.

"Elena preparaba unas sopas espectaculares, de mil formas distintas. Por ella conocí este estupendo sitio en la calle de mi oficina".

Me quedé en silencio, aunque sonreí levemente.

Su cotidianidad era una incertidumbre para mí, pues no sabía qué pasaba por la mente de una persona cuando su pareja fallecía. Tampoco sabía qué despertaba sus recuerdos.

¿Elena llegaba a su mente cada vez que se enfermaba?

¿Cada vez que tomaba sopa?

¿Elena aparecía en su mente cuando recibía una buena noticia?

¿O solo cuando se sentía mal?

¿Elena estuvo en su cerebro cuando hicimos el amor?

¿O cuando conversábamos?

Me detuve a pensar en sus pensamientos.

Era difícil para mí contemplar esas opciones, pero necesitaba obtener respuestas. Necesitaba saber cómo reaccionar si Elena aparecía en su mente repentinamente.

Su esposa fallecida no me planteaba problema alguno.

Quería evitar que Andrés sintiera que me resultaba incómodo hablar de la madre de Enrique, que me disgustaba o que simplemente no quería que el tema saliera a relucir.

Todo estaba escalando velozmente. Tanto, que me sentía extraña. Sin embargo, decidí que eso no me superaría.

Debía fingir que nada me pasaba. Me mostré contenta.

Andrés volteó y me miró.

Una sonrisa estaba en su cara y mis pensamientos se sacudieron.

Se acercó a mí. Tocó mis mejillas con suavidad y besó mis labios con mucha pasión. Por primera

vez no sentí deseo.

No quería estar con él. Tampoco quería estar en su apartamento.

Sonreí y limpié mi boca. Se alejó de mí.

Retrocedió mis cabellos hacia mis hombros.

No podía escuchar las frases que aturdían mi mente.

Buscaba en mi mente alguna excusa razonable para huir y relajarme en mi apartamento. Tomé mi celular y respiré profundamente.

"Debo irme", le dije. Sonreí forzosamente.

"Mi padre espera mi llamada. Tengo que llamarlo. Quiero que hablemos después del tenso momento que vivimos. Aunque lo evite, debo charlar con él sobre sus deseos".

Sonrió rápidamente. "Podrías conversar con él mañana temprano", me dijo.

"Tu padre seguramente tuvo un largo día de trabajo".

Me levanté y tomé mi bolso. "No quiero hacerlo", le dije.

"Tengo que hacerlo lo antes posible. Si no lo hago, se pondrá peor y me tratará de una forma poco amigable".

No tenía que llamar a mi padre.

No tenía que ir a mi apartamento. Andrés había dicho algo sobre Elena y había sacado toda mi alegría. Además, miraba hacia todos lados y las fotografías anegaban las paredes.

Andrés llevaba una vida muy diferente a la mía. Lo supe en ese instante lleno de imágenes de esa mujer.

Fotos de ellas en los estantes, fotos de su ceremonia matrimonial bajo la mesa del comedor y una gran postal en la puerta principal que decía "Somos la familia Alonso y estamos felices".

Elena la había comprado. Yo sabía que Andrés no compraría algo así para él y su hijo.

Claro estaba que eso no me molestaba. Pero de todos modos me sentía incómoda estando allí e "irrumpiendo" en una idílica vida en pareja que no había desaparecido, al menos por la evidencia.

Le mostré de nuevo mi gratitud por la sopa y salí raudamente para que no me besara de nuevo. Llegué a mi apartamento y pasé con rapidez.

Cerré la puerta después de pasar y respiré profundo sobre ella. Recordé todo lo que había pasado entre Andrés y yo mientras entraba a mi dormitorio y llegué a mi cama. Sí. Andrés y yo llevábamos vidas muy distintas.

Él ya había vivido muchas cosas. Tenía un hijo, una esposa a la que quizás aún amaba y era dueño de una empresa exitosa como pocas.

Había experimentado cosas que yo ni imaginaba. Pero yo solo contaba con veintiún años.

Apenas comenzaba a dar mis primeros pasos y buscar mi espacio. Me costaba ponerme en su lugar, sobre todo cuando recordaba a su esposa fallecida.

Me costaba entender o darle un nombre a todas las emociones molestas que recorrían mi cuerpo cuando la había nombrado.

Andrés colmó mis pensamientos. Nuestro tiempo juntos y su forma de tratarme inundaron mi cerebro y me distraían.

Pensaba que para él era más que un objeto para satisfacer sus deseos, pero quizás me decía eso solo para sentirme mejor. Probablemente sucedía exactamente eso, que me usaba para sacar de su cuerpo y su mente la depresión que lo agobiaba por la muerte de su esposa.

Como era más joven que él, tal vez me costaba más controlar mis pensamientos y sentimientos. A él podía sucederle todo lo contrario.

Se sentía contento de estar con una chica sin ningún tipo de compromiso. Saldría de su tristeza, se

sentiría mejor y no se preocuparía por nada más.

Me levanté y salí a la cocina. Tomé un vaso de jugo y me senté en una silla frente al comedor. Rebeca entró y sonrió, tomó una golosina y buscó una silla para sentarse frente a mí.

No sabía qué decirle, aunque tenía muchas ganas de contarle lo que me pasaba.

Era casi una niña y no tenía la madurez para darme un consejo. En cambio, yo era su hermana mayor, aunque ni con eso sabía cómo reaccionar.

"¿Y Enrique?"

"Su salud está mejorando", le respondí.

"Ahora está dormido. Su fiebre cedió. Tomó algo de sopa y rápidamente se durmió".

"Entonces se siente muy mal", dijo ella.

"¿Cenaron los tres juntos?". Frunció su ceño.

"Lo hicimos", le respondí. "Hubo sopa para todos".

"Y tú, ¿te sientes bien?"

"Muy bien", le dije, aunque suspiré.

"Me siento bien y seguiré así. Estoy segura".

Sonrió al escucharme. "Perfecto. No quiero que te deprimas", dijo.

Recibí un beso suyo en mi mejilla y salió de la cocina.

"Eso no pasará". Yo también sonreí y cerré mis ojos.

Yo me mantuve ahí, pensando en el futuro de mi hermana menor, y le pedí a Dios que no encontrara un hombre como Andrés.

Andrés sentía algo por mí, o quizás no, pero a pesar de mi incertidumbre seguía fantaseando con su cuerpo.

Cuando se aparecía con su hijo, mi corazón se derretía.

Era un empresario exitoso que había sabido sobreponerse a las circunstancias difíciles que había vivido. Y, además, era un hombre atractivo, con un cuerpo muy sexy, experto en su área y sabía muy bien lo que hacía.

Toda la industria tecnológica lo tenía como una referencia.

Me levanté, lavé el vaso y apagué las luces. Regresé a mi cuarto mientras suspiraba.

Habíamos compartido a pesar de la distancia, enviándonos mensajes y llamándonos.

Sentía que ya no podía ver a Andrés como un simple compañero sexual. Quizás esa era la razón de mis pensamientos emotivos.

Era como él y yo nos comprendiéramos con nuestras conversaciones nocturnas y las cosas que nos contábamos.

Habíamos pactado estar juntos solo por placer.

Sin embargo, sentir algo más profundo era inevitable para mí.

Aunque no lo reconocía, sentía que había algo fuerte... quizás amor.

Capítulo 13: Andrés

Enrique corría por todo nuestro apartamento con su ropa favorita. Sonreí con su alegría. Su salud había mejorado, lo que me había animado mucho.

Cualquier enfermedad de Enrique, por muy leve que fuese, me preocupaba.

La impotencia recorría mi cuerpo cuando lo veía en su cama, entristecido. Luchaba con todas mis fuerzas para que recuperara las suyas.

Pero su fiebre había tenido una agradable consecuencia: me sentía más atraído por Sandra. Había cuidado a mi hijo de una forma extraordinaria.

Fue gentil y cuidadosa, lo que me convenció de que sentía algo poderoso por ella.

Algo más que simple deseo. Pero eso no nos convenía. Lo sabía.

Había sido inevitable: Elena había salido en nuestra conversación tras la cena.

Sandra se sintió tan airada que se fue, usando una inverosímil excusa y corriendo hacia su apartamento, por lo que supe ese tema no le gustó para nada, a pesar de que evitó decir una palabra al respecto.

Por mi parte, dejé que se marchara sin decirle nada, para no discutir estérilmente. Pero al escuchar sus pasos en el pasillo, me sentí mal por su partida repentina. Entonces lo supe.

Sandra ya era alguien importante para mí. También lo había entendido cuando Enrique se enfermó. Era una especie de madre para él.

Una madre que Enrique amaba e incrementaba mis sentimientos hacia ella, pero que me ponía en aprietos en cuanto a nuestra relación, que se había limitado a lo sexual.

Tocaron la puerta y mis pensamientos cesaron. Mi madre llegaba para estar con Enrique en su despedida de preescolar. El tiempo pasaba sin que yo lo notara.

Ya mi hijo había crecido tanto que pronto empezaría la escuela primaria. Deseé congelar los relojes para que no creciera tan rápido. Y mientras esos días pasaban, más tiempo había pasado desde la muerte de Elena.

Decidimos celebrar el avance de Enrique comiendo helados una vez que salimos de su acto ceremonial.

Enrique amaba los helados, independientemente del sabor. Era como su adicción. Yo lo entendía. Cualquiera necesitaba comer un helado de vez en cuando.

Estaba contento con nuestra decisión y me pidió llevar a Sandra.

Estaríamos no solo Enrique y yo, sino también mi madre, así que ir con Sandra era arriesgado.

Pero lo pensé de nuevo, y me percaté que tenía ganas de compartir con ella en un momento especial como ese. Mi hijo se sentía muy bien con ella.

Era la primera mujer con la que compartía después de mucho tiempo. Entendía por qué se relacionaba con ella.

Entonces decidí pedirle que nos acompañara a comer helados en la heladería favorita de Enrique.

Llegamos al lugar, pedimos nuestros helados y buscamos una mesa en el fondo.

Mi asistente sabía que era un día especial para mi hijo, así que imaginé que los vicepresidentes resolvían todo por su cuenta y evitaban llamarme.

Lo recordé cuando tomé mi teléfono para corroborar que no había llamadas de la oficina y volví a guardarlo.

"¿No deja de trabajar nunca este hombre?", le preguntó.

Mi madre miró a Sandra fijamente.

"No. Incluso trabaja cuando duerme", le respondió.

"Hay que sacarlo más para que se relaje y olvide su trabajo".

Me vio y rió. "Tiene usted razón", respondió Sandra.

Recordé cómo Sandra se había molestado cuando mencioné a Elena y cómo me sentía yo cuando la recordaba.

Tal vez pedirle atravesar una situación como esa, con tantos sentimientos involucrados, sería dañino para ella.

Tampoco sabía lo que ella sentía, y no había reunido el coraje para plantearle el tema. Me concentré en Sandra y mi madre y vi que hablaban sin problemas sobre mí, porque se habían conocido cuando me mudé al apartamento.

Conversaban animadamente con Enrique y supe que había tenido razón antes, cuando decidí invitarla. *Necesitaba* estar a su lado, pero abofeteé mis pensamientos, porque sabía que no podía sentir esa necesidad.

Sentí que no era lo mejor para ambos.

También podía suceder otra cosa. Podía sucederme que quería enamorarme de ella. Quizás *ya* estaba enamorado, un sentimiento que había nacido dentro de mí para ocupar el espacio que había dejado Elena en mi corazón.

Sandra era solo una agradable distracción, una forma de olvidar, pero estaba concentrándome demasiado en ella. Me sentí muy mal al sentir que estaba usándola.

Elena había sido una buena persona, gentil y buena con los niños y las mujeres. Me había enseñado cómo tratarlas y cómo actuar adecuadamente con ellas. Pensé que no quería obsequios de Elena, porque ese había sido su mayor regalo.

Me había enseñado a valorar a todas las personas en lugar de aprovecharme de ellas. Y, sin embargo, a pesar de esa enseñanza, sentía que sí estaba aprovechándome de Sandra.

Solo habíamos dado algunos pasos y ya me sentía complicado.

No quería imaginar lo que pasaría si seguíamos juntos.

Además, no quería lastimarla ni que me lastimara a mí.

Con todos esos pensamientos, entendí que debía distanciarme de Sandra lo antes posible.

Comimos los helados y todos nos divertimos. Luego fuimos a mi apartamento. Mi madre acostó a Enrique en su cama y fue a la habitación de huéspedes.

Había viajado para llegar a la graduación y se sentía cansada.

Me sentí alegre por tenerla en mi apartamento. No me gustaba para nada la idea de enviarla a su casa en el metro a altas horas de la noche.

El metro no me parecía seguro ni aseado, aunque igualmente ella lo tomaba a pesar de mi oposición. Pero esa noche estaba tan cansada que no discutí conmigo.

Supe que quería compartir más tiempo con su nieto. Me acerqué a Sandra.

Contemplaba la ciudad a través de las ventanas.

"Es una linda ciudad", le dije.

Giró hacia mí y me abrazó.

"Sí, pero tú eres más lindo", me respondió.

La separé para ver sus ojos. Tenía un gran deseo de tomarla y lanzarla a la pared para poseerla. Pero recordé mis pensamientos.

Quería hacerle el amor con más fuerza que nunca. Estar cerca de sus senos y su culo me provocaba una fuerte erección. Sin embargo, me decidí a cumplir mi promesa, aunque me pareciera imposible.

Sandra quiso besarme, pero la detuve con mi mano y tomé su cintura con la otra. Suspiré mientras la alejaba.

Agité mi cabeza. "Sandra, creo que debemos parar", dije.

"Creo que nos estamos involucrando demasiado, y podríamos hacernos daño si seguimos con esto. No quiero que eso suceda".

Estaba confundida. "Bueno...", dijo ella.

"Cuando estamos solos fingimos que no sentimos nada, pero ambos sabemos que eso no es cierto", le dije.

"Y soy mayor que tú. Eso me preocupa. Casi te llevo diez años. Es una diferencia palpable en nuestros ritmos de vida. Tengo una empresa por la que me he esforzado mucho y por la que soy responsable. Tengo un hijo pequeño, me casé y luego perdí a mi esposa. En cambio, tú eres joven, enérgica y aún no te has graduado. No sabes de errores o decisiones que podrían cambiar el curso de tu vida. No quiero que me veas como un error de tu juventud".

Sus ojos miraban el piso. "No te veo de esa manera", respondió.

Levanté su mentón. "Sandra, escucha", le dije.

"Vivimos lindos momentos. Tuvimos la libertad de hacer lo que quisimos, donde y cuando quisimos. Todavía oigo tu risa pegajosa y otros sonidos excitantes que salieron de tu garganta cuando estuvimos en los baños".

Sus mejillas estaban sonrojadas. "Lo recuerdo también", me dijo. "La pasamos muy bien".

"pero es el mejor momento para que dejemos las cosas así y nos demos un digno adiós. Esos momentos tienen que llegar a su fin. Para mí, este es el momento justo, antes de que nos compliquemos más".

"De acuerdo", me dijo. "Contigo me sentí muy bien, como hacía tiempo no me sentía. Incluso, siento que olvidé el amor que me hacía sentir bien, pero al mismo tiempo me deprimía. Entendí que, si seguíamos juntos, las cosas podrían salirse de control. Lo pensé mucho cuando estuvimos en la heladería. No quiero que nos hagamos daño, lo que creo que tarde o temprano sucederá si no nos distanciamos". Me sentí afortunado por su madura reacción.

"Sentí que incluso podría herirte al contarte lo que sentía, así que me alegra que entiendas esta situación", le dije, y respiré profundo.

Sonrió.

"Me siento bien. No te preocupes. Quisiera que sigas conmigo como amigo. Eres una agradable compañía, una buena persona. Y sabes que amo a tu hijo. Me siento feliz de pasar un rato con él y cuidarlo. Puedes llamarme para que lo cuide, especialmente en estas vacaciones".

"Gracias por tus palabras", le dije. "Me pareces una mujer estupenda". Besé tiernamente su mejilla.

"Creo que es el fin de la conversación. Mañana estaré ocupada. Mi hermana se gradúa y debo hablar con mi padre", dijo al ver la hora en su celular.

"¿Tu hermana tampoco quiere estudiar Derecho?"

Rió con mis palabras.

"Parece que sí quiere hacerlo. Decidió tomar un curso introductorio. Pensé que lo hacía para que mi padre no estuviera encima de ella como lo hace conmigo, pero no fue así. *Quiere* ser abogada. No le gusta la idea de trabajar con mi padre, pero eventualmente tendrá que hacerse cargo de la oficina. Ahora soy la oveja negra de mi familia".

"Vaya que lo eres. Solo tú piensas en querer ser maestra de escuela", le dije mientras reía.

Se mostraba alegre, pero era una emoción falsa. "Sí, lo sé", dijo.

Tomé su mano y la acompañé a la puerta. Nos paramos justo frente a la salida. "Creo que debemos despedirnos".

Nos miramos fijamente. Sabíamos que debíamos decir adiós, aunque nos costaba hacerlo. Sonrió

con ternura y besó mi mejilla.

Salió por la puerta rápidamente.

"Hiciste realidad mis fantasías y te lo agradezco", susurró.

Cerré mi puerta y noté mis temblores. Sus labios cálidos dejaron un fuego en mi cara.

Su agradable aroma a jazmín penetró mi garganta.

Sentí que me lanzaba yo mismo a un abismo de tristeza. Pero ya no había nada que hacer. Tenía que aceptar que ya no estaría en mi vida. Y esperaba poder perdonarme antes de que mi cerebro explotara.

Sabía que mi decisión de alejarnos era la correcta, pero ya sentía algo de arrepentimiento.

¿A última hora quería cambiar de parecer?

¿Había roto con una chica con la que quería continuar?

Capítulo 14: Sandra

Me sentía feliz por ella, orgullosa por Rebeca. Mi hermana menor, mi mejor amiga, se graduaba de la secundaria. Recordé mi paso por la escuela secundaria y me sentí nostálgica.

Estaba ocupada con tantas emociones en mi mente y nuestros familiares compartiendo la celebración y la alegría.

Todos me preguntaban por mis estudios, la universidad y mis compañeros. Me preguntaban si tomaría clases de Derecho, pero a todos les respondí que no lo haría.

En las sillas y los pasillos había fotos de los graduandos, también en las escaleras y el estacionamiento, además de grandes afiches de felicitación. Los colores de la secundaria decoraban el auditorio.

Los chicos podían adornar sus birretes con los motivos que quisieran, pero mi hermana decidió mantenerlo tal como estaba, para que mi padre no se molestara. Me ubiqué en uno de los asientos mientras mi hermana daba su discurso.

Era una pieza oratoria sobre el futuro y cómo cada quién debía emprender el camino que le pareciera el mejor.

Recordé mi graduación de la secundaria y cómo un futuro promisorio se presentaba ante mí.

Me alegré de ver cómo mi pasado esperanzador ahora se convertía en un presente lindo para mi hermana.

Mi padre invitó a todos sus socios, nuestros familiares y muchos de nuestros amigos a una fiesta de celebración que preparó en nuestro apartamento para mi hermana.

Rebeca tenía la posibilidad de invitar a algunas de sus amigas del liceo, pero no quiso hacerlo.

Quería evitarles un rato desagradable con tantos adultos. Ya había mucha gente. Era como si se repitiera la historia.

Todos le preguntaban qué carrera estudiaría y cuáles eran sus planes. Sentí tristeza por mi hermanita, pero en el caso de mi familia era inevitable pasar por esa situación en cada graduación.

Brindamos varias veces y todos fueron a sus mesas.

Rebeca se acercó lentamente y fuimos al balcón. Podríamos estar a solas. Por primera vez en todo el largo día, estábamos solo ella y yo, aunque a nuestras espaldas estaba toda nuestra familia.

Tomamos algo de vino y vimos la ciudad. Nos despojamos de nuestros zapatos para que nuestros pies descansaran.

"¿Te sentiste nerviosa cuando fuiste a la Universidad Andina?", me preguntó.

"Para nada", le respondí.

"Quería seguir contigo, pero estar aquí estaba enloqueciéndome. Tenía tantas ganas de estar lejos de papá, su bufete y las palabras que mamá repetía, que sentí que escapaba a un lugar mejor".

"Papá se ensañó contigo, así que te comprendo. Reconozco que tomar clases de Derecho me pone muy nerviosa. Pero estar contigo me hace sentir muy feliz", dijo.

Sonreí.

"También estoy feliz", le dije.

Se acercó a mí. "¿Y en este momento te sientes bien?", me preguntó.

"Te noto triste".

"Estoy bien", dije mientras respiraba profundamente.

"Pero estar rodeado de tanta gente me abruma".

En realidad, me sentía mal por mi charla con Andrés, pero no quería contárselo justo el día de su graduación.

Entonces fingí alegría y cambié el tema.

"Debí recorrer el mismo camino de nuestros padres, asumiendo el compromiso de estudiar en la misma universidad, y la idea de estudiar me agotaba, así que en realidad sí me sentí nerviosa cuando empecé en la Universidad Andina", le dije.

"¿Qué hiciste para sentirte mejor?"

"Si soy sincera contigo, no hice nada. Recordé lo feliz que estaba de estudiar la carrera que me gustaba. Llegué al campus y todos mis miedos se esfumaron. Mis compañeros me trataron como si fuese parte de una gran familia. Me encantó".

"Tú y yo tenemos mucha suerte".

"¿Por qué lo dices?"

"Porque estamos juntas. Tengo amigas que no comparten con sus hermanas. No son cercanas".

"Tienes razón. Y esto feliz por eso", le dije.

"Eres mi mejor amiga, mi confidente. Sabes todo sobre mí. En la universidad no tengo amigas cercanas, y me alegra que podamos estar juntas allí. No hará falta que volvamos a este lugar a pasar nuestras vacaciones. Tendríamos un lugar para celebrar".

Rebeca rió.

"Tienes razón, pero papá igualmente vendría a la fiesta, aunque no lo invitemos".

Gesticulé como si secara mis lágrimas.

"Es verdad", le dije.

Sonrió. "Eres mi mejor amiga también", me dijo.

"Ya no tendremos que estar en este apartamento. Quizás es la razón de que nos sintamos así", le dije animadamente.

Era la primera vez que tomábamos vino. Esa bebida mejoró nuestra escapada.

Nuestras miradas se encontraron y luego empezamos a reír sonoramente.

Después nos obligamos a callar nuestras risas para que no nos descubrieran. Debíamos acompañar a nuestros invitados. Era una regla inviolable de nuestros padres.

Pero Rebeca y yo estábamos exhaustas por el largo día y la multitud nos abrumaba. Debíamos huir por nuestra salud mental. Mis padres hacían celebraciones y siempre huíamos de ellas.

Nos ocultábamos en los lugares más raros, como debajo de la cama, en la ducha, el armario de los abrigos, cuando aún cabíamos en ellos, o detrás de las escaleras.

"Creo que hay algo que te ayuda mucho", le dije.

"Supongo que te refieres a mi aspecto femenino y mi gusto para vestirme".

"Claro", le dije entre risas.

"En realidad hablaba sobre papá. Que estudies Derecho es una buena idea. El objetivo de papá es que sus hijas se hagan cargo de la oficina. Es su plan desde que nacimos. Yo ya no lo haré, así contigo que va con todo. Quiere ayudarte porque haces lo que él desea para nosotras".

"Lo cual no me pone nerviosa", me dijo.

"Pero no tienes que estudiar esa carrera si no quieres", le dije.

"Papá entenderá tu elección tarde o temprano. Adoptará a un niño necesitado que se encargue de su empresa y te dejará en paz. Son sus sueños, no los tuyos. Puedes tener tus propias metas".

"Sí, lo sé", me dijo.

"Inicialmente quise estudiar esta carrera para complacerlo, pero luego vi que los abogados tienen un amplio campo laboral, me gustó la idea y decidí hacerlo. Ya no lo hago por él. Sólo me aterra el hecho de tener que trabajar muchísimo para tener mi propio nombre en este mundo de leyes. Derecho, la Universidad Andina. Es como una combinación infernal. No quiero imaginar cómo serán los

últimos años de clases".

"Como si un volcán hiciera erupción frente a ti", le dije entre risas.

"Pero eres muy inteligente y superarás ese reto".

"Quiero preguntarte por qué te niegas rotundamente a hacerte cargo de la firma de mi padre. Serías abogada y no tendrías que abrir una oficina. Te ahorrarías muchos problemas", me dijo.

"No me gusta defender delincuentes", le dije con crudeza.

"Papá me parece un gran abogado, me gusta eso, pero solo rechazo las cosas que hace. Mi padre defiende a muchos hombres que sí han cometido crímenes muy graves. Papá toma ese expediente y modifica a placer lo que le conviene para que ese delincuente salga en libertad. Todos tienen un derecho a un abogado, lo sé, y debe ser uno bueno. Es parte del sistema de justicia que garantiza que las leyes se cumplan, pero no es para mí. Pero lo que hace él no me parece correcto ni justo. Es como si engañara a los demás. Los ayuda a salir y no tener que enfrentar penas. Eso está mal".

Agitó su cabeza. "Entiendo tu punto", dijo mi hermanita.

"Para papá es importante que su trabajo parezca algo importante y correcto. Se cree el adalid de la Constitución y las leyes. Convince a todo el mundo de que lo que hace está muy bien, pero si alguien cometió un delito debería ir a la cárcel. Es la razón por la que quiero estudiar esta carrera. Creo que tienes razón. No me veo a mí misma como una empleada de mi padre o haciendo lo que él hace. No me aceptaría a mí misma si sé que un delincuente está en la calle por mi culpa. Quiero usar mi conocimiento y mi futura experiencia para ayudar a los que realmente necesiten un abogado. Ayudar a los que han sido víctimas de un delito en lugar de ayudar a las personas que han violado los derechos de la gente. Muchos empiezan sus estudios y luego se desvían, pero yo estoy clara. No quiero eso para mí. El dinero no me hará cambiar de opinión sobre la importancia de la ley y la justicia. Es el aporte que quiero dar a la gente".

Nos miramos y nos abrazamos.

Rebeca sabía escucharme y me entendía, y por ello la extrañaba cuando estaba en Las Villas enterrada en mis libros.

Entendía lo que me había dicho. Muchos no eran tan cercanos a sus hermanos. Pero ella y yo sí lo éramos. Tanto, que sabíamos todo sobre nosotras.

Me hacía mucha falta vivir momentos y detalles como ese cuando estaba en la Universidad Andina, especialmente en mis largas noches de estudio.

Ambas habíamos sufrido por los designios de nuestro padre, sus rigores y exigencias respecto a los estudios y su deseo de que fuésemos cada día mejores y más inteligentes. Esa forma de relacionarse con nosotras nos causaba mucha tensión.

Era una de los motivos por los que nos apoyábamos tanto. Pero temía que todo cambiara cuando obtuviera mi título universitario.

Deseaba mantener ese profundo vínculo con ella. Solo anhelaba que mientras tanto, la universidad no agotara a Rebeca ni causara estragos en su salud.

Me encantó compartir con ella en el balcón después de estar todo el día rodeadas de tanta gente.

Pude sentarme a su lado y abrazarla, saber lo que sentía y relajarme. Tuve ganas de contarle lo que había sucedido con Andrés.

Rebeca solamente sabía que tuve sexo con él, pero desconocía lo que había pasado después, las llamadas y mensajes, y, sobre todo, su imposibilidad de renunciar al pasado, pero era un día especial en la vida de mi hermana y no quise agregar más tensión de la que ya había con la gran cantidad de personas cerca de nosotros. Así que evité contarle.

Volví a ver la ciudad iluminada y los autos veloces. Rebeca hacía lo mismo y sus ojos brillaban.

Tratamos de olvidar nuestro caos.

Nos reclinamos y tomamos otros sorbos de vino. Rebeca empezaría la universidad e iniciaría una nueva etapa en su vida. Esas circunstancias me inspiraban, aunque mi mente estaba muy pendiente de Andrés.

Mi hermana me hacía sentir mejor. Las cosas podrían funcionar a pesar de todo lo que había pasado.

Capítulo 15: Andrés

Un mes después

Sandra estaba en su apartamento para pasar algunos días libres. Cuidaba a Enrique casi toda la semana.

Los días libres de Enrique eran un problema para mí, pues tenía mucha energía y no quería dejarlo en una guardería.

Ella pasaba mucho tiempo en el apartamento, pero no cruzábamos muchas palabras ni coqueteábamos. Las relaciones sexuales eran historia.

Solo nos saludábamos y tomábamos algo de café. Ella estaba allí, pero era como si estuviera en otro lugar.

Llegaba temprano y se iba al final de la tarde. Fin de la historia.

Sandra estaba lejos de mí porque yo se lo había pedido, pero yo nadaba en un mar de confusión.

Ahora las cosas habían empeorado. No sabía si la quería o extrañaba su cuerpo. Unos segundos después, lo supe.

Quería que formara parte de mi vida y la de Enrique.

Lo entendí porque en su ausencia me costaba trabajar, mi humor era terrible y pensaba mucho en su sonrisa.

Era la hora de conversar, porque estaba siempre en mis pensamientos, incluso cuando dormía.

Llegó el viernes. No necesitaría una niñera para el fin de semana.

Mi madre había pasado por el apartamento para buscar a Enrique y llevarlo a su casa hasta el lunes.

Enrique adoraba pasar los fines de semana con ella, aunque separarse de Sandra lo entristeció.

Su tristeza me contagió.

Le pedí que antes de irse conversáramos una vez que Enrique saliera con mi madre.

Llegó a la cocina. Quería charlar con ella a solar para enmendar mi error.

Sonreí y fuimos a la sala de estar. Le ofrecí una gaseosa, pero educadamente la rechazó.

"Has cuidado a Enrique y quería agradecértelo. Me siento mucho mejor que si lo hubiera lanzado en una guardería con desconocidas", le comenté.

"No se ha sentido muy bien emocionalmente. Me gusta tenerlo en el apartamento, con alguien en quien confía. Poder contar contigo me facilita el trabajo, porque puedo concentrarme y no tengo que pensar en el bienestar de mi hijo. Enrique y yo nos sentimos mejor. Ojalá tú también te sientas así".

"Cuidar a Enrique me gusta", me dijo.

"El bienestar de Enrique me interesa, y me alegra estar aquí para que se sienta bien mientras trabajas". Se oía amable.

"Cuando regreses a tu universidad nos harás falta", le dije.

Quería enfocarse en mi hijo.

"Yo también extrañaré a Enrique", me dijo.

"Escucha, Sandra. Quiero ser sincero contigo", le dije, acercándome a ella

Se separó un poco. "De acuerdo", me dijo.

"Te escucho".

"Me haces mucha falta", le dije sin ambages.

"Sé que debo olvidarte, pero se me hace imposible. Estás siempre en mis pensamientos. Me he sentido solo como nunca".

"No sé qué responderte", me dijo.

"Tú rompiste conmigo. Lo nuestro quedó atrás. Lamento si apenas hablamos. Debo hacerlo porque me lo pediste. Creo que, como dijiste, es lo mejor para ambos. Tú me alejaste, acabaste todo y me dijiste que debíamos dejar las cosas así". Estaba molesta.

"La situación me agobiaba y temí que llegara al punto de hacerte daño", le dije.

"Fue una gran equivocación pedirte que te alejaras", le dije.

"No me parece. Creo que eras tú quien no quería salir lastimado", me dijo. Estaba tensa.

"No. Me preocupaba por ti, al punto de que no sabía si podría corresponderte si seguíamos juntos y querías algo más serio. No quería que tú salieras lastimada, así que te equivocas", le dije a modo de defensa.

"Me atraes. Mucho. Quise evitarlo, pero no puedo. Siempre estás en mi mente. Rechazaste tus sentimientos, pero yo no lo hice lo mismo. A decir verdad, no puedo seguir fingiendo", me dijo, y luego movió su cabeza

No quería hablar de mis sentimientos.

"No te pedí que lo hicieras", le dije.

"Siempre fui honesto contigo. Desde que te conocí. Te dije lo que quería y lo que no quería para nosotros".

"Parece que no salió bien después de todo", me dijo.

"Quiero decir...". Se levantó.

Fui hacia ella y toqué su cuello.

La besé con fuerza.

Mis labios atraparon los suyos con fuerza.

Ella me rechazó, pero después abrió su boca y se acercó a mi cuerpo. Me separé y me vio fijamente.

"Mi beso te dice lo que mis palabras no pueden expresar. Siempre se puede expresar más con una acción que con una frase", le dije con suavidad.

Tomó mi mano y me dirigió a mi habitación.

Cerramos la puerta delicadamente después de pasar.

Nuestras manos se deslizaban frenéticamente por nuestros cuerpos y nuestras bocas chocaban con furia.

Nos miramos y nos tocamos salvajemente. Ya no había rabia, solo deseo.

Íbamos tan rápido que no podíamos controlarnos.

Arranqué su blusa y la dejé en el piso. Desabroché mi camisa y la lanzó con furia. Besé su sien y sentí su calor.

Desabroché su sostén rosa y sus enormes tetas saltaron juguetonas entre mis dedos.

Me incliné para chupar sus pezones y mis oídos recibieron con alegría sus gemidos.

Pasó sus dedos por sus pantalones y luego intentó quitarme los míos. Unos segundos después estábamos casi desnudos. Me dolían las bolas.

Me quité los calzoncillos y contemplé su delicioso cuerpo desnudo después de quitarse sus bragas de seda. Respiré profusamente mientras me deleitaba con su cintura y sus caderas.

Fui hacia ella con rapidez y palpé sus tetas con mucha fuerza. Besé su labio inferior y luego lo mordí. Sus labios gimieron y mi garganta atrapó ese gemido.

Nuestros cuerpos se toparon y ya el dolor era una amalgama de placer y deseo. Pasé mi mano por su cuerpo mientras mi excitación se incrementaba.

Pasé mi dedo por su vagina y la acaricié.

Empujé su cuerpo a la cama.

Cayó sobre las sábanas y yo caí sobre ella. Gemí y movió sus caderas temblorosas.

Separé sus muslos, y moví mis dedos con frenesí sobre su clítoris ansioso.

Le pregunté si quería hacerlo.

"Claro que sí", jadeó.

Concentró su atención en mi cabeza, viendo cómo mordí mi labio inferior.

Moví mis dedos con toda la rapidez que mi cuerpo me permitía, con sus líquidos bañando la palma de mi mano. Su cuerpo se estremeció.

Con mi mano en su clítoris dibujé círculos alrededor de él. Se retorció con mis movimientos y agitó la cabeza.

Tomó una almohada de la cama y sus muslos me apretaron. Llevó sus caderas sobre mi mano. Supe que su orgasmo estaba cerca.

Contuvo su respiración y mis dedos sintieron su rigidez.

Mi dedo aceleraba su paso por su clítoris. Sandra gimió de nuevo y respiró profundamente.

Se vendría varias veces. Me percaté de ello por su ansiedad derramándose sobre mis dedos. Y era solo el comienzo.

Me alejé de la cama antes de que su orgasmo la desbordara.

La llevé hacia adelante, hacia la orilla de la cama y abrí sus labios vaginales ampliamente.

Su vagina brillaba y descubrí su mirada lujuriosa. Metí mi cabeza en sus profundidades y chupé su clítoris.

Se movía con placer en la cama. Debía mantenerla allí a pesar de sus espasmos.

Tomé su cuerpo y la llevé hacia abajo.

Mis dedos quedaron sobre su clítoris otra vez.

Pasé mi lengua por sus abundantes líquidos y me alegré de excitarla tanto.

Levanté mi cabeza y froté sus labios con fuerza y velocidad. Sentí que luchaba contra su orgasmo cuando vi la expresión en su rostro.

"No lo alargues más. Quiero que te vengas", le dije en voz baja.

Sandra no podía decir ni una sola palabra de lo excitada que estaba. Entendí que trataba de no venirse, pero su orgasmo tomaba el control de su cuerpo.

Cerré mi boca y volví sobre su clítoris, con más fuerza que antes.

Ella se inclinaba para tomar mi mano, y yo sonreí con su movimiento y su cuerpo agitado recibiendo el placer.

Mi lengua la había enviado a otra dimensión. Un clímax estremecedor sacudía cada fibra de su piel.

Su mano cesó mis movimientos. Pero quería seguir explorando su cuerpo. Se relajó, tomé mi pene y fui sobre ella.

Moví mi pene por su vagina y encontré sus deliciosos jugos. Empujé dentro de ella y jadeó. A mis brazos llevé sus muslos y me sujeté de los míos, introduciendo mi pene cada vez más y más.

Estaba agotada. Luego me retiré, pero rápidamente me impulsé de nuevo, con más fuerza que antes.

Su respuesta fue un huracán de gemidos y tensión.

Nuestros cuerpos se tocaban y suspiró de placer. Sus pezones delataban su excitación.

Estaban más duros y fogosos. Bajé sus piernas y mis ojos se posaron sobre los suyos.

Mis movimientos se volvieron más potentes.

Necesitaba el cuerpo de Sandra.

Mi orgasmo se aproximaba. Lo quería, lo ansiaba como nunca.

Debía saciar mi sed por su piel que me abrumaba hacía semanas.

Ella movió su torso y gimió más fuerte, llevando su cabeza hacia atrás y cerrando sus puños.

Pude entrar con más potencia en su vagina cuando abrió más sus piernas. Era el momento. Lo supe y no quise evitarlo.

La besé para atrapar sus alaridos.

Tomé sus caderas y fui dentro de ella, más y más, acercado mi cuerpo y llevando mi cara a la suya.

Unos segundos después mi cuerpo sintió mi orgasmo y sentí que me liberaba.

Mi pene se sacudía y de despojaba de todo mi semen mientras su vagina lo apretaba. Me apoyé en sus muslos.

Una magia hechizante nos arropaba al estar juntos, casi adheridos, con sus muslos sobre mi cintura y mi pene llenando su interior.

Me recuperé y me acosté a su lado. Me encantó poder poseerla de nuevo.

La abracé y traté de recobrar el ritmo normal de mi respiración.

Había estado con ella para pasar a otro plano.

Un plano más emocional.

Unos minutos después nos quedamos dormidos.

Capítulo 16: Sandra

Los primeros rayos del sol iluminaban la habitación y el suelo recibía la luz dorada de la mañana con alegría. Extendí mis brazos y recordé la agradable compañía. Mis ojos se abrieron con el paisaje.

Él permanecía en la cama. Bostezaba y movía su mano para tocarme. Se levantó levemente y un cándido beso suyo llegó a mis labios. Luego se levantó por completo para vestirse.

Entró a la ducha y unos minutos después era un hombre completamente diferente.

Ya no estaba desnudo sino enfundado en su traje de oficina. Yo necesitaría más tiempo para lucir así. Andrés me besó en la mejilla.

Mi cabello estaba hecho una pila de heno.

"Haré nuestro desayuno", dijo suavemente.

"Vístete con calma. Te espero en el comedor".

Acepté su propuesta y le regalé una sonrisa. Salió del cuarto, me levanté y me vestí. Busqué en el suelo de la habitación mi ropa esparcida y arrugadas.

Después de ese desorden, sentí que había pasado mucho tiempo reprimiendo mis deseos. Y los suyos.

Entré al baño, peiné mi cabello y cepillé mis dientes. Recogí el desorden en mi cabeza hacia atrás y me vi en el espejo.

El rubor en mis mejillas seguía, al igual que el brillo en mi rostro. La expresión me delataba. Estaba muy feliz.

Entré a la cocina, fui hacia Andrés y puse mis brazos en su cintura. Besé su cuello. Sonrió y giró para besar mi boca.

"Anoche sentí por primera vez una conexión emocional tan profunda con alguien desde la muerte de mi esposa. Fue una noche especial la que tuve contigo", dijo.

Quise responder su frase, pero me pareció que no debía precipitarme confesando lo que sentía.

No sabía lo que sucedería entre nosotros después.

Sus palabras habían llegado a mis oídos con alegría, pero rápidamente una parte de mí quiso alejarse de él.

Me negué a ceder ante esos pensamientos, inhalé y exhalé todo el aire que pude, y evité que sus palabras significaran algo triste para mí en ese momento.

Habíamos pasado una increíble noche juntos, como él mismo decía, y sabía que mis sentimientos por él eran bastante poderosos.

Tanto, que me dominaban.

Primero era una especie de ilusión juvenil, luego había pasado a ser una intensa fantasía sexual, y ahora era un gran amor.

"Y aún no encuentro las palabras para agradecerte tu ayuda con Enrique. Lo has cuidado mientras estuve ocupado, y le has dado días de mucha alegría incluso cuando ha estado enfermo", dijo, y seguidamente volvió a besarme.

Sonreí.

"Dos chicos guapos y elegantes necesitan mi ayuda. Si no los auxilio, sería una perfecta idiota, así que también estoy agradecida", le dije.

"Adicionalmente, siempre gano en los juegos de mesa".

"Sí, son excelentes esos juegos de mesa", dijo.

"Enrique está aprendiendo rápidamente a jugar todos esos juegos. Me derrotó contundentemente la

otra noche en todas las partidas que tuvimos". Sonrió con dulzura.

"Me gustan esos juegos. Favorecen la agilidad mental y los ayudan a crecer", le dije entre sonrisas. "Pero no se necesita mucho esfuerzo para derrotarte. Piensas mucho antes de dar un paso".

"Allí tienes toda la razón", dijo.

Giró para revisar el desayuno.

"Pienso mucho, sobre todo en ti. He necesitado hacerlo, distraerme con alguien. Llegaste en el momento justo. A estas alturas, no sé qué sería de mi vida sin ti en ella".

Me molestaron las palabras que había dicho.

Una en especial.

¿Necesitaba 'distraerse' con alguien?

Había escuchado bien y no había espacio para otras explicaciones.

Me separé de él.

Inhalé mientras la tensión se incrementaba en mi cuello y bajaba por mi cuerpo.

Andrés se refería a mí como una mujer que lo ayudaba a distraerse. Había dicho palabras muy lindas, pero al incluir ese término había estropeado todo.

Había actuado como una jovencita ingenua. Tanto, que había llegado a pensar que ya lo amaba.

Me había convencido de que lo nuestro iba muy bien. Pero él no parecía corresponderme.

Era como si sintiera todo lo contrario en esa situación.

Entonces los pensamientos que pedían que me alejara volvieron, y ya se convertían en gritos furiosos dentro de mi mente. Sabía que quien había tenido pensamientos equivocados había sido yo.

Cuando me había dicho que le hice falta, probablemente lo había hecho porque quería distraerse conmigo para no sentirse nuevamente triste o deprimido, con insomnio y los recuerdos de su esposa impidiéndole trabajar.

Yo lo ayudaba a distraerse para que no recordara a Elena.

Sí, eso era lo que pasaba.

Con mi presencia se sacudía los pensamientos y funcionaba como una persona que trabajaba sin problemas y hacía todo lo que el resto de la gente hacía a diario.

Era como un instrumento necesario para instalar una nueva ventana o una puerta.

Cuando se sintiera mejor, me diría adiós.

Me desecharía cuando no me necesitara. No estaba enamorado de mí. Fui una estúpida.

Se aprovechaba de mí y no lo había notado. Habíamos vivido muchas cosas lindas, le había expresado mis deseos con sinceridad, pero él me apartaba, usándome como una medicina para apaciguar su dolor.

Yo no era una medicina. Más bien quería ser una droga para él.

Retrocedí.

"No quiero comer", le dije.

"Creo que no es buena idea que desayune contigo. Tengo un compromiso familiar. Iré con ellos antes de que despierten".

Giró para acercarme a su cuerpo. "Vaya", me dijo.

"Puedes escribirme más tarde, si te parece".

Le di un beso en su mejilla y retrocedí nuevamente.

"Lo haré", le respondí.

Tomé mis cosas y salí con premura.

Tenía muchas ganas de llorar, pero contuve mis lágrimas. Ciertamente tenía un compromiso familiar.

Habíamos acordado ir a un juego de fútbol, lo cual podría ayudarme a sentirme mejor.

Entré al apartamento y analicé las cosas detenidamente mientras el agua de la ducha caía sobre mi piel. Me vestí y fui al partido.

Llegué al estadio y sentí que el tiempo transcurría con lentitud. Nuevamente mi padre habló sobre el inicio de clases de Rebeca, pero Andrés robaba toda mi atención.

Sus palabras molestas me aturdían. Era increíble que se expresara de esa manera. No escuché nada de lo que mi padre decía.

Mi madre le pidió a mi padre guardar silencio un momento, antes de que iniciara su eterna charla sobre su deseo de que yo estudiara Derecho. Ella sí estaba pendiente de mí.

"Sandra, ¿te sientes bien?", me preguntó.

"Claro", le dije.

"Te aseguro que estoy muy bien". Intenté pensar en otra cosa.

"Creo que mientes. Has pasado bastante tiempo fuera con Andrés y su hijo te noto, digamos, muy distinta", me dijo.

"¿Hablas en serio?", me preguntó.

"Estoy cuidando a su hijo para ganar algo de dinero. Es la única razón".

Sonreí después de hablar y continué: "Estoy agotada por cuidarlo, los semestres que se avecinan y mi graduación. No me queda tiempo para nada".

Mi madre quedó sumergida en un profundo silencio.

Le gustaba preguntar cosas difíciles, pero no le gustaba oír las respuestas.

Rebeca y yo salimos en el entretiem po a caminar por los alrededores. Caminamos lentamente entre el mar de fanáticos.

Rebeca sí sabía que me ocurría algo, pero le costaba hacerme ese tipo de preguntas. Pero como no éramos fanáticas del equipo local ni del fútbol en general, solo caminamos sin decir ni una palabra, solo disfrutando nuestro tiempo juntas.

Terminamos la caminata alrededor del estadio.

"¿Te sucede algo?", me preguntó después de unos minutos.

"Así es. Gracias por preguntar", le dije.

"Rebeca, Estoy enamorándome de Andrés, pero él no siente nada por mí. Y es terrible sentirme así. Creo que me equivoqué. El amor era mariposas y unicornios, al menos en mis pensamientos". Me tapé el rostro.

Rebeca rió. "Tú y yo nunca hemos vivido nada parecido a maripositas de colores. Nuestras vidas siempre han sido más bien una tormenta o un huracán".

"Bueno...", reí con su comparación.

"Tienes algo de razón".

"¿Ya Andrés sabe cómo te sientes?".

Negué con mi cabeza.

"No se lo he dicho, por todos los cielos", le dije.

"Fui una tonta porque creí que él también estaba enamorándose. Pero ya no puedo asegurar nada. Oh, bueno, sí: que papá sigue con su estupidez".

Sandra, eres mi hermana y te adoro, pero no me parece que deba ser yo quien te aconseje actuar con cuidado.

Después de todo, protegerte de los posibles daños emocionales sería una buena idea", dijo.

"Y en cuanto a papá, algunas cosas nunca cambian", me dijo.

"¿Piensas eso?". Sus palabras me asombraron.

"Creí que pensabas lo contrario. Lo digo porque hace un mes querías que estuviera con Andrés en lugar de pedirme que me alejara".

"Lo quería", me dijo. Respiró profusamente.

"Pero no sabía que te sentías así. Es un amor que no te conviene. Te enamoras de él o de lo que crees que es y luego te das cuenta que él solo existió en tus pensamientos más sublimes y alejados del mundo real. Te destrozaría el corazón. Creo que idealizas a Andrés, al punto de que no lo ves como quien es realmente y te estancaste en la fantasía de que actúe como quieres que lo haga".

"Es verdad", le dije.

"Pero ese vuelo ya partió y me abandonó. Me siento muy involucrada".

Tomó mis manos y retomó sus palabras.

"De todos modos, estoy aquí y te apoyaré. Amas a Andrés, y si lo amas, es para bien o para mal. Ese sentimiento no hace distinciones. Te enamoraste de una fantasía y te apoyaré cuando te des cuenta. No dejaré que sufras sola".

"Te lo agradezco mucho, hermanita", le dije. Besé su mejilla y la abracé.

No estaba sola. Contaba con Rebeca, como ella decía.

Me sentí mejor de saberlo.

No dejaría que mis sentimientos por Andrés me derrotaran.

Capítulo 17: Andrés

Pasé por Enrique después de que pasara el fin de semana con mi madre. Ella preparaba el almuerzo y Enrique jugaba en la otra habitación. Mi madre y yo comenzamos a hablar como hacíamos habitualmente, aunque esta vez habló de temas que nunca habíamos tocado.

"¿Y Sandra?", me preguntó. Me vio desde la cocina.

"Está bien. Pasa sus vacaciones antes de comenzar sus últimos semestres en la Universidad Andina. Siempre tiene mucha energía, como si tuviera electricidad en su cuerpo. Me cuesta tener ese ritmo de vida".

"Sandra y tú se ven muy unidos. Siempre que te visito estás con ella. Lo digo porque lo he notado, no por chismes. Es parte de mi curiosidad natural".

"Mamá, no sé a qué te refieres. Sandra cuida a Enrique porque a él le gusta y ella puede ganar dinero para sus estudios. Y es como una amiga para mí. Es una linda y profunda amistad, honestamente. Pero no sé quién está llenando tu cabeza de rumores. ¿Es el conserje de los apartamentos? Es mi amiga. Pasamos tiempo juntos, pero no porque pensemos casarnos y tener cinco hijos". Miré las paredes.

"Hijo, deja tus tonterías", me dijo.

"Ustedes tienen algo. No soy estúpida. Se ven como si se amaran cada vez que están cerca y creen que nadie los mira. Por mí está bien. Ella me agrada. Has estado mucho tiempo solo y ya es hora de iniciar una relación. Debes continuar con tu vida". Su tono era tan sincero que me sorprendió.

Cambié el tema rápidamente y traté de olvidar el asunto. No sabía exactamente cómo sentirme con las palabras de mi madre.

Entre Sandra y yo pasaba algo fuerte, así que ella tenía razón, pero no era exactamente lo que mi madre decía.

Quizás solo suponía por lo que había visto cuando Sandra y yo estábamos juntos.

Ella estaba de acuerdo con la posibilidad de que iniciara una relación con Sandra. Incluso me aconsejó retomar la senda del amor después de mi tiempo de soledad.

Sabía que no era el tipo de hombre que estaría con una mujer solo por acostarme con ella y desecharla.

Había visto mi llanto por la muerte de Elena. Pocas personas habían visto esa reacción.

Se había llevado a Enrique varios días mientras yo me sentía mejor. Y gracias a él pude seguir adelante.

Enrique y yo nos despedimos de la abuela en la estación de metro cuando terminamos de almorzar. A él siempre se le hacía muy difícil despedirse de ella, porque le encantaba compartir los fines de semana con ella y no quería regresar.

Subimos al metro y se concentró en el sonido de los vagones al entrar y salir de la estación.

Empezamos el viaje y me concentré en las palabras de mi madre y su efecto en mí. Cuando mi madre hablaba de un tema, era como si una luz diferente lo iluminara.

Pero mi cerebro era como una noche muy oscura. Tomé mi celular y llamé a Augusto.

"Amigo, ¿cómo estás?", dijo.

"Bien", le dije.

"¿Qué harás esta noche?".

"Nada", me respondió.

"Estoy soltero. ¿Por qué? ¿Adónde me invitarás?".

"Necesito algunos consejos de amigo, así que quería conversar contigo cuando Enrique y yo

lleguemos al apartamento", le comenté.

"Claro", dijo.

"Avísame cuando estés en tu apartamento".

"Muchas gracias de antemano", le dije, y colgué.

Enrique fue a su habitación para jugar cuando llegamos.

Yo le escribí a Andrés y llegué al apartamento.

Busqué dos cervezas en la nevera y nos sentamos en la sala de estar. Era bueno para mí contar con Augusto. Con tanto trabajo en la empresa ya casi no podíamos conversar de otra cosa que no fuese trabajo.

"¿Qué sucede, Andrés? ¿Qué quieres contarme?"

"Sandra y yo nos hemos acostado otras veces durante sus vacaciones. Estamos más unidos que antes", le respondí.

Rió.

"Supuse que esa era la historia. ¿Y ahora qué? Esta relación no puede seguir así. Creo que esa fue la razón de tu llamada. Aún no se ha graduado. Sabes que volverá a Las Villas".

"Realmente te llamé porque hablamos poco y eres como un hermano para mí", le contesté.

"Sandra viene siempre al apartamento. Supongo que seguiremos acostándonos. Ella vendrá porque sus padres viven justo al lado. Y además es la niñera de Enrique cada vez que la necesito. Acostarme con ella no me preocupa para nada."

Tomó un trago de su cerveza.

"Pero dices que es algo más profundo", dijo Augusto.

"Aparentemente, hablas en serio, porque si siguen durmiendo juntos, esto tomará otro matiz. Lo que trato de decir es que esta chica no te va a decir: 'Hazme el amor, no me importa. No necesito comprometerme contigo'".

Sonreí y negué con mi cabeza.

"Claro que no", le dije.

"Pero esto no es nada serio. Nunca lo será. Es sencillo: simplemente tiramos. Punto. Punto y final. No pasa nada más. Sé que quieres oír más, pero lamento decirte que no hay nada".

"Comprendo cada palabra", dijo entre risas.

"De todas formas, si decidieras avanzar yo no te juzgaría. Todos los hombres de nuestra edad quisieran hacer lo que tú estás haciendo. Disfrútalo. Tienes sexo con cierta frecuencia con una joven hermosa y sensual. Fíjate: mi esposa ahora es lesbiana. Me abandonó por una chica joven. Es como si me hubiera cortado las bolas. Tú reduces lo tuyo a sexo, pero mi problema es que ahora estoy soltero y mi esposa tiene una noviecita. ¿No ves que estás en un escenario mejor que el mío?"

Reí con su panorama.

"Sí. Tu vida no ha sido un camino de flores recientemente. Te entiendo y reconozco tu malestar. Me cuesta creer que sigues sonriendo como si no pasara nada. Yo en tu lugar habría escogido una vida ermitaña, estaría en el fin del mundo cortando leña en medio de un frío infernal y usaría botas altas tratando de olvidar mi dolor. Además, me dejaría crecer la barba".

"Lo haré dentro de un tiempo, pero no me dejaré crecer la barba", dijo. Era un chiste.

"Hablando en serio, creo que debes analizarte. No entiendo qué te sucede. Andas con una linda chica, atractiva y carismática, y es como si no te importara. Yo no podría estar con ninguna mujer después de lo que me pasó, así que me alegra lo que te sucede. Vivo *a través de* ti. Pero en este momento te patearía las bolas".

Reí con su comentario.

"Mil disculpas. Debí considerar tus emociones para tomar una decisión. Me analizaré como dices, para tomar la decisión correcta".

"Oye, muchas gracias", dijo.

"Para mí, volver a vivir algo bueno es muy importante. Ojalá todos lo entendieran. También soy un ser humano y mi vida importa. La gente no logra comprender lo que me hace falta".

"Claro", le dije entre risas.

"Mis disculpas nuevamente por mi comportamiento egoísta".

"Disculpas aceptadas", respondió amablemente y sonrió.

"Pero ya en serio, mi vida ha mejorado desde que mi esposa se fue. Soy un hombre libre, sin ataduras, y puedo hacer lo que quiera, cuando quiera y como me dé la gana. Quizás fallaron muchas cosas entre nosotros, o tal vez me haga falta chupar alguna vagina pronto, pero cuando se marchó, un mundo de felicidad se abrió ante mis ojos. ¿Qué había? Un planeta en el que con solo ver una mujer se me levantaba el pene, pero todas se alejaban de mí".

"Guau. Has adquirido un gran conocimiento espiritual con tu separación. Eres todo un monje", le respondí.

"En realidad ese conocimiento lo obtuve porque perdí la oportunidad de estar con muchas chicas. Mi divorcio no me enseñó nada. Fue una gran cagada". Se rió.

"Entiendo lo que dices. Por mi parte, no quiero compromisos ni nada serio", le dije.

"Porque...".

"¿Porque qué?".

"¿No quieres compromiso porque...?".

Augusto deslizó esa pregunta y no supe qué decir. ¿Por qué temía que Sandra y yo tuviéramos una relación seria? Si lo hacíamos, tal vez yo me sentiría mejor.

Tratando de eludir ese futuro, había perdido la posibilidad de estar con alguien que me llenaba de felicidad con su presencia.

La había alejado y luego había hecho todo lo posible para volver a estar con ella. Eso era seguro.

Tenía que entrar en mi vida. Pero si todo se limitaba a las relaciones sexuales, ¿por qué no buscaba otra mujer?

Podría hacerlo cuando tuviera ganas de tener sexo, pero sentía que traicionaría a Sandra.

Sencillamente no sabía cómo contestar esa simple interrogante. Me había concentrado en tener relaciones que había olvidado por qué no quería comprometerme.

Augusto decía que era un ser libre, sin ataduras, pero no me parecía. Para mí, él se sentía infeliz, pero lo escondía bajo el manto de la supuesta alegría que le proporcionaba la libertad y la posibilidad de hacer lo que quisiera en cualquier momento.

¿Por qué quería vivir a través de mí si se sentía a gusto con su vida?

Podía estar con muchas mujeres, pero luego se sentía solo nuevamente. Esa gratificación tan corta le impedía plantearse una relación a largo plazo. Y una relación placentera y agradable a largo plazo era lo que muchos evitaban.

Pero ese sexo había ayudado a muchas personas a recuperarse después de una depresión. Sandra y yo podríamos ser algo más. Quizás. Solo quizás.

Podríamos haber roto nuestro acuerdo y borrar la frontera entre el sexo sin compromisos y una relación seria.

¿El sexo sin compromisos realmente era posible?

¿Las relaciones sexuales no involucraban siempre alguna emoción, aunque solo fuese un encuentro casual, sexo entre amigos o sexo de despedida?

Si fuese así, cualquiera se acostaría con cualquiera.

Y eso no sucedía. Pero Sandra estudiaba muy lejos. No estaría en El Trigal siempre.

Temía que tomar una decisión definitiva.

Lo nuestro tenía que parar. O avanzábamos o nos despedíamos para siempre.

Y yo me inclinaba por lo primero.

Capítulo 18: Sandra

Dos meses después

Mi padre mantenía su molesta actitud. Insistía en que yo estudiara Derecho. Comer con él y mi madre no había dejado de ser una tortura.

"Pronto te graduarás", me dijo.

"Si sientes el deseo de estudiar leyes, aunque sea un deseo pequeño, registra tu solicitud esta semana".

"¿Debo recordarte que no quiero estudiar Derecho? Creo que te lo he dicho unas mil veces".

"No entiendo tu molestia".

"Me agotas con tu afán de que yo cumpla tus sueños. Quieres que yo sea una especie de extensión laboral de ti, pero eso no sucederá ni en un millón de años. No estoy molesta. Solo quiero que me entiendas", le respondí.

Mi madre intervenía para calmar los ánimos, pero era imposible. Ya no sentía apetito. Tomamos nuestras cosas sin agregar nada a la conversación, pagamos la cuenta y regresamos al apartamento. Mi padre actuaba de forma insolente.

Persistía en su intento, incluso cuando solo faltaban horas para mi viaje de regreso a la universidad.

Me hubiera encantado que fuese como otros padres. Que me tratara amablemente y me diera mucho cariño.

Quería que llorara por mi regreso a clases. Pero en lugar de eso, me pedía convertirme en alguien que yo no quería ser. Yo solo era su pequeña inversión. Nuestra relación de padre e hija no le importaba para nada.

Puse mi bolso en mi cuarto y me puse ropa de dormir.

Ya no quería que me vieran como una chica elegante.

Estaba muy enojada. En silencio salí del apartamento. Solo quería ir a un sitio: el apartamento de Andrés y Enrique.

Enrique sí sentía feliz de verme. Esa era la emoción que necesitaba para estar mejor.

Toqué su puerta y Andrés la abrió. Me mostró una amplia sonrisa.

Enrique supo de mi llegada, corrió por la sala mientras decía mi nombre y me abrazó. Me apretó con fuerza.

Respiré profundamente y sujeté sus bracitos.

Andrés me pidió pasar.

Fuimos a la sala de estar y tomamos asiento. Enrique se subió a mis piernas y puso sus brazos en mi cuello.

Andrés y Enrique querían que me quedara en la ciudad.

Yo también quería quedarme. Por ellos. Enrique debía ir a dormir, así que ayudé a Andrés a acostarlo. Leí un cuento para que durmiera.

Enrique estaba contento, pero rápidamente soltó algunas lágrimas, pidiéndome que me quedara en El Trigo.

"No puedo complacerte", le dije.

"Pero vendré cuando pueda. Vendré mucho porque mis padres viven al lado". Tomé sus hombros.

Movió su cabecita y giró. Después se cubrió con una sábana. Pronto se durmió. Andrés y yo apagamos la luz y cerramos su puerta. Salimos al pasillo, y vi los ojos de Andrés.

Él también me vio fijamente un rato y se agachó para tomarme entre sus brazos.

Me sorprendió la rapidez de sus movimientos, pero puse mis brazos en su cuello.

Fuimos por el pasillo y llegamos a su cuarto. Cerró la puerta con suavidad cuando entramos. Se acercó a mí, sujetó mi cuerpo y sus labios calientes chocaron con los míos.

Quise retirar mi boca, pero su aliento cálido me convenció de seguir recibiendo sus besos. Me hacía falta ese fuego.

La tensión y la pasión volvían a apoderarse del ambiente.

Nos separamos levemente y llevé mis manos temblorosas bajo su camisa. Toqué sus músculos esculpados.

Llevó su camisa sobre la cabeza y luego se la quitó. De nuevo me besó y el calor pasó por mi cuerpo.

Sus manos fueron a mis mejillas.

Las mías reposaron en su pecho y después bajaron a su cintura.

Desabroché su cinturón y con fuerza bajé la cremallera de sus pantalones. Los bajé y él los retiró de sus piernas.

Frente a mí estaba su erección. La acaricié dentro de sus calzoncillos negros como la noche, y busqué su boca para morder su labio inferior.

Me arrancó el vestido y el sostén. Sus ojos recorrían mi cuerpo con malicia y yo gemí. Quiso llevarme a la cama, pero lo detuve.

Me arrodillé y tomé su pene. Su mano tomó mi cabello. Sintió mis ganas inmensas de sentirlo y gimió.

Llevé mis dedos a sus calzoncillos para bajarlos. Cayeron sobre el piso y los hizo a un lado.

Separó sus piernas para facilitarme el trabajo.

Tomé sus bolas. Estaba decidida a hacerle el amor como nunca.

Pasé su tronco a mi garganta, hasta donde pude recibirlo.

Estaba excitado y gemía, tomando mi cabello con fuerza mientras mi cabeza tomaba sus bolas, mis labios succionaban con potencia, mi lengua lamía su glande, mi garganta lo atraía y mi frente sudaba.

Me encantó.

El sonido de mi boca sobre su pene lo ponía más caliente.

Fui de nuevo sobre él, llevándolo al fondo de mi boca y recibiendo todo su órgano. Andrés haló mi cabello.

Gemí en su pene, y la vibración resonó en esa gran erección. Busqué mi clítoris y lo toqué para complacerme.

Me veía con malicia mientras me tocaba y me deleitaba con sus bolas sobre mis labios.

Quería tenerlo dentro de mí. Me incliné un poco para empujar su tronco más adentro. Allí me mantuve, bajando y subiendo hasta que me quedé sin aliento.

Iba a tomar su pene de nuevo, pero Andrés bajó y me tomó por mis codos. Me levantó y me puso sobre la cama.

Me quitó las bragas, las tiró a la pared, y tomó mis muslos, haciendo que mis piernas se separaran.

Con su mano palpó mi vagina y despertó el placer dentro de mí. Se sumergió con su cabeza en mis profundidades.

Ya estaba lista para que él me tomara. Con su lengua húmeda chupó mis jugos.

No pude evitar gritar varias veces cuando llevó dos dedos a mis profundidades y me penetró sin parar. Era apasionante, atrapante. Gimió y su mano se movió por mi cuerpo, apoderándose de mi culo y levantándose.

Yo me senté sobre mis rodillas palpitantes. Me así a la manta y mis hombros quedaron sobre la

cama.

Por primera vez me poseía de esa manera y la sensación sensual y deliciosa me encantaba. Movié una mano y llevé mis piernas a sus hombros.

Uno de sus dedos seguía penetrándome. Pero no era suficiente para mí, porque mis alaridos señalaban que yo quería más y más. Quería venirme.

"Carajo. Qué rico", le dije.

De nuevo metió su cabeza en mis piernas.

"Vente en mi lengua", dijo.

Al pedirme eso me llevó más cerca de mi orgasmo.

Mi cuerpo temblaba. Moví mis caderas para que mi clítoris cayera sobre sus labios. Grité, anticipando mi venida.

Unos segundos después, la electricidad recorrió mi cuerpo de abajo hacia arriba y me vine. Tomé la cama con mis dos manos y me tensé.

Su lengua continuó dándome placer y yo continué pasmada, con los líquidos provenientes de mi interior cayendo como una cascada sobre su mano.

Apenas podía controlar mi respiración con tantas ondas de excitación surcando mi piel.

Me acostó en la cama con ternura y giró mi cuerpo para que quedara de espaldas. Inhalé y exhalé pausadamente.

Puse mi trasero en el aire para recibirlo. Quedé de rodillas y mis senos quedaron entre las sábanas.

Con su mano agitó mi culo y con la otra tomó su pene. Estaba tremendamente erguido. Se deslizó sobre mí y me penetró, pasando por mis jugos y tomando todo mi cuerpo.

Grité cuando lo sentí.

Lo vi y mordí mis labios con sus movimientos ondulantes y excitantes.

Recibí cada centímetro de su erección con todo placer.

Se movía con frenesí en mi interior y tomó mis caderas. Me aferré a la cama y mi cabello cayó sobre la almohada.

De nuevo mi abdomen se calentaba. Escuché sus gritos de placer chocando contra las paredes.

Mis senos saltaban y mi lengua vibraba con cada movimiento de sus caderas sobre mi culo. Me cogía como si el mundo fuese a acabarse.

Su ritmo bajó por un momento, pero toda su erección seguía dentro de mí.

Unos segundos después se tensó y tomó con fuerza mis caderas. Yo toqué mi clítoris por lo que venía, y su pene seguía moviéndose con furia en mi interior.

Recibí su semen y me vine con él. Nuestros orgasmos se encontraron como si nuestros cuerpos fuesen uno solo.

Toda mi piel vibró.

Volvió la calma luego de un rato y Andrés se acostó a mi lado. Giró y yo caí en las sábanas para recuperar mi aliento. Aclaró su garganta y su mano tocó mis mejillas.

Sonrió y me miró fijamente.

"Todo cambiará cuando te gradúes", me dijo.

"Debes hacer planes y comprometerte. No solo en tu trabajo. También en otros aspectos de tu vida".

Mi mente se detuvo en las fotos, las postales y la sensación que tuve antes, como si yo reemplazara a Elena.

Sus frases me hicieron recordar sus comentarios sobre Elena.

Si queríamos avanzar, teníamos que ser sinceros y abrirnos sobre nuestras emociones y lo que queríamos a largo plazo.

"Andrés, dime la verdad. ¿Me buscas para distraerte?"

Ya no quería evitar esa conversación.

"Reconozco que siento algo fuerte por ti, quizás amor, pero no quiero ser la llama que te aleja de ese fantasma que te niegas a olvidar".

Andrés se sorprendió con mi sinceridad. Me vio fijamente y buscó una respuesta, pero no consiguió las palabras.

Como no me respondía, entendí lo que pasaba por su mente. Moví mi cabeza y respiré profundamente.

Estaba nervioso. Tomé fuerza y me levanté de su cama.

Busqué mi ropa y frené. No quería llorar delante de él.

Me percibiría como una jovencita tonta si lo hacía.

"No quiero volver a verte. Dejemos esto hasta aquí", le dije, viendo sus ojos.

"Sandra, escucha, no quiero que eso pase", me dijo.

"Tú me importas, y..."

"Tenías razón en algo", le dije. "Me falta poco para graduarme y no debo distraerme. Debo comprometerme con mis estudios". Di unos pasos hacia él.

Di unos pasos y besé su mejilla. Giré y abrí la puerta.

Antes de salir vi hacia atrás, pero ninguno de los dos dijo nada. Caminé por la sala de estar y salí.

Llegué al apartamento de mis padres, me controlé unos momentos, y cuando llegué a mi cama cerré la puerta y lloré como nunca.

Capítulo 19: Andrés

Tres meses después - Diciembre

Enrique y yo bajamos de mi auto y bajamos nuestras maletas. Eran nuestras compras navideñas.

Tomé las más pesadas y dejé dos bolsos de mano para que Enrique los cargara. Ya teníamos todo, pero faltaba el obsequio de mi madre y dos amigos de Enrique.

Habíamos comprado una manta que mi madre anhelaba. Para los amigos, dos juegos de mesa.

Metimos todo en el apartamento, pero regresé y giré.

Enrique estaba abajo todavía. Bajé y él veía el cielo.

"Papá, mira la nieve". Rió y extendió sus manos.

"Mi abuela dice cuando cae nieve pronto habrá milagros".

Asentí con mi cabeza y recordé que mi madre también me decía esas frases cuando yo tenía la edad de Enrique. Sonreí con sus palabras.

Enrique siguió mis pasos cuando se lo pedí. Quería protegerlo del frío navideño.

Subimos al ascensor para llegar al apartamento y planeamos preparar chocolate caliente para mantenernos nuestros cuerpos cálidos. Sandra estaba en el pasillo, justo frente a la puerta del apartamento de sus padres.

Mis pies se endurecieron y el piso parecía moverse. La veía por primera vez en unos tres meses. Enrique la observó y dejó que su bolsa cayera, atrayendo su mirada.

Fue a su encuentro corriendo y agitó sus brazos. Luego la abrazó. O, mejor dicho, la apretó con mucha fuerza.

Sandra trató de no caer por los fuertes abrazos que le daba Enrique. Sonrió de felicidad. Siempre se abrazaban de esa forma cuando se reencontraban. Y esa vez, Enrique estaba aún más feliz de verla.

Le había hecho mucha falta durante los últimos meses.

Al verlo allí, tan contento, me sentí un poco triste porque no podía estar siempre con ella. Siempre quería saber cuándo volvería, pues su inmadurez no le permitía entender que ella debía finalizar sus estudios universitarios en una ciudad lejana.

Di algunos pasos para acercarme a ellos, mostrando una gran sonrisa mientras Sandra lo abrazaba. Ella le hablaba con ternura y lo miraba fijamente.

Recogí sus maletas haciendo un gran esfuerzo e introduje en ellas las cosas que habían caído en medio de la algarabía. Aparentemente, ella también estaba feliz, lo que me hizo pensar que quizás no todo estaba perdido entre nosotros. Pero no quería sentir esa esperanza. Se animaba con Enrique.

Siempre actuaba así, aunque lo nuestro estuviera mal. Me paré a su lado y ella soltó a Enrique. Él sonrió y luego la vio. Nos miraba sin saber qué hacer ni decir.

"Enrique, lleva algunas bolsas al apartamento. Dame unos segundos y entraré. Después buscaremos papel para envolver los obsequios".

Sonrió y se despidió de Sandra antes de entrar en nuestro apartamento.

"Lo haré", me dijo.

"Sandra, es un gusto verte de nuevo", le dije, mientras comenzaba a caminar a su lado.

"No sabía que vendrías, pero igualmente me siento feliz de verte. Te he llamado, pero no me respondes. Me gustaría que no dejásemos las cosas con ese mal sabor de la despedida que tuvimos. No te busco para acosarte. Quiero que seamos amigos nuevamente. Por eso te llamé. Pero no viniste para los feriados. Eso me pareció extraño porque vi que tu hermana sí vino. Iba a preguntarle por ti, pero no quise causarle ninguna molestia. Supuse que me habrías contado dónde irías a pasar esas fechas".

"Es verdad", me respondió.

"Te lo habría contado. Sinceramente, la Universidad Andina me mantiene siempre ocupada. No me queda tiempo para responder llamadas de alguien que solo me ve como una distracción me pregunte dónde estoy. No debiste usar me si realmente te importaba y te preocupabas por mi bienestar. En este semestre, las materias son complejas y debo estar muy atenta siempre. Tengo entrevistas pendientes, solicitudes para hacer mis pasantías, la insistencia de mi padre para que entre a la facultad de Derecho y su obsesión porque tenga notas altas en todos mis cursos."

Se calmó para tomar aliento.

"No me siento molesta, pero no fui nadie para ti. Quiero que te pongas en mi lugar".

"Sandra", le interrumpí, moviendo mi cabeza, "Entiendo que estás muy ocupada. Yo también lo estuve".

"No en mi universidad", me contestó.

"Estuviste ocupado, sí, pero armando tus planes para abrir tu empresa, no en tus estudios. No puedes ponerte en mi lugar. No tenías que obtener un título universitario para labrar tu futuro, como tengo que hacer yo. Sé que tu camino no fue fácil, pero tenías más alternativas que yo, tuvieras o no dinero. Cuando termine mis estudios y me gradúe, ese título será lo que permitirá que se abran las puertas para mí. Con él entre mis manos sabré cuánto ganaré, dónde trabajaré, cuánto tiempo podré dedicar a mi familia y a mí misma".

"Comprendo cada palabra que dices".

Quería que se sintiera más tranquila, pero fue en la dirección contraria.

No comprendes nada, Andrés", me respondió.

"Además de mis problemas, mi padre quiere llevarme a un camino que no quiero recorrer. Tu padre no te apoyó emocionalmente, pero te dio el dinero que necesitabas. Ojalá mi padre hiciera al menos eso. Para él, es todo o nada y no hay forma de que cambie de parecer. Dependeré de mí una vez que me gradúe. Debo hacer un esfuerzo mayor que el que tú hiciste, o el que hace cualquier persona. Mis padres no me ayudarán en nada. Tomé la decisión sobre mi carrera, y asumo las consecuencias, pero igualmente estoy muy ocupada y no tengo ayuda de nadie".

Ella estaba ocupada.

Yo era consciente de ello. Quizás la universidad la absorbía completamente, tal como me contaba. Pero sus emociones estaban floreciendo, lo que no había visto en muchas ocasiones.

Me molesté un poco por su forma de contarme su situación, pero evité responderle con ira.

Tenía ganas de recuperar su confianza, así que tenía que ser cuidadoso y gentil. Vi sus ojos y exhalé profusamente. Ella calló para tomar aliento nuevamente.

Cada frase que decía salía sin espontaneidad. Era como si supiera exactamente qué decirme, como si hubiera preparado un discurso para mí.

"Sandra", dije, y me acerqué a ella, "cometí un grave error contigo. Terminamos todo de la peor manera posible. Nunca quise expresarte mis sentimientos, y llegaste a una conclusión que hirió tu corazón profundamente. Tratabas de calmar tu reacción, pero noté tu tristeza, y me siento muy arrepentido. No me merezco tu discurso. Ahora, me has dicho las cosas con mucha rabia, aunque yo no te he dicho nada para que te desahogues así".

"Puede que tengas razón", me contestó suspirando.

"Como dices, lo nuestro terminó mal, pero sí he estado muy ocupada con la universidad y eso me estresa. Estoy actuando de forma emocional y no racional. Te digo la verdad. La pura verdad. Si antes la universidad era difícil, ahora es extrema. No me preparé mentalmente para ese reto. Imaginé que elaborar mi tesis sería complejo, pero no que sería como atravesar una tormenta en el océano".

"Guao. Se oye extremo, como dices", le respondí.

Quería mostrarle empatía. Pero ella no lo valoró.

Dio unos pasos atrás y noté su incomodidad con mi presencia.

"Me resta un semestre para graduarme", dijo.

"Si no estoy totalmente concentrada, perdería mi tiempo. Solo poniendo todo mi esfuerzo podré superar este inmenso desafío. No puedo darme el lujo de distraerme, como hacen otras personas".

No podía molestarme por pagarme con la misma moneda.

Me había dolido esa palabra.

La misma palabra que yo le había dicho antes de que termináramos. Me enojé por su actitud.

Quería responderle, aunque sabía que no valdría la pena.

Tomé aire y contuve mi dolor y mi rabia.

Quería convencerla de volver conmigo. Nos callamos.

Fue un momento que se eternizó y nos incomodó. Debía decirle algo para que no inventara una excusa para irse.

No quería que se alejara de mí. Quería que se acercara.

Respiré profundamente.

"Entonces, ¿cuántos días estarás en El Trigo?".

"Estaré más días de los que paso habitualmente. Los suficientes para lidiar con mi padre", me dijo.

Noté una mínima sonrisa en su rostro, que escondió rápidamente.

"Me quedaré un mes. Necesitaba tomarme estos días para descansar. Luego iré a la universidad para iniciar mi último semestre".

"Creo que hiciste lo correcto", le respondí.

"Oye, soy consciente de que no debería decir esto ahora, pero quisiera pasar tiempo contigo mientras estás en la ciudad. Te lo pido por Enrique. No para de hablar de ti ni un momento. A cada instante pregunta por ti y ya no sé qué decirle, y menos ahora que ya te vio llegar. Y también podríamos hablar sobre lo que sucedió y que nuestra amistad renazca. Entenderé si no quieres hacerlo, pero quiero pedírtelo de todos modos."

Sandra guardó silencio. La noté desanimada.

Podía negarse. Pero no se negaría a salir con Enrique.

Suspiró mientras subía su bolso a su hombro. Quizás le parecía que Enrique era mi excusa para salir con ella otra vez, y había algo de razón en esa idea.

"Podrías cuidar a Enrique una de estas tardes. Podrías compartir con él, ganar algo de dinero y no tendrías que estar conmigo. Estoy muy ocupado en mi oficina", le comenté.

"Puede ser", me respondió.

"Luego lo hablamos. Ahora necesito entrar".

Sandra parecía una mujer diferente. Había imaginado que con el paso del tiempo habría apaciguado su dolor y estaríamos juntos sin problemas otra vez.

Comprendía su molestia y sus múltiples ocupaciones, pero no soportaba la idea de que se negara a estar con Enrique, aunque fuese solo unos días. Ciertamente, su padre podía ser un dolor de cabeza. La universidad también.

Quizás ella tenía razón y yo me equivocaba, al darle un matiz personal a un asunto que no lo era.

Sandra podría estar reaccionando así, como decía, por sus estudios, y no por nuestro triste y abrupto final.

Pero debía calmarme y aguardar con tranquilidad. No sabía qué pasaría después. Solo esperaba que fuese lo mejor.

Entonces moví mi cabeza y la vi entrar en su apartamento.

Cerró su puerta y yo me quedé inmóvil, asimilando la información que acababa de darme.

Capítulo 20: Sandra

Descargué todo mi dolor con Andrés después de muchos meses guardándomelo. Finalmente habíamos conversado, me sintiera bien o no. Era algo que había evitado, pero finalmente había pasado.

Eso me había hecho sentir muy feliz, pero luego me sentí triste y culpable. No sabía si él debía recibir ese huracán de palabras duras, pero ya no había forma de retroceder el tiempo.

Todo a mi alrededor me estresaba. La universidad era como un monstruo y no había forma de derrotarla.

Mi padre ahora me enviaba mensajes de texto y me llamaba varias veces al día para insistir en que entrara a la facultad de Derecho, y ahora volvía al apartamento y tendría que verlo todos los días.

Así que era cierto lo que le había dicho. La tensión me abrumaba. Estar en el apartamento de mis padres me causaba un malestar indescriptible. Y apenas empezaba ese largo mes. Y aparte de todo ello, tenía un secreto que aún nadie sabía.

Lo que me sucedía era algo serio y nadie debía enterarse.

No quería contárselo a nadie, sobre todo mis padres o Rebeca.

Me lo reservé todo lo que pude, incluso lo escondí debajo de las alfombras de mis pensamientos para que yo misma no pudiera encontrarlo. Pero la tensión en mi pecho era fuerte y temí que yo misma me traicionara.

Era el momento de fingir naturalidad, como si no ocurriera nada, como si mi vida estuviera tranquila y mi sonrisa fuese genuina, porque mis padres llegaron conversando.

Mis pensamientos se sacudieron.

"Sandra", dijo mi madre cuando me vio.

"Vi tus cosas en la puerta. ¿Cómo has estado?"

Sonreí y la abracé. "Muy bien, mamá", le dije.

"No parece. Te veo cansada. ¿Estás durmiendo bien?"

"Nadie duerme en la Universidad Andina", dijo mi padre.

"Es verdad. Allí nadie duerme. Dímelo tú, Sandra". Mi madre respondió con una sonrisa.

"Los libros de leyes nunca me dejaban dormir", dijo con molestia.

"Hola, hija".

Presentí que algo pasaría, porque lo vi más distante que de costumbre, y respiré profundo.

En la universidad había sospechado que esa sería su forma de recibirme. Pasó a mi lado y no me abrazó. Era lo correcto, pues no quería que fingiera ningún cariño que no sentía.

Había imaginado también qué pensamiento atravesaría su mente con mi visita.

"¿Por qué estás aquí en vez de tomar los exámenes para solicitar tu ingreso a la facultad de Derecho?", sería lo que querría preguntarme.

Eso era lo que quería. Derecho. Exámenes. Estaba cansada de oír esas palabras. Ya hubiera empezado el proceso si fuese mi plan.

Habría hecho todo con calma para ingresar lo antes posible. El papeleo era largo y confuso.

Lo sabía porque todos los que aspiraban a estudiar Medicina o Derecho en la Universidad Andina debían hacer esos trámites tan extenuantes.

Lo habíamos hablado una y otra vez. Pero se negaba a desistir. Me escribía todos los días para recordármelo.

Me enviaba cartas y folletos la facultad, el pensum, los cursos que podría tomar, las residencias estudiantiles y todo lo que pareciera importante.

Hasta su material de estudio llegó a mis manos. Yo simplemente no quería estudiar Derecho.

Las solicitudes estaban en mi escritorio, polvorientas y olvidadas. Las veía todos los días, con ganas de arrojarlas a la basura. No había llenado ni la primera y mi padre sabía todo al respecto.

Mi intención era terminar mis estudios y lograr que mi padre me aceptara. Y esperaba que eso sucediera pronto.

Quería recibir el cariño de mi padre, como cualquier hija en cualquier parte del mundo.

Entendía que su molestia era causada en buena parte por su trabajo. Incluso había pensado complacerlo y acudir a la facultad de Derecho para cerrar la historia.

Pero luego llegaba a mis oídos el último caso injusto de un delincuente ganando y saliendo en libertad. Y siempre era lo mismo.

Detrás de él había un abogado inteligente que buscaba cualquier boquete en la legislación y se veía feliz por su "logro". Un asesino o violador volvería a la calle gracias a él y no le importaba.

Debía ir a prisión si era culpable, no salir en libertad burlando el sistema legal o haciéndole creer a la gente que no había cometido ningún delito.

Pero seguía sucediendo. Y me parecía supremamente injusto con las buenas personas. Así que mi negativa a estudiar leyes no cambiaría, aunque mi papá me enviara toneladas de libros o material informativo.

En momentos así, sentía un gran deseo de tener un hermano mayor y que cayera sobre él la responsabilidad de hacerse cargo de la oficina de mi padre cuando él ya no pudiera liderarla.

Le traspasaría ese cargo a mi hermana menor cuando mi padre lo decidiera. Si Rebeca lo deseaba, me encantaría que lo aceptara para que mi padre me dejara en paz.

Pero yo era su hija mayor. Entonces papá tenía esa fijación conmigo.

Esperaba que renunciara a mis ilusiones y metas, tomara las riendas de su bufete y olvidara mis planes. Yo no lo quería. Nunca lo había querido.

Desde niña había querido ser maestra. Así que no entendía su actitud reciente.

Mi hermanita sí quería estudiar Derecho, pero no quería trabajar para él.

Eso le parecía aceptable. Yo no quería estudiar esa carrera. Eso sí no lo aceptaba. Y tampoco aceptaba que yo eventualmente estudiara leyes, pero no trabajara en su oficina.

Qué gran cagada.

"Hermana mayor, llegaste. Qué alegría verte aquí", me dijo Rebeca, llegando a la cocina.

Sonrió y me abrazó. Sabía que una crisis familiar estallaría en cualquier momento.

Rebeca estaba en el apartamento desde el día anterior, porque había terminado sus clases antes.

Yo aún estaba en medio de varios exámenes, así que terminé después que ella. Moví mis manos y busqué agua en la nevera.

Bebí un sorbo de agua y caminé detrás de ella. Entramos a su cuarto y me senté en el borde de su cama.

Tomé mi suéter y me lo puse. Sentí apetito nuevamente, a pesar de que había almorzado una hora antes. Rebeca se acercó, arregló algunas de sus cosas y volteó para verme.

"Nos hiciste falta el fin de semana largo de noviembre ", comentó.

"Nos vemos en la universidad, pero siempre estamos estudiando, y no es igual que sentarnos en el balcón a conversar. Tenía que contarle a todo el mundo sobre la universidad y mis ganas de estudiar leyes. Te lo reclamare hasta el año próximo: ya no sabía qué excusa inventar para acercarme a ti".

Reí, pero no tenía ganas de hacerlo.

"Probablemente el próximo feriado estaré muy lejos. Estaré enseñando en algún pueblo remoto y no tendré que soportar el discurso insoportable de mi padre".

"¿Por qué no viniste?"

"Tenía que estudiar para los exámenes finales antes de que empezara el receso navideño", dije.

"No te lo he contado, pero tuve cinco exámenes finales en solo tres días. Me distraigo demasiado, sobre todo en esos feriados, así que aquí no habría podido estudiar".

"Mientes", me dijo.

"Aunque te entiendo. Nuestros padres no son de mucha ayuda que digamos".

"En parte es una excusa y en parte es verdad", le respondí.

"Sabes bien que papá y yo no logramos ponernos de acuerdo sobre mi futuro. No esperaba volver al apartamento y tener que enfrentarme a ese problema al tiempo que me preparaba para los exámenes finales. Y tengo que concentrarme muchísimo. Estos dos semestres finales son impresionantemente difíciles, pero espero obtener las notas más altas. Si lo hago, la Universidad Andina me graduará con honores. Seré parte de la historia de ese lugar. Trabajaría donde quisiera. Incluso podría enseñar en esa universidad, pero primero tendría que obtener un doctorado. Si fuese a dar clases allí, lo haría con gusto".

"Después de estas primeras semanas allí, estoy pensando mucho si continuar o retirarme. Los nervios no me dejan pensar cómo serán los próximos cuatro años", me dijo. "Es un gran cambio. Del liceo a la universidad. No me siento totalmente lista para esto. Este es un cambio que me agota".

"Hasta ahora vas muy bien. Tienes que buscar algo de equilibrio entre tu vida y las clases, y, sobre todo, calmarte", le dije, y sonreí.

"¿Eres tú quien habla de calmarse? Ya vas a graduarte. Te has esforzado mucho los últimos cuatro años. Eres tú quien debe relajarse", me dijo.

"Aprovecha este tiempo libre en casa para hacerlo".

Suspire.

"Hasta donde recuerdo, nunca lo he hecho. No estoy tan segura de poder hacerlo, aunque quizás tengas razón. Despreocuparme no forma parte de mis planes".

Me conocía bien y sabía que le decía la verdad. Yo siempre me preocupaba por algo, fuese la universidad, mi padre u otra cosa.

El único ser que me había permitido sentirme relajada se llamaba Andrés. Y Rebeca era la única que lo sabía. Al menos una parte. En ese momento me sentí culpable.

Siempre sentía culpa cuando no le contaba todo lo que me pasaba. Solo experimentaba esa sensación con ella.

Con el resto de la gente no me pasaba. De todas formas, me alegraba saber que Rebeca me apoyaría.

No me importaba que la gente supiera de mi vida, pero sabía que sin importar lo que estuviera pasando, Rebeca estaría ahí para apoyarme. Pero esta vez mi secreto era muy grande. Tan grande, que incluso se lo ocultaba a ella.

No se lo diría al menos por un tiempo más. Debía atender otros asuntos, enfocarme y poner mi mente en orden e incluso saber cómo se lo contaría.

Ella agitó su cabeza y sonrió.

Recordé mi charla con Andrés. Giré y vi hacia el pasillo.

Las palabras durante nuestro encuentro habían salido con mucha rapidez. No tuvimos tiempo para conversar con calma.

Sentí un mar de emociones al verlo después de tantos meses. Yo imaginaba que estaría lista para ese encuentro. Nada más lejos de la realidad.

Me sentía tan perturbada y hechizada que tuve ganas de volver a Las Villas, hacer trabajo voluntario

o ayudar a los alumnos recién ingresados.

Tenía que hacer todo lo posible para que Andrés no supiera mi secreto.

Me había contado sobre sus sentimientos hacia mí, y sabía que cada palabra que salía de su boca era cierta, por lo que quería incluirlo de lleno en mi vida.

Cada palabra, cada vocal de sus labios era como magia para mí. Y esa magia no salía de mi interior. Ya sabía bien esa parte de la historia: Andrés no me amaba. Lo había ayudado a distraerse, a olvidar a Elena y a recuperar la alegría de vivir.

Pero también me sentía bien cuando cuidaba a Enrique, cuando cenábamos los tres y disfrutábamos en momentos como su graduación.

Podría continuar acompañándolo en esos instantes de alegría y olvidarme de que era una herramienta útil para su padre.

Sin embargo, no podía darme ese lujo. No en el momento que vivía.

Capítulo 21: Andrés

Fue una grata sorpresa para mí que Sandra estuviera en su apartamento. No había venido a visitar a su familia durante el feriado anterior, así que tampoco la esperaba para Navidad ni Año Nuevo.

Giré, la vi en el pasillo y mi cuerpo se derritió. Ese reencuentro despertó la alegría en mis pensamientos y mi alma. Pero no quería incomodarla, así que decidí dejarla tranquila al menos un día mientras descansaba del viaje.

Sentí muchas ganas de verla y que conversáramos con tranquilidad cuando pensé en Sandra y nuestra charla del día anterior.

Podríamos recordar nuestros buenos momentos y buscar una manera de arreglar las cosas, pero no sabía si abrir un espacio en mi vida para ella o renunciar por completo a mis sentimientos.

Mi cerebro me decía que la alejara lo máximo posible y siguiera con mi vida. Y mi corazón me convencía de hacer lo contrario.

Tomé mi celular y vi su número. Estaba indeciso, pero finalmente la llamé. Ella respondió rápidamente y me sorprendí.

La invité a mi apartamento. Estaba insegura de visitarme, como era de esperarse.

Habíamos tenido una discusión poco amistosa en el pasillo. Pero le supliqué.

Me basé en el hecho de que Enrique realmente quería compartir con ella. Ya él estaba ansioso por estar con Sandra, por lo que le manifestaba era cierto.

Ese era el argumento que hacía falta para convencerla.

No me avergonzaba decírselo. Mi hijo quería abrazarla y jugar con ella como nunca había querido estar con nadie.

Quería estar cerca de ella, igual que yo.

Me levanté y fui a mi habitación para ponerme una ropa decente porque Sandra aceptó mi propuesta. Cepillé mis dientes y peiné mi cabello con premura.

Me apliqué un suave perfume en mi camisa y me vi en el espejo para cerciorarme de que me veía presentable.

Había fuego en mi estómago. ¿Era la camisa correcta?, me pregunté.

Estaba tembloroso por la cercanía de su llegada.

Por primera vez en mi vida, mi nerviosismo me impedía concentrarme. Eso solo quería decir una cosa, aunque yo no quería aceptarlo aún.

Sandra tocó mi puerta. Salí de mi cuarto y sonreí, fingiendo una calma que no tenía.

Enrique salió a recibirla y la abrió. La tomó por sus brazos y la llevó adentro rápidamente. Sandra se inclinó para conversar con Enrique.

Hablaron sobre lo que quería de obsequio para Navidad.

Ella se puso de pie y sonrió cuando me vio. También estaba nerviosa.

"¿Quieres almorzar? Me sentaré a tu lado o en tu regazo", le dijo Enrique.

Ella acarició su cabello. "De acuerdo", dijo.

Salimos del apartamento y tomamos uno de mis autos, el que estaba justo en el centro del estacionamiento.

Fuimos a una cafetería muy familiar de Los Pinos.

Sabía que Sandra amaba ese lugar. Había tomado café y comido muchas veces ahí. Antes de nuestros problemas, me había comentado que la llevara allí.

Eso no había sucedido, pero pensé que aún no era tarde para hacerlo. Además, supuse que no estaría tan lleno como el resto de los lugares para comer a esa hora. Como se aproximaba la

Navidad, todo estaba lleno.

Llegamos al restaurante, y me percaté de que Sandra estaba distante.

Supuse que con su mente metida de lleno en la universidad trataba de no distraerse, pero igualmente no le di mucha importancia a su actitud. Estaba silencioso de un modo que me demostraba que no quería entablar una conversación conmigo.

Enrique hablaba y hablaba. Nos explicaba la historia de Santa Claus y su llegada.

Repasé el menú y busqué algo para mí. Apareció nuestra camarera y Sandra pidió antes que nosotros. "Las damas primero", le recordé.

"Hasta donde recuerdo, he pedido el mismo plato desde que era una niña y venía aquí: pasta con albóndigas", dijo. Pasó su menú a la camarera y encontró mis ojos.

"Y siempre que lo pido, me encanta. Lo preparan genial.

Debo haber comido esa pasta al menos mil veces. Veníamos con nuestros padres cuando vivíamos cerca.

Luego su bufete creció y dejamos de venir con tanta frecuencia".

Vi a nuestra camarera. "Perfecto", le dije.

Sandra dice que es un plato estupendo y yo le creo. Pediré lo mismo.

La Navidad y los planes de Enrique volvieron a la conversación.

Comimos algo de pan mientras llegaba nuestra pasta y serví vino para Sandra.

Ella se negó a tomar y no entendí por qué. Pidió en cambio café descafeinado y reí con su petición. Rió y encogió sus hombros.

Supuse que rechazaba hablar sobre temas específicos porque tenía razones de peso. Al rato llegó la pasta y nos alegramos. Era la primera vez que veía a Sandra con tanto apetito. Pensé que la universidad no le dejaba tiempo ni para comer.

Probó su plato, pero rápidamente llamó a nuestra camarera. Le pidió disculpas varias veces y le dijo que la pasta sabía mal. Sin embargo, mi pasta sabía muy bien.

Imaginé que su plato había sido preparado por otra persona o lo habían hecho de forma distinta. Sandra esperó su plato, conversamos sobre la universidad mientras aguardaba su segundo plato.

Enrique comió su pizza y se llenó sus mejillas de salsa roja. Lograba que mis nervios se fuesen rápidamente con sus actos. Pidió un plato distinto y rápidamente la camarera tomó su orden.

Sandra estaba un tanto blanca, por lo que me pregunté si el estrés la había llevado a desarrollar problemas alimentarios. Sí, estaba muy linda, pero se veía distinta.

Era como si hubiese crecido, como si fuese más femenina, aunque físicamente se veía igual, a excepción de sus caderas, que se veían más grandes.

Me inquietaba su salud. Tal vez buscaba cómo explicar su actitud, pero había algo que no estaba bien con ella. Recibió su comida. Pensé que comería, pero se puso cerca de Enrique.

Apenas probó un trozo de su comida y dijo que se sentía llena.

"¿Te alegra saber que pronto te graduarás?", le pregunté.

"Mucho", me dijo.

"Pero no sé de dónde sacaré fuerzas para afrontar el último semestre. Cuando vuelva, tendré que presentar una montaña de exámenes. No siento miedo, pero sí me preocupa". Sonrió.

"Los aprobarás todos. Sé que lo harás". Sonreí y continué: "Cuando suceda eso, sentirás que valió la pena tanto esfuerzo. Cuando abrí mi empresa tuve esa sensación. Valió el esfuerzo, las lágrimas y la sangre. Me sentí feliz".

"Es mi sueño. Ojalá tengas razón", dijo cortésmente.

"Quisiera sentarme a conversar contigo. Puedes regresar con nosotros a mi apartamento cuando

salgamos de acá", le pedí, y pagué la cuenta.

Miró por la ventana. Evitaba verme. "De acuerdo", me respondió.

Firmé la factura, con una servilleta limpié la boca de Enrique y volvimos a mi auto. Conduje hacia el apartamento y noté de nuevo la expresión fría de Sandra.

No podía hacer algo para que se sintiera mejor.

Pensé que quizás ella no quería estar conmigo ni contarme nada.

Ignoré de nuevo su mirada. Entramos a mi apartamento.

Enrique eligió una película y lo senté a verla.

Le entregué unas golosinas. Sandra y yo fuimos a mi cuarto para conversar.

Ví sus ojos, pero ella veía sus manos entrelazadas. Algo le sucedía. Ya no tenía dudas. Y estaba preocupándome.

Le preguntaría, aunque se molestara.

Mi voz delataba mi preocupación.

"Sandra, ¿qué te sucede? Actúas como si no estuvieras aquí".

"Tengo cosas pendientes", me respondió. "Mi padre ha puesto mucha expectativa sobre mi hermana. No puedo descansar ni en mi apartamento. Me altera tanto como la pila de exámenes y proyectos que me esperan en la universidad. Al parecer, no puedo relajarme en ningún momento. Ojalá pudiera tener la felicidad de Enrique y comer palomitas de maíz mientras veo una película. Pero no puedo. No descanso nunca. Simplemente no puedo".

"Incluso en el restaurante estabas como ausente. Me preocupas", le confesé "¿Alguien en la universidad sabe lo que te pasa? Podrían orientarte para que te sientas mejor. Tu salud podría verse comprometida. Podrías tener un colapso".

"Andrés", me dijo con cierta alegría, "agradezco que te tomes tiempo para mí. Fui a almorzar contigo porque quería estar con Enrique. Punto. Entiendo que querías hablar conmigo al respecto, pero no vine aquí por ti. Tu hijo quería estar conmigo y no podía negarme".

Me sentí triste. "Claro", le dije.

"Accediste a venir, pero supe que era por Enrique. Pero debo ser sincero. Me haces muchísima falta. Me haces falta en todo momento. No hablo de tener relaciones contigo. Quiero abrazarte, besarte, contarte mis cosas. Ya eras parte de mi presente y también de la vida de Enrique. Pero te fuiste, y aquí ya casi no hablamos. Desde tu partida, una nube gris siempre está sobre nosotros. Eres el sol que ilumina nuestros días. Pero ahora solo hay oscuridad".

"Detente ahí", me dijo. Movié su cabeza.

"Ya es suficiente. Hablamos y le pusimos punto final a lo nuestro. Para mí, todo sigue igual. Todo en absoluto. De hecho, lo nuestro jamás debió haber comenzado. Te agradezco tu sinceridad y tus emociones hacia mí, porque yo también te extrañé, pero todo ha cambiado. Debo planear mi futuro, un futuro que quiero que sea sólido. Lo nuestro fue una gran equivocación".

Se levantó y tomó su bolso. "Sandra, por favor", le dije.

"Adiós, Andrés", me dijo, y salió de mi cuarto.

Su reacción era completamente inusual.

Tan inusual, que sentí que no había ningún sentido en sus palabras y mi confusión se incrementaba en mi pecho.

Se despidió de Enrique y yo me mantuve sentado en mi cama.

Cerró la puerta del apartamento al salir. Mi mente enloqueció.

Capítulo 22: Sandra

Rebeca se probaba otro vestido, pero yo aún no sabía qué ropa usar. Toqué una de las perchas de los bastidores en el piso. Habíamos ido de compras para la celebración de Navidad del próximo fin de semana.

Un baile de caridad al que nunca faltábamos. Nuestros padres nos llevaban cada año.

La sociedad adinerada de El Trigal se reunía ahí, sin falta, para presumir de sus fortunas y criticar en voz baja al resto de los invitados.

Era el ambiente perfecto para mis padres, pero pensé que llegado ese momento le daría algunos tragos a mi hermana para que soportara la velada, porque ella y yo no nos sentíamos para nada bien en reuniones como esa.

Yo no pensaba en la comida o los invitados.

Pensaba que Andrés podría ir. Me inquietaba la posibilidad de estar con él en el mismo lugar.

Sabía que lo tal vez lo haría porque había visto la invitación en su mesa de noche cuando había estado en su apartamento. Por su fortuna, era habitual que lo invitaran a ese tipo de eventos. Era la principal razón de mis dudas al momento de elegir un vestido: su presencia. Quería lucir radiante.

Tenía la intención de mostrarme muy hermosa y que mi vestido me mostrara como una chica sexy, una mujer a la que no le hacía falta estar con un hombre como Andrés para seguir adelante.

Quería demostrarle que ya no me hacía falta ni me sentía triste. No sentía lástima de mí misma. Debía prepararme para el futuro. Pero no podía ocultar mis sentimientos. Sí lo extrañaba y sí quería estar con él.

Quería mostrarle a Andrés que tenía un espíritu independiente y no me hacía falta estar con él para lucir hermosa y feliz.

Quería que Andrés me viera como una mujer y no como una jovencita. Que había madurado y tenía que hacerme cargo de mi vida, lo que me alegraba, pero también me desanimaba. Y que todos los ricos de El Trigal vieran que podía forjar mi propio camino, en lugar de depender de mi padre.

Todos esos deseos surgían en mi mente al tiempo que me preocupaba no poder seguir ocultando mi secreto.

Estaba embarazada.

El hijo era de Andrés.

La noticia me había impactado tanto que contacté a mis profesores, que me dieron un trato especial cuando supieron que yo tenía "problemas personales".

Como era la mejor de mi clase tuve esa posibilidad.

Había sabido de mi embarazo después de regresar a la universidad la última vez.

Mostrarme como una mujer sensual me costaba, sobre todo en las mañanas, cuando las náuseas y los vómitos eran frecuentes y se repetían durante la tarde y algunas veces en la noche.

Estaba en la universidad y apenas podía concentrarme, lo que le añadía más presión a mi último semestre. Y estar en el apartamento tampoco me ayudaba.

Debía enfocarme en mis materias y mi tesis, pero solo podía pensar en el niño que crecía en mi vientre. Me costaba sincronizar ambas cosas, mi hijo por un lado y mis estudios por otro.

No sabía qué pasaría después con la criatura y conmigo, y eso me ponía muy nerviosa.

Fui hacia los armarios y busqué otros vestidos, con mis pensamientos sumergidos en mil lugares distintos.

Recordé cuándo supe que estaba en estado. Estaba en mi dormitorio, con malestar y mis senos sensibles. Rebeca me había traído sopa.

Bromeó sobre la posibilidad de que estuviera embarazada. Era solo un chiste, pero sentí que enloquecía cuando salió

Entonces fui al centro y compré una prueba de embarazo.

La usé cuando regresé. "Positivo", leí después de un rato y entendí que todo cambiaría para mí.

Los días siguientes divagué entre varios escenarios diferentes, pero decidí que quería tenerlo.

Abortar no era una opción para mí. Amaba a todos los niños.

Quería educarlos y nunca me perdonaría si no lo tenía.

Pero me sentía sola.

Escondí mi embarazo, huía de Rebeca y me mantenía casi todo el tiempo en mi cuarto. Solo salía para ir a clase.

Casi no podía asistir a todas las clases con regularidad.

Apenas desayunaba, tomaba algo de agua y corría a mi cuarto cuando terminaban mis clases. Antes del feriado de noviembre, mis náuseas y mis vómitos aumentaron.

Hice todos los deberes en mi cama, con una manta sobre mi cuerpo, comiendo golosinas y agradeciendo a Dios por no tener que compartir mi cuarto en mis últimos semestres.

Rebeca solía tocar mi puerta y yo hacía silencio para que creyera que estaba en otro lugar.

Entendí que, si ella descubría mi rostro compungido o sentía una náusea justo durante su visita, se daría cuenta de mi estado, y no quería que lo supiera al menos por unos meses.

Ya no sentía tantas náuseas como antes, aunque cuando sentía una era bastante fuerte. Las tenía especialmente cuando tenía mucha hambre, había estudiado mucho o comía algo que a mi cuerpo o al bebé no le gustaba.

Me había pasado con la pasta cuando salí con Andrés y Enrique. Y solo pude usar el sabor como excusa ante él y la camarera.

Rebeca salió de los probadores y puso los vestidos en los ganchos. A ella le costaba encontrar algo que le pareciera adecuado. A mí me costaba incluso más.

De todos modos, supe que encontraríamos alguna ropa eventualmente. Se acercó y encogió sus hombros. Sus manos quedaron en sus bolsillos.

"No me gustó nada", me comentó.

"Mejor vayamos a almorzar. Iremos al restaurante favorito de mamá. El sitio donde le gusta tener cenar el día de su cumpleaños".

No me importaba el lugar. Solamente quería comer.

"De acuerdo", le dije.

Fuimos al restaurante.

Elegimos una mesa cerca de la ventana y miré los taxis pasar.

Conversamos y reímos mientras llegaba nuestra comida.

Me concentré tanto en las historias de Rebeca que no me fijé en el resto de comensales. Comí uno de los aperitivos de la mesa.

Entonces vi mi alrededor.

Rebeca dijo que le gustaría ir a otro lugar cuando termináramos nuestra cena, pero mi cerebro quedó estupefacto cuando supe quién estaba al otro extremo del restaurante.

Era Andrés. Compartía y cenaba con un hombre.

Giré para ver a Rebeca y anhelé que no notara nuestra presencia.

Seguía siendo un hombre con un alto sentido de la elegancia. Además, me pareció que aún era un hombre atractivo.

Andrés seguía allí. Mis venas saltaban del nerviosismo y mi piel se sacudía. Ya no tenía tanto

apetito por el pan, pero sentí un fuerte mareo.

Me mantuve en mi silla, escuchando las palabras de Rebeca, aunque mi concentración no era la mejor.

Había miles de restaurantes en El Trigal y estaba justo en el mismo sitio que Andrés. Parecía un chiste que me jugaba el universo.

Tomé todo el aire que pude y quité la servilleta de mis piernas. Bebí algo de agua.

"Rebeca, disculpa", le dije. "Voy al baño".

"Bien. ¿Ordeno por ti? ¿Lo de siempre?".

"Perfecto, pero no pidas vino para mí". le dije.

"¿Estás segura?", me dijo entre risas.

"Nunca has dejado de pedir vino tinto para acompañar tus comidas".

"Estoy segura". Sonreí falsamente.

"No tardo".

Caminé por los pasillos. Intenté evitar que mis ojos encontraran los de Andrés y fui al fondo para entrar en los sanitarios.

Puse mi mano en el pomo de la puerta para entrar, pero Andrés tomó mi brazo y me haló hacia el sanitario unisex.

Vi los comensales y los camareros ocupados, y mi memoria evocó nuestro encuentro anterior.

Recordé que entonces no me había controlado y ahora tenía que asumir las consecuencias.

Precisamente ese encuentro y ese descontrol me habían llevado a mi compleja situación.

"Vi cuando te levantaste de tu silla", me contó. "No tuve dudas. Tenía que buscarte".

Encogí mis hombros. "De acuerdo", le dije.

"Este sitio me trae uno de mis recuerdos favoritos de toda la vida. La última vez que nos vimos justo aquí", dijo en voz muy baja, y sentí sus mejillas sobre las mías, "me sentí como nunca".

"¿De verdad?", le pregunté.

Mi corazón revoloteaba y mi vientre se sacudía. Cerré mis ojos y respiré entrecortadamente.

"Llevé tu cuerpo a esa pared fría, mientras afuera la gente comía. Fue un momento espectacular", dijo, manteniendo su voz baja.

"Podremos replicar la experiencia ahora mismo".

Llevó sus dedos inquietos a mi cadera. Pensé que iba a cogerme y yo no podría negarme.

Sus labios acariciaron mi oreja y luego besó mi cuello tenso. Mi piel se erizó.

"Quiero sentir tu vagina", dijo.

Estaba muy excitada. Carajo. Yo también tenía muchas ganas de recibir su pene. No sabía si era por mis cambios hormonales, pero lo quería dentro de mí.

Quería que me hiciera venirme con sus bolas golpeando mis muslos, pero suspiré y rechacé su placentera propuesta, aunque me costó.

Lo separé de mí. "No es un buen momento", le dije.

"Este asunto quedó atrás".

Lo hice retroceder. "¿Lo dices en serio?".

Tocó mis labios levemente con los suyos. Nuevamente lo separé de mí mientras respiraba para calmarme profundamente.

Andrés frenó sus pasos y agitó sus manos.

Me sentí molesta por hundirme tan profundo en ese agujero, del que estaba constándome salir. Adónde iba, estaba Andrés.

Tomé aire y moví mi cabeza. Su rostro también denotaba su ira.

"Sí", le dije.

"Y no tengo nada que agregar. No quiero que sigamos con esto".

"Sé que te excitas cuando me ves".

"¿Por qué no quieres seguir con esto?", me preguntó.

"Déjame decirte algo", le dije. Me sentí molesta.

"Te ves a ti mismo como el hombre más atractivo y adinerado, que todas te adularán o querrán acostarse contigo, pero no es mi caso. Sientes que tienes el poder de meterme en un sanitario, besarme y decirme palabras sensuales, ponerme contra la pared y cogerme. Te equivocas, señor con la billetera abultada. ¿Y sabes por qué? Porque no te pertenezco. Soy independiente. No estoy en esta ciudad para que acabes dentro de mí y te distraigas. No dejaré que me utilices para sentirte mejor o hacer realidad tus fantasías. ¿Es lo que quieres? Busca a una prostituta que te complazca en todo lo que quieras. Conmigo ya no podrás hacerlo".

Tenía que estar pendiente de mí, de mi bebé y de mi futuro, aunque Andrés no estuviera en él. Sabía que debía decirle que estaba embarazada, pero no lo haría por los momentos.

Solo quería que se fuera. No quería verlo por un tiempo.

Entonces giré y salí por la puerta. La cerré y él no pudo responderme.

Quería que se quedara ahogado entre mis palabras. Su actitud me enojaba. Todavía quería seducirme.

Parecía que no me había prestado atención la última vez que hablamos ¿Sufría de amnesia acaso? ¿Había olvidado nuestra breve charla en el pasillo del complejo cuando regresé en mis vacaciones anteriores?

Me negué, aunque me había costado mucho, pero luego me sentí feliz.

Capítulo 23: Andrés

Todo lo que había hecho con Sandra había sido una cagada. Había decidido recordarle nuestro rico sexo en el baño, lo que pensé que la excitaría y querría tener otro momento candente como ese. Pero no fue así.

Debí suponerlo por su forma de actuar.

Estaba dejándome llevar por mis instintos en lugar de ser educado con ella y entender sus emociones.

Llevarla al baño en medio de mi comida con mi cliente no había sido mi mejor idea. Y trabajar era un infierno.

Había muchos contratos que revisar y documentos pendientes, pero no lograba enfocarme en esos asuntos sino en otro.

Trataba de llevar a mi mente a la oficina, porque mi empresa era una de las cosas más importantes de mi vida y me había costado mucho que fuese exitosa. Pero Sandra y lo que había pasado entre nosotros eclipsaba todo mi trabajo.

Apenas lograba concentrarme en alguna conversación con algún cliente. Sentía que ya había chequeado los archivos o que había respondido los correos electrónicos, pero no podía estar seguro.

Me pasaba porque no había conversado con Sandra y no sabía de ella desde que discutimos en el sanitario del restaurante.

Buscarla no estaba dando los resultados que yo esperaba y quedarme a solas para tratar de convencerla tampoco.

Sabía que trataba de llegar a su corazón de una forma poco idónea, pero me parecía que había algo más que yo desconocía.

Pero no podía saber qué era porque rechazaba casi cualquier cosa que le ofreciera y no quería hablar conmigo como antes. No dejaba de intrigarme su reacción a mis propuestas.

Ella había salido del baño con una tremenda molestia, lo que me permitió saber que mis palabras la habían herido terriblemente. Y mi actitud previa tampoco era excelente.

Sabía que no me perdonaría tan fácil ni era suficiente para que se sintiera mejor conmigo. Debía buscar otro modo de relacionarme con ella.

Quería que se sintiera a gusto para que dijera lo que le pasaba, como cuando estaba lejos y hablábamos a través de mensajes o video llamadas. Que se expresara con sinceridad y hablara sobre ella, no solo para que abandonara esa actitud hacia mí sino para que me contara sobre esas cosas que seguramente le pasaban y ya empezaban a preocuparme.

Lo supe. Tenía que conversar con ella.

Vi la ciudad a través de mi ventana y me pregunté cómo podría lograr que se abriera conmigo. Tenía que mostrarle que me importaba y exponer mis sentimientos con claridad.

Quería que fuese sincera, pero yo debía ser honesto con ella también. Que Sandra notara mi deseo de profundizar en lo nuestro y que se sintiera cómoda conmigo. Y no contaba con mucho tiempo.

Sandra pronto volvería a sus clases. Tomé mi celular y la llamé. Estaba impaciente.

"Hola, Andrés", contestó.

"Hola. Me alegra que sepas que soy yo", respondí.

Me respondió con ironía. "Vi tu nombre en mi pantalla".

"Perfecto", le respondí, y moví mi cabeza, aunque ella no podía verme.

"Llamaba para pedirte que cenemos esta noche y hablemos sobre lo que está pasando".

"No sé para qué nos veríamos. No tengo nada que decirte", me dijo.

"Te expresé lo que sentía y te dije que estoy sumamente ocupada. Ya fui clara contigo".

"Entiendo", le dije.

"Tú hablaste, pero yo no pude hacerlo".

"De todas formas, le daríamos largas a este asunto y creo que ya ha sido suficiente. No quiero ir", dijo, y suspiró.

"Lo único que quiero es hablar contigo". Por favor, Sandra", le respondí

"Querías hablar antes, pero me dijiste que me usabas para distraerte".

"Sí, lo sé", le dije.

"No debí haberlo hecho, pero al mismo tiempo, no quería que lo tomaras así". Sentí vergüenza.

"De acuerdo. Iré, pero solo un rato". Sandra suspiró.

"Muy bien", le respondí.

"Podemos vernos antes de la fiesta de este sábado. Enrique se quedará en casa de mi madre y podremos conversar con calma".

"Me parece bien", me dijo.

"Te espero el sábado".

Terminó la llamada y me sentí reconfortado. Podríamos hablar finalmente y decirle con calma y suavidad lo que sentía. Pero para lograrlo, no dejaría que dirigiera la charla.

Le mostraría mis sentimientos y qué pensaba hacer para mejorar todo entre nosotros. Planeaba mis palabras, pero alguien tocó mi puerta.

Asentí con mi cabeza y le pedí que pasara.

Era Augusto.

Me miró fijamente.

Teníamos una reunión y yo la había olvidado en medio de mis rollos.

"Augusto", le dije. Me levanté y lo saludé.

"Toma asiento".

"¿Qué te sucede?"

"¿Cómo dices?"

Tomó asiento. "Se nota que te pasa algo", me dijo.

"Es evidente. Parece que ahora estás más distraído. Te vi ayer y ya parecía que estuvieras en otra dimensión".

Respiré profundamente.

"Tienes razón. Estoy más distraído que antes. Te pido disculpas. Entiendo que todos quieren que me concentre".

"Lo sabes muy bien", me respondió.

"No entiendo qué te sucede, porque nunca te distraes. Cuéntame qué te ocurre, amigo".

Suspiré profundamente y tomé los papeles frente a mí.

"No me pasa nada".

"Dispara. Y no me mientas", me respondió.

"Sandra está aquí", le dije. Agité mi cabeza.

"Podrías acostarte con ella. Eso te haría bien", dijo entre risas.

"Podría, pero cuando la vi, su actitud cambió", le respondí.

"Es como un iceberg. Ya no quiere ni verme. Quería contagiarme su actitud".

"Mierda, Andrés. ¿Por qué actúa así? Sé que no eres el hombre más sexy del mundo, ¿pero no le hiciste falta?"

"Supongo que sí", le respondí.

"Pero antes de ir a sus clases, ella había terminado todo entre nosotros. Tuvimos relaciones y fue el fin de nuestra historia. Hablé como un pendejo, lo que nunca he podido evitar. Está hablándome y rechazándome de tal manera que pareciera que hice algo terrible. No sabía que me trataría así. Estaba molesta, pero no pensé que llegaría a ese extremo. Solo supuse que quería concentrarse en sus estudios y dejarme un tanto fuera mientras se graduaba".

"Bueno", dijo Augusto, y encogió sus hombros, "te sentirás mejor cuando tomes tus cosas y vayas a algún bar, elijas a una chica que te guste y te la tires".

Augusto no sabía toda la historia y ya no sabía qué decirle.

Había querido que pensara que solo la buscaba para tener sexo sin compromisos, para que no me percibiera como un debilucho. Pero al hablarme de ese modo, ya no podría contarle lo que pasaba por mi mente.

Era imposible decirle que había rechazado a otra mujer en un bar porque Sandra era la dueña de mis pensamientos. Si me mostraba así frente a él, me diría que fui un idiota con ella desde el momento que la conocí.

"Andrés, estás con una joven universitaria, la coges todo lo que puedas por un tiempo, y después la despides para no engancharte. Tuviste tu momento de gloria", dijo. "Ahora te toca ir por otra chica sexy. Hiciste lo que todos nosotros querríamos hacer a nuestra edad: cogerte a una chica más joven que viene a pasar sus vacaciones aquí. Luego, ella misma te rechaza para que la situación no empeore y entonces eres libre. Nada de compromisos, nada de reclamos. Ella te lo facilita. Agradece que las condiciones sean las más favorables para ti. No te metas en un mundo de sentimentalismos ni pendejadas".

"Comprendo tu punto", le dije, y moví mis manos.

"Incluso podría ser una prueba de tus habilidades en la cama", dijo.

"Explícame".

"Eres el hombre mayor y ella es la chica joven. Tal vez ya tenía algo de experiencia, pero contigo tuvo un despertar sexual que la puso bastante caliente. Quizás le enseñaste cosas que ni se había atrevido a imaginar. A lo mejor, aprendió todas las lecciones sexuales que le enseñaste y las puso en práctica con un chico en la Universidad Andina. Es la única explicación que encuentro para que no quiera que la cojas otra vez".

Suspiré y me detuve en mis pensamientos. Augusto podría tener razón. Pensé el escenario que planteaba y no me sentí nada bien. Mierda. Sentí un mar de celos atravesando mi cuerpo.

Sandra podría estar acostándose con alguien en su universidad. Y su terquedad era otro factor a tomar en cuenta.

Me lo habría contado si lo hubiera considerado necesario. Me molestaba tener que analizar esa posibilidad. Quería arrancarme la cabeza.

"Aparentemente, estás muy molesto. No deberías sentirte así", me dijo mientras me miraba. "Parece que hay otras cosas que yo no sé. ¿Te enamoraste de Sandra? Esto lo he visto muchas veces. La chica cambia y el hombre se siente atascado en sus sentimientos. Si me equivoco, dímelo. No te juzgo en absoluto. Cuéntame".

"No siento eso", le dije, y negué con mi cabeza.

"No estoy enamorado. No la deseo como compañera. Solo no me explico su actitud tan distinta. Me intriga saber lo que le sucede. Necesito saber si está con alguien o si realmente no le pasa nada como dice. No quiero que cometa suicidio o deje de dormir. Es todo. Lo demás no me importa".

Augusto estaba frente a mí y tenía que decir cosas absurdas como esas para que no preguntara nada más.

Para él, todo se reducía a sexo. Tuve ganas de buscar a otra persona para pedirle algún consejo, pero eso no pasaría.

Estaba solo. Yo le mentía.

Sabía que Sandra estaba mal, que había problemas entre nosotros y que ella no atentaría contra su vida ni mucho menos.

"Te preocupa mucho esa mujer", dijo Augusto. Se mostró sorprendido.

"Simplemente respira. No le dedicarías tanto tiempo ni pensamientos si no sintieras algo por ella. Es tu problema y debes resolverlo. Si no odias a las mujeres por todo lo que ha pasado, no pasa nada".

Empezamos a hablar sobre los contratos de la oficina y fuimos a la reunión que teníamos pendiente.

Se fue cuando terminamos, me recliné en mi silla y mi mente se congeló en la conversación.

No quería un futuro con Sandra, o al menos eso me decía. Pero si eso fuese así, ¿por qué pensaba tanto en ella? Augusto había dicho algo que podía ser cierto: Sandra me importaba más de lo que yo reconocía.

Capítulo 24: Sandra

Mi vientre permanecía plano. Era como si no hubiera comido en años. Mi cuerpo aún no evidenciaba mi embarazo y me alegré.

No había necesidad de ocultar mi estómago, que aún no estaba abultado, lo que no alteraba aún más mi situación familiar. Pero me obsesionaba verlo todo el tiempo. Lo miraba para saber cómo podría verse ante los ojos de los demás.

No quería que alguien se diera cuenta. Lo fotografiaba a diario y lo medía para notar algún cambio. Pero aún no notaba ninguno.

Fui a consulta con un ginecólogo para revisarme por primera vez.

Mi doctor aseguró que podrían pasar seis meses antes de que mi vientre creciera. Me sentí tranquilo de saberlo.

Para esa fecha estaría en la universidad y las clases estarían a punto de terminar. Me daba igual si mis compañeros lo veían. Solo me preocupaban Andrés y mis familiares.

Pensaba en mi bebé cuando veía a Andrés, aunque fuese a lo lejos. Jugaba con su hijo y sentía ganas de contarle de mi embarazo. Pero no creía que se sentiría muy bien cuando se lo contara.

Podría enloquecer o arrojar algunas cosas a la pared. En ese momento me sentí tan tensa que quise criar a mi hijo sola.

¿Ese deseo estaba mal?

¿Era incorrecto tener un hijo y que su padre no supiera de su existencia?

Andrés me buscaba para tener sexo.

Era una distracción para él.

No podía verme de otro modo.

Incluso me había confesado que lo ayudaba a distraerse.

Si no me veía como una mujer para el resto de su vida, menos querría tener un hijo conmigo. Y mi idea se reforzaba con su afán de llevarme al baño para intentar seducirme.

Había actuado de una forma tan calenturienta que me convencí de que no quería nada más.

Andrés era afortunado, adinerado y atractivo, pero no quería que fuese parte de mi futuro ni el del niño.

Además, podía negarse a reconocer a mi hijo o a mantenerlo. Era lógico. Otros hombres más famosos y con más dinero habían rechazado a sus descendientes.

Negaban que fuesen sus padres. O los reconocían, pero no les daban dinero ni alimentos. Si mi hijo sabía que su padre lo rechazaba, sería peor que no conocerlo. Sería un trauma permanente para él.

Debía evitar que tuviera ese peso desde su nacimiento.

Evidentemente, no debía contarle del bebé. Lo mejor era no interrumpir su vida perfecta. Y por mi parte, yo debería continuar con mis planes y alejarme de él, mudarme a otro lugar en el que pudiera criar a mi hijo.

Estaba sola. Andrés era un pendejo. Me sentí triste. Y mi hijo aún no había nacido. Tomé una ducha, me peiné y me maquillé. Salí del baño y tomé el vestido que había elegido.

Faltaban pocas horas para el baile navideño. Me pareció que mi ropa era la mejor. Me vería con Andrés para aclarar las cosas antes de la celebración. Sin embargo, decidí que no iría y también ignoraría sus llamadas.

Mi bebé robaba toda mi atención y me molesté cuando recordé su forma de acercarse a mí en el baño del restaurante.

Le había dicho todo lo que sentía, así que no entendía su insistencia. Él también había sido honesto.

No había nada que añadir.

Andrés estaría en el baile y probablemente lo vería. Sin embargo, habría muchos invitados, por lo que seguramente podría eludir su búsqueda.

Si podía escabullirme de mis padres en esas fiestas aburridas, en las que mi padre me mostraba a esos viejos como si fuese su premio, podría hacer lo mismo con él.

Moví la cabeza y sonreí. Mi plan me parecía muy bueno.

Mi cuerpo también me agradó. Lucía perfecto en ese elegante vestido rojo que llegaba hasta el suelo.

Mi cabello estaba suelto y mis zarcillos hacían juego con el vestido.

Pinté mis labios con un tono rojo profundo.

Llegué a la celebración.

Sonreí cuando vi que mis padres recibían a otros invitados. Rebeca hablaba suavemente sobre los invitados y sus comentarios me hicieron reír.

Caminé con seguridad y levanté mi mentón.

Vi hacia los lados cuando fuimos al espacioso salón de baile.

Vi a Andrés. Él ya me había visto.

Sabía que no quería hablar con él porque sentía que no me convenía. Pero el suelo bajo mis pies parecía moverse.

Mi plan aparentemente no era el mejor.

Suspiré y Andrés caminó hacia mi padre para saludarlo.

"Quisiera robarte a Sandra unos minutos", le dijo.

"Quisiera conversar a solas con ella. Es un asunto muy importante".

"¿Hay algún problema?", preguntó mi madre.

Me ignoró momentáneamente. "Ninguno", le dijo.

"Solamente la necesito unos instantes".

"Bien", dijo mi padre. Tocó su brazo.

"Tú y yo conversaremos luego".

"Me parece bien", dijo con su tono de voz muy firme.

Quise negarme, pero no tenía la intención de armar un drama en esa fiesta navideña. Sería lo único peor que la charla que él quería tener conmigo, pero no tenía ningún ánimo de escucharlo.

Mis padres habían jugado en mi contra y me lanzaron a los brazos del único ser humano en el mundo que no quería ver.

Sentí que se repetiría la escena del baño. Estaba cansada de lo mismo y solo quería irme y separarlo de mí.

Tomó mi brazo y me llevó lejos de la gente. Sonrió mientras saludaba a la multitud y esperó que todos estuvieran en la sala.

Nos quedamos bajo la escalera y crucé mis brazos. Cambié mi expresión para que notara mi molestia.

"¿Te pasa algo? Es increíble que no puedas decírmelo.

Al parecer, ya ni nuestra amistad te importa.

Puede que no quieras seguir conmigo, pero eso no quiere decir que no me importes", me dijo con firmeza.

"No tengo que explicarte nada. No eres mi novio", le respondí. Se molestó cuando le dije esas palabras.

"Entonces debo entender que tienes novio".

"Lo cual no te incumbe. De todas formas, déjame decirte que no tengo novio. Los hombres solo quieren distraerse con las mujeres, como hiciste tú conmigo. Y sinceramente, me siento cansada de ese jueguito. Yo no soy tu distracción o tu muñeca sexual para que te sientas mejor. Si quieres pedirme que sea tu novia o quieres cogermé, me sabe a mierda ya. Quiero que seamos honestos. Esto no me gusta para nada".

"Sandra, los dos la pasamos muy bien cuando estuvimos juntos, pero ahora estás llevando esto al límite. Dices cosas que no tienen nada ver con la realidad. Debo hacerme responsable de esto. Probablemente no entiendes cómo gira el mundo porque eres muy inmadura. A tu edad te cuesta aún comprender cómo pueden sentirse los demás. Nunca te pondrías en mi lugar ni entenderías lo que hay que hacer para arreglar un lío emocional como este. No entiendo tu frialdad ni tus palabras", dijo con mucha molestia.

"Vaya. Te acercas a mí como si fuese tu empleada. Fantaseé contigo. Eso no es un secreto para ti. Te hiciste cargo, como dices, y luego me dijiste lo que era yo para ti. Te repito que no tengo que darte explicaciones. Además, no me hables como si fueses perfecto. No puedo complacer todos tus caprichos y tus pendejadas repentinas. Supuse que, si te plantaba, entenderías que ya no quiero que tengamos algo que ver. Pero parece que no entendiste, y eso me caga la vida. Qué atrevido eres", le grité. Me sentí muy enojada.

Tomé aire y llevé mis manos a mi vestido, alisándolo.

Ví a los invitados y recordé que no quería que ellos vieran mi reacción, pero tenía que dejar las cosas aún más claras.

No quería volver a pasar por eso una vez más.

Tomé aire y vi sus ojos.

"Hay una sola razón por la que no quiero tenerte cerca".

"¿Cuál?", dijo con mucha molestia.

"Quiero protegerme de ti", le dije.

"Nunca sentiste por mí lo que yo sí sentí por ti. Crees que puedes controlarme o pedirme lo que te provoque. Te acercabas a mí como si fuese tu posesión, como si tuvieras autorización para entrar y salir de mi vida cuando tuvieras ganas de hacerlo. Pero recuerda que ya dijiste lo que era para ti. Eso me dejó todo claro como el agua. Tu dinero no me importa. Tu empresa tampoco. Me valen mierda esas cosas. Haré lo que me parezca mejor, no algo que vaya contra mis principios. Soy una mujer independiente".

Giré para irme, pero volteé para verlo una vez más.

"No soy tu amada esposa Elena. Nunca lo he sido ni lo seré", le dije con sinceridad.

Giré de nuevo y salí corriendo del salón.

Me sentí terriblemente triste. Una tristeza que nacía en mi corazón.

Lo amaba. Pero no podía estar con él.

Éramos parte de dos mundos muy remotos, sin posibilidad de cruzarnos.

Mi bebé crecería sin padre.

Capítulo 25: Andrés

No dejaba de molestarme el hecho de que Sandra me rechazara. Se había detenido en mis frases y no me permitía plantearle mis argumentos.

Aunque yo aún no sabía qué rumbo tomar con ella, quería que me facilitara el camino para hablarle.

Pensé en esa posibilidad mientras Enrique estaba en su cuarto.

Lo vi correr con sus aviones de juguete. Lo había ignorado porque había estado muy pendiente de Sandra.

Él no se merecía esa falta de atención.

Sandra había estado navegando en mi mente en mis mañanas, en mi café, en la oficina y en mis noches solitarias. Era necesario que buscara una forma de sacudirme esos recuerdos porque mi vida era un desorden.

El baile navideño y nuestra difícil charla eran los últimos pensamientos que me atosigaban. De hecho, ni siquiera habíamos charlado. Nuevamente había escupido palabras altisonantes en mi cara. Palabras que yo no merecía.

Debía suponer, si sus palabras eran sinceras, que estaba sintiéndose muy mal por lo que estaba haciéndole.

Ella se sentía peor con su realidad que yo con mis pensamientos.

Adicionalmente, Sandra podría tener algo de razón.

Pudiera ser yo quien viera las cosas desde un enfoque erróneo, por lo que podía entender la razón de su enojo.

Era una linda mujer, espectacular, pero me agitaba tanto con su actitud que no podía dejar de verla como una fantasía y al sustituto de Elena.

No me fijaba en mis sentimientos por ella. Sin embargo, sí sentía una preocupación genuina por ella.

Yo la consideraba una sustituta. Pero comprendí finalmente que esa posibilidad la molestaba.

"Papá, este avión se estropeó", dijo Enrique, saliendo de su cuarto.

"Qué mal", le dije, sacudiendo mis pensamientos.

"Veré si puedo arreglarlo".

Enrique estaba a punto de comenzar sus vacaciones, por lo que decidí que no podía estar solo en casa mientras yo estaba fuera de la ciudad para resolver algunos contratos.

Tenerlo en el apartamento me ponía feliz, pero era un problema encontrar alguien que lo cuidara. Mi madre podría hacerlo, pero no estaba en la ciudad.

Sandra sí estaba, pero ya no sabía si pedírselo. Mi madre lo cuidaría algunas horas, pero aún no sabía qué pasaría el resto del día.

Tenía la esperanza de que Sandra olvidara nuestra discusión y aceptara venir. Enrique estaba feliz de estar con ella, y yo también.

Buscar a otra niñera con la que no se sintiera cómodo no me parecía buena idea. No tendría tiempo para adaptarse a esa presencia.

Le costaba confiar en alguien por su timidez. Sandra había logrado vencer esa barrera. Era la primera que lo hacía. Estaba muy apegado a ella.

Sandra también estaba muy apegada a él. Si se negaba a cuidarlo por unas horas, sabría que estaba decidida a no verme nunca más. Rechazar a mi hijo sería una forma contundente de incendiar lo poco que quedaba de nuestra relación.

Sentí que podría perder definitivamente a alguien. No quise plantearme ese escenario. Ya no estaría

con una persona que quería en mi vida, y no era Elena.

Era Sandra, lo que habíamos pasado juntos y lo que podíamos tener más adelante. Ya no quería tener esa sensación en mi alma, aunque entendía que todo lo que había pasado era exclusivamente por mi culpa.

Cerré mis pensamientos y encendí la llama de la ilusión en mi cerebro, pensando que debía aceptar la respuesta que me diera, aunque fuese negativa.

Me preparé mentalmente para sentirme derrotado, si respondía mi llamada y se negaba.

Mi respiración estaba entrecortada.

Terminé de arreglar el avión de juguete de Enrique, tomé mi celular y marqué su número.

Esperé con nerviosismo su respuesta mientras mis dedos temblaban.

"Hola, Andrés", dijo

"Hola, Sandra", dije. Me sentí relajado.

Sonaba un poco fría. "¿Sucede algo?".

"Tengo un problemita", le dije.

"Mañana comienzan las vacaciones de Enrique y mi madre no puede cuidarlo todos los días. ¿Podrías cuidarlo cuando no esté con mi madre? Tendrías un horario de entrada y salida. Estoy dispuesto a pagarte el doble porque son días feriados. No quiero buscar otra niñera y tengo muchas cosas pendientes en la oficina. Tengo que resolver esos asuntos cuanto antes".

Guardó un largo silencio.

Me pareció algo bueno.

No se había negado.

Estaba pensándolo.

No contar con una niñera para Enrique no era lo que temía. Era algo peor.

Tenía miedo de perder para siempre a Sandra. Respiré con ansias mientras los latidos de mi corazón sonaban en mi pecho

"De acuerdo", dijo repentinamente.

"Lo cuidaré, pero te aclaro que no quiero que intentes convencerme de volver a conectarte conmigo. Si lo haces, me iré de inmediato y tendrás que buscar a otra persona. No me gustaría que Enrique pasara por eso, pero quiero sentirme bien".

"No me verás en el apartamento. Solo quiero que me cuentes cómo se portó Enrique, así que puedes estar tranquila", le dije.

"Y busca a otra niñera de todos modos", añadió.

"Cuando la encuentres, me iré".

"De acuerdo", respondí.

Pensé que cambiaría de opinión cuando llegara al apartamento, viera a Enrique y se percatara de que yo no estaría ahí.

Que me pidiera buscar a otra niñera me hizo sentir muy mal. Ella era la persona que lo había cuidado.

Era la más idónea para encargarse de mi hijo, a pesar de nuestros conflictos. Además, me costaría mucho trabajo encontrar a otra niñera en medio de las fiestas navideñas.

Adoraba a Enrique.

Ese era el único vínculo que teníamos. No debía forzarla.

Lo haríamos tal como ella me lo había pedido.

Ella valía la pena. Y ella se haría cargo de un niño enérgico y gritón en plenas fiestas.

Debía reconocer su esfuerzo.

"Te lo agradezco", le dije. "Te espero mañana temprano".

"De acuerdo", dijo, y colgó.

Terminé la llamada y sentí un gran alivio.

Vestí a Enrique para que cenara con mi mamá.

Nos veríamos en un restaurante para cenar antes de que iniciara mi semana laboral. Ver a mi madre siempre me alegraba.

Le contaría lo que sentía por Sandra y cómo estaba estancado. Su sinceridad era justo lo que me hacía falta. Si alguien podía sacarme de mi abismo era ella

"Mamá", dije después de comer algo, "cuando Elena partió de este mundo, renuncié a toda posibilidad de estar con otra mujer. Sandra llegó a mi vida y me alegré, pero nunca me planteé tener algún compromiso con ella. Pero me parece que tiene algo de razón. Me atrae como mujer y como persona, pero evité reconocer esos sentimientos y me valí de su presencia para olvidar a Elena. Nos hice daño sin querer. No sé qué hacer. Quería estar con Sandra, pero no de la forma que ella esperaba, y ahora creo que no hay forma de rescatar los momentos agradables que vivimos y plantearnos un futuro. Cree que solamente la quiero para distraerme. Creo que está tan convencida que no hay forma de arreglar esto".

"Hijo, a veces decidimos cosas pensando en satisfacer un deseo en el presente y no nos detenemos a pensar en el futuro", me contestó.

"Hay una gran diferencia entre buscar a una persona para olvidar a otra y buscar a alguien porque sientes algo real".

"¿Cuál es esa diferencia?"

"Hijo, toma en cuenta esto: no dejes que las cosas te abrumen. Quizás aún haya tiempo para ti. De ahora en adelante, cuando vayas a tomar decisiones que la afecten, piensa en ella", dijo.

"Al llenar tu vacío u olvidar a alguien, tomas las decisiones que *te hacen* sentir bien. Al tomar decisiones que afectan a la persona que te preocupa de verdad, lo haces en función de *ella y sus* emociones".

"¿De qué forma podría hacerla sentir mejor?", le pregunté.

"Ya no escucha mis palabras y se aferra a las suyas".

"Cuando tengas que tomar una decisión, recuerda lo que ella quiere. No pienses solo en cómo te sientes. Piensa en ella. Sé que puedes hacerlo porque tus sentimientos son nobles y poderosos", me contestó. "Cuando una persona siente que es tomada en cuenta y que es importante en la vida de otra persona, su actitud cambia. Se da cuenta de que sus deseos y emociones están por encima de las emociones de la otra persona porque juega un papel fundamental en su vida. Y es algo serio. Creo que todos tendríamos que hacer exactamente lo mismo con nuestros seres amados. Tienes que sentir empatía por ella y demostrarle amor".

Yo no había pensado en Sandra, en sus aspiraciones o esperanzas.

Solo pensaba en mi propia satisfacción, aunque esa gratificación no llegara de inmediato. Mamá tenía razón.

Todo lo que decía tenía lógica. Siempre que tomaba una decisión, ponía en primer lugar mis sentimientos o los de Enrique, no los sentimientos de ella. Eso me permitió descubrir que sentía algo fuerte por ella y que no todo era sexo en el baño y distracción.

Si consideraba sus emociones a la hora de tomar mis decisiones, y me sentía feliz hacerlo, significaba que mi preocupación genuina por ella era mayor de lo que creía.

Era una preocupación real por su bienestar.

Ella necesitaba ver esa parte de mí.

Si notaba mi preocupación real, querría hablar conmigo nuevamente. Era lo que tenía que hacer.

Considerar los deseos de Sandra, sus necesidades. Era una de las frases favoritas de mi padre: las acciones expresan más que las palabras. Ahora lo entendía perfectamente.

Ya le había dicho a Sandra que era una persona importante en mi vida, pero me había acercado a ella en medio de ataques de celos, caprichos y egoísmo.

Entendía la razón de su distanciamiento. Haría lo mismo si me sucediera a mí.

Comprendí la dimensión de mis errores, pero creí que aún había posibilidades de enmendarlos, como decía mi madre.

Capítulo 26: Sandra

El sol iluminó mis cabellos y el miedo hizo que mi pecho se apretara. Iba a cuidar a Enrique porque sabía que le costaría mucho estar con otra niñera. Si llegaba otra chica, podría sentirse mal e incluso enfermar por temor o nerviosismo.

No quería que se sintiera así, más allá del desorden que vivíamos Andrés y yo. Y el temor nacía en mi corazón por tener que encontrarme con Andrés y enfrentarme a él.

Llegué al apartamento, Enrique ya estaba despierto y saltaba de alegría en la sala de estar.

Estaba feliz de mi llegada. También me sentí feliz, contagiada por su sonrisa.

Me alegraba saber que mi presencia lo ponía tan contento.

Esa alegría infantil fue lo que me convenció de lidiar con Andrés. Amaba a Andrés, pero antes de darme cuenta de mis sentimientos hacia él ya sabía que adoraba a su hijo y su inocencia.

Andrés salió a su oficina y apenas intercambiamos palabras, Noté que quería respetar mis deseos y mantenerse al margen.

Enrique y yo jugamos con acuarelas, plastilinas, y sus juegos de mesa favoritos. Hicimos todo antes del almuerzo.

No tenía que preocuparse por la escuela, y eso lo hacía más feliz.

A mí también. Almorzamos en el comedor y conversamos.

"¿Te sientes bien en tu universidad?", me preguntó.

"No mucho", dije entre risas.

"Sinceramente, no me gusta para nada. Pero debo ir".

"¿Por qué debes ir?"

"No podría dar clases si no culmino mis estudios universitarios. Debo ir a la universidad porque así podré cumplir mi sueño de ser maestra", le dije.

"Cuando no estás aquí, *nos haces* mucha falta", me contó.

"Mientras no estuviste aquí, le hiciste mucha falta a mi padre".

Sentí que mi piel se estremecía al escucharlo.

"¿Le hice falta?"

"Mucha", me dijo. Tomó jugo y mordió su sándwich.

Le pregunté por qué estaba tan seguro.

"Él mismo me lo dijo", me confesó.

"Lo vi triste. Casi lloraba. Entonces le pregunté qué sucedía y me dijo: 'Sandra me hace falta'. Lo abracé y le conté que a mí también me hacías falta".

"Me alegra que hayas hecho eso para consolarlo", le dije mientras aclaraba mi garganta.

Me detuve en sus frases. Enrique siguió comiendo y tomando su jugo de naranja. Andrés solo me usaba.

¿Entonces por qué le diría a Enrique que me extrañaba?

¿Cuál era la razón de su tristeza si para él yo solo era una sustituta?

Nuestra relación se había complicado, así que me costaba aceptar que realmente me extrañara o solamente extrañaba a mi vagina.

Recordé sus palabras, que me habían molestado tanto, y sentí que era imposible creerle.

No podía negar que cuando empezamos me sentí como una linda mujer con sus palabras y gestos. Una mujer agradable, sensual.

Me hizo creer que disfrutaba mi compañía. Que teníamos buen sexo, pero que también éramos amigos.

Amigos dispuestos a hablar sobre nuestras experiencias y emociones. Pero pasaron unas semanas, fui a la universidad y regresé, y su actitud cambió radicalmente. Se convenció de no sentir nada más por mí.

Para él solo fui un reto, un hombre mayor que se acostaba con la chica menor. Yo no quería que nos restringiéramos a lo sexual.

No quería estar pasar por esa situación. Quería tener tiempo de calidad juntos.

Disfrutar con él. Sin embargo, ya nada de eso sucedía.

Y no era cuestión de deseo. Sí lo deseaba. Mucho.

Me costó mucho negarme a tener relaciones con él porque tenía muchas ganas.

Pero había decidido que no le permitiría herirme más. A

demás, debía pensar en mi bebé. No podía dejar que me causara más daño porque criaría a mi hijo sola.

Andrés volvió. Apenas vi sus ojos. Tomé mis cosas, me despedí de Enrique con un beso en la frente, sacudí mis pensamientos y volví al apartamento de mis padres.

Me hice un sándwich con lo que encontré en la nevera.

Pensé en mí, mi hijo y nuestro futuro mientras saboreaba el pan. Seríamos dos. Analicé mi realidad, allí, en el comedor, unas dos horas, mientras tomaba agua y escuchaba el agradable silencio y disfrutaba mi soledad.

Mis padres estaban trabajando y mi hermana estaba en el centro comercial con sus amigos. Me sentí bien estando sola. Pero la puerta sonó e interrumpió mi paz.

Abrí. Era Andrés.

"Sandra", dijo. "¿puedes venir para que conversemos?".

"Sí", le respondí, desechando mis razonamientos.

Fui a su apartamento. Pasamos a la sala de estar y hablamos sobre temas banales.

Me sentí muy bien con el tono de su voz y el hecho de no tocar temas sentimentales, porque la conversación solo giró sobre sus contratos, sus trajes y mi vida en la universidad.

Ví sus ojos cuando comenzó a hablar sobre sobre el nuevo amor de Enrique por los aviones de madera.

Noté el brillo de su mirada. Mis ojos también brillaron.

Estaba llevándome a un punto en el que no podía resistirme a él. Y lo supo.

Se acercó a mi cara. Su boca cálida acarició la mía.

Me besó con ternura. Abrió sus ojos levemente y me vio.

Quería ver mi reacción. Pero mi cara no mostró ninguna expresión. Al menos no en ese instante.

"Quiero estar contigo", me dijo.

"Te necesito". Agitó su cabeza.

Me tocaba con placer y sabía lo que quería. Había mucha pasión entre nosotros.

Sus palabras avivaron la llama de mi deseo. Yo también lo necesitaba.

Quizás por mis hormonas o mis sentimientos confusos.

No lo sabía, pero incliné mi cabeza y lo besé.

Mi beso fue fuerte y largo.

Su mano cayó sobre mi mejilla, con el fuego hambriento de nuestras almas moviendo nuestros cuerpos.

"Yo también quiero estar contigo", le dije, susurrante.

"Pero no dejaré que estés conmigo solo por sexo. Esto no sucederá otra vez".

Vio mis ojos fijamente. Su expresión era de seriedad.

Guardó silencio. Se levantó y luego se agachó. Me levantó y me llevó a su cuarto.

Me llevó al piso y acarició mi rostro, deteniéndose en mis mejillas y mi frente mientras besaba mis labios y mi mentón.

Se agachó para quitarme mi blusa y la lanzó sobre el espejo. Después tocó mis hombros y mi espalda.

Me besaba de una manera muy distinta y yo no sabía por qué.

Me despojó de mi sostén y devoró mis senos con su boca. Sus labios chuparon mis pezones y gemí.

Puso sus dedos en mis pantalones y los bajó suavemente mientras seguía deleitándose con mis senos en su lengua.

Bajó la cremallera de su pantalón y lo bajó por sus rodillas.

Vio mi rostro mientras me tocaba para no caer mientras se deshacía de su ropa.

Di unos pasos y repliqué sus movimientos, quitándole el resto de su ropa y la mía hasta que solo la ropa interior cubría parte de nuestros cuerpos.

Nos besamos sin parar y con un frenesí mayor que antes.

De nuevo tomó mi cuerpo con sus brazos y me deslizó en la cama.

Mis besos se hicieron más profundos, incluso mordí su labio inferior al tiempo que mis dedos bajaban mis bragas y las lanzaban al suelo.

Él bajó sus calzoncillos y quedó libre frente a mí. Se acostó a mi lado rápidamente.

Besó de nuevo mi piel y se acercó. Ví su rostro. Atrajo mi cuerpo hacia el suyo. No había ninguna expresión.

Atrapó mi mejilla con sus labios y se frenó.

"Quiero que te sientes en mi cara", dijo. Mi piel se erizó con su petición.

Subí a su cara como me solicitó, y sus labios trabajaron en mi piel. Gemí cuando la sentí pasar por mis muslos y llegar a mi clítoris.

Lo chupó con pasión y contemplé el tamaño de su erección detrás de mí, expectante.

Recliné mi cuerpo y cerré mis ojos, con mi emoción ardiendo en mi interior, anticipando lo que vendría.

Estaba más excitada que en nuestros anteriores encuentros, por los cambios en mi cuerpo.

Tan excitada estaba que sentí que me vendría. Gruñó en mi vagina.

Tomé su pene con mis dedos y sentí sus alaridos de placer. Chupó de nuevo mi clítoris y yo también gemí.

Mi orgasmo venía en camino.

Masajeé su tronco por unos segundos, pero luego me concentré en mis muslos y los empujé sobre él.

Tomé mis senos y llevé mis caderas a su boca. Lo sentí en mi vagina y luego pasó por el resto de mi cuerpo.

Andrés llevó su mano a mi cadera e introdujo un dedo en mi interior.

Mi cuerpo se tensó y grité. Me había venido.

Las llamaradas orgásmicas empezaron en mis cabellos y llegaron a mis pies.

Me levanté y quedé de espaldas.

Sentí más placer que nunca. Aún mi cuerpo recibía ondas y ondas de placer, pero ya quería tener su pene dentro de mí.

Mordí mis labios y toqué mis senos otra vez.

"Quiero que me hagas tuya de esta manera", le dije suavemente.

Obedeció de inmediato.

Se ubicó detrás de mí y humedeció sus dedos con mis líquidos calientes.

Entonces introdujo su pene enorme.

Mi garganta soltó varios alaridos de placer.

Tomó mi cabello y su erección se movió con ímpetu dentro de mí.

Puse mi culo más cerca de él para que lo tomara, lo hiciera suyo con todo su poder, y grité de nuevo mientras sentía sus dedos en mis nalgas, metiendo uno en mi culo y dándome un placer que yo no conocía.

Mi vagina estaba más empapada que nunca. Y su garganta soltaba más gemidos que antes.

Me encantó oírlo derramar tantos alaridos de placer, pero noté que aguantaba su orgasmo para que yo disfrutara el mayor tiempo posible.

Tomé mi clítoris con dos dedos y luego me detuve en la base de su pene.

Lo sentí palpar cada vez que salía de mi interior y luego volvía a entrar.

Noté cómo se contenía. Se reclinó y me tomó.

Alcanzó mi cintura.

Su ritmo era cada vez más potente.

Gimió varias veces. Retiró su pene y lo tocó con una de sus manos.

Quería penetrarme para acabar dentro de mí. Puse mi cuerpo sobre el suyo y tomé su pene.

Me deslicé con suma lentitud y grité con su tamaño.

Quería estar en esa posición para siempre.

Cabalgué sobre esa rica erección demostrando mi necesidad y cerré mis ojos.

Tomé mis senos enrojecidos mientras su pene iba y venía dentro de mi ser, causándome un placer que nunca había vivido.

Fue a mi cintura nuevamente y golpeó con más contundencia.

Vi su cara y me di cuenta: quería acabar.

Tomé mi clítoris con rapidez. Quería venirme con él y que lo sintiera.

Un movimiento frenético de su pene lo liberó, y se ancló a mis caderas al tiempo que se tensaba.

Yo me vine sobre su pene, sintiendo que mi cuerpo se había convertido en un volcán en erupción.

Él gritó, con sus bolas expulsando todo su semen en mis profundidades y sus muslos llevando su cuerpo hacia adelante.

Nuestros cuerpos quedaron inmóviles, esperando que la calma regresara.

Mis jugos bañaban su tronco como una cascada. Me bajé de su cuerpo y tomé aire.

Busqué mi ropa con velocidad.

Había sido un momento maravilloso y no quería que alguna frase lo estropeará. Solo le comenté que lo tomara como sexo casual, y que no se preocupara por mí, porque cumpliría mi promesa.

Salí del cuarto después de tomar mi bolso, y el silencio nos abrumó.

Sonreí levemente para despedirme de él.

Él levantó su mano para responderme.

No dijo nada. Ya no diría algo para tratar de convencerme.

Sentí que era el fin.

Capítulo 27: Andrés

La mañana siguiente mi mente era un torbellino de sentimientos. Nunca habíamos tenido relaciones de ese modo. De un modo que involucraba calma, potencia e intimidad. Incluso amor.

Pero no habíamos hablado, y eso me molestaba.

Había querido hablarle sobre mis sentimientos y no había podido hacerlo. Tampoco sabía lo que ella sentía.

No habíamos hablado sobre sus necesidades y sus anhelos, de manera que no podía decidir en función de ella y mis propios deseos.

Pero me había dejado llevar por mis instintos y solo había buscado la manera de satisfacerla sexualmente. Era mi culpa. Además, no podía dejarlo pasar porque sabía que ella quería hacerlo.

Acostarme con Sandra era una de las experiencias más gratas en mi vida. Era una mujer sensual, con un cuerpo riquísimo, y cada encuentro me convencía más de que solo podía sentir ese placer con ella. Antes de que acabara, ya yo estaba listo para venirme dentro de ella.

Nos dejábamos llevar y nuestros cuerpos lo agradecían, porque cada momento era inolvidable. Aunque me percaté de que algo en ella había cambiado, igualmente no pude detenerme. Me contuve todo el tiempo que pude para darle más placer.

Traté de ponerme en su lugar y llevarla a la cima del éxtasis en lugar de ponerme a mí en primer lugar. Pero ese gran placer y el deseo al que sucumbí no se comparaban con la sensación de intimidad que había vivido al estar con ella. No la había cogido. Había *hecho el amor* con ella.

Y no había hecho el amor con nadie desde la muerte de Elena.

Creí que al hacerlo de nuevo me sentiría mal, culpable, pero no fue así. Al contrario, me sentía mejor y mis pensamientos tristes habían salido de mi mente. Ya no recordaba a Elena con dolor o tristeza.

Me concentré en todas las cosas que me atraían de Sandra. Todas las cosas que amaba. Enumeré tantas que no pude seguir. Era una gran mujer. Me encantaba de mil maneras.

Los atributos y los defectos de cualquier chica saltaban a la luz a la primera o segunda cita. Con Sandra era distinto.

Su lista de virtudes era más larga que cualquier libro. Y podía contar sus defectos con los dedos de una mano.

Aun con sus defectos, podía lidiar con ella y entender de dónde venían. Entendía que muchas de sus reacciones se debían a sus problemas familiares o a mis desventuradas palabras. Pero su naturaleza cálida y su sonrisa amable valían la pena.

Conocerla me impulsaba a ser una buena persona, buen padre y buen compañero. Alguien con quien ella quisiera estar.

Sandra me deslumbraba con su belleza. Era como un sol que iluminaba mi vida. Me convencí de que mis pensamientos sobre ella eran correctos. Y después de haber estado con ella la noche anterior, su precioso cuerpo y su lindo rostro me encantaban aún más.

Tenía muchas ganas de que estuviéramos bien, como antes, pero en un plano distinto.

Que nuestra relación fuese algo serio.

Que se sintiera protegida *conmigo*, no *de mí*.

Que notara mis sentimientos hacia ella y no se dejara llevar por mis primeras reacciones.

Para mí, Sandra no era una mera distracción. Esa idea formaba parte del pasado.

Mis sentimientos estaban escondidos en el fondo de mi alma, pero ya no quería dejarlos ahí. Yo amaba a Sandra, aunque eso me hacía sentir muy nervioso. Realmente la amaba.

No estaba con ella al placer que me hacía sentir cuando teníamos sexo. Todo de ella me fascinaba. Ya no se trataba de su cuerpo o sus labios.

Tenía que ver con sus virtudes, sus arrebatos.

Finalmente lo entendía.

Recordé las sabias palabras de mi madre. Rememoré el sentido de cada frase que me dijo.

Debía tomar decisiones en función de las necesidades de Sandra y no en mis caprichos. Increíblemente, nunca lo había hecho.

Con Elena no había sido tan difícil. Mi vida giraba en torno en ella. Falleció, y mi mundo se extinguió. Me negué a compartir mi vida con alguien o a pensar en los sentimientos de otra persona.

No sabía qué percepción tenía la gente sobre mí. Si pensaban que mi cambio había sido paulatino o vertiginoso.

Yo tampoco lo sabía. No sabía cómo había llegado a ese punto, pero sí recordaba mis noches grises y mis días sin alegría. Me costaba levantarme y sentirme animado.

Cuando fui a mi oficina, pensé mucho en Sandra. Me sentí feliz de tener esos pensamientos.

No sentía algo tan profundo desde que había estado con Elena. Incluso me había negado a estar con una mujer desde entonces. Sandra había logrado abrir mi corazón.

Entendí que debía seguir adelante con mi vida, amar a otra persona. Aunque me había negado a vivir, el tiempo seguía su curso y yo tenía que continuar.

No podía negarme a avanzar. Elena debía salir definitivamente de mis pensamientos y yo tenía que aprender a controlar mis emociones.

Tenía que volver a disfrutar la vida a plenitud.

Estaba Enrique. Y ahora estaba Sandra. Eran los dos seres, aparte de mi madre, más importantes para mí.

Por ellos valía la pena hacer el esfuerzo de impulsarme hacia adelante. Así que supe qué debía hacer.

Lo supe desde que empecé a preguntarme qué sentía realmente por Sandra. En ese momento me costaba mucho reconocerlo. Pero ya era el momento de expresarle mi amor, aclararle que no la buscaba simplemente para distraerme, aunque sabía que no sería fácil abrirme.

Mi tarde pasó con mucha rapidez. Sandra seguía en mi mente, pero de una manera muy agradable.

Sonreí y no sabía por qué. Mi asistente me preguntó varias veces qué me sucedía. Todos se extrañaban si yo estaba contento.

Era la consecuencia de mis años de mal humor Augusto y yo decidimos encontrarnos para almorzar.

Sospeché que algo sucedía y quería contarme.

"Tuve sexo con Sandra de nuevo", le conté.

"Qué bien", me dijo. "¿Seguirás jugando este juego con ella?"

"No creo", le dijo, buscando valor dentro de mí.

"Honestamente, me percaté de algo. Estaba negándome a reconocer mis sentimientos por Sandra. Quiero tener algo serio con ella. Que nuestra relación avance".

"Vaya", me respondió.

"Esto sí que es una sorpresa. Supongo que te atrapó. Debí suponerlo, pero no lo hice".

"Augusto, por favor", le dije.

"No me atrapó. No es una mujer malvada. Elena tampoco lo era".

"Estoy de acuerdo contigo", me dijo.

"Elena era una gran mujer. La única, quizás, Era espectacular como ninguna otra. ¿Crees que tendrías tanta suerte como para encontrar dos mujeres tan increíbles? Podrías estar muy equivocado".

Reí con su pregunta. "Parece que ahora odias más a las mujeres".

"Solo te digo que analices tu situación", me respondió.

"Sales con una chica a la que te coges. Solo tiene veintitantos años. Te limitaste a cogerla y andabas despreocupado por la vida. Ahora quieres casarte con ella. Sí, te atrapó. Las mujeres te atrapan para amarrarte y cuando te das cuenta de la cagada que pusiste, ya no hay vuelta atrás. Estás casado con una mujer que quisieras matar si tuvieras la ocasión y pudieras salirte con la tuya".

"Augusto", le dije mientras lo miraba fijamente, "somos amigos hace años. Amabas a tu esposa. Te derretías por ella y siempre le dabas obsequios en cualquier fecha especial. Cuando te dejó, te volviste el ser más amargado del planeta. Me parece que ese es el origen de tu rabia y la razón por la que te opones a que me comprometa".

"Oh...", dijo, y suspiró.

"Sí, puede ser. Estoy muy mal. *Me siento* terrible, aunque trate de ocultar que no lo estoy. No estoy bien con tanta libertad. Me hace falta estar con una mujer todo el tiempo. Quiero sentirme conectado con una chica. Que nos complementamos. Que no estemos todo el tiempo haciendo el amor y nada más".

"Lo sé. Me doy cuenta, así que no tienes que mentirme".

"Es cierto", me dijo.

"Te pido disculpas por mi actitud. Creo que, si quieres plantearle algo serio, deberías hacerlo. Es lo que te haría feliz. Ella también se sentiría muy contenta. Por lo que sé, Sandra también te ama y adora a Enrique. No creo que consigas otra chica como ella. Te lo aseguro porque lo he intentado y no lo he logrado".

"Pero no sé cómo expresarle mis sentimientos cuando esté de nuevo frente a ella", le comenté.

"Siempre que me lo propongo, mi pene se levanta y hacemos el amor en lugar de hablar".

"Dile que quieres verla en un lugar público", me sugirió.

"Tendrán que hablar con sinceridad, como adultos, y expresar todo lo que quieren decirse y no han podido hasta ahora. Tampoco creo que se moleste contigo si lo haces de esa manera. Si la llevas a un lugar lleno de gente, no tendrás posibilidades de terminar con ella en la cama".

Augusto dijo "lugar público", y recordé cómo la había cogido en el baño público de un restaurante.

Los lugares públicos no eran garantía de nada para nosotros.

Después recordé nuestro encuentro posterior, también en un baño. Nos excitábamos con la idea de ser descubiertos mientras hacíamos el amor en un sitio lleno de gente. Pero Augusto planteaba una buena idea.

Conversar con ella en un lugar, con decenas de personas a nuestro alrededor, era mil veces mejor que llevarla a mi apartamento... y luego a mi cama.

Cuando me diera cuenta, ella saldría de mi habitación y mis sentimientos seguirían enterrados en mi pecho.

"Creo que podría funcionar", le dije.

"Un lugar público sería una buena idea si acepta salir conmigo. Te agradezco tu consejo. No sabía qué hacer ni con quién hablar. Además, recordé que ahora odias a todas las mujeres del mundo. No era mi intención desanimarte".

"¿Desanimarme?".

"Sí. No quería que dejaras de pensar que hay muchas chicas malvadas, a excepción de Sandra. Reí y continué: "Estabas en tu peor momento con las mujeres. No soy el más indicado para sacarte de ese foso".

"Pero estás aquí y hablas con mucho romanticismo", me dijo con ironía.

"Si muero, será tu culpa".

"Acepto esa culpa sin remordimientos", le dije, y sonreí.

Capítulo 28: Sandra

Quería seguir durmiendo. Mi cansancio era permanente, así que apagué el despertador. Enrique me esperaba, y yo quería verlo, pero tenía muchas ganas de seguir durmiendo entre mis sábanas calientes. Pero no podía hacerlo.

Le había asegurado a Andrés que iría y Enrique estaba ansioso de verme.

Bostecé con furia y estiré mis brazos entre quejidos.

Me levanté y fui al baño. Oriné una vez más. Mi vejiga era como una gran fuente.

Había ido al baño al menos diez veces durante la noche.

¿Cómo podía mi cuerpo execrar tanto líquido?

Me cepillé y me vestí con una bata. Salí a la cocina.

Busqué cereal, fresas y leche.

Entré y Rebeca ya estaba en el comedor. Tomaba café con leche. Bostecé de nuevo y sonreí.

Estaba contenta con la presencia de Rebeca y la ausencia de mis padres.

Tomé el cereal, le vertí leche y arrojé algunas fresas en el plato y tomé un sorbo de agua.

"¿Y el café?", preguntó.

"No tomaré", le dije. Mi menté hurgó entre las excusas. "No me apetece. ¿Mamá y papá no están?".

"Salieron hace rato. Pensé qué hacer porque mis vacaciones no han terminado". Sonrió.

"Tenían una reunión del club de golf temprano. Ya sabes cómo es ese club. Se levantaron de madrugada, se aplicaron perfume y se fueron. Los escuché porque mi cuarto está junto al de ellos y oí toda la charla que tuvieron antes de salir".

"¿Y tus amigos no pueden salir contigo?".

"Todos están muy ocupados con las fiestas". Respiró profundamente.

"No pudieron negarse hoy. Como estamos de vacaciones, sus padres quieren compartir estos días con ellos. ¿Cómo es posible que haya padres que quieran compartir tiempo con sus hijos? Me resulta increíble. ¿Y tú qué piensas hacer?".

"Cuidaré a Enrique. No tengo más planes", le dije.

"Son sus vacaciones escolares y Andrés no puede cuidarlo porque trabaja. Me encanta estar con Enrique. Podría pintar y jugar con él todo el día".

"Me alegra por ti. Yo no siento ese amor por los niños. Yo le daría alguna medicina para calmarlo y lo pondría a ver televisión toda la tarde".

Reí con sus palabras. "Lo tendré en cuenta y así no te dejaré cuidar a mi hijo".

"Salgamos esta noche cuando regreses. Tomarás alcohol hasta emborracharte y volveremos al apartamento haciendo ruidos y eructando".

Reí nuevamente. "Se oye bien, pero esta noche no".

Puso su café en la mesa y me vio fijamente, buscando alguna expresión en mi rostro. "De acuerdo", dijo Rebeca. "Creo que es el momento de hablar. ¿Qué carajo te pasa? No me refiero a Andrés. Pareces otra persona. Sé que te levantaste a vomitar en la madrugada. Empiezo a pensar que lo que te pasa es más grave que tu confusión sentimental".

Quería calmarla. "Me siento muy bien. No me pasa nada", le dije.

"Es obvio que no", me respondió. "Soy tu hermana, ¿lo recuerdas? Cuéntame qué está pasando. Entre tú y yo no hay secretos".

Suspiré y sostuve mi cuchara.

"Es verdad. No hay secretos entre nosotras, pero he guardado un gran secreto".

"Y ese secreto es" ...

"Bueno", le dije. Tomé aire y levanté mi cara.

"Simple. Estoy embarazada".

"Carajo, Sandra. ¿Tu secreto es que estás embarazada?"

"Así es", le dije. "Tengo tres meses de embarazo".

"Mierda. Mierda. Mierda", dijo ella. Estaba impactada.

"¿Cómo es posible? Bueno, sé cómo es posible, pero por todos los cielos, Sandra. ¿De quién estás embarazada?"

Me sentí triste. "De Andrés", le dije.

"Solo he estado con él en mucho tiempo".

"Sí que sabes cómo enloquecerme. Tienes un niño en tu vientre", me dijo, agitando sus manos.

"Mi hermana mayor, mi mejor amiga, está embarazada de doce semanas. Es como si estuviera soñando. ¿Andrés lo sabe? ¿No se lanzó por la ventana cuando se lo dijiste?"

"No lo sabe. No me ha tratado de lo mejor recientemente, así que he evitado contárselo.", le confesé.

"Tengo la obligación de decírselo, pero aún no he reunido el valor. No sé qué palabras usar. ¿Cómo llego hasta ahí? ¿Busco alguna tarjeta navideña con algún mensaje que lo ayude a descifrarlo? ¿Y si le escribo una nota y la paso debajo de su puerta? De todas formas, no creo que quiera al bebé. Su reacción me inquieta. Ya tiene una vida y ni siquiera ha querido involucrarme a mí en ella. No me gustaría que mi bebé crezca con ese rechazo".

"Especulas demasiado. No hay razón para que reaccione mal", me dijo.

"No sabes qué te dirá. Con Enrique ha sido excelente. No creo que con otro hijo sea distinto. No eres su amante embarazada."

Reí sarcásticamente.

"He sentido que soy su amante, aunque su esposa falleció".

"¿Te sientes así por los pensamientos que has tenido o él hace que sientas eso?"

Tomé aire. "Realmente no lo sé. Pensé que él tenía la culpa de todo, pero ahora creo que es culpa de los dos. ¿Por qué sentí que un fantasma era un problema para mí? Todavía no lo sé y no creo que lo sepa nunca. Y aunque trate de avanzar, igualmente siento celos de las fotos en su apartamento y los recuerdos en su mente".

Sonó mi teléfono y nuestra charla se detuvo. Era mi madre. Agité mi cabeza y encogí mis hombros.

"Es mi madre. Quizás quiera contarme algunos chismes. ¿Mamá?", le dije.

"Soy mamá", me dijo.

"Rebeca y tú tienen que venir al hospital. Tu padre tuvo un infarto".

"Ya vamos para allá", le dije.

Terminé la llamada y vi a Rebeca.

"Vístete para salir. Papá sufrió un infarto".

Era la primera vez que mi madre sonaba tan preocupada. No supe qué responderle. Rebeca estaba asustada y tenía ganas de llorar, pero no hablamos. Teníamos que llegar al hospital lo antes posible. Estaba cerca. Como sabía que habría mucho tráfico por las fiestas, Rebeca y yo caminamos.

Ya no sentía miedo ni preocupación por mi hijo o mi situación con Andrés. Caminé y sentí otro temor. Temor por la salud de mi padre.

Pensé en qué estado encontraríamos a mi padre y me asusté. Llegamos a su habitación corriendo raudamente, pero traté de calmarme antes de verlo. Estaba sentado en su cama y les hablaba con firmeza a las enfermeras. Puse mis manos en mi pecho y me sentí un poco mejor. Sonreí y bajé mi cara. Mi padre hablaba como si estuviera en la oficina. No se detenía ni siquiera por un infarto.

Tenía varias agujas en sus venas, pero me recordé que aun así probablemente insistiría en que yo estudiara leyes.

"Papá, me asusté", le dijo Rebeca. Lo abrazó mientras lloraba. "¿Qué te sucedió?"

"Tuve un infarto, pero nada grave", dijo. "Según mi médico, he descuidado mi salud".

Sonreí y me acerqué a ellos. "Eres muy terco", le dije. "Espero que pronto mejores y vayas a descansar al apartamento".

Besé su frente con suavidad y le guiñé un ojo a Rebeca. Ella todavía sentía mucho miedo. Yo me sentí más calmada, con los latidos de mi corazón volviendo a su ritmo normal.

Mi madre estaba en el cafetín, buscando algo para su almuerzo, pues tenía mucho apetito. Papá me contó lo que había sucedido. Mamá volvió con una bandeja y se alegró al vernos.

"Lamento mucho que no estuviéramos ahí contigo", le dije en voz baja. "Sé que se pondrá mejor".

Tomó un sorbo de su café descafeinado. "Espero que así sea", dijo.

"Lo estará", me dijo.

"Pero tiene que cuidar su alimentación, hacer ejercicio todos los días. Tendré que estar pendiente de él, ya que hasta ahora no lo ha hecho. Tiene que cuidar su salud".

Mi padre abrió sus ojos de par en par. "Excelente idea", dijo.

"Me gustaría quedarme unos minutos a solas con Sandra".

Mi madre avanzó hacia mí y besó mi frente. "Claro que sí. Rebeca, acompáñame. Tomaremos café juntas", dijo. "Y Sandra, si tu padre te pide que le traigas papas fritas a escondidas, no lo hagas".

Rebeca sonrió y besó la mejilla de mi padre. Giró y me abrazó con fuerza. Su nerviosismo seguía intacto. Se quedó sobre mi cuerpo y sentí su tensión.

"No le digas nada sobre el niño", me dijo al oído. "No está bien, aunque lo parezca, y creo que primero deberías contárselo a Andrés".

Moví mi cabeza hacia su hombro en señal de afirmación.

Se separó de mí y salió. Quedé sola con mi padre, como no sucedía hacía muchos años.

Acepte que no era lo que quería. Me sentía muy incómoda, aun cuando era vulnerable y su salud no era la mejor.

Nunca lográbamos conversar de manera amena. Tal vez mi madre tenía razón: eso se debía a que nuestros temperamentos eran similares. Sabíamos lo que queríamos y poníamos toda la pasión posible para conseguirlo.

"Papá, dime qué quieres".

"Solo hablar contigo", me dijo.

"Sentí que podría morir con el fuerte dolor que sentí. Pensé que no volvería a verte, y no quería que nuestra relación quedara tan mal. Entendí que hay asuntos más importantes que mis caprichos. Tras el infarto, reflexioné mucho. Y, en síntesis, quiero decirte que ya no quiero pedirte que vayas a la facultad de Derecho. No lo haré más. Te lo juro. Me alegra saber que estás estudiando la carrera que siempre has querido estudiar. No me importa qué carrera sea. Me siento orgulloso de ti. Y me importa mucho que te gradúes en la Universidad Andina. También me alegra que obtengas las calificaciones más altas de tu clase. Y te pido disculpas por mi actitud grosera".

Sus palabras me sorprendieron mucho. Tuve que sentarme para asimilar todo lo que me había dicho.

Recordé cuánto tiempo había estado esperando esas lindas y cariñosas frases.

Lo único que lamenté fue que me las dijera después de sufrir un infarto. De todos modos, me sentí feliz. Di unos pasos hacia él y lo abracé con fuerza.

"Tuve miedo de perderte, papi. Es hora de que dejemos de discutir. Acepto tus disculpas", dije.

"Lo mismo digo, hija querida. Lo mismo digo. Es hora de no pelear más", me susurró.

También me abrazó con mucha fuerza, contrario a lo que hacía siempre.
Mi padre estaba vivo todavía.
Por mi madre, por Rebeca y por mí. Y también por su nieto en camino.

Capítulo 29: Andrés

Acosté a Enrique, fui a la cocina y busqué algo para tomar. Me decidí por una cerveza. Revisé mi celular.

Quería saber si había novedades del papá de Sandra. Supe que su salud estaba comprometida porque ella me había llamado para decirme que no podría cuidar a Enrique por ese imprevisto.

Me pidió disculpas nerviosamente. Estaba muy agitada, y yo entendí que no era por mi culpa. Me contó sobre el infarto que había tenido su padre y me turbé inmediatamente.

Recordé que su relación con él había tenido momentos muy tensos recientemente, por lo que deduje que ella estaría muy agitada.

Le comenté que podría ir a hacerle compañía, y ella pareció estar de acuerdo, pero luego me rechazó.

Me sentí feliz por ella, y también de saber que contaba conmigo cuando afirmó que estaba con su hermana y su madre, y que su salud había mejorado.

Pero no había tenido contacto con ella desde esa llamada. Cuando tocaron la puerta del apartamento, me sorprendí.

Dejé mi cerveza y me levanté del sofá para abrir.

Era Sandra. Estaba parada frente a mí, y me sonreía con alegría.

"Sandra", le dije mientras la abrazaba. "¿Cómo estás? ¿Cómo va la salud de tu padre?"

"Afortunadamente está mejor", dijo, y suspiró.

"El infarto fue leve. Cuando salí del hospital estaba animado. Quiere volver cuanto antes al apartamento, pero los doctores se niegan. Deben mantenerlo bajo observación mientras descubren las causas".

Me senté a su lado. "¿Y tú?", le dije. Tomé su abrigo, lo colgué y la llevé al sofá. "¿Cómo te sientes?"

"Bueno, vine precisamente por eso", me dijo.

"Con el percance de mi padre, me detuve a pensar en mis planes y todo lo que ha pasado recientemente. Antes, mi padre y nos llevábamos bien, pero lamentablemente eso cambió cuando crecí. Ahora, me dijo que ese infarto lo hizo meditar, y entendió que debe tomar las cosas con calma. Recordó que no me ha tratado de la mejor manera, que ha querido llevarme por un camino que no quiero recorrer, y me pidió disculpas sinceras. Prometió que no me pediría de nuevo que estudiara Derecho. Que es su único objetivo por ahora: verme feliz cumpliendo mis sueños. Que me apoyaría para que lograra mis metas y que quería verme feliz y realizada."

"No sabes cuánto me alegra oír eso", le dije.

"Me has contado sobre tu tristeza por el trato de tu padre. También me contaste que estabas decidida a estudiar Educación y nadie te haría cambiar de opinión. Cualquiera persona se sentiría mal en tu posición, tratando de que tus padres sientan orgullo de ti y pensando en lograr tus metas al mismo tiempo". Era honesto. De verdad me sentía contento por ella.

"Exacto", dijo, y volvió a suspirar.

"Y ahora, después de todo esto, mi futuro y mi relación con mi padre adquieren un nuevo significado".

La vi fijamente sin decir una palabra. Estaba confundido por sus afirmaciones. Me costaba entender de qué hablaba exactamente.

Me pregunté si le había contado a su padre sobre lo nuestro, o si su futuro incluía algo más que su anhelada carrera universitaria.

Con todo el tiempo sin poder hablar con Sandra, solo sabía unas cuantas cosas sobre ella.

Lo que habíamos hablado en mi apartamento y nuestros almuerzos o cenas.

Sentí ganas de abrazarla para darle aliento, preguntarle más sobre su vida, pero no me pareció el momento adecuado. Si decía alguna frase que la incomodara, podría retroceder o huir de mi apartamento.

Mi alma aún albergaba la esperanza de que las cosas entre nosotros tomaran un buen camino, así que me pareció que su visita era un buen síntoma. No quería alejarla de mí ni en un millón de años.

Podríamos hablar sobre sus preocupaciones y así ella retomaría la fe en nuestra amistad. Deberíamos comenzar con una amistad sincera, y a partir de ahí podríamos avanzar.

Era lo correcto para no tener tantos traspiés.

Sandra entrelazó sus manos y las llevó a sus piernas.

Evitaba hablarme. Estaba sentada y miraba al techo. Sus dedos estaban tan tensos que comenzaban a cambiar de color.

Había algo más que preocupación por la salud de su padre. Ya yo sabía de sus sentimientos hacia mí. Esa no era la causa de su nerviosismo.

Tomé sus manos y me acerqué a ella. "Sandra", le dije.

"¿Sucede algo?"

"Debo contarte algo muy importante", dijo. Su garganta se quebraba.

"Pero antes de decirlo, tengo que confesarte que estoy terriblemente asustada".

Mi tensión iba en aumento. "No tengas miedo. Dime lo que sucede", le respondí.

"Sí, y sé que, al hablarme de esa manera, tienes el derecho de enterarte", me dijo.

"Pero me preocupa tu reacción cuando lo sepas. Es una noticia importante, no es cualquier cosa. Nos cambiará la vida. Estoy a punto de desmayarme".

La vi, tratando de descifrar cada movimiento y cada gesto que hacía. Temblé cuando afirmó que tenía miedo nuevamente. Mi nerviosismo aceleraba el ritmo de mi corazón.

Ví su cuerpo, intentando encontrar en él alguna señal, alguna herida. O quizás quería hablar sobre lo nuestro, revelarme que ya no sentía mismo por mí o había conocido a alguien.

Eran tantas posibilidades que mi mente no podía detenerse en ninguna. Con tantos problemas entre nosotros y su actitud gélida hacia mí, intuí que quizás querría sacarme por completo de su vida.

Se habría agotado de nuestros altibajos. Podía entenderla. Pero fuese lo que fuese, me di cuenta de que estaba más agitada que yo.

"Sandra, por favor", le dije con educación.

"Me preocupas. ¿Qué sucede? ¿Tiene que ver con tu cuerpo? ¿Tienes alguna enfermedad terminal? Puedes decírmelo. Cuenta conmigo".

"Es irónico, porque sí tiene que ver con mi cuerpo", me respondió, intentando relajar sus hombros, sin conseguirlo.

"Ya no quiero darle más largas a este asunto, así que aquí voy. Estoy embarazada. Lo supe hace unas semanas. Tengo unos tres meses de gestación. Cuando estaba en la universidad me hice una prueba y resultó positiva. Nadie lo sabe, excepto mi hermana. Con tanto caos en mi vida, mis estudios, mi familia, nuestros líos, no he querido decírselo a nadie. Yo tampoco sabía qué hacer. Fue un impacto grande para mí. Es la razón de mi estrés durante este semestre. Por un lado, la presión de mis clases, y por otro, un bebé en camino. He estado muy confundida, aunque creo que esa palabra se queda corta. Pero tenía que decírtelo, aunque me costara y mi confusión me agobiara. Y la charla con mi padre terminó de convencerme".

Se quedó en silencio. Sus ojos me miraron fijamente. Estaba extremadamente nerviosa. Mi boca no

pudo decir ni una sola palabra. Me había noqueado con su noticia.

Separé mis manos de las suyas mientras trataba de calmar mi mente y mi cuerpo.

Miles de noticias impactantes habían surcado mis pensamientos, pero un embarazo no se había aparecido ni remotamente en ellos.

Y lo sabía desde hacía semanas. Entonces todo encajó.

Analicé cada una de esas cosas y entendí todo: la pérdida de su apetito, sus actitudes cambiantes hacia mí y su forma de interactuar conmigo la última vez que habíamos hecho el amor.

Su boca mostró una risa nerviosa. "Por todos los cielos", dijo. "Dime algo. Cualquier cosa".

"No encuentro las palabras", dije, balbuceante.

"¿Estás segura de que es mi hijo?"

Al decir esa frase supe que había dicho las palabras más incorrectas que mi boca pudo soltar. Ya las había dicho y no habría manera de recogerlas.

La vi fijamente y me sentí arrepentido de inmediato.

No habría razón para que me visitara en medio de su nerviosismo y me contara que estaba en estado si el bebé no fuese mi hijo. Sin embargo, arrepentirme no serviría de nada.

Ya la había cagado.

Lo sabía por su rostro lleno de rabia. Separó sus manos y las cruzó sobre su pecho.

Sus ojos eran un torbellino de enfado. Me alejé un poco.

Presentí que ese torbellino me arrastraría.

"Si ese bebé no fuese tuyo, ¿por qué vendría a tu apartamento a hablar contigo?"

"Pues no sé", le dije. "Solo lo dije sin pensar y..."

"¿Y qué? ¿Que soy una puta que se desnuda en la calle para que todos los hombres la cojan?"

"Claro que no", le dije, negando con mi cabeza.

"Absolutamente no. Imaginé que habías adquirido algo de experiencia conmigo en cuanto a las relaciones sexuales y te sentiste curiosa. Llegaste a la universidad y quisiste estar con otro chico. Las Villas está llena de hombres aventureros".

Yo mismo me lanzaba por un despeñadero. Carajo.

Estaba repitiendo las palabras de Augusto.

Él no atravesaba su mejor momento con las mujeres, y pronunciar sus absurdos consejos era lo peor que podía hacer, pero estaba tan asustado que, en lugar de calmarme y calmar a Sandra, estaba logrando el efecto contrario.

Ya había recibido palabras inadecuadas de mí, y una noticia como esa me sacudía como nunca.

Sandra me decía que tendría otro hijo. Me impacté tanto que no me di tiempo de reaccionar adecuadamente.

"En realidad, no tengo que darte explicaciones. Solo te digo que no he tenido sexo con nadie, excepto contigo, desde el año pasado. Este niño es tuyo, no de un pendejo del otro lado del país. Creí que me verías bajo una luz diferente, pero veo que me equivoqué. No debí contarte nada. Para ti sigo siendo la niñera y la chica con la rica vagina", dijo, poniéndose de pie.

Sandra había golpeado mi mundo y luego me había puesto bastante nervioso. Sentí que no podría lidiar con una situación de ese calibre.

Giró y corrió por el pasillo. Abrió la puerta de un gran golpe y salió.

El golpe de mi puerta hizo que mi cuerpo vibrara.

Pensé en buscarla y hablar con ella, pero eso no serviría de nada. Además, aún estaba agitado.

¿Cómo era posible que no lo notara?

¿Y cómo no me preparé para recibir una noticia así cuando ya me había anticipado que me contaría

algo fuerte?

Sí, era fuerte como un gran golpe.

Capítulo 30: Sandra

Desperté con Rebeca a mi lado la mañana siguiente. Ya ella sabía que hablaría con Andrés la noche anterior para contarle del bebé.

Me había visto con una cara de furia cuando cerré mi cuarto y me quedé allí sola. Entré en la cocina.

Había café descafeinado recién preparado y huevos humeantes en un plato.

"Le agradezco a Dios porque tengo la mejor hermana de este mundo. Sin ti, mi vida se derrumbaría", le dije mientras me sentaba en una silla frente al comedor.

"Pasar tus días con hambre y mal humor", dijo, a modo de chiste. "Cuéntame qué te dijo".

Le conté todo. Le dije que le había mostrado mis sentimientos y que las cosas salieron bien hasta que le revelé lo de mi embarazo.

Tomé aire.

Moví mis manos mientras le narraba mi reacción de rabia y que luego había tirado la puerta de su apartamento.

Tomé café y reviví nuestro desagradable momento en su sala de estar. Era como si estuviera otra vez escuchándolo.

"Es increíble", me dijo. "Es absurdo que te haya preguntado si era su hijo o de alguien más".

Sabía que Rebeca quería hacerme sentir mejor. "Quizás no lo creía", me dijo.

"Estaba tan nervioso que dijo lo primero que pasó por su mente. Ambas sabemos que no es muy hábil para expresarse".

"O quizás sí me ve como una prostituta", le dije. "No hablarías de ese modo con alguien a quien estimas".

"No soy una experta en las relaciones. Nunca he tenido un novio, por lo que no sé mucho de esos temas. No puedo dar muchas recomendaciones sobre el amor, pero te conozco muy bien. Eres mi hermana mayor", me dijo.

"Te he visto cuando estás con Andrés. Cuando todo empezó, te veías muy feliz. Más feliz de lo que nunca te vi antes de conocerlo".

"Vaya...", le dije. Cerré mis ojos y relajé mis hombros.

"Nunca imaginé que esto me pasaría. Todo esto me confunde y me pone muy ansiosa. Mi plan era casarme, ser una maestra exitosa, viajar al extranjero y comprar una casa linda y enorme en las afueras de la ciudad antes de tener un hijo. Soñé muchas veces con contarle a mi esposo que tendríamos un bebé, quizás gemelos, y que él me abrazaba con alegría en lugar de preguntarme si el hijo era de otro hombre. No me malinterpretes. Andrés no es un mal tipo. Quiero seguir con él. Pero no me ha tratado de lo mejor este año. Primero tiene muchas ganas de estar conmigo y luego se aleja. Vuelve a tener ganas y vuelve a alejarse. Después se cree el machito del barrio y quiere cogerme cuando siente ganas, incluso en sitios públicos. Empiezo a preguntarme si me preguntó eso porque no encuentra cómo escabullirse del compromiso. Estaba muy agitado y tembloroso. En ningún momento vi que tuviera intención de apoyarme o abrazarme".

"Tienes razón. Pero no olvides que acaba de enterarse que volverá a ser padre", dijo.

"Claro, pero igualmente no debí esperanzarme ni creer que diría algo distinto. Es mi culpa", dije mientras sorbía más café.

"Es una gran noticia y la tengo presente, pero no justifica que no me hable de estar conmigo, acompañarme y ayudarme con nuestro hijo".

"No creo que tengas razón". Rió largamente.

"Tú no tienes la culpa de nada, excepto de todo lo que te pasa".

Abrí mis ojos de par en par. "No le veo la gracia", le dije. "Tú entiendes".

"Lo que entiendo es que deberías calmarte y darle tiempo para que se calme", me respondió.

"Es mucha información en poco tiempo. Tú te tomaste ocho semanas para entender todo lo que te pasaba. Él tuvo cinco minutos. Algunas personas requieren más tiempo para ordenar sus pensamientos y ver las cosas desde una óptica distinta. Puedes estar tranquila. Cuando procese toda la información, se sentirá feliz y te buscará".

"Dios te oiga", le dije suspirando.

"Aunque este año, solo hemos caminado en círculos, girando sin encontrar el camino correcto y llenándonos de placer en lugar de darle cabida a otras emociones".

"Es verdad", me dijo.

"Pero recuerda que papá y tú han caminado en círculos desde que empezaste a estudiar Educación. Repentinamente, tu relación mejoró. Casi no hablabas con él, y cuando lo hacías, apenas tenías ganas de hacerlo. Mi padre tiene un temperamento que nadie más tiene. Incluso es peor que el tuyo. Pero él habló contigo y supo disculparse".

Recordé las palabras de mi padre. "Tienes toda la razón", le dije.

"Todo puede cambiar sin que te des cuenta. Por ejemplo, cada vez que planificas algo, te das cuenta de que eso no podrá llevarse a cabo", me dijo, y continuó: "En un instante, la vida altera tus planes. Hace dos noches me contaste que estabas esperando un bebé y estabas muy alterada. Entonces mamá nos llamó. Unos segundos después, corríamos a ver a papá en el hospital. Sé paciente. Deja que se tome su tiempo. Podría actuar como nuestro padre".

Me descubrí sonriendo. "Quizás lo haga. Pero Andrés no sufrirá un infarto que lo haga reflexionar".

"Es probable que no lo tenga, pero igualmente no le hará falta. A papá sí le hizo falta, porque es un hombre tan terco que necesitaba afrontar un problema de salud para darse cuenta de sus errores y cambiar su forma de relacionarse contigo y llevar su vida. Andrés no se arriesgará a perderte porque eres una gran mujer. Él hará lo mismo que papá. Tampoco querrá perder a su bebé. No sabe hablar, pero no es tonto. Necesita tiempo para salir del foso sentimental en el que se metió hace tiempo".

"Sabré que sus sentimientos por mí son reales y me convencerá de estar con él si sale de ese foso. Pero si no cambia, sabré que siempre tuve la razón", le dije.

"Ojalá esta noticia lo haga cambiar finalmente", le respondí.

"Ahora le toca a él actuar", me dijo.

"No tienes que agregar nada. No puedes controlar lo que pasará al final. Ya dijiste todo lo que tenías que decir. Es su turno de elegir si quiere estar contigo o te pierde. Has hecho todo lo posible para que esté en la vida de este bebé. No deberías arrepentirte cuando se trata de eso".

Andrés tenía una forma distinta de analizar las cosas, una manera muy extraña de aproximarse a la realidad para entenderla.

Su decisión me haría saber lo que sentía exactamente por mí. Me pregunté qué enfoque le daría a la situación, si se haría cargo de sus sentimientos, aceptaría su amor por mí e hiciera lo correcto.

Me inquietaba saber cómo reaccionaría.

¿Se alejaría definitivamente de mí?

¿O, por el contrario, decidiría quedarse y tener una sólida relación con su bebé y conmigo?

¿Y padres cómo se lo dirás a nuestros padres? No sería buena idea que se lo contaras a papá, al menos por ahora, porque podrías ocasionarle otro infarto, pero creo que mamá sí debe saberlo. Creo que merece que le digas todo. Entiendo que no querías perjudicarlos con una noticia como esta, pero no puedes ignorarlos. Tu bebé necesitará a sus abuelos".

Tomé aire. "Comprendo lo que dices, pero tengo mis dudas", le dije.

"En momentos como este, mamá debe estar al tanto. Ella te apoyará, te abrazará y te alentará de mil maneras. No es como lo soñaste, pero tienes que aceptar tu realidad y prepararte para darle a tu hijo un ambiente familiar, lleno de amor y cariño. Mamá también va a ser muy amorosa con su nieto. Sé que las cosas no han ido muy bien. Te entiendo. Nuestros padres, especialmente papá, no ha sido precisamente el hombre más cariñoso del mundo. No nos trató muy bien cuando éramos más jóvenes. Pero mi madre trató de mostrarnos su apoyo en todo", me dijo.

"Ciertamente, siempre me ha apoyado. Estoy segura de que será una abuela cariñosa", le dije.

Tomó mis manos y sonrió. "Te digo esto porque quiero que sepas que no estarás sola cuando llegue tu hijo al mundo, pase lo que pase con Andrés. Y lo más importante es que nos sintamos felices. Nuestra familia va a crecer. Serás la mejor madre del mundo. Para mí, eres la mejor mujer para tener un hijo. Amas a los niños, aunque no sean tus hijos, quieres ser maestra y eres mi ejemplo".

"Agradezco tus lindas palabras", le respondí.

"Quiero contarle a mamá, pero primero me gustaría sentirme más calmada antes de dar ese paso. Si no lo hago, podría sentirme más confundida. Espero estar lista para su reacción, sea cual sea. Va a ser una gran noticia, muy impactante, aunque sea una madre cariñosa y abnegada. No lo hice cuando se lo conté a Andrés y no quiero que vuelva a pasarme". Apreté sus manos.

"Claro", dijo. "Y en cuanto a mí, puedes contar conmigo, sin importar nada. Te alentaré y consentiré a mi sobrino o sobrina. Seré la mejor tía que tu hijo pueda tener".

"¿Ahora te gustan los niños?", le dije entre sonrisas.

"No, pero este niño es mi sobrino, así que sí me gusta".

Empecé a llorar. "Muchas gracias, hermanita", le dije.

"Aun cuando mi humor cambia y mis hormonas alteran mi ánimo, siempre has sido una hermana maravillosa y has confiado en mí. Eres mi mejor amiga y, mejor aún, mi hermana. Ojalá la vida me dé la oportunidad de apoyarte como tú lo has hecho conmigo, pero le pido a Dios que no tengas que pasar por todo lo que yo he pasado".

Rió al escucharme. "Espero que no. He aprendido de tus experiencias. Ya estoy inmunizada contra los errores".

Mi futuro ya ocupaba mis pensamientos y sacaba de mi mente las preocupaciones por el presente.

Seguimos conversando unas horas más. La charla con mi hermana me hizo sentir mejor.

La posibilidad de ser una madre soltera me llevaba a pensar que al graduarme conseguiría un empleo que me garantizaría estabilidad económica. Pero no solo pensaba en el dinero.

Andrés no se había comunicado conmigo desde que supo de mi embarazo.

Capítulo 31: Andrés

En el pasado, tomé algunos días para descansar y recuperar mis fuerzas, pero las noticias más recientes no me permitían hacer algo como eso.

Incluso había pasado varias noches sin dormir.

Le dije por teléfono a mi asistente que no podría ir a trabajar porque me sentía muy enfermo.

Mi empresa no se detendría por nada, pero tenía que estar allí, controlando cada actividad y revisando que todo estuviera en orden.

Sin embargo, por primera vez no tenía ánimos de entrar a esa oficina.

Pensaba en Sandra y la bomba nuclear que había arrojado sobre mí. Yo tendría mi segundo hijo.

Pero ahora, mi vida era totalmente opuesta a la que llevaba cuando nació Enrique. El desorden en mi vida era gigantesco.

Le pedí a mi madre que pasara por el apartamento a recoger a Enrique. Mi madre aún no se había enterado del embarazo de Sandra, pero se lo contaría tan pronto llegara.

Tendría tiempo para ordenar mi mente y analizar con calma todo lo que estaba sucediendo a mi alrededor mientras mi madre se hacía cargo de Enrique.

Esta noticia la inquietaría tanto que pensé que no podría digerirla, a pesar de que ella siempre me calmaba, me daba fuerzas cuando me veía desanimado y me ayudaba a superar mis errores.

Me preocupaba que me viera en ese estado.

Necesitaba sentirme mejor, pero no encontraba la manera.

Pensaba cómo fingir delante de ella, pero escuché un golpe en mi puerta y mis pensamientos se sacudieron.

Abrí y la abracé con más fuerza que nunca.

"Estoy tan feliz de verte como tú. Qué sorpresa que me abrases así", me dijo.

"¿Y el metro?"

Sonrió y tocó mi pecho con suavidad. Luego entró.

"Mejor que otras veces. El vagón estaba vacío".

"Debo contarte algo", le dije.

"Cuéntame".

"Sandra vino aquí anoche", le dije.

"Meditó mucho sobre su presente por la situación de salud que vive su padre. Además, me dijo espera un bebé y es mío".

Sus ojos brillaron y me abrazó. Luego tapó su boca con sus manos.

Sabía cómo darme aliento, aunque yo pensara que no sabría cómo reaccionar.

Su abrazo me reconfortó. Me dejé llevar. Me sentí como un niño entre sus brazos. Retiró sus brazos de mi pecho los dejó en mis hombros y me vio fijamente.

"Tengo que decirte que estoy muy feliz, y que, aunque no quieras recibir felicitaciones, debo dártelas", me comentó.

"Te felicito, hijo de mi alma. Eres el mejor padre que Enrique puede tener, así que su hermanito tendrá una vida estupenda contigo y Sandra".

"¿Lo dices en serio?"

Me mostró una sonrisa genuina.

"Por supuesto", me respondió.

"Sandra puede contar conmigo, y tú también, por supuesto. Imagino que ella debe sentirse muy confundida y alterada, pero dile que estaré al lado de ustedes y les brindaré todo mi apoyo. Mejor

dicho, a los tres, y también a mi nieto Enrique, como he hecho hasta ahora. ¿A quién más se lo has dicho?"

"A nadie. Apenas lo supe anoche, y podrás imaginar que mis pensamientos no han dejado de acosarme", le dije, y toqué mi frente.

"Solo tú lo sabes. Sus padres todavía no se han enterado, y Sandra y yo apenas lo conversamos".

"Como siempre. Si piensas mucho, podrías estropear lo que has logrado hasta ahora".

Sonrió y continuó: "Puedes pensar toda tu vida qué debes hacer, pero simplemente no sabrás qué paso dar".

Moví mi cabeza y me senté. "Te entiendo perfectamente", le dije.

"Como dices, de tanto pensar mi cuerpo y mi cerebro se han sentido tensos. Dime qué hacer. No sé ni qué decirle. Mi relación con Sandra se ha visto perjudicada. Puedo parecer inmaduro, pero no sé qué hacer y necesito tus consejos."

Se sentó cerca de mí.

"Hijo mío, Los niños son una gran bendición. Empieza por asumir la responsabilidad y cuida a tu hijo. Al estar juntos, ella quedó embarazada, y el bebé no tiene la culpa. Al crecer, él será uno de los adultos que dirigirá una de las empresas más importantes de este país, como haces tú ahora. A los niños les hace falta la atención de ambos padres para crecer sanos, así que debes dárselo sin pensar demasiado. Haz con él lo mismo que has hecho con Enrique. Aunque las cosas hayan cambiado para ti, tu bebé también te necesita".

Encogí mis hombros.

"Creo que tienes toda la razón", le dije.

"Nunca dudé de darle a mi hijo toda la atención y amor que necesitará. No sabía qué decirle a ella ni cómo enfrentar esa situación, pero no porque no quisiera hacerme cargo de él. Lo trataré como he tratado a Enrique. Le daré todo lo que le haga falta. Lo mismo haré con Sandra. Enrique está creciendo en un hogar a medias, aunque no por nuestra culpa. Puedo evitar que mi segundo hijo nazca y crezca en un ambiente como ese. Haré todo lo posible para que sea feliz, rodeado de gente que lo ama".

"Supe desde que la vi por primera vez que Sandra es una mujer estupenda", me dijo. "Aunque aún es joven, yo también lo era cuando te tuve. Me había casado con tu padre, pero no estábamos enamorados. Nos casamos porque nos sentíamos obligados por tu llegada, pero fue como si presionáramos nuestros sentimientos. Tuvimos la suerte de que el amor creció entre nosotros, aunque los primeros días fueron difíciles, siendo sincera. No te digo que Sandra deba pasar por lo mismo. Creo que no hace falta que tengan una boda para sentirse bien. ¿Qué sientes por Sandra? Dímelo con sinceridad".

"Es una linda mujer. Me encanta su brillo y su espíritu independiente, pero todavía no sé qué siento por ella", le dije. "Tiene todo un futuro por delante y sé que puede lograr lo que se proponga. Es como yo, pero con diez años menos. Ella también se siente muy atraída por mí, pero me ha costado poner mi mente en orden y darle una respuesta sincera sobre mis emociones. Honestamente, este bebé no fue el producto de un amor grande y sincero. Eso solo vino después. Al principio estuvimos juntos solo para pasar una noche de placer".

"Continúa con lo de tus sentimientos. No me des tantos detalles sobre esa historia nocturna", me dijo.

"No he querido reconocer mi amor por ella. Me cuesta verme con otra mujer porque siento que traicionaría a Elena. Sandra y yo la pasamos muy bien. Nos divertimos bastante. Pero entendí que lo nuestro era algo más fuerte. Lo supe aun cuando no me había contado que estaba embarazada. Y para

mí no ha sido un camino agradable".

Tomó mis manos.

"Creo que debo hablarte sobre Elena", me dijo.

"Sandra está contigo, y merece un lindo futuro. Elena y tú vivieron un amor espectacular, que los hizo sentir muy felices a los dos. Pero ya no está. Tampoco hay ningún fantasma. Has sido tú quien se ha cargado de culpa y malestar. Has creado a ese fantasma y lo has mantenido en tu mente. Creo que Elena querría que te sintieras bien en lugar de estancarte y presionarte. Habla con Sandra y dile toda la verdad. Oye lo que piensa y no dejes que los nervios te ataquen".

Me recliné.

"Me molesta tanta confusión en mi mente, pero es cierto. Debo olvidar mi pasado con Elena. Entiendo el argumento de tus palabras. Tengo que sentarme con Sandra y prestarles atención a sus palabras para entender sus necesidades y deseos. Quiero que ambos estemos cómodos y queramos seguir juntos, pero si me lo pides ahora, no podría hacerlo. Es como si hubiera estado desprevenido cuando me atacaron. Y, además, nunca sé qué decir".

"No te presiones. Es lo mismo que te ha pasado siempre", dijo.

"Como a tu padre. Él tampoco sabía qué decir, sobre todo cuando una noticia lo tomaba por sorpresa. Camina con calma. Planea bien qué harás, y aunque sientas que esas decisiones no te benefician, recuerda que las tomas por Sandra y el bebé. Ya no puedes ser tan egoísta. Formarás parte de una familia. Lo único que no entiendo es por qué debo ser yo quien te lo diga. Tú eres consciente de todo".

"Así es", le respondí.

"Siento que debo escucharte para salir del estado en el que me encuentro. Solo puedo pensar que tendré otro hijo. Es como un sueño. Como si viviera en una realidad paralela. Es como si la noticia me hubiera dejado paralizado. Nunca me preparé para escuchar una noticia tan fuerte. Dije cosas que hirieron a Sandra. Lo hice sin intención, aunque creo que soy talentoso para herir a las personas. Cada vez que trato de expresar algo bueno, mi boca suelta frases rudas y demoleadoras. Intento pensar en Sandra, en cómo esta situación la afecta, pero no logro apartar mis propios sentimientos del medio".

Una sonrisa iluminó su rostro.

"Lo entiendo", dijo ella.

"Es natural que sientas eso. Esto también te afecta mucho".

"No tanto como parece. Eventualmente, aceptaré la situación. Es Sandra la que me preocupa mucho. Se había esmerado para obtener su título universitario, y ahora esos podrían truncarse. Quería ser maestra. Y lo peor es que esto sucede justo cuando su padre sufre un infarto y su relación con él mejora. Tú me apoyas, pero dudo que su familia lo haga. Podrían abandonarla cuando más necesita de ellos, con su cuerpo y su vida cambiando totalmente".

"Es tu deber que no se sienta abandonada ni deprimida", me comentó. "Esto se trata fundamentalmente de la salud y el ánimo de su madre. No se trata solo de unos pañales o un biberón. No te sugiero que te involucres emocionalmente con ella si no quieres hacerlo. Solo te digo que no la dejes sola. Que cuente con tu apoyo, sin importar la reacción de sus padres".

Después de escuchar esas palabras sentí que mi mente estaba más tranquila.

"Perfecto", le dije.

"Debo pedirte un favor".

"Lo que necesites", me dijo, acariciando mis rodillas.

"Quiero que cuides a Enrique unos días", le pedí. "Necesito un espacio relajado para que Sandra no

sienta que la busco para que cuide a Enrique solamente. Quiero conversar con ella a solas. Tampoco quiero contarle a Enrique todavía. Lo haré en el momento adecuado. No quiero que se ponga nervioso".

"Por mí está bien", me dijo.

"Pero no lo olvides: continúa con tu vida. Es tu derecho amar y ser feliz. Elena seguramente lo querría".

"Estoy seguro de eso", le dije, y tomé aliento.

"Finalmente estoy seguro".

Capítulo 32: Sandra

Había encontrado un lugar para relajarme mientras meditaba sobre mi presente. Era la silla en la sala de estar del apartamento de mis padres.

La silla era bastante cómoda. Sentí que me invitaba a pensar.

Justo cuando estaba allí, pensando en mí y tocando mi vientre, con mis codos reposados, sonó mi celular.

Era Andrés.

No quería tomar esa llamada, pero tenía que responder.

Tendríamos que conversar sobre nuestro hijo, lo quisiera o no.

Entonces decidí hacerlo desde ese momento.

"Hola".

"Hola. ¿Cómo te sientes?", preguntó con alegría.

"En algunos momentos me he sentido bien. En otros, muy mal", dije.

"Trato de equilibrarme y respirar profundo".

"Te entiendo. Oye, quisiera hablar contigo a solas", me dijo.

"Me gustaría verte esta noche. Enrique no estará aquí porque mi madre lo recogió".

"No me parece una buena idea", le dije.

"Sé que quieres arreglar los problemas que hemos tenido, pero quiero poner mi salud en primer lugar. Apenas si he podido digerir las frases que me dijiste ayer. Mi hijo sentirá todo lo que yo sienta. Por ello, debo sentirme de la mejor manera posible. Anoche me sentí tan molesta que me preocupé por la salud del bebé. Pasé toda la noche arrepentida por no controlarme".

"Vaya. Espero que sepas disculparme por mis palabras", dijo entre suspiros.

"Creo que tienes razón. Debes calmarte, respirar profundamente y sentir mucha paz interior. Precisamente por eso quiero hablar contigo, ahora que tendremos este bebé. Podrías tener la paz que buscas".

"No quiero hablar contigo. Me dirás que el bebé no es tuyo o me agredirás con tus palabras. Puede que me sienta en paz cuando me hables, pero honestamente no sé qué quieres decirme", le dije.

"Te juro que no está en mis planes hablar como lo hice antes", me respondió.

"Ya conversé con mi madre y ella me ayudó a entender la situación y a tranquilizar mis pensamientos. Mi madre siempre está más calmada que yo y me ofrece otro panorama. Solo quiero que hablemos del bebé, sí, pero no con el tono que usé ayer. Iré a la oficina a resolver algunos asuntos. Así nadie nos interrumpirá durante nuestra charla".

"De acuerdo", le dije.

"Avísame cuando llegues a tu apartamento".

"Lo haré", le dije.

"Si necesitas algo, cualquier cosa, llámame. Ah, y pediré pastico para la cena".

Respiré profundamente. "Lo haré", le dije.

Me mantuve en "la silla de la paz" el resto de la tarde.

Cubrí mi cuerpo con una sábana y mi mente vagó por miles de pensamientos mientras mis ojos recorrían los rascacielos de la ciudad a través de la ventana.

Era la primera nevada del año, lo que en circunstancias normales me alegraría. Pero no me sentía así.

Andrés me escribió para informarme que había llegado.

Me levanté. Olí el pasticho en el pasillo.

Mi olfato se había desarrollado por el embarazo.

Mi apetito también.

Tenía hambre a toda hora, aunque el bebé todavía no había crecido. Fui a su apartamento.

Entré y sentí que mi hijo reclamaba un gran trozo de ese pasticho.

"Compré un pasticho para ti, y un plato de salmón por si te apetecía. No sabía si el pasticho te gustaría", dijo, acercándome una porción.

Mis nervios sustituyeron a mi apetito.

"Muchas gracias", le dije.

Empezamos a comer. Pero solo pudimos comer un poco.

Hablar con Andrés me agitaba.

Nuevamente sentía esa desagradable molestia en mi mente. Sentía que inevitablemente, todo saldría mal.

Había un silencio incómodo entre nosotros mientras comíamos parte de nuestras comidas.

El silencio nos aturdía.

Ya no había deseo sino pesadez en el ambiente, un recordatorio de los sentimientos que no habíamos expresado y habían quedado en el tintero de la memoria.

Teníamos una deuda con las palabras. Yo lo sabía: él había planeado cada una de las frases que me diría.

Por mi parte, quise mostrarme tranquila y abierta.

Esa charla no sería nada fácil. Intentaba sentirme cómoda con él, pero era casi imposible.

El silencio ya era insoportable y debía romperlo. "Dime por qué querías que viniera", le dije.

"Probablemente no me creas, pero saber que seré padre de nuevo me hace sentir muy feliz. Mi madre tiene razón: he sido bendecido por ese bebé que llevas en tu vientre. Él no tiene la culpa de los problemas que hemos tenido. Por eso quería que vinieras. Para decirte que puedes contar conmigo", dijo.

"Y me mantendré a tu lado apoyando a nuestro hijo, sin importar lo que suceda después".

"Andrés, sé que esto significa un gran cambio para todos. Estoy preparándome emocionalmente para afrontar lo que viene, así deba cuidar a mi hijo sola. Aunque no lo estaré por completo. Mi familia seguramente me apoyará. Podré contar con ellos y a mi bebé no le faltará nada. Bajo ninguna circunstancia nos abandonarán, aunque mi padre y yo no hayamos tenido la mejor relación en los últimos años. Mi madre me dará su apoyo total. Todos me ayudarán, así que, si tú decides involucrarte, espero que sea por amor y no por puro compromiso. Tenemos que ofrecerle amor al bebe, aunque lo nuestro no vaya bien, para que no se sienta mal al ver que su padre solo me busca para satisfacer sus necesidades y no me ama. Lo he experimentado con mi padre en varias ocasiones. Es una sensación desoladora y deprimente. Entonces permíteme decirte", le comenté para darle opciones, "que entenderé si no quieres formar parte de esta historia."

Podía arrepentirse.

Yo le estaba dando esa opción.

Tenía que evitar que entrara y saliera de mi vida y la de mi hijo.

Nuestro hijo.

Tampoco quería que mi hijo creciera que las mujeres podían ser tratadas de esa forma.

El resto de mi vida tenía que ser mejor. Él tenía que darme esa garantía.

Ví cómo su cara se tensaba. Ya no se mostraba como un hombre dispuesto y esperanzado.

Repentinamente pasó a estar muy molesto.

No había querido ser ruda con él. Solo era sincera y esperaba lo mismo de su parte.

Continué hablando.

"Por favor, no hables con rapidez. Sé que estás molesto. No entiendo por qué te sientes así. Puedo tener esa legítima preocupación por tu comportamiento porque no has sido precisamente un hombre ejemplar. Tus palabras anoche me lo demostraron una vez más. No quiero que me trates así cuando mi hijo nazca. Tienes una alternativa que difícilmente te ofrecería otra mujer. No deseo que te sientas obligado".

Le hablé con gentileza, pero también con firmeza.

Con una noticia tan fuerte, la tensión era mayor para ambos y él trataba de bajarla. Poco a poco, su cuerpo comenzó a relajarse.

Cambió la expresión de su cara y abrió sus manos. Noté que intentaba frenar las palabras que solían aparecer en su boca cuando se sentía preocupado o tenso.

Se había tomado bastante tiempo para analizar las cosas antes de que yo llegara. Más tiempo del que yo creí inicialmente. Suspiró profusamente y cerró sus ojos

"Sí, tienes toda la razón", dijo. Sus ojos me vieron finalmente.

"No fui un buen hombre. Me quedé en lo de 'sexo casual' y no dejé espacio para que mis sentimientos crecieran adecuadamente. Te dije cosas que no debía y después te busqué como si nada hubiese pasado. Mi mente se nubló y en lugar de actuar como un hombre maduro me dejé llevar por mis impulsos. Reconozco que no he sido muy educado contigo. Fui mezquino. No pensé en ti y no le di a nuestra relación la importancia que merecía."

Sonreí amablemente.

"Agradezco tus lindas palabras", le dije.

"Es importante para mí que admitas tus errores".

Me vio fijamente.

"Tengo muchas ganas de mostrarte mis verdaderos sentimientos. No creo que tu única virtud sea que tratas muy bien a Enrique. Le pedí a mi madre que se lo llevara a su casa por unos días, para que veas que en serio te respeto y te admiro, más allá de lo que haces por mi hijo. Por eso reconozco mis errores, y me comprometo a ser un hombre mejor", me dijo.

"Muchas gracias de nuevo", le dije.

"Entiendo tus dudas. No he estado a la altura, pero ahora sí lo estaré. Quiero estar en la vida de mi hijo. Quiero actuar con él como lo he hecho con Enrique. Merezco ser parte de esta familia que empieza a formarse. Y quiero demostrártelo", me dijo.

"Enrique es el hijo de Elena, así que pensé que no amarías a mi hijo como lo amas a él. Espero que sea verdad lo que dices", le dije mientras movía mi cabeza.

"Sandra, te pido disculpas. Te hice pensar que te buscaba para distraerme u olvidarla. Elena ahora es un fantasma en mis pensamientos", me dijo.

"Yo le doy vida a ese fantasma. Lo hice porque no quería que saliera de mi vida, pero pronto ese espectro pasó a ser una excusa para no renunciar a mi pasado. Y aunque no me creas ahora, puedo decirte con todo mi corazón que siento algo profundo y sincero por ti. Y esas emociones que me produces no tienen nada que ver con mi pasado o con Elena y Enrique. Me siento así porque eres una gran mujer".

"No te molestes por eso, pero ciertamente, me cuesta creerte. Sin embargo, me alegra que me hables con tanta sinceridad", le respondí.

Estaba contento. "A mí también me alegra poder mostrarte mis verdaderos sentimientos", me dijo. "¿Y tus padres cómo reaccionaron?".

"No saben que estoy embarazada".

"Supuse que se los habías dicho a ellos antes que a nadie. No puedo creerlo", me dijo.

"Bueno, Rebeca ya lo sabe, pero para no enredarme más entre mis pensamientos y emociones, antes de decirle a mis padres quería saber en qué punto estábamos tú y yo", le dije.

"Me parece muy bien, pero debes contarles a tus padres. Puede que te sientas estresada, pero es lo mejor para todos".

"Sí", le dije. "Pero mi padre tuvo un infarto. Tengo que esperar un buen momento para contarle".

"Es verdad. Es lo más lógico", me dijo.

"Cuando decidas hacerlo, te acompañaré si lo deseas. Quizás mi compañía te ayude a relajarte".

"Muchas gracias por tu apoyo", le dije.

Afortunadamente, ya no estaba nerviosa.

Andrés y yo habíamos llegado a un buen acuerdo. Pero apenas empezaba mi recorrido prenatal, así que debía esperar para comprobar que realmente quería comprometerse con nosotros.

Volví a mi succulento pasticho y seguí comiendo mientras pensaba en el futuro.

Capítulo 33: Andrés

Finalmente me sentía concentrado en mi oficina. Era la primera vez que me sentía así desde el retorno de Sandra.

La Navidad estaba cada vez más cerca, por lo que todo el mundo en la compañía se apresuraba para terminar los trabajos pendientes antes de que comenzara el receso vacacional.

Desde que había abierto mi empresa, una de mis principales preocupaciones era garantizar que mis empleados tuvieran tiempo suficiente en Navidad para compartir con sus familiares.

En cuanto a mí, cada vez que se presentaba un problema, como esa mañana, tenía que salir corriendo a resolverlo.

Inicié mi compañía pensando que cuando fuese lo suficientemente grande podría tener un departamento de empleados que se dedicara exclusivamente a esas labores, pero con mis años de experiencia entendí que si lo hacía yo mismo todo se solucionaba con mayor rapidez.

Estaba teniendo una mañana de mucho trabajo. Y parte de ese trabajo estaba estancándose. Conversaba telefónicamente con uno de mis subcontratistas, pero no había hecho lo que le había pedido.

Era lo único que no me gustaba del trabajo en la oficina.

Debí perder los estribos, aunque no me gustaba esa idea, para asegurarme de que no perdería dinero y el contrato estaría listo a tiempo.

Me vi obligado a hacerlo porque se trataba del mismo cliente que por poco no acepta mi oferta inicial.

Se había maravillado con mis destrezas para hacerme cargo y hablar con mucha franqueza.

Nuestro acuerdo no se había firmado todavía y estaba en riesgo gracias a mi subcontratista.

A mi cliente no le gustaba mucho esa demora.

"Necesito que resuelvas esto cuanto antes. Llámame cada hora hasta que se resuelva esta cagada. Me vale mierda lo que tengas que hacer", le dije con molestia.

Colgué la llamada y me senté.

Concluí que terminar el papeleo me tomaría toda la Navidad cuando puse mi mirada en la pantalla de mi computadora y vi los cálculos y las estadísticas.

Era una gran cantidad de dinero lo que nos jugábamos, pero más importante aún, nuestra reputación podría quedar en entredicho si no solucionábamos el asunto. A través del intercomunicador le pedí a mi asistente que entrara en mi oficina.

"Jefe, ¿qué necesita?"

Respiré profundamente.

"Que me ayudes con esto. Que todos me ayuden", le dije.

"Debo hablar con los inversores, con este cliente, con la compañía que contratamos y todos nuestros empleados. Hablaré con ellos por video llamada. Haré una con cada uno separadamente. Después me comunicaré con todos de forma conjunta, a excepción del cliente. Hablaré con él después de llamarlos a todos".

"De acuerdo", me dijo mientras tomaba apuntes.

Era la situación más inoportuna que había vivido. No solo tenía un hijo en camino. Habría que decirles a los padres de Sandra.

Tenía que estar pendiente de que sus emociones no la sobrepasaran, y además debía demostrarle que quería estar con ella por amor y buscar tiempo para que estuviéramos juntos.

Era una montaña de tensión cayendo sobre mi cuerpo, tratando de desbordarme, pero no permitiría

que eso pasara.

Mi asistente salió de la oficina y llevé mis manos sobre mi cabeza.

Me mantuve todo el día en la oficina, llamando a todo el mundo y recibiendo novedades constantemente. A las seis de la tarde, justo cuando hacía una video llamada, Sandra me llamó.

Escuché su voz cansada, por lo que pensé pedirle que se recostara a descansar. Pero nadie se atrevería a hacerlo. Ni yo.

Era terca y no tomaría en cuenta mi sugerencia.

No había querido llamarla para que no se sintiera hostigada por mí.

"Sandra, ¿cómo estás?", le pregunté.

"Me siento bien", me respondió.

"Mi estómago quiere comida y más comida. ¿Y tú?"

"Ha sido un día divertido. Tenemos un serio problema con un proyecto y solo yo puedo resolverlo. Estoy a punto de enloquecer", le dije.

"Entiendo la ironía", me dijo.

"Oye, iré a la peluquería y después haré unas compras navideñas de última hora. Espero encontrarme con mis padres en el apartamento y contarle a mi madre, sobre lo del bebé cuando termine. Hay que decírselos pronto. Creo que tenías razón".

"Podríamos hacerlo mañana o pasado mañana. ¿Tiene que ser justo esta noche? Tengo a mis clientes llamando y reclamándome cada cinco minutos". De repente, se escuchó un silencio. "¿Sandra?"

Colgó mi llamada.

Me contactaba para contar conmigo en un momento importante, pero yo recurría a excusas. Me reclamé a mí mismo y grité.

Entendí perfectamente su reacción. Nuevamente hablaba sin pensar.

Expresarme de ese modo me había traído problemas y no entendía si todos lo notaban y evitaban decírmelo.

Había derramado mucha mierda por ese defecto.

Tenía que estar ahí con ella. Me moví como nunca para hacer todas las llamadas que tenía que hacer, hablar con todos y llegar a tiempo para acudir a la cita con Sandra.

Tomé el intercomunicador.

"Por favor, ven a mi oficina", le pedí a mi asistente.

Llegó a mi oficina rápidamente. "Acá estoy", dijo.

"Comunícate con el cliente y dile que esta tarde quiero verlo. Hoy mismo. Lo más temprano posible. Esta noche no. Mañana tampoco. En unas dos horas", le dije.

"Que él escoja el lugar para vernos. No me importa. Pero no aceptes un no como respuesta".

"De acuerdo", me dijo.

"Si no puedo reservar en el lugar al que quiera ir, ¿qué hago? Es un hombre insistente".

"Cualquier lugar que desee está bien. Resuélvelo", le dije.

"Encuentra una manera, y si no lo logras, avísame. Haré hasta lo imposible para que lo complazcamos. Espero tener clientes que sean menos exigentes".

"Cuando eso suceda, finalmente amaré mi trabajo. Puedo asegurar que la mitad de mi jornada laboral transcurre mientras hago llamadas para hacer reservaciones. Te avisaré la hora cuando haga la reserva". Mi asistente rió.

"Muy bien", le dije.

Calculé mentalmente el dinero que habría que gastar para hacer la reservación en un restaurante

como ese cuando, unas horas después, llegué al sitio.

Había personas que esperaban hasta un año para conseguir una reservación, y era solo para almorzar. Para una cena tardaba hasta dieciocho meses.

Afortunadamente, ya el cliente estaba conmigo y me encontraría con Sandra y no se vería obligada a hablar sola con su madre.

Se refirió a la demora una y otra vez.

"Su compañía nos prometió muchas cosas que todavía no ha cumplido. La verdad es que creo que me equivoqué confiando en su compañía. Como entenderá, estoy muy molesto y preocupado", me dijo. "Usted sabe que hay una importante suma de dinero en el medio. Esperaba que, con ese monto, todo estuviera listo en la fecha prevista, o incluso antes. Enviaré el contrato a mi abogado para que lo revise y podamos anularlo".

"Tienes la opción de hacerlo, pero será peor para ti", le dije con molestia.

"Y sinceramente, no entiendo qué quieres ahora. Ya te he dicho que asumiremos los costos por la demora y despediré a este contratista cuando encuentre alguien eficiente para que lo reemplace. Puede haber demoras o eventos imprevistos. Y soy el director y dueño de esta empresa. No debería tener que soportar tantas cagadas, pero lo hago. Estoy aquí porque quiero ser amable contigo. Sin embargo, tú también sabes muy bien de negocios. Y comprendes que al final, todo se trata de negocios. Y no solo eso, de tecnología. También entiendes que no soy tu niñera. No tengo el tiempo ni la intención de pedirte que hagas algo que no quieras hacer. No volveremos a almorzar juntos. Y que me amenaces con tu abogado solo me inflama las pelotas. Hubo demoras y no pudimos evitarlas. Es normal en nuestro sector y en todos los sectores industriales. Tienes años de experiencia y lo sabes tan bien como yo".

"Si no te parece correcto lo que te ofrezco, busca a tu abogado. Si lo haces, ten por seguro que detendré el proyecto, esperaré que tu abogado te diga la verdad y empezaré de nuevo. Habrás perdido mucho dinero en el proyecto y el sueldo de tu abogado y tomará más tiempo que alcancemos lo que me pides", continué. "Como te dije, puede haber demoras, pero si una empresa está preparada puede afrontar esos imprevistos y solucionarlos. Así es como demuestra que sabe manejar el negocio. Nosotros sabemos manejarlo. Ya despedí a los responsables de mi empresa que causaron esa demora. Si alguien me perjudica, se jode. Nos preocupamos por hacer lo que nos pidieron. Incluso creo que estamos haciendo más de lo que nos corresponde. Deberías fijarte en eso".

El cliente se veía relajado.

Yo me levanté de la silla.

Dejé algunos billetes sobre la mesa para pagar nuestro almuerzo y las gaseosas. Me abotoné mi traje, me despedí y respiré profundamente.

Él se mantuvo allí. Esperaba que yo me arrepintiera y me sentara de nuevo. Pero yo no iba a hacerlo. Podría incluso repetir todo lo que le había dicho.

Estaba decidido a avanzar en el proyecto, a pesar de que el pendejo a mi lado me amenazaba, como si no tuviera nada que hacer.

"Es el fin de nuestras negociaciones", le dije mientras lo miraba.

Yo ya iba camino a la puerta del restaurante.

"Un momento", me dijo.

"Podemos tomar las cosas con calma. Ciertamente, si busco a mi abogado perderemos más tiempo. No tengo la intención de que eso suceda. Tu franqueza me hace sentir una gran confianza. Agradezco tu sinceridad. Otra persona en tu situación habría preferido arrodillarse ante mí. Ya veo que nadie te amilana".

"Es mi empresa. Le he dedicado mi vida", le solté.

"No me importa si alguien con una actitud arrogante o lleno de billetes quiere atravesarse. Como he hecho siempre y seguiré haciéndolo, lo apartaré de mi camino".

Sonrió.

"Ya veo. Es la razón por la que te contraté. Quiero alguien valiente trabajando conmigo. No me gustan los cobardes en absoluto. Y tú me has dejado claro que estás lleno de valor".

Ojalá Sandra también viera los atributos que él resaltaba cuando nos encontráramos.

Valor. Pasión. Motivación.

Me gustaba que notara esos aspectos de mi personalidad.

Me despedí de él y salí.

Ya no tendría tiempo de regresar al complejo para encontrarme con ella. L

a llamé, pero no me respondía.

Estaba molesto. Pero no con Sandra. Me sentía enojado *conmigo* mismo.

Volteé y vi las calles llenas de autos.

Le pedí a Dios que el tráfico no me impidiera llegar pronto. Subí a mi auto y esperé que el tránsito fluyera para que no hubiera más dificultades entre Sandra y yo.

Debía hacer todo lo que estuviera a mi alcance para estar al lado de mi incipiente familia. Y también para que Sandra me perdonara.

Capítulo 34: Sandra

Sentía que me dolía la cabeza y que mi llanto frenético nunca cesaría. Apenas unos días después de hablar con Andrés para darle espacio en mi vida, ya él se metía de lleno en su oficina y me pedía que postergara mis planes.

Mientras me peinaba, analicé mi situación y pensé en lo que él atravesaba. Entendía que Andrés tenía que dedicarle mucho tiempo a su empresa.

Había pasado por lo mismo con mi padre. Pero, aunque su empresa fuese una de las más importantes del país, tenía que dedicarse también a su hijo y a mí.

Mis emociones estaban a flor de piel.

Había sido una ilusa creyendo que Andrés iba a acompañarme.

Había dicho palabras que sonaban tan sinceras que creí que realmente podría contar con él y sus frases no eran oraciones falsas. Pero cuando necesité por primera vez su compañía, no pudo brindármela. Sus clientes eran su prioridad y no nuestro hijo. A pesar de que buscara la excusa más lógica, yo entendía muy bien las cosas.

Podía delegar tareas y funciones para estar conmigo. Pero no lo había hecho, y yo me descubrí sola en el complejo de apartamentos, con el temor en mi vientre y mi espíritu doblándose ante la rabia. Entonces el auto llegó.

Escuché el motor apagarse, pero mis lágrimas no se apagaban.

Me apliqué algo de maquillaje para disimular medianamente la tristeza de mi rostro. Pero no pude evitar seguir llorando por todo el pasillo.

Subí al ascensor y llegué al apartamento de mis padres. Tomé aire antes de entrar.

Me sentí como el villano de una película infantil, con mi cara hecha añicos. Busqué pañuelos de papel en mi bolso.

Luego me apliqué algo de maquillaje en mis mejillas, tratando de esconder el caos que habían causado las lágrimas en mi cara.

No quería ofrecerle ese aspecto a mi mamá. Y menos para decirle que estaba en estado.

Al contrario, quería mostrarle mi mejor semblante.

Que recordara que era una mujer independiente, fuerte y con todo lo necesario para tener un hijo. Pero en ese momento, ni yo misma podía encontrar esas virtudes.

Me llevé dejar por mis oscuros pensamientos y entendí que actuar obedeciendo a esos impulsos no era precisamente una buena actitud para recibir un hijo.

Era como si mereciera vivir ese infierno.

Era el momento de dejar de llorar.

Tomé aire mientras cerraba mis ojos.

Mis cambios hormonales eran poderosos, tanto que me dificultaban hasta las cosas más sencillas o empeoraban mucho más lo que ya me parecía complicado. Y todavía me faltaban varias semanas para llegar a mi segundo trimestre de gestación, fecha en la que mi condición mejoraría, según lo que afirmaba mi ginecólogo.

Iba a abrir la puerta de mi apartamento, pero Andrés me llamó.

Estaba exhausto. "Sandra", dijo gritando.

"Un momento".

Llevó sus manos a sus rodillas y jadeó.

Ví su rostro y su traje llenos de nieve y sudor. Se quedó a mi lado mientras recobraba su aliento.

Parecía que era él la persona afectada por las hormonas y no yo.

"¿Qué te pasó? ¿Tuviste un accidente?", le pregunté.

Hablaba con su respiración entrecortada.

"No. Solo que había mucho tráfico. Manejé hasta donde el tránsito me lo permitió y después empecé a correr para llegar".

"¿Corriste? ¿Cuánto?"

Parecía calmarse poco a poco.

"Unos tres kilómetros", me dijo.

"Corrí como si mi vida dependiera de ello. Hice todo lo que estuvo a mi alcance para venir rápidamente. Te llamé varias veces, pero no me respondiste. Incluso me pareció verte tomar un taxi, pero lucías muy distinta, sobre todo tu cabello. Aunque, honestamente, ahora que lo veo de cerca, luce perfecto".

Evité reírme de su aspecto.

"Gracias por el cumplido", le dije.

Quizás se había mojado tanto que tendría un resfriado después. Pero eso no le importaba.

Puso su mano en la puerta para apoyarse mientras se quitaba la nieve de su traje y el lodo de sus zapatos.

Quería llegar a como diera lugar, lo que había logrado finalmente, y estar conmigo para demostrarme su apoyo.

Sabía cómo hacerme sentir mejor, aunque al principio me sentí muy molesta por su retraso. El único empeño que había mostrado previamente era el de sus ganas de tener sexo conmigo en cualquier lugar.

"Sandra, escúchame con atención", me pidió.

"Hoy he tenido un día salvaje en la oficina, porque estuve a punto de perder millones de pesos con un cliente molesto. Compré estas flores cuando venía para acá. Ni siquiera esperé el cambio. Lancé los billetes al vendedor y las traje para ti. No me fijé qué tipo de flores son, pero son una señal de mi amor por ti. Y con ellas quiero pedirte que me disculpes. Sé que tengo muchos defectos, sobre todo cuando digo las cosas impetuosamente en vez de pensar muy bien antes de sacar mi lengua a dar vueltas. No soy el hombre idea. También soy consciente de que ese defecto me ha causado muchos problemas contigo. Pero te digo que no quiero sacarte de mi vida. Debes creerme. Ese niño que crece en tu vientre y tú son lo más importante para mí. Duermo, sueño y despierto con la imagen de mi hijo y tu cara en mis pensamientos. Y me siento feliz al verlas".

Un ramo de rosas adornadas y envueltas en un papel dorado salió de su chaqueta.

Olían a jardín.

Las puso en sus manos y me las cedió.

Habían sufrido por estar ahí.

Algunos pétalos habían caído y el papel estaba muy arrugado.

No me importaba.

Solo valoraba su intención.

Reflejaba su tristeza.

Una tristeza que se asomaba en su cara sudorosa. Entonces decidí sonreírle en lugar de reclamarle.

Con su mano libre secó una solitaria lágrima que se deslizaba por mi rostro.

Ya había llegado y me acompañaba.

"Prometo ser un hombre mejor y mi bebé y tú estarán siempre en primer lugar. También Enrique. Sé que no puedo excusarme más", dijo.

"Enrique, claro", le dije con alegría.

"Es mi niño adorado".

"¿Cómo te sientes?".

"Algo agitada, pero sé que mi madre no me recriminará ni me dará la espalda. Al contrario, va a apoyarme. Aunque mi madre siempre ha estado un poco distante, con su cariño oscilando entre la amistad y la maternidad, sé que ella va a darme todo su amor de madre al final y también me apoyará como una amiga", me dijo.

"También cuento con Rebeca. Ha sido la mejor hermana que he podido tener".

"Me alegra saberlo", dijo.

"También sé que a mi madre le alegra la idea de tener un nieto. Va a apoyarme, a pesar de que no contaré con mi padre. Sin duda, va a consentirlo como hace con Enrique".

Me sentí calmada con sus palabras. "Qué bueno", le dije.

"Tu madre es una estupenda mujer. Ha sabido superar las pruebas de la vida y ama a Enrique. Espero que mi hijo nazca para que también reciba su amor de abuela".

"¿Pasamos?".

Mis manos temblaban. "Claro", le dije.

"Me controlaré para que todo salga bien".

Llegamos a la sala de su apartamento.

Dejamos nuestros abrigos en la puerta y fuimos a la cocina. Rebeca y mi madre nos esperaban.

Mamá sonrió y me dio un abrazo fuerte.

Beso mi mejilla y acarició mi cabello.

Luego vio a Andrés. Lo abrazó, aunque su abrazo fue más suave que el que me había dado a mí.

Antes de ir la había llamado para pedirle que me esperara porque debía informarle sobre un asunto muy importante.

"Me encanta lo que hiciste en tu cabello. El color es espectacular", me dijo.

Sonreí. "Muchas gracias", le dije.

"¿Y papá?".

"Su salud ha mejorado. En unos días estará aquí", me dijo.

"Pero debo estar muy pendiente de él. Les ofrece dinero a las enfermeras para que le lleven golosinas a escondidas".

"Gracias a Dios", le dije.

"Me gustaría que ya pudiera venir, pero no puedo esperar para contarte lo que sucede".

"Hija, ¿estás enferma? ¿Pasa algo grave?".

Tomé una silla y me senté. "No. Estoy muy bien", me dije.

Sus ojos se detuvieron en Andrés. Lo vio con expectativa. "Es bueno saberlo", me dijo.

"Entonces cuéntame".

"Aquí voy... Estoy embarazada. Supe de esto hace unos tres meses, pero preferí esperar antes de decírtelo para cerciorarme de que mi mente estaba en orden y mis emociones también", le comenté.

Estaba feliz, nerviosa, impactada.

Un montón de emociones atravesaba su rostro. Ni siquiera en mis pensamientos más optimistas pensé que reaccionaría de ese modo.

"¿Cómo dices? ¿Qué puedo decir? Estoy tan sorprendida que no sé ni qué decir. Quisiera felicitarte".

Mi cara se enrojeció.

"Bueno... hazlo", le dije.

"Me parece bien que lo hagas. No me hará daño. Afortunadamente, veo que estás contenta".

Me abrazó con fuerza.

"Felicitaciones, hija. Supongo que como está aquí, Andrés es el padre".

Sonreí al verlo. "Exactamente", le dije.

"Para ser sincera, lo de ustedes me toma por sorpresa. No sabía que andaban juntos, pero igualmente extendiendo mis felicitaciones a ti", le dijo mientras lo abrazaba.

"Mamá, espero que me disculpes si no se los dije antes, pero sentí que debía esperar que todo estuviera en orden. Solo así me sentiría segura para revelarte lo que estaba pasándome. Entonces mi hermanita me recordó que siempre has sido mi gran apoyo, por lo que me di cuenta de que no debía pasar mucho tiempo más para hablar contigo. No sabes lo feliz que me siento de ver tu espléndida reacción y tu felicidad. Yo también me siento feliz. Y en cuanto a Andrés, "hemos tenido algunos problemas", le dije a mi madre después de sonreírle a él.

"Felizmente, hemos podido conversar y superar esos obstáculos. Ahora nos conocemos más y pensamos en el bienestar de nuestro hijo".

"Un hijo es una bendición, no una enfermedad contagiosa. Cuando te des cuenta, tu hijo nacerá y tendrá todo el amor que necesite. Ahora las madres solteras, o, mejor dicho, las madres jóvenes, pues por lo que he visto las chicas nunca están solas, pueden continuar sus estudios y trabajar. Un momento ¿oí bien? ¿Rebeca te lo recordó? Entonces ella ya lo sabía. De todos modos, estoy muy feliz", me dijo.

"Me enteré hace poco", le respondió ella.

"Pero sí lo supe porque Sandra me lo dijo".

"Lo importante es que le mostraste tu apoyo", le dijo mi madre y la abrazó.

"Ustedes han construido un fuerte lazo a lo largo de sus vidas. Ojalá Enrique y su hermanito o hermanita puedan tener ese vínculo tan grande".

Rebeca y yo sonreímos. "También lo deseo", le dije.

"Si no fuese por mi hermanita, habría perdido la razón. Es ella quien me sujeta a tierra y me da los consejos más útiles".

Andrés miró a mi madre.

"Y estoy aquí porque quiero decirte que cuidaré a Sandra y a mi hijo y darles todo lo que necesiten".

"Te lo agradezco, Andrés", le respondió mi mamá con calidez en sus palabras.

"Estoy segura de que lo harás. Solo les aconsejo no contarle a mi esposo todavía. Esperemos que salga del hospital y se sienta mejor".

"Es lo mejor que podemos hacer", le dije.

"Andrés y yo ya lo conversamos y decidimos contarle después. Mi padre tendrá que aceptar, le guste o no, que seré madre".

Mi mamá miró a Andrés. "Y también tendrá que aceptar que estás con alguien mayor que tú, aunque no creo que se sienta cómodo con la idea. A mí no me parece un asunto tan importante, pero tu padre tiene una mentalidad del siglo pasado. En este momento no podría decirte cómo reaccionará".

"Habla con él cuando se sienta mejor y tenga buen humor", le respondí.

"Ansío que se sienta feliz con su primer nieto. Espero que vea lo bueno de todo esto en lugar de creer que un bebé nos perjudicará".

"Sé que eventualmente lo estará", me dijo mi madre.

"Ten en cuenta que quizás su alegría no sea inmediata, pero tarde o temprano sentirá esa emoción. Llorará de alegría como si fuese un niño. Cuando tenga a su pequeño nieto en sus brazos estará tan feliz como yo".

Rebeca estaba tan contenta que abrazó a Andrés. "Yo también lloraré", dijo.

"Te doy la bienvenida a mi familia, ¿o quizás debo decir 'bienvenido al infierno'?"

Había pasado por un caos en mi mente, pero resultó que Andrés se involucró felizmente con mi madre y mi hermana.

Reímos con los comentarios de Rebeca y los vi a todos compartiendo.

Quizás la llegada de Andrés a mi familia no era un problema sino una buena noticia para todos.

La segunda de las bendiciones que recibía después de la llegada de nuestro hijo.

Capítulo 35: Andrés

Estuve hablando con Sandra, su hermana menor y su madre por horas, tomando y comiendo algunos bocadillos mientras me contaban historias sobre sus vidas.

Fue una linda noche.

Sandra, por primera vez desde que me dijo que estaba embarazada, hablaba con alegría de nuestro hijo. Al despertar, Sandra estaba en la puerta de mi habitación.

Me sentí feliz con su presencia. Cepillé mis dientes, me vestí y salimos al comedor a conversar.

Sonreí y besé su mejilla.

"Parece que, por fin, todo empieza a tomar un buen rumbo para nosotros", le dije.

"Me alegra ver que tu familia está complacida por el nacimiento del bebé".

"Lo sé", me dijo.

"Rebeca hablaba con mucha alegría, pero no le presté atención porque decía todo con mucha rapidez".

"Estar lejos de ti ha sido una circunstancia difícil de sobrellevar. Fue mi culpa, por los errores que cometí, pero igualmente me costó aguantar esos días. Tengo que reconocer que te extrañé", le dije.

"Con tu ausencia pude entender que eres una parte importante de mi vida y no puedo estar sin ti. Enrique tampoco. Incluso sentí que mi apartamento estaba vacío sin ti. Yo también me sentí vacío. Enrique preguntaba por ti y no sabía qué decirle. Entendí que siempre debo ponerte en primer lugar. Te prometo que así será siempre".

Sonrió y vio su regazo. Sus mejillas estaban sonrojadas.

"Es muy importante que lo digas", me dijo.

"Me moría de ganas de oír esas palabras. Pero no podía obligarte a expresar esos sentimientos".

"Ahora los expreso. No te imaginas cuánto lamento haberte herido con mis palabras y mi actitud. Espero que me disculpes por hacerte esperar tanto tiempo. Ahora solamente quiero demostrarte cuánto significas para mí. Te lo demostraré con mis palabras, con mis caricias y también económicamente. Lo sé: quieres graduarte. No sé si quieres dejar tus estudios, seguramente no, pero si lo haces, puedes estar segura de que te apoyaré".

No tengo la intención de que me mantengas, independientemente de que empecemos a vivir juntos.

Espero ganar el dinero suficiente para sufragar algunos gastos de la casa. Es por ello que quiero graduarme. De todas formas, muchas gracias por tu apoyo".

Sonreí y tomé sus manos. "Me encanta tu empeño y motivación", le dije.

"En cuanto a las otras frases que dijiste, confieso que todas las noches me quedaba dormida mientras pensaba en ti. Sinceramente, tú también me hiciste falta. Abrazaba mi almohada y me moría por saber si tú también pensabas en mí y querías verme tanto como yo quería verte".

Me acerqué a su cara. "La verdad es que nunca he dejado de pensar en ti", respondí.

"Pienso en ti cuando me despierto, cuando como, cuando me acuesto y cuando duermo".

No pude evitar acercarme a su cuerpo y besar sus poderosos labios.

Mi boca fue por la suya, primero con suavidad, y luego sucumbió a la pasión.

Nuestros besos se confundieron.

Toqué su espalda con fuerza. Ya se sentía calmada.

Puso sus brazos sobre mi cuello y sus labios también me besaron fogosamente.

La levanté y la llevé a mi cuarto.

Entramos y con mucha calma saqué cada prenda de su ropa.

Mis labios trazaron besos por cada parte de su cuerpo.

Hizo lo mismo con mi ropa.

Sacó mi camisa con lentitud y mis hombros recibieron sus apasionados besos.

Era un momento agradable después de toda la tensión que habíamos vivido.

Vi su hermosa piel después de tanto tiempo sin disfrutar esa vista. Llevé mis manos sobre sus pechos y me deleité con sus ricos senos.

Poco a poco se arrodilló y desabrochó mis pantalones.

Bajó la cremallera y los bajó hasta llevarlos a mis tobillos.

Los bajé delicadamente con mis pies.

Ella se encargó de separarlos de mí. La pasión no se detenía ni un segundo.

Pasó sus dedos por mi erección.

Luego tomó mis calzoncillos y los bajó con rapidez. Mi pene tocó su boca y ella sonrió.

Vi su mano en mi pene y después contemplé su mirada pecaminosa.

Rápidamente tomó mi erección palpitante con su boca.

Pasó su lengua cálida suavemente por la punta y me hizo gemir.

Su lengua subía por el tronco de mi pene, lentamente, deleitándose y subiéndome a la cima del deseo.

En unos segundos, introdujo todo mi órgano a lo más profundo de su garganta. Sentí el fondo de su boca mientras empujaba su cabeza.

Succionaba con ansias, mucha fuerza, como si después de tantos días necesitara mis bolas.

"Qué rico lo haces", le dije.

Sonrió con malicia al sacarlo de su boca.

Pero no se conformó con lo que había hecho. Puso mi pene en su mano y volvió a introducirlo en su paladar.

Movió su cabeza de lado a lado y su lengua bailó sobre mi pene erecto.

Con sus dedos tocaba mis bolas y con su lengua besaba mi tronco sin parar.

Alaridos de placer salieron con ímpetu de mi boca sin que yo pudiera controlarlos.

Sentí que mis pies cederían ante la excitación de mi cuerpo tembloroso, porque sus movimientos eran más rápidos.

Contuve la respiración mientras sus ojos soltaban lágrimas de dolor y placer al tiempo que ella se ahogaba con toda mi erección.

Mi pene se sacudía en su garganta y ella seguía tomándolo sin descanso.

Subía y bajaba y yo gritaba.

Sus dedos tomaron los líquidos que salían de su boca y los usó para humedecer su clítoris.

Entonces su mano y mi pene recibían todos mis líquidos y me estremecía con la pasión de sus labios y el placer que corría por mi cuerpo.

Su boca chupando mi piel me hacía sentir mucho deseo.

Un deseo que me hacía sentir muchas ganas de tomarla y darle el mismo placer que ella me daba.

Entonces me arrodillé y la tomé por su cintura.

Levanté su cuerpo y besé sus labios llenos de mis líquidos mientras mi erección recorría sus muslos.

La puse en mi cama. Ya sabíamos lo que iba a pasar. Sonrió levemente y tomó las sábanas.

Su vagina sedienta se mostró ante mis ojos cuando separó sus piernas para mí.

Humedecí mis labios y me acerqué a su cuerpo. Me apoderé de su clítoris con mis dedos.

Cuando sintió el fuego de mi boca, tembló y apretó las sábanas detrás de su cabeza. Se contorneaba mientras recibía la fuerza de mi pasión.

Sacudí sus senos e introduje dos dedos en su vagina.

Me empapé con sus líquidos. Con una mano me deleité con sus labios vaginales y con la otra me mantuve en su interior.

Sus labios soltaron múltiples gemidos. Su cabeza se reclinó y separó más sus piernas. Noté su gran excitación.

Con mi mano toqué su vientre para que no se moviera.

Con la otra me deslicé dentro de ella una vez más. Quería que se viniera con mis dedos frenéticos en su interior.

Su rostro estaba empapado y ansioso. Tomó las sábanas con más fuerza.

Me moví con más velocidad dentro de ella y luego saqué mis dedos.

Después de unos segundos repetí el movimiento.

Gritó y luego abrió sus ojos y respiró profundamente.

"Besa mi vagina", dijo. "Necesito que lo hagas".

Escuché su petición y sonreí.

Me puse en la cama y seguí con mis dedos dentro de su vagina.

Llevé mis labios lo más cerca de su clítoris.

Respiré sobre él, dejando que sintiera el calor de mi aliento.

Sus muslos se levantaron para que mi boca atrapara su cuerpo.

Me separé un poco y luego chupé sus labios vaginales.

Moví mi lengua por su vagina, al tiempo que mis dedos la estremecían. Supe que se vendría. Y yo no me detendría.

La besé con más fuerza, sabiendo que estaba a punto de despegar hacia el clímax más fuerte que alguna vez hubiera sentido.

Poco después me alejé de su clítoris y chupé su vagina.

La recorrí para llenarme de su sabor y aroma, mientras mis oídos se entusiasmaban con la fuerza de sus gemidos infinitos. Repentinamente, su cuerpo empezó a temblar.

Entendí que quería venirse, y yo también, pero no quería que acabáramos todavía.

Puso su mano sobre mi cabello y los apretó con fuerza.

Entonces besé su cuerpo con más intensidad y rapidez.

Sus caderas se levantaron nuevamente y se adherían a mis labios inquietos.

Su clítoris palpitante enviaba electricidad a mi cara. Ya no podíamos esperar más.

Tomé sus caderas y fui con todo sobre ella.

Con mis labios besé su vagina sin contemplación y con mis dedos me deslicé hasta el fondo de su cuerpo, subiendo y bajando mis dedos en sus profundidades.

Iba a introducir un dedo más, pero sus hombros se tensaron y sus muslos se apretaron sobre mi cara.

Se había venido, y ese orgasmo pasaba por todas las partes de su cuerpo y se trasladaba al mío.

Sentí su vagina apretar mis dedos y llenarlos de sus líquidos.

Mi lengua también se empapó con ellos.

Retiré mi mano, puse su cuerpo en mi cama y me acerqué a su vagina.

Tomé el tronco de mi pene. Lo introduje en su interior sin pensarlo.

Gimió y su cuerpo se levantó levemente.

Puse mi mano rápidamente sobre su clítoris y lo toqué sin parar.

Puso sus manos en una almohada.

Pensé que gritaría, pero no lo hizo.

Ella se había venido una vez y yo no permitiría que su placer se limitara a ese orgasmo.

Empujé mi erección dentro de ella y luego la retiré. Empapó mi tronco otra vez con sus jugos.

Palpé su clítoris varias veces y no me detuve. Al contrario, lo toqué con más fuerza.

Me apoyé en su cadera para no cesar en mis movimientos frenéticos.

Sandra se vino.

Por segunda vez. Su cuerpo se tensó y quedó sin aliento.

"Mierda", dijo.

"Estoy acabando. Por todos los cielos, estoy acabando".

No saqué mi pene de ella, aunque escuché sus excitantes palabras y separé mi mano de su clítoris para que disfrutara su segundo orgasmo.

Tomé su cadera y me deslicé con mucha fuerza. Yo también estaba cerca de venirme. Su vagina se tensó sobre mi pene y grité.

Arañé sus muslos y me metí más y más dentro de ella. Inmediatamente, mi erección latente empezó a lanzar todo mi semen en su interior.

Iba y venía, dejando que su cuerpo recibiera todo lo que tenía dentro de mí.

Cerré mis ojos mientras derramaba todas las gotas de mis líquidos y mi cuerpo se sacudía.

El placer era tan grande que solo podía gemir en lugar de decir alguna palabra. Y los gemidos eran interminables.

Después de tanta excitación, me acosté en la cama, a su lado, viendo sus lindos ojos y besando tiernamente su nariz.

Me mostró una linda sonrisa y tocó su estómago. Recordé el bebé que tenía en su vientre. Recobramos nuestra respiración habitual después de un rato.

"Mañana darán de alta a mi padre", dijo mientras sus ojos se enfocaban en los míos.

"Cuando ya se sienta mejor, le diré sobre lo nuestro y el bebé. Tengo que decírselo antes de que algún chismoso note mi embarazo y vaya a decírselo. Y ya no me siento cómoda ocultándoselo".

"Puedo acompañarte", le dije.

"No es que tenga algo en tu contra, pero no hace falta", me dijo.

"Quiero estar a solas con él y así mejorar aún más nuestra relación".

Sonreí. "Perfecto", le dije.

Me vio fijamente. "Quiero comentarte sobre otro tema", me dijo.

"Es posible que, al terminar este semestre en la universidad, pueda empezar a trabajar de inmediato. Recibí una llamada justo antes de entrar a tu apartamento".

"Me alegro mucho por ti. Es una buena noticia", le dije mientras la abrazaba.

"Pero hay un detalle", me comentó.

"La oferta laboral es en Las Villas. Eso significa que vendré menos a El Trigal. Debo mudarme, aunque tengo muy claro que esas circunstancias nos harán las cosas más difíciles. Así podré sentirme completamente independiente y será el primer paso para no que estar siempre bajo la sombra de mi padre. Sé que quizás no puedas mudarte conmigo. Si acepto esa propuesta de trabajo igualmente tendrás la posibilidad de compartir con mi hijo. Bueno, debo corregirme: dije 'si acepto', pero en realidad ya lo decidí. Solo me falta saber cuándo lo haré. Pero estoy determinada a hacerlo".

Podríamos estar muy lejos para siempre.

Me alegraba que encontrara un empleo, pero estar lejos de ella me parecía terrible.

Sentí que mi cuerpo y mi alma se desvanecían.

Capítulo 36: Sandra

Mi padre fue dado de alta y llegó al apartamento tras varios días en el hospital, primero en la unidad de cuidados intensivos y luego en un ala de recuperación. Ya lo extrañaba y quería hablar con él.

Era mi padre, el jefe de nuestra familia, el ser humano con más experiencia de todos nosotros y el que hacía todo lo posible para que nuestro hogar se mantuviera unido.

Quería contárselo. Me sentía culpable por no haberlo hecho todavía. Era el único que no sabía que estaba esperando un hijo. Su nieto.

A pesar de que había perdido unos kilos y su rostro mostraba su vulnerabilidad, noté que mi padre estaba muy alegre.

Hacía años que no me mostraba tanto amor y sonrisas. Recordé que solía mostrarse así cuando yo era una niña y él no había abierto su bufete. No había tanto trabajo para él en esos momentos.

Nuestra vida transcurría con tranquilidad. Compartíamos siempre, comprábamos los comestibles e íbamos al parque los fines de semana. Mamá y papá se veían felices. Durante los inicios de su firma, él iba a nuestra casa en la periferia.

Para hacerlo, tomaba dos autobuses y subía al metro en tres estaciones distintas. Rebeca lo abrazaba al llegar y él mostraba una sonrisa tan amplia como las que me mostraba frente al ascensor. Llegamos juntos al complejo.

Seguía siendo un hombre testarudo. Lo noté cuando quiso tomar el ascensor y deshacerse de su silla de ruedas. Sonreí por su decisión.

Su estancia en el hospital no había bajado los decibeles de su temperamento, pero, sin duda, era un hombre más tranquilo.

Subimos al apartamento. Papá entró, apoyado en nuestros brazos. Se sentó y vio la ciudad por la ventana.

Lo mimamos durante toda la mañana. Le hicimos cosquillas, le contamos muchas historias sobre nosotros que él no sabía, le informamos sobre la actualidad del país y también sobre lo que estaba pasando en su bufete.

Él se quejó sobre algunos momentos desagradables que había vivido en el hospital, que él atribuía a "la negligencia de las enfermeras".

Incluso dijo que no lo ayudaban a ir al baño.

Compartir con ellos me hizo sentirme feliz. Por fin teníamos una reunión cordial y nadie mencionaba las leyes ni la Universidad Andina. Y no solo eso.

Estaba sentado en la misma silla que había tomado yo para meditar antes de conversar con Andrés y contarle lo de mi embarazo.

Entonces sentí que todo encajaba.

Mi padre se había sentado en esa silla que me había permitido entender mi situación, y ahora él podría recibir la noticia sobre mi hijo en ese mismo lugar.

Vi a Rebeca.

Le hice un gesto para que me dejaran a solas con mi padre. Se acercó a mamá y dijo algo en su oído.

Mi madre respiró profundamente mientras me miraba.

Se levantó y tomó la mano de Rebeca. Ambas asintieron y dejaron que mi padre terminara la historia que estaban contando.

"Saldré un momento a almorzar", dijo mamá.

"Iré contigo", dijo Rebeca.

Me levanté para acércame a mi padre. Me puse a su lado.

Ellas salieron del apartamento. Giró y volvió a mirar los edificios.

Aclaré mi garganta y levanté mi cabeza, buscando un valor que me esquivaba.

Sonreí nerviosamente. "Seré sincera, papá. Debo contarte varias cosas que me han pasado".

"Qué bueno. Me encanta oírte", me respondió.

"He vivido una gran cantidad de cosas en las últimas semanas. Andrés y yo hemos salido hace ya algunos meses. Hace tres meses, durante mis vacaciones universitarias, me hice una prueba de embarazo. Fue positiva. Me sentí impactada. Y creo que esa palabra se queda corta para describir lo que sentí. Estaba tan nerviosa que Andrés lo supo después. No tuve el coraje de decírselo. Me tambaleé al saberlo, pero entonces supe que podría contárselo y seguir adelante. Mi vida iba a continuar, y solo tenía que incluir a este bebé en mis planes. Sentí mucha presión, pero ahora que todos lo saben, siento un profundo alivio. Y me siento enormemente feliz. Mi desacuerdo contigo me impidió contártelas antes, aunque quería hacerlo", le confesé.

Sus ojos estaban bien abiertos. "Hija, qué sorpresa", dijo papá.

"Sin duda que es una noticia impactante. ¿Y Andrés cómo reaccionó?"

"Estaba muy nervioso cuando lo supo. Luego pensó las cosas con cabeza fría, y se dio cuenta de que estaba contento con la llegada de su segundo hijo", le conté.

"Él y yo nos amamos, pero me mudaré y deberé esperar qué hará entonces. En este momento no sé si vamos a comprometernos o continuar nuestra relación".

Papá me veía y escuchaba con atención. Después me mostró una gran sonrisa.

Su conmoción contrastaba con la tranquilidad de sus ojos.

La molestia que pensé que lo desbordaría nunca apareció. Al contrario, estaba animado. Entendí que sí había experimentado un cambio importante en el hospital.

"Sandra, debo decirte algo. Debes hacer lo que te parezca mejor, lo que te haga sentir más cómoda y lo que no te cause problemas durante el embarazo. Y quiero que te quede claro: tu madre y yo respetaremos la decisión que tomes, sea cual sea, y te apoyaremos. Solo te pido que no te adelantes. Tómate tu tiempo para decidir qué hacer. Aunque te parezca difícil, puedes seguir con los planes que te habías trazado al principio", me dijo.

"Durante todos estos años te has esforzado tanto en la Universidad Andina que tienes las calificaciones más altas de tu clase. No solo eso. Tienes planes y has mostrado tu férrea oposición a los míos. Has defendido con tenacidad tu anhelo de ser maestra. ¿Quieres hacer todo eso a un lado por la llegada del bebé? Creo que no deberías abandonar todo ahora que solo te resta un semestre. Pero es tu decisión".

Mi papá hablaba sobre mis metas y también me apoyaba.

Me alentaba como nunca había hecho. Mis oídos recibieron sus palabras con alegría.

Una sonrisa apareció en mis labios. Ciertamente, cuando me enteré que estaba embarazada di por concluidos mis planes, mis estudios, hasta mi existencia.

Pero las cosas estaban saliendo mejor.

Había pensado todo lo que pensaba con mucha calma y mi padre finalmente me marcaba un camino que me parecía correcto.

"Mi sueño es terminar este semestre. Estoy tan cerca que no quiero abandonar todo en este punto. Sería como tirar todo por la borda. Y no solo eso: la Asociación de Profesores de Historia y Geografía de Las Villas me ha hecho una oferta de trabajo. Tienen un proyecto en mente y quieren que yo lo dirija. Así, podría acumular experiencia en investigación y la enseñanza de la historia y la

geografía. Y lo más importante: una buena remuneración salarial. He pensado mucho todas estas cosas", le dije.

"¿Y si el bebé nace en esos momentos?"

"Conversé con el líder del proyecto. Le comenté sobre mi embarazo", le dije.

"Le expliqué que me parecía una excelente oferta, pero que podría dar a luz en pleno proceso investigativo. Me informó que durante las semanas iniciales yo no tendría que hacer mucho trabajo de campo. Podré investigar en la oficina. Las labores de campo corresponderán inicialmente al departamento de arqueología. De hecho, ellos emprenderán las labores prácticas casi todo el tiempo. Incluso me dijo que yo podría adelantar algunos detalles en mi apartamento mientras me incorporaba por completo".

Estaba de acuerdo. Lo mostraba con su expresión. "Qué bueno", me dijo.

"Parece que están decididos a incluirte en este proyecto".

Sonreí.

"Quizás están determinados a contratarme porque revisaron mis notas. Saben que soy la mejor estudiante de mi clase. No me conformaré con avanzar en una parte de mi vida. Quiero graduarme, trabajar, hacer lo que me gusta y compartir con mi hijo todo el tiempo que pueda. Quiero enseñarle que puede lograr sus sueños. Ninguna mujer tiene que renunciar a sus planes por quedar embarazada".

"Tienes toda la razón", dijo papá.

"Hay mujeres en el bufete que están embarazadas y siguen trabajando. Luego tienen su licencia postnatal y regresan a la oficina más radiantes que nunca. Es normal que las mujeres salgan en estado. Eso no debería alterar sus vidas. Nadie debería juzgarlas. No me parece correcto que abandonen el trabajo."

"Tú también tienes razón", le dije mientras sonreía.

"Andrés solo sabe que recibí una oferta laboral, pero no le he dicho que me tomaré unas semanas antes de incorporarme al proyecto. Quiero evitar que la confusión vuelva a adueñarse de mis pensamientos. Que tomé la mejor decisión. Y, sobre todo, que todos me ayudaron a salir de esto. Andrés, Rebeca, mi madre y tú. No podría lograr nada sin ustedes. Quiero seguir con mis planes y tendré a mi hijo. Lo entendí perfectamente durante los últimos días".

"¿Y Andrés irá contigo?"

Respiré profundo.

"Es una gran duda", le dije.

"Quiero que lo haga, pero no sé si pueda. Aceptaré su respuesta, sea cual sea. Si no me acompaña, lloraré mucho y en algún momento sentiré que me derrumbaré, pero con el tiempo me sentiré mejor".

Tomó mi mano y sonrió.

"Me siento el hombre más feliz del mundo. Por mí, no tienes que preocuparte", me dijo.

"Siempre hice todo lo que estuvo a mi alcance para que te sintieras bien. Sentí que mi vida había cambiado cuando toqué tus manitos por primera vez. Entendí que Dios me había regalado una bendición con tu llegada. Me convencí de que debía apoyarte, ayudarte a crecer y motivarte para que lograras tus sueños. Me fijé como meta llevarte de la mano por la vida para que dieras cada paso con alegría y no te arrepintieras de haber llevado una vida plena. Y quise que vieras mi esfuerzo cuando crecieras. Estaba tan ciego por mis propios sueños que te perdí de vista. Pensé que debía guiarte para que no tropezaras, pero tú ya habías emprendido el camino de tus sueños y yo no lo había notado. Reconozco todos mis errores. Mis caprichos construyeron una barrera infranqueable entre nosotros que se mantuvo durante años. Fui tan terco que perdí tiempo valioso, que hubiera podido

usar para compartir contigo y descubrir lo que realmente amabas".

Tomé su mano. "No tienes que disculparte", le dije.

"Sentí que nunca podríamos hablar con tranquilidad para buscar un acuerdo, pero siempre he sabido que lo hiciste porque querías lo mejor para mí. Yo estaba contenta de tomar mi propio rumbo, pero en lugar de decírtelo, me cerré. Finalmente podemos sincerarnos y conversar con calma sobre lo que pensamos".

Se levantó con mi ayuda.

"Nunca perderemos la oportunidad de llegar a acuerdos. Eso no pasará ni con Rebeca ni contigo", me dijo.

Lo abracé.

Mi cara quedó en su pecho cálido.

La sinfonía de los latidos de su corazón acurrucaba mi alegría y me transmitía paz.

Él puso sus manos sobre mis hombros.

Siempre buscaba llegar a sus brazos cuando era una niña y me sentía triste.

Mi llanto había caído como cascada en sus camisas en medio de mi infancia y luego mi adolescencia.

Mi espíritu se sintió reconfortado con la suavidad de sus abrazos consolándome, como en el pasado.

"Entonces", me dijo, alejándose de mí.

"¿Cómo se llamará mi nieto?".

Me sorprendió su pregunta.

"Vaya, no sé. Aún no lo he pensado".

Capítulo 37: Andrés

Sandra estaba feliz por el bebé. Yo también lo estaba, pero debía encarar una decisión que me costaba asimilar. Mi corazón ya sabía qué hacer, pero mi mente aún titubeaba, pensando cómo avanzar sin perjudicar a nadie.

Ya no pensaba tanto en Sandra como pensaba en nuestro hijo. Él se había apoderado de mis pensamientos.

¿Qué pasaría conmigo cuando naciera?

¿Sería una parte importante de su vida?

¿Y en la de Sandra?

No sabía qué hacer ni qué sucedería entre nosotros. Me quedé en mi apartamento y desde allí hacía el trabajo pendiente.

Mi mente seguía siendo una tormenta de emociones.

Sandra tenía una oferta laboral. Entendí que tenía todo el derecho de aceptarla. Sabía que tomaría la decisión que le pareciera la mejor. Pero El Trigal era mi ciudad.

Mi empresa tenía su sede aquí y Enrique estudiaba cerca del complejo de apartamentos. Pero mi segundo hijo venía en camino.

Al quedarme en mi ciudad, solo vería al bebé durante los fines de semana y las vacaciones. No quería que él pasara por una situación así, con un padre ausente.

Enrique estaba a mi lado siempre, y sin embargo sentía que los días se quedaban cortos y no disfrutaba tanto con él como quería.

Llamé a mi madre. Tenía que hablarle a alguien sobre mi incertidumbre y ella era la indicada para recomendarme qué hacer.

Sus consejos eran más relevantes que nunca, aunque siempre que tenía problemas la contactaba para salir del foso o escuchar sus palabras de aliento.

"Hijo mío", me dijo.

Tomé aire. "Mamá, ¿cómo estás?"

"Estoy bien, pero tú no pareces estarlo ¿Sucede algo?"

"Nada grave. Es solo que necesito que me des un consejo", le dije.

"Sandra tiene la opción de trabajar en Las Villas después de graduarse. Ya decidió que tomará el trabajo. Quiere que la acompañe, pero que lo haga sin sentirme obligado. No sé qué hacer".

"¿Cómo que no sabes qué hacer? No comprendo nada", me dijo.

"Es claro como el agua. Pregúntate en qué lugar quieres estar para que sepas cómo será tu vida con ella y tu hijo. Además, recuerda que Enrique te necesita y él también será parte de esta familia porque el bebé es su hermanito. Tienes toda una vida en el horizonte al lado de Sandra, pero debes ser tú quien tome las decisiones que creas convenientes. ¿Quieres ser el papá de tu bebé o ser el padre del niño y también el esposo de Sandra? En ese punto no puedo ayudarte, porque simplemente no puedo decidir por ti. Eso te corresponde a ti como compañero y como padre".

"Quisiera adivinar el futuro para saber qué hacer".

Mamá sonrió con el recuerdo.

"Cuando eras niño, querías adivinar el futuro y te lanzaste por una colina, porque pensabas que podías ver el futuro en tus sueños y no te harías daño. Pasaste tus veranos con un brazo enyesado".

Reí con la anécdota. "Sí, lo sé. No pensaré en esos dones".

Ya sabía que Sandra no esperaría por mí toda la vida y yo tenía que actuar como un hombre maduro y hablarle sobre mis planes cuanto antes. Entonces olvidé los chistes y me concentré en la situación.

Me gustaba estar con Sandra y nuestro hijo.

Estaba seriamente comprometido y debía tomar la decisión adecuada. Ese era mi plan. Sin embargo, tenía que tomar en cuenta otras cosas. Y tenía que hacerlo pronto.

De lo contrario, Sandra podría sentirse triste y volver a creer que yo no quería formar parte de su vida incluso antes de que viviéramos juntos.

"Ponte en el lugar de Enrique. Así podrás ver las cosas desde otro punto de vista. La ha pasado mal desde que murió Elena. Ha llorado porque anhela tener una madre. Adora a Sandra. Le encanta pasar tiempo con ella. Tú has vivido meses complejos, pero no se comparan con los que ha vivido él. Su vida sería totalmente distinta si su madre estuviera viva y a su lado. Así de simple. Pero Enrique podría tener una infancia más tranquila contigo, su hermano menor y Sandra, aunque Elena siempre le hará mucha falta. No tengo la capacidad de saber si todo saldrá bien, pero sin duda todo cambiará".

No entendía el curso que estaba tomando con sus palabras. "Tienes razón", le dije de todos modos.

"Puedes quedarte en El Trigal, pero tu hijo crecerá sin la presencia permanente de su padre. Eso solo complicará su crecimiento y lo llenará de resentimiento. Te digo todo esto para que abras tu mente", me dijo.

Al decirle a Sandra que aceptaba ser parte de la vida del bebé, no había entendido las consecuencias de mi decisión.

Las palabras de mi madre resonaron en mi mente. Ya no tenía dudas. Ahora comprendía todo.

Sonreí para mis adentros y le agradecí a Dios tener una madre tan sabia.

Era el fin de mi caos mental: estaría con Sandra y el niño.

"Quisiera que cuidaras a Enrique esta noche, por favor", le pedí.

"Lo haré con gusto", respondió.

"De todas maneras, ya está a punto de dormir".

"Te lo agradezco. Y también agradezco tus palabras. Me ayudaste a entender cuáles son mis prioridades", dije y colgué mi llamada.

Sabía lo que quería hacer. Sandra y yo viviríamos con Enrique y nuestro hijo. Compartiríamos nuestras vidas.

Quería estar con ella y sabía que Enrique también quería estar a su lado. Imaginé que cuando supiera que tendría un hermanito también quería estar con él.

Jamás me perdonaría que mi hijo creciera sin mí, sabiendo que le había dado todo a mi hijo mayor y que ambos me necesitarían.

Sonreí y llevé las manos a mi cuello.

Enrique no estaba en el apartamento. Lo supe después de buscarlo por todos lados. Estaba con mi madre en su casa. Apenas podía pensar de lo confundido que estaba.

Tomé mi celular y calmé mis nervios.

Le dije por teléfono a mi asistente que no estaría disponible el lunes y que, por lo tanto, debía cancelar todas mis reuniones, aunque le tomara todo el día comunicarse con todos los clientes.

Llamé al aeropuerto para solicitar un vuelo privado a Las Villas. Me recordaron que tenía un avión y que podía usarlo.

Lo había olvidado.

Solía usar el avión de la empresa para todos los vuelos y las firmas de los contratos, pero me alegré de recordar la existencia de ese aparato, tan útil en un momento así.

Cambié mi atuendo y bajé para tomar un taxi.

La recepcionista del aeropuerto me había dicho que todo estaría listo en una hora y media aproximadamente.

Tras un viaje corto y sosegado llegué a Las Villas. De inmediato contacté a un asesor inmobiliario y nos pusimos manos a la obra. Ya los había contactado antes de llegar, así que sabían lo que yo quería exactamente.

Se alegraron de tenerme como cliente.

Sabían quién era yo.

El asesor me recibió en el aeropuerto. Empezó a mostrarme casas y apartamentos. Al cabo de dos horas ya habíamos visto unas diez casas.

"Aún podemos ver una vivienda", me dijo, "pero como es mucho más grande, su precio sube ostensiblemente".

Quiero que sea el mejor lugar tanto para mí como para mi esposa y mis hijos adorados, así que no se preocupe por el dinero", le respondí.

Estaba contento. "De acuerdo", me dijo.

"Espero que le guste".

Subimos a su auto y salimos del centro de Las Villas y en unos minutos llegamos a los alrededores. Llegamos a las urbanizaciones de lujo que bordeaban la ciudad.

Recorrimos una extensa calle y llegamos al final, donde se ubicaba la casa más grande.

Una sinuosa entrada curvilínea la anticipaba.

Luego vi el jardín, lleno de grandes y coloridas plantas llenas de flores.

Entonces descubrí una fuente con decoraciones de angelitos. Lo supe. Era la casa perfecta.

Me imaginé a mí mismo preparando alguna parrillada para toda mi familia en alguna ocasión especial en la parte exterior.

Sandra estaría encantada con el espacio y los detalles.

Podríamos tener muchos hijos y ellos correrían por los pasillos con sus caras sonrientes.

Había sido muy cuidadoso con los negocios, pero la mansión lujosa e increíblemente amplia era la excepción. No podía pensarlo demasiado.

Tenía que sorprender a Sandra antes de que las fiestas terminaran. Quería garantizar un lindo futuro para ellos.

Acordé el monto a pagar y le ofrecí una comisión extra al asesor para que acelerara el proceso.

Llamó a su jefe y pude escuchar la alegría al otro lado del teléfono.

Salimos a su oficina para firmar los papeles. Eran muy profesionales.

No había terminado la noche cuando ya tenía todos los documentos en mis manos y las llaves de mi nueva casa en el bolsillo.

Regresé, tomé una ducha en el baño de la habitación principal. Extendí mis brazos y vi la mansión de mi familia.

Fui al jardín de mi nueva casa y llamé para pedirle al piloto que me llevara de vuelta a El Trigal, pero las condiciones atmosféricas habían cambiado y ya no podíamos volar.

Reservé una habitación en un hotel y pasé la noche fría entre las sábanas.

No quise permanecer en la casa y estropear algo antes de la llegada de Sandra.

Me pregunté por qué había comprado la casa. La respuesta era simple. Amaba a Sandra. La amaba tanto como al hijo que tenía en su vientre y a Enrique.

La había comprado porque quería hacerla muy feliz.

Que supiera que con mi compañía no le faltaría nada y se sentiría apoyada y adorada.

Lo único que me entristecía era la distancia que me separaba de mi madre. Pero ella estaba bien, de acuerdo con mi decisión, y yo podía pedirle que viniera cuando quisiera compartir con nosotros.

Llamé a Sandra. No atendió. Entendía que reaccionaba de ese modo porque yo no había sido capaz

de responder de inmediato cuando me contó sus planes de mudarse.

Pero ya la extrañaba terriblemente.

Ella había guardado silencio, sin embargo, y ahora no respondía su celular, por lo que imaginé que estaba con su familia o quería tomar aire fresco.

Luego supuse que quizás sería mejor para mí que no hablara conmigo.

Si lo hacía, quizás mi boca se abriría y le diría que había comprado una casa para ella. Esa no era mi intención.

Me levanté a primera hora de la mañana y me sentí radiante y alegre como nunca.

Me preparé para regresar a mi ciudad y contarle a Sandra sobre la novedad.

Pensé que al ver la mansión su mente se despejaría y todo volvería a la normalidad. Había nieve e incluso sentí ganas de jugar con ella por la alegría que sentía.

Preparé mentalmente las palabras que le diría mientras la llevaba a nuestro nuevo hogar al otro lado del país.

Solo ansiaba no haber esperado mucho tiempo y que mi tardanza no la llevara a tener pensamientos negativos sobre mí. Yo no lo soportaría y nuestra relación tampoco.

Busqué a Enrique en casa de mi madre.

Conversé con él y le dije todo lo que estaba pasando.

Supo que Sandra y yo éramos novios hacía tiempo, que tendría un hermano y que la sorprendería con un regalo que había comprado.

Le dije que debía hacer todo lo posible para mantener la compra en secreto.

"Haremos lo mismo que Sandra hace. Seremos discretos", me dijo.

"Así es", le dije mientras lo abrazaba.

"Te pido que no le digas nada".

"Me callaré. Tranquilo, papá", dijo, estrechando mi mano y cerrando su boca con su otra mano.

¿Todo saldría perfecto o mi vida se iría por el desagüe?

Capítulo 38: Sandra

"Iremos a un lugar especial", fue todo lo que dijo Andrés. Me pidió que fuese a su apartamento con una maleta llena de mis cosas esenciales y ropa para el invierno. Estaba sorprendida, y el hecho de que me llamara a las seis de la mañana no ayudaba.

Fue enfático en solicitarme que no le pidiera que le adelantara nada.

No dejaba de pensar que él y yo no habíamos podido conversar sobre mi mudanza. Tampoco me había dicho si se quedaría conmigo ni sus planes.

Sabía que era difícil, pero esperaba que él hiciera lo mejor para mí y el bebé.

Me descubrí a mí misma recordando todo su esfuerzo para que su empresa fuese exitosa, por lo que seguramente no querría moverse de El Trigal, pero no dejaba de pensar que me desanimaba no estar con él todos los días.

Andrés besó mi frente y me abrazó cuando abrió la puerta de su apartamento y me invitó a entrar.

Sirvió una taza de café descafeinado para mí y vistió a Enrique con abrigos gruesos.

Incluso le puso botas y una bufanda de su equipo favorito. Aunque hacía frío en El Trigal, no se justificaba ese atuendo tan extremo.

Sospeché que iríamos al Polo Norte.

Suspiré y decidí seguir la corriente. Andrés estaba decidido a llevarnos. Bajamos y condujo hacia al aeropuerto privado.

Cuando llegamos, buscó su avión.

"Me gustaría saber adónde me llevas", le dije.

Tomó nuestras manos y nos llevó al avión. "Vamos a Las Villas", me dijo.

Sentí que me había convertido en millonaria de la noche a la mañana al subir a ese avión espectacular.

Nada de lo que había visto antes se semejaba al lujo dentro del aparato.

Mi madre había decorado mi apartamento en Las Villas, pero no representaba ni la mitad de ese lujo. Butacas de cuero, champán, incluso una cama matrimonial.

Ví las botellas de gaseosas en la gran nevera, televisores que parecían una pantalla de cine, asientos para varias personas y un espacio para realizar reuniones de negocios. Aunque mi padre también tenía una vasta fortuna, no poseía aviones ni acostumbraba viajar en ellos.

Entendí que personas como Andrés optaban por tomar sus vuelos en aviones privados.

Se sentía que estabas en casa mientras el avión despegaba y no escuchabas ningún ruido.

Andrés había notado el impacto en mi mirada.

"Viajé mucho en este avión cuando acababa de comprarlo", me contó.

"Era importante para mí sentir que estaba en mi casa. Ahora espero que seas tú quien tenga esa sensación".

Moví mi cabeza. "Pues lo lograste", le respondí.

"Pero no entiendo por qué viajamos a Las Villas. Supongo que ya quieres que llegue a la universidad".

Apenas pude darme cuenta de que ya estábamos aterrizando. Rió a carcajadas y llevó sus manos a sus rodillas.

Giró para ver la pista en la ventana mientras tomaba algo de agua.

Una limusina negra nos esperaba cuando bajamos.

Había una alfombra blanca bajo mis pies. Era la nieve.

Me daba la bienvenida a mi segunda casa. Ví las calles a mi alrededor cuando empezamos a

recorrer el camino a la universidad.

Contemplé todos los lugares en los que había pasado parte de mis noches cuando acababa de llegar a Las Villas.

Después pasamos por la calle de mi apartamento.

Sonreí con los recuerdos, y noté que Andrés evitaba hablar.

Enrique tapó su boca con sus manos y en varias ocasiones le dijo algunas frases a su padre en su oído, pero no pude escuchar. Sentí que se burlaban de mí.

Un niño que aún no llegaba a la escuela primaria y su papá me escondían algo. Tomé aire y crucé mis brazos.

Ellos no me contarían ni un ápice de un secreto, aunque yo se los pidiera.

Después de atravesar el centro de la ciudad llegamos a la periferia. Arribamos a una zona de mansiones destinadas a las personas más ricas.

Entendí que no me llevaba a la universidad.

Nuestro auto desaceleró mientras pasábamos por la tenue curva que nos llevaba a la casa a la que supuse que me llevaba Andrés. Vi un patio repleto de rosas rojas, tulipanes y margaritas.

Un portón enorme se abrió mágicamente y descubrí angelitos mirando a la mansión y lanzando agua al fondo de la fuente que los sujetaba.

Me maravilló el colorido de la casa y el tamaño del lugar. No solo era la vivienda.

Era el césped verdísimo que la bordeaba. No podría vivir en un lugar como ese y limpiarla en una semana Necesitaría meses para mantenerla aseada o recorrerla por completo.

Era un sueño hecho realidad. Solo me molestaba que no se hubieran tomado la molestia de mostrar que también podían decorar la casa con lindos motivos navideños.

Era un desperdicio, siendo una mansión espléndida.

Mis sueños más utópicos se relacionaban con adquirir una vivienda tan linda, pero sabía que sería difícil lograrlo.

Rodeamos la fuente con nuestro auto y frenamos cuando vimos una inmaculada escalera en forma de caracol que llevaba hacia la entrada principal.

Vi las puertas principales. Eran de fina madera. Otros motivos de angelitos las decoraban.

Estaban barnizadas y olían a pino. Pensé que era un diseño exclusivo, hecho únicamente para ese inmenso hogar. Nunca lo había visto en ningún lugar y le daba un toque muy especial a ese hermoso sueño hecho realidad.

"¿Conoces a los dueños de esta mansión?", le pregunté a Andrés.

Sonrió, bajó de la limusina auto y abrió mi puerta. "Digamos que sí", dijo.

Me ayudó a salir del auto con su mano.

Yo me quedé contemplando las columnas grises que sostenían la mansión, con mi boca abierta de par.

Sus zapatos jugaron con la nieve. Cada detalle de la casa estaba muy bien cuidado.

Quería conocer al dueño y felicitarlo por su buen gusto.

"Creo que te gusta esta casa", me dijo Andrés viendo mi cara iluminada.

"Es una casa maravillosa. ¿Cómo no podría gustarme?", le pregunté.

Sacó unas llaves de su abrigo "Qué bueno que te guste", me dijo.

"Porque ahora es nuestra".

Enrique llevó sus brazos arriba de su cabeza y empezó a saltar. "¡Sorpresa!", dijo.

Estaba emocionada. "Santo cielo", les dije.

"Esto tiene que ser una broma. ¿Qué harás con tu empresa?"

"Deberé ir a las oficinas con cierta frecuencia para atender a algunos clientes y asistir a algunas conferencias importantes, pero no tardaré mucho porque iré en mi avión. Podré instalar una pista privada atrás. Así, evitaré ir al aeropuerto. Sin embargo, estaré aquí casi siempre. Ya hice todos los trámites", me dijo.

Estaba conmocionada por las noticias cayendo como cascada frente a mí.

"Andrés, estoy tan sorprendida que no sé qué decirte".

Tomó mis manos y sonrió.

"Sandra, hago esto por el bebé. Pero también lo hago por ti. Eres el ser más importante para mí. Mi vida sin ti no valdría la pena. Te amo como nunca he amado a nadie. Sin Enrique, sin nuestro hijo, no sería nadie. Me sentiría perdido sin ustedes, sin ti. Ya me he esforzado tanto que he ganado el dinero suficiente para poder dar pasos arriesgados como este. Sé que soy afortunado. Mi compañía es grande y rentable, así que puedo hacer lo que me parezca mejor. Y también quiero que hagas lo que te parezca correcto, porque siempre podrás contar con nosotros".

Mis ojos se llenaron de llanto.

"Sigo sin saber qué decirte. Andrés, eres el sol que ilumina mis días. Agradezco este gran regalo. Y también te agradezco que nos permitas ser parte de tu vida".

Tomó mi cintura con suavidad.

"No tuve que decidirlo", me dijo.

"Simplemente puedo imaginar la vida sin ustedes. Quiero ser un padre responsable. Mi mayor anhelo es que nuestros hijos vean que somos felices y viven en un hogar lleno de amor y serenidad. Después de tanto sufrimiento, creo que merecemos estar bien. Esta es la primera decisión que tomo para lograrlo, pero te aseguro que vendrán muchas más. Nos falta un largo camino por recorrer para garantizar esa estabilidad, pero creo que con este hogar podemos avanzar en esa dirección. Nuestro hijo estará bien cuidado y Enrique tendrá un lindo cuarto. Acompáñame a ver nuestra casa".

Asentí y le regalé una sonrisa. Pasamos las puertas de madera y la gigantesca entrada se mostró ante mis ojos.

Una enorme escalera se asentaba en la esquina derecha y llegaba al otro extremo.

Descubrí que el mármol gris decoraba los salones principales.

Suspiré, pensando cuánto tiempo nos tomaría asear la casa mientras miraba el techo alto sobre mi cabeza. Pero Andrés sospechó lo que pensaba y se inclinó.

"Eso no tiene que hacer ruido en tu mente. Podremos buscar una empresa de limpieza para que haga el trabajo", susurró en mi oído.

Caminé por toda la casa detrás de él. La alegría me desbordaba. Una vez que recorrí toda la mansión, subimos para ver los dormitorios.

Todos estaban en la planta alta. Entré en la habitación principal después de abrir las puertas de madera.

Ví a Enrique jugar con sus aviones de madera por los amplios pasillos en la parte inferior de la casa, y su rostro mostraba una inmensa alegría. Viviría con él, y eso llenó mi pecho de regocijo. Lo amaba.

"¿Te parece que esta habitación es tan linda como el resto de la casa?", me preguntó una voz de mujer.

Volteé. Tomó mis brazos y me sonrió: era la madre de Andrés quien me hablaba. Nos fundimos en un gran y cariñoso abrazo.

Sentí la calidez de sus brazos y me sentí feliz de nuevo. Era como si me diera la bienvenida a mi nuevo hogar.

"Es un hogar precioso, en el que tu hijo crecerá sano y fuerte. Ya eres parte de mi familia, Sandra. Y me alegra que lo seas. Estoy feliz por todo esto que está pasando", me dijo.

Tomé sus brazos de nuevo. Me sentí contenta por su recepción.

"Te lo agradezco", le dije.

"Me cuesta entender todo lo que está sucediendo porque todo ha sido muy rápido, pero nunca imaginé que Andrés me sorprendería de esta forma. Y también te agradezco por darle una mano a Andrés cuando se sintió desorientado".

Me guiñó un ojo.

"Es parte del trabajo de madre", me dijo.

"Cuando nazca tu bebé, te darás cuenta".

"¡Abuela!", dijo Enrique.

Corrió por el pasillo y soltó su avioncito.

Abrazó con fuerza a su abuela. Ella lo apretó y lo llevó a su pecho.

En ese punto, me sentía tan contento como Enrique.

Sentí ganas de llorar al ver esa imagen tan familiar.

"Es nuestra nueva casa", le dijo Enrique.

"Espero que te guste, porque papá la compró para nosotros".

"Me encanta," le respondió entre risas. "¿Y a ti?".

"Es muy grande. Podré jugar en ella sin aburrirme nunca", le dijo.

"Y no solo eso, sino que podremos vivir todos aquí. Sandra será mi madre. Es decir, mi otra madre, porque la primera se fue al cielo".

De nuevo me guiñó su ojo. "Es verdad", dijo ella.

"No olvides que tu madre te quiere. Sandra también te quiere mucho".

Me sonrió dulcemente. "Yo también la quiero", dijo.

Vimos los cuartos, subimos al auto y fuimos a cenar.

Tenía mucha hambre. Fuimos a un restaurante de comida asiática al que solía ir durante mi periodo de clases.

Pronto empezamos a hablar sobre los cuartos de la casa y cómo decoraríamos una de ellas para el bebé.

Buscamos una mesa a la izquierda del lugar y pedimos comida para todos.

"Podríamos pintar la habitación de mi hermano con aviones y palmeras", sugirió Enrique.

"Tal vez no le gusten los aviones. Podría ser una niña", le dije.

Frunció su ceño. "Asco", dijo.

"No sabía que podía ser una niñita".

Enrique movía su cabeza de lado a lado. Reímos con su comentario.

Andrés le dijo que no importaba si era una niña o un niño, porque todos le amaríamos igualmente.

Enrique estaba dubitativo, pero metió de nuevo su cabeza en las hojas para colorear que le había obsequiado la camarera para que se distrajera mientras llegaba nuestra cena.

"Hay una larga lista de familiares y amigos que seguramente estarán encantados de celebrar esta noticia, así que quisiera organizar una fiesta de celebración adicional a la que prepararán tus padres para recibir al bebé", me contó la mamá de Andrés.

"Podríamos hacerlo en nuestra casa campestre".

"Claro", le respondí entre sonrisas.

"Te agradezco la idea. Podrías venir a la celebración que harán mis padres y así me ayudarás a no volverme loca".

Rió al escucharme.

"Por supuesto que iré. Me haré cargo de tu madre. Entiendo lo que le sucede porque sentí lo mismo que ella. Y, además, puedo hacer el papel de señora mayor y adinerada".

Me sorprendió su comentario. "No te veo de esa manera", le dije, y solté una leve risa.

"Pero no hay problema. Andrés puede hacer el papel de señor rico cuando guste".

"Perfecto. Y por favor, no me llaves viejas".

Conversé con todos mientras ellos reían y comían.

Me sentía parte de algo de lo que siempre quise formar parte, y me sentía extraordinariamente bien.

Éramos una familia. Pero lo que me hacía sentir aún mejor era mi amor por Andrés.

Capítulo 39: Andrés

Enrique estaba exhausto y la noche había entrado en sus horas finales. Además, había mal tiempo y no pudimos salir de Las Villas.

Sandra estaba entusiasmada con su nuevo hogar, y al día siguiente, cuando volamos de regreso a El Trigal, nos tomamos de la mano y puso su cabeza en mi hombro.

El avión aterrizó, me dijo que quería pasar el resto del día con sus padres, los llamó para avisarles que estábamos llegando, y ellos sugirieron que me uniera a ellos.

Me sentí mejor que en la ocasión anterior. Nuestro tiempo juntos transcurrió con alegría. Ya su padre se sentía mejor y su relación con Sandra había mejorado notablemente.

Tras tener ese infarto, había decidido tomarse las cosas con más calma y hablar y actuar pausadamente. Jugó juegos de mesa con Enrique, compartió con sus hijas y sonrió mientras conversábamos. Unos minutos después, él y la madre de Sandra me dieron un obsequio.

Lo más importante fue que jamás hizo referencia a sus casos ni a las leyes.

"Con este presente queremos demostrarte que eres bienvenido a mi familia", me dijo la madre de Sandra.

Sandra se ubicó a mi lado. Sonreía ampliamente y vio la caja del presente.

Era una cajita de madera de pino cerrada con llave.

Cuando la abrí, encontré un pequeño tubo de marfil con una inscripción. El pasado aparecía ante mis ojos. El artículo era antiquísimo.

"Mi bisabuelo usaba esa pipa", dijo el padre de Sandra.

"La compró cuando estaba en el extranjero, cumpliendo el servicio militar. Mi padre me dijo que esa pipa trae suerte al que la posea. Que llena su vida de amor y alegrías. Todos en mi familia la hemos tenido, pero como no tengo hijos, me siento dichoso de regalártela a ti."

Me levanté y estreché su mano izquierda. "Guau. Le agradezco este lindo gesto", le dije.

"La conservaré en buen estado".

Era su pareja oficial. Al menos así me sentí.

Lo percibí cuando me dio ese regalo. Fue una sorpresa, pero al mismo tiempo supe que era una demostración de que sus padres estaban satisfechos con mi presencia en la vida de Sandra.

Era una sensación muy reconfortante.

Éramos una gran familia, llena de amor y apoyo, y cuando Enrique quiso hablar con alguien, se acercó a Sandra.

Terminamos nuestra cena, nos despedimos amablemente y ella salió conmigo a mi apartamento.

Abrimos la puerta de mi apartamento, bañé a Enrique y Sandra estaba tan agotada por el estrés y los cambios recientes, que se recostó de inmediato a descansar en la sala de estar.

Habíamos volado, recorrido nuestra nueva casa y compartido con su familia. Entendía su cansancio, porque yo también me sentía exhausto. Y recordé que nuestro hijo pronto nacería.

Así que eso solo les añadiría más cansancio a nuestras vidas.

Enrique salió de la ducha y se vistió. Me mostró una amplia sonrisa mientras lo abrazaba.

Salió a la sala de estar, abrazó a Sandra y llevó su cabeza a sus hombros.

Ella lo subió a su cuarto y lo metió en cama. Leyó su cuento favorito y él se quedó dormido rápidamente.

Sandra volvió a sonreír. Cerró su puerta lentamente y estiró sus brazos. Fue de nuevo a la sala de estar y se sentó a mi lado.

"Cuando nos mudemos, viviremos en una mansión con un jardín lleno de rosas."

"No tendremos una vida como esta", me dijo.

"Podremos ser una familia, como siempre he querido".

"Pero primero, tendremos que comprar los muebles".

"Me encanta la idea", dijo ella.

"Quiero ir ya a comprarlos. Solo pídemelo y lo haré con un chasquido de dedos".

"¿Tanto te gusta decorar?", le pregunté.

"Nunca dejas de asombrarme. Esa parte de ti me gusta mucho".

Me sorprendí.

Besó mi mejilla. "Y tendremos mucho tiempo para sorprendernos", me dijo.

Puse mi mano en su estómago. Estaba más grande, aunque nadie podría sospechar

Todavía no se notaba a simple vista su embarazo, pero yo sí pude notarlo con mi caricia.

Me sentí feliz de poder sentir cómo nuestro bebé crecía.

Sentí que me enamoraba de nuevo de ella.

Tomé aire y vi sus ojos fijamente.

"Estoy muy impaciente. Quiero tener a mi bebé en mis brazos", me dijo.

"Siento lo mismo", le respondí.

"¿Qué crees que sea?".

"Estoy totalmente segura de que será una niña", dijo con firmeza.

"¿Una niña? ¿Qué te hace estar tan segura?".

"Nada. Es mi intuición", me respondió.

"¿No lo crees? ¿Te inclinas a pensar que será un varoncito?".

Sonreí. "No sé qué pensar en este momento. Te pregunté porque supuestamente las chicas saben más sobre embarazos".

"¿Elena supo qué tendría?".

Reí nuevamente.

"Sí. Incluso compró ropa de niño durante su segundo mes de embarazo y dijo: 'Será un niño'".

"Maravilloso. Ojalá yo lo sepa pronto", dijo ella. Estaba muy alegre.

"No olvides nunca que Enrique, este bebé y tú son lo más importante para mí".

Tomé sus manos y vi su cara.

"Lo sé. Y me alegra saber que pasaremos el resto de nuestras vidas juntos", le respondí.

"Había renunciado al amor, pero tú me hiciste renacer. Estoy enamorado locamente de ti y quiero que vivamos esta historia de amor y que nunca termine".

Estaba feliz de estar con ella.

Sonrió y posó sus suaves labios en mi boca. Se retiró de mí y me vio con malicia.

Tomé su cuello y sonreí, regocijado. Recibí otro beso de su cálida boca.

"Quiero que me lleves a tu cama", dijo, con una voz anhelante.

"No tienes que pedirlo dos veces".

Tomé su mano y llevé a Sandra a mi cuarto.

Fue al baño y me pidió recostarme. Me dijo que saldría del baño en unos minutos.

Acepté su petición. Entró y vi cómo su silueta se despojaba de su vestuario.

Entendí que debía desnudarme también.

Me quedé en calzoncillos y me recliné en la cama. Pero llevé mi mente a otro lugar para no tener una erección.

Quería tener unos mágicos momentos preliminares con ella. Ahora, todo era distinto.

No quería que mi deseo sexual desplazara a mi amor en un momento tan íntimo como ese.

Me senté en la cama.

Mi cuello quedó contra el fondo y mis caderas se apoyaron en las sábanas. Oí el sonido leve de la puerta del baño y vi salir a Sandra. Estaba espectacular.

Su cabello ondulante se deslizaba tiernamente por sus hombros, sus ojos iluminaban la habitación y su piel me atrapaba con su suavidad.

Lucía una pequeña camiseta gris que se ajustaba a su cintura.

Apagó la luz.

Tomó el control de la situación. Caminó hacia mí. Impetuosamente se deslizó sobre ella y se sentó sobre mí.

Tomó mis labios con deseo y luego los sedujo con un beso.

Tomé su dulce espalda y mis manos atraparon su cintura. Se empujó sobre mis caderas y mis bolas tensas recibieron toda la excitación que salía de sus muslos.

Una catarata de besos desbordaba nuestras bocas sedientas de placer.

Nos sentimos mutuamente y sentí que ya éramos un solo cuerpo y una sola piel.

El frenesí de nuestros encuentros anteriores se había convertido en un ritmo lento, que disfrutábamos más.

La pasión empezaba a subir.

Sandra llevó mi pene a su interior. Se balanceó con suavidad y su vagina recibió mi pene y lo apretó.

Sus líquidos mojaban mi tronco.

Gimió mientras su clítoris se convertía en un huracán de placer. Entonces sujeté su culo con ambas manos.

Me deslicé dentro de ella. Íbamos y veníamos, entrábamos y salíamos, con las sábanas como testigos mudos de nuestra pasión. Sí, ya había mucha pasión, pero sobre todo había intimidad y amor.

Percibí que Sandra estaba a punto de venirse por la tensión de su piel y sus gemidos cada vez más estremecedores.

Me encantaba el eco de su voz resonando en mis orejas.

Se empujó con intensidad sobre mi pene.

Tomó mis manos y las puso en sus senos.

Los apreté con fuerza. Ella no paró. Con sus caderas se movió más y más, sintiendo cada palmo de mi erección en sus profundidades.

Sus ojos cerrados eran una señal de su placer. Su orgasmo era inevitable.

Usó sus manos para sujetar sus caderas y balancearse rápidamente y sentir mis bolas tensas.

Unos segundos después, se quedó inmóvil y contuvo la respiración.

Apenas se movió sobre mis muslos. Más líquidos cálidos provenientes de su orgásmico interior inundaron mi pene.

Puse mis manos sobre sus caderas velozmente.

La llevé a la cama y quedó de espaldas.

Metí mis dedos inquietos en su camiseta para sentir sus ricas tetas. Luego bajé completamente sus bragas.

Después me deshice de mis calzoncillos y los tiré al piso.

Tomé el tronco de mi pene y moví mis dedos desde abajo para excitarme más.

Llevé su pierna derecha al aire para que mi erección entrara con mayor facilidad.

Inmediatamente la penetré y sentí cómo me bañaba con sus líquidos incesantes.

Escuché su reacción, que venía desde el fondo de su garganta.

Me excité más y me moví con furia dentro de su vagina.

Cerré mis ojos mientras mi pene se humedecía más y más. Me apoyé en la cama para entrar en ella sin caer.

Sentí su clítoris con mis dedos y noté la inmensidad de su excitación y su piel tensa.

Ella encontró mi pene con sus muslos, empujándose hacia adelante y disfrutando mientras su culo golpeaba mis bolas.

Me incliné, abofeteé su culo y la penetré con mucha fuerza. Arañé sus nalgas. A ella le encantó.

Llevando mi otra mano a su hombro, la invité a moverse con más fuerza para que acabara.

Supe que se vendría en unos segundos.

Reaccionó con placer, soltando alaridos en medio de su cara empapada.

Quería ver su cara cuando el clímax anegara su cuerpo.

Retiré mi pene y giré su cuerpo cuidadosamente.

Llevé sus piernas a mis hombros, la penetré de nuevo mientras mi mano recorría sus tetas, su abdomen y su clítoris.

Después tomé su mano y recibí la gloria de su voz excitada en mis orejas.

Gritó, arañó la palma de mi mano y pidió más y más.

Yo ya no podía esperar.

Sandra se movía con fuerza para recibir mi penetración, soltando una lluvia de sensualidad sobre mí mientras yo bajaba para besar sus labios y pegar mi vientre al suyo.

La cogí con más fuerza y ella se deleitó con mis movimientos tensos.

La tensión de su vagina en mi pene sacudió mi piel. Entonces me vine y llené su interior de mi semen.

La habitación se llenó de nuestros gemidos y emociones

Sandra finalmente abrió sus ojos.

Vio mi cara y su cuerpo poco a poco recuperó la calma.

Pero a mí me costó más. Estaba agotado.

Mientras respiraba profundamente, toqué su cálido rostro y besé sus labios.

La acerqué a mi cuerpo con mis manos.

Seguía sonriendo y puso sus piernas sobre mi abdomen.

"Andrés, te amo", dijo en voz baja.

"Sandra, yo también te amo", le dije.

"Y siempre lo haré".

Epílogo

Nueve meses después

Sandra

Desde que empezamos a vivir juntos, nuestra vida había sido maravillosa. Sentía que estaba en el paraíso. Ariana fue el nombre que elegimos para mi linda niña.

Llegó a nuestras vidas durante la última semana de julio, rodeada de toda mi familia y la de Andrés, en medio del calor característico de esas fechas en La Alameda.

Con apenas un mes, ya era la dueña de mi vida y mi corazón.

Su mirada tenía un lindo y tenue tono marrón, su cabello se inclinaba hacia el negro y su sonrisa me derretía. Lo mismo me pasaba cada vez que me tocaba con sus grandes dedos.

Cuando nació y me mostró su cara, la chispa de su mirada me hizo entender que sería igual a mi padre. Todos la amábamos profundamente.

El cuarto de nuestra hija había sido decorado por Andrés y yo. Su habitación había quedado perfecta.

Fue tal como lo soñé. Sentía que entraba en un mundo diferente cada vez que estaba allí.

Usamos colores suaves para pintar las paredes. Había cortinas rosas en las ventanas y el techo. Era como si las nubes y el sol nos cubrieran.

También coloqué unos pequeños ángeles de madera y otros de vidrio en el techo y también sobre la cuna de nuestra amada hija.

Había alfombras decoradas con luces parpadeantes, que durante la noche te hacían sentir que dormías sobre las estrellas. Además, puse centenares de libros en la biblioteca de la habitación y sábanas blancas para cubrir a Ariana, así como suaves mantas compradas en el extranjero.

Vi la ciudad por la ventana mientras dormía a mi bebé. Mecí la silla en la que estaba sentada para alimentar a mi hija. Me sentía feliz cada vez que la amamantaba.

Me sentí tan agotada cuando terminamos con su cuarto que decidí contratar a un diseñador para que se encargara del resto de la mansión.

Recordé que el parto no había sido para nada sencillo. Mi doctor había decidido que la niña debía nacer mediante un parto natural en lugar de planear una cesárea.

Cuando sentí las primeras contracciones, supe que no sería un paseo por la ciudad.

Tuve que esperar casi veintidós horas para que naciera.

Cuando lo hizo, sentí el enorme cambio.

Era muy feliz cuidándola y viendo el rostro sonriente de Enrique cuando la cargaba.

Andrés trabajaba en los momentos que podía.

Era un panorama muy agradable para todos.

Sí, definitivamente mi vida había cambiado. Ariana era la protagonista de mis pensamientos y mi vida, aunque cuidarla implicaba un esfuerzo extraordinario. Estaba exhausta.

Agradecí que Andrés tuviera experiencia en el cuidado de los recién nacidos.

Escuchaba el llanto de Ariana en la madrugada y despertaba para darle un biberón mientras yo dormía.

Jamás había imaginado que vería tanta felicidad en un solo lugar. Ya Enrique estaba a punto de empezar el segundo grado de la escuela primaria.

Me maravilló ver cuánto había crecido.

Siempre cuidaba a su hermanita, la consentía y estaba muy pendiente de ella.

Ariana estaba contenta de tener un hermano mayor.

Sonreía cuando él la abrazaba y agitaba sus brazos para que él la tomara cuando escuchaba su voz al llegar de la escuela.

Él mecía su cuna cuando estaba en casa y oía su llanto.

Andrés era una persona radiante, inspiradora, y se preocupaba tanto por Ariana como por Enrique.

Incluso sentí que estaba siendo un mejor padre con él.

Era el mejor padre que ellos podían tener y el mejor esposo que yo había podido encontrar.

Se había convertido en otro hombre con la llegada de su hija.

Cuando a Andrés le tocaba volar a El Trigal, ambos ya sabíamos quién cuidaría a Enrique.

Para mí, era un hijo más. Y no solo eso. Lo consideraba mi amigo.

Ninguno de mis hijos estaba por encima del otro.

Sentía el mismo amor por ambos.

Sabía que él también me amaba, porque cuando estuve en estado él se preocupó por mí y estaba pendiente de que tomara mis vitaminas.

Siempre estaba cerca de mí, y Andrés se sorprendía y reía de su constante atención.

Andrés, mientras, seguía manejando los hilos de su empresa, pero luego empezó a delegar funciones para que pasáramos más tiempo en casa.

Lideraba la compañía desde nuestra mansión, pero podíamos buscarlo si lo necesitábamos. Su puerta siempre estaba abierta, pero evitábamos molestarlo.

Justo cuando daba mi discurso, sentí que Ariana podría nacer en cualquier momento. Incluso en medio de esa ceremonia.

Se lo comenté a Andrés cuando fue a buscarme en la universidad. Se sintió sorprendido, pero me aseguró que pronto la niña nacería, pues las mujeres sabían sobre los partos.

Había regresado a la mansión y preparado mi maleta para que todo estuviera listo al momento de mis dolores de parto.

Un día después de ofrecer ese discurso en mi graduación de la Universidad Andina, sentí de nuevo que mi hija nacería. Pero los dolores fueron muy fuertes. Salimos rápidamente de la mansión.

Andrés encendió el auto y Enrique puso mis cosas en el maletero. Lamentablemente, no pude tomar una foto de ese instante familiar tan agradable, pero lo atesoro en mi memoria.

A pesar del tiempo que me llevó dar a luz, me sentí tranquila de saber que toda mi familia estaba ahí, incluyendo a mi querida suegra.

Todos estaban en la mansión porque habían ido a la universidad para escuchar mi discurso y acompañarme durante la graduación.

La compañía de mis seres queridos me tranquilizó.

Andrés le dijo a Enrique que la niña venía en camino, y él reaccionó con alegría, pasando por los pasillos de la casa con velocidad y tocando todas las puertas de las habitaciones para informarle a toda mi familia la buena noticia.

Ellos nos siguieron hasta el hospital.

Todos llegaron a la sala de espera del hospital.

Andrés tomó a nuestra niña cuando nació para la conocieran.

Escuché sus gritos de alegría.

Nunca podré olvidar ese momento.

Mi familia llegaba con frecuencia a Las Villas. Acostumbraban hacerlo, aun cuando Ariana no había nacido.

Mi suegra estaba en casa con regularidad.

Rebeca estaba cursando su carrera y también se acercaba a la mansión para despejar su mente y olvidar por un rato sus deberes. Me encantaba sentir el apoyo y la calidez.

Preparamos tanta comida después del nacimiento de mi hija que podríamos alimentarnos durante un mes sin necesidad de cocinar. Y antes de irse compraron verduras y frutas, para asegurarse de que mi dieta fuese balanceada.

Andrés y yo podríamos preparar ensaladas y comer sano y fresco por un tiempo. Como Ariana dormía tanto, aproveché para tomar largas siestas también.

Enrique estaba encantado de ser consentido por su abuela y mis padres.

Sabía que era una madre afortunada. Ariana dormía profundamente, lo que me hizo recordar que otras madres no tenían esa dicha.

Despertaba dos veces durante la noche, tomaba su biberón, hacía sus necesidades y conciliaba el sueño nuevamente sin gritar. De hecho, en las mañanas tampoco lloraba.

Despertaba y sonreía con los ángeles sobre su cuna.

Andrés y yo podíamos dormir plácidamente, salvo esas interrupciones nocturnas para alimentarla, y levantarnos al día siguiente para cerciorarnos de que estaba bien.

Nos asustábamos al no oír su llanto, pero la descubríamos corriendo en la guardería, temerosos de que algo le hubiera pasado, pero siempre la descubríamos retozando en su cuna.

Era una maternidad perfecta. Gracias a Dios era una niña sana, sin problemas de salud.

Andrés no estaba en casa. Estaba en El Trigal para atender a un cliente.

Regresaría a la mansión en unas dos horas, pero yo ya quería que llegara pronto. Me hacía falta cada que viajaba, aunque su ausencia fuese por corto tiempo.

Ariana me contemplaba mientras recibía su comida.

Cuando se sintió llena, se retiró de mi pecho, la llevé de espaldas a mi hombro y la hice eructar. Después la puse sobre mi abdomen.

Fui a la sala y busqué la cuna más pequeña. La puse allí y sonreí mientras tocaba su frente.

Me quedé en la cocina y busqué los ingredientes para preparar uno de sus platos favoritos: ensalada de frutas y sopa de pollo.

Una comida sencilla y que a él le encantaba degustar después de un largo día de trabajo.

Era un plato tan puro como él.

"Sandra".

Era Andrés. Estaba detrás de mí.

No quería sentirme lejos de él. Me alegré de su regreso.

Dejé las verduras en el mostrador y sonreí mientras corría para abrazarlo y besarlo.

"Preparaba una ensalada para ti", le conté.

"Qué alegría", me dijo mientras me besaba. "Me alegraste la noche. Te traje algo".

Recordé de inmediato cuando tuve que correr tres kilómetros para evitar el tráfico y llegar al complejo de apartamentos y acompañarme a contarle a mi madre que esperaba un bebé.

Rosas azules aromatizadas y envueltas en papel dorado estaban en su mano.

Sonreí y el olor a flores frescas y perfume de jazmines llegó a mi alma. Era el mismo aroma de esa noche.

Nunca imaginé que compraría rosas para mí después de tantas ocupaciones en El Trigal.

Enrique corrió para encontrarse con Andrés. Lo abrazó y sonrió.

Nos sentamos a cenar.

Conversamos sobre el cliente de Andrés, la escuela de Enrique y las clases de Rebeca. Ariana

sonreía desde su cuna.

Estábamos felices de compartir de esa manera, pero sabía que no experimentábamos la misma emoción cuando Andrés viajaba.

Lo había notado incluso en las reacciones de Ariana.

"Tengo algo que decir", dijo Andrés, haciendo sonar una copa con un tenedor cuando terminamos la cena.

"Sandra, no es un secreto que me haces el hombre más feliz del mundo. Mi hijo ya cuenta con una amorosa madre, soy padre por segunda vez, y me hiciste sentir que podía amar a pesar de que me sentía derrotado por la tristeza y mi vida se había congelado. Mi vida ha sido estupenda desde que te conocí. Sabes que quiero ser tu compañero el resto de mi existencia, pero creo que es el momento de hacerte otra pregunta:

¿Quieres ser mi esposa?"

Andrés se levantó y fue hacia mi silla.

La haló y buscó en el bolsillo de su elegante traje una cajita azul con un detalle de rosas.

Se arrodilló, vio la cajita y la abrió delante de mí.

Me mostró un anillo de diamantes que me deslumbró de inmediato.

Era gigantesco, brillante y fastuoso.

Enrique me ofreció una servilleta y me sonrió cuando vio que mis ojos se bañaron de llanto y mi mandíbula casi cae a la mesa. Andrés vio a su hijo y le guiñó un ojo.

Noté la expectativa en sus miradas.

Salté y reí. "Claro que sí", le respondí.

"Me casaría contigo un millón de veces".

Andrés saltó de alegría y gritó. Me levantó del piso y me hizo girar con sus brazos en mi cintura.

Luego me llevó al suelo para que no me mareara y besó dulcemente mi boca.

Busqué a Enrique y le sonreí.

Él estaba llorando.

"Enrique, ¿qué tienes?", le pregunté.

"No tengo nada", dijo, con su garganta quebrada.

"Lo que sucede es que cuando falleció mi mamá, creí que nadie volvería a demostrarme un amor como el de ella. Pero llegaste tú, y sé que serás mi amorosa madre para siempre. Te amo, Sandra".

Mi alma estaba feliz. Todos llorábamos y nos abrazábamos.

Andrés cargó a Ariana y la incorporó a nuestro abrazo.

Había sido un día largo y mi pasado estuvo lleno de altibajos, pero mi presente era perfecto y mi futuro también lo sería.

Me casaría con Andrés. Podría vivir con él por toda la eternidad y sería la mujer más feliz del universo.

"Yo también te amo, Enrique", les dijo.

"Siempre los amaré a los tres".

Fin

Books By This Author

[Libros de Bianca de Santis](#)

Acceso a todas las novelas con un precio exclusivo.